

LOS TROVADORES

De la colección de obras completas del autor, van publicados los siguientes volúmenes:

POESÍAS, un tomo de 400 páginas. . . 6 pesetas.

TRAGEDIAS, un tomo de 500 id. 8 »

VÍCTOR BALAGUER

LOS TROVADORES

SEGUNDA EDICIÓN



—
TOMO PRIMERO
—



MADRID

IMPRESA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1882

LOS TROVADORES

La primera edición de esta obra se publicó en Madrid, imprenta de Fortanet, 1878, en seis volúmenes, siendo editor el Sr. Dorregaray.

Es propiedad del autor.



DICTÁMENES ACADÉMICOS.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.—IImo. Sr.: En cumplimiento de lo dispuesto por V. I. en su atenta comunicación de 7 de Noviembre último, la Real Academia Española ha examinado con especial detenimiento el tomo primero de la *Historia política y literaria de los Trovadores*, escrita por el Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer. Este libro, así por lo interesante de la materia, como por el concienzudo y feliz desempeño, puede ser considerado como un estudio de alta importancia para la historia de la civilización española en los siglos que precedieron al renacimiento de las letras y de la cultura. Algunos escritores insignes han hecho notar entre nosotros la poderosa influencia que ejercieron los poetas provenzales en las letras de Cataluña, de Aragón, de Portugal y de Castilla. Pero nadie como el señor Balaguer ha acometido hasta ahora en España tan de lleno y con tanta copia de juicios y noticias la empresa de medir y aquilatar el alcance y carácter literario, moral é histórico de los cantores lemosines. El Sr. Balaguer entra con entereza y con crítico desembarazo en el ancho y luminoso campo que en esta materia han abierto en Francia, en Alemania y en Italia los Raynouard, los Villermain, los Fauriel, los Baret, los Wolf, los Díez, los Bartsch, los Meyer, los Gavani y los Cavedoni, y muchos más, que antes que nosotros han comprendido la trascendencia civilizadora para el continente europeo que en sí llevaban aquellas estrofas ingeniosas, de religión, de amor, de sátira y de guerra, que componían los trovadores y propagaban los juglares, cantándolas por do quiera, así en los pueblos y en los caminos como en los alcázares y en los castillos de los Reyes y de los magnates; aquellos cantares que tanto cautivaron á las gentes de la Edad media, y que fueron, á no dudarlo, la fuente primordial de las *Cántigas* de D. Alfonso el Sabio y de las obras inmortales de Dante y de Petrarca.

El Sr. Balaguer, hijo de Cataluña, que tan gloriosa parte tomó desde el reinado del Conde de Barcelona Berenguer IV, en la creación literaria de la poesía provenzal, escribe en todo el libro, y especialmente en el sabroso y nutrido capítulo *De la poesía provenzal en Castilla*, con un arranque y un entusiasmo que, mirando al juicio no *relativo*, sino *absoluto*, podrían acaso tenerse por un tanto apasionados. Pero ¿cómo no aplaudir una vehemencia que da al asunto tan vivo interés, tanto calor á la narración y tanta gallardía al estilo? En gran parte de la poesía occitánica han sido censuradas la monotonía amorosa y la afectación de la frase y de las ideas; pero ¿puede negarse que el espiritual impulso que ella difundía, contribuyó poderosamente á disipar las tinieblas intelectuales en que se hallaba durante el siglo x la Europa cristiana?

Es, pues, el libro del Sr. Balaguer una obra de amena lectura, y además, y muy principalmente, un estudio maduro y luminoso de historia literaria; y la Academia se complace en recomendarle al Ministerio de Fomento como fruto de largos y atinados estudios, como digno de especial consideración, y comprendido en las prescripciones del Real decreto de 12 de Marzo de 1875 y de la Real orden de 23 de Junio de 1876.

Lo que por acuerdo de la Corporación tengo la honra de comunicar á V. I., cuya vida guarde Dios muchos años. Madrid 3 de Enero de 1879.—El secretario, Manuel Tamayo y Baus.—Ilmo. Sr. Director general de Instrucción pública.»

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.—Ilmo. Sr.: La Real Academia de la Historia ha examinado el tomo primero de la *Historia política y literaria de los Trovadores*, por D. Víctor Balaguer, individuo de número de la Academia, que V. I. remitió en 7 del corriente á informe de este Cuerpo literario, junto con una instancia de D. Agustín Peinado, Administrador de dicha obra, pidiendo se adquieran por el Gobierno ejemplares de ella. Escrita está en hermosa y correcta frase castellana, lo cual, siendo catalán el Sr. Balaguer, patentiza cuán erradamente proceden los que, por negligencia en el estudio de nuestra lengua, pretenden disculpar sus incorrecciones con el gastado achaque de influencias provinciales; demuestra de una manera altamente satisfactoria para su autor cómo consiguen adunarse los vuelos de la poética fantasía y la mesurada y penosa in-

vestigación científica cuando concurren afortunadamente en el que acomete estas nobles empresas literarias, estro de poeta y criterio de historiador. No es el libro de que se trata pesada aglomeración de datos y hechos, útiles sí, pero seca y fatigosamente presentados, sino precioso arsenal de noticias interesantísimas para la historia de la literatura patria, quilatadas con juiciosa, aunque á veces un tanto apasionada crítica; apasionamiento no sólo disculpable, sino hasta digno de alabanza, porque está inspirado por un noble y digno sentimiento: el amor á la tierra, siempre bendita para los buenos hijos, dónde abrimos por vez primera los ojos á la luz; amor tanto más digno de respeto, cuanto que lleva confundido en su origen el santo cariño que profesamos á nuestras madres.

El Sr. Balaguer, como hijo de Cataluña, como el más digno sucesor de aquella brillante pléyada de trovadores provenzales, que si puede decirse se extinguieron en las comarcas del Langüedoc, alientan siempre con mejores bríos en nuestros hermanos de allende el Ebro, poeta coronado en esos tradicionales *jochs florals* y *puys de amor*, donde alcanzó en buena lid, tras repetidos premios, el valioso título para un poeta de *maestre del gay saber*, no podía dejar de insistir en lo que tantas veces se ha venido sosteniendo acerca de la directa influencia de la literatura provenzal en la literatura castellana. Demasiado sabe el erudito Académico que semejante influencia, si puede sostenerse en el sentido de que todas las literaturas, como todas las diversas manifestaciones de la cultura intelectual de un pueblo, influyen unas en otras, fundiéndose y compenetrándose en una sola nacionalidad, anteponiéndose esta unidad de cultura y preparándolas á la unidad política, no puede sostenerse cuando se quiera afirmar que la musa de Castilla estaba completamente adormecida, cuando resonaban poderosos y en toda la brillante eflorescencia de su vigorosa juventud los cantos provenzales, ni que en la literatura castellana se reflejase el espíritu ni las tradiciones de la literatura provenzal. Ya lo ha dicho antes de ahora el nunca bastantemente sentido Académico Sr. Amador de los Ríos en su notabilísima *Historia crítica de la literatura española*, obra menos estudiada de lo que ser debiera en nuestra patria. No interrumpida, á pesar de las grandes conturbaciones que affigieron á España, la tradición latina eclesiástica, ni apagada tampoco en la muchedumbre aquella manera de entusiasmo poético, que la animaba durante la monarquía visogoda, hubieron de ser las hablas romances intérpretes de sus alegrías y dolores,

desde el momento en que aparecen tomando por único tipo y norma los cantos religiosos, aprendidos en común bajo las bóvedas latino-bizantinas.

El Sr. Amador de los Ríos tiene demostrado, de una manera que no deja lugar á duda, con curiosísimos ejemplos tomados de antiguos himnarios y de otras fuentes literarias, que desde aquella remota época debió dar señales de vida la poesía popular castellana, como antes de Guillermo IX existió sin duda la lemosina en el suelo de la Provenza. No puede olvidarse, al tratar de tan importante cuestión, que si no abundan los documentos escritos de cantos populares hasta el momento histórico en que se supone escrito el *Poema de mio Cid*, los poemas de los *Reyes Magos* y la *Vida de Santa Maria Egipcíaca* aparecen como intermedios entre aquellos cantos populares y los poemas *del Cid*; todos los cuales suponen un movimiento literario y poético que, nacido del pueblo, como nace siempre, se había de convertir en la que se puede llamar poesía erudita, ó acaso mejor culta; ni tampoco es lícito ya hoy desconocer el origen esencialmente castellano del romance popular español, nacido de los antiguos himnos eclesiásticos, que así en el Mediodía de Francia, en la Galia gótica, como en las dos Españas, se cantaban con diversos metros y ritmos, perfectos é imperfectos; reconociendo uno de los más vehementes defensores de la influencia provenzal en las literaturas modernas, y por ende en la española, Mr. Fauriel, que mucho antes de encontrar cantos provenzales eran numerosísimos los himnos eclesiásticos «rimados con cierta variedad y artificio, y cantados por clero y pueblo en las solemnidades religiosas.»

Tampoco puede sostenerse que la literatura provenzal influyese decididamente en la castellana, cuando vemos el diverso espíritu que á una y otra inspiraba. Amatoria, galante, y más que galante erótica, y ¿por qué no decirlo? viciosa, reflejando, como el idioma la generación pagana de sus cantos, la poesía provenzal deifica el amor, pero casi siempre el amor de los placeres, el amor que cantaban los poetas romanos, y que tan bien ha sabido interpretar en uno de sus mejores poemas dramáticos el autor de la *Historia política y literaria de los trovadores*, mientras que la poesía castellana de la misma época es esencialmente religiosa y creyente, espiritualista y cristiana. Bien paladinamente lo conoció el mismo Mr. Fauriel, cuando en su *Historia de la poesía provenzal* (tomo I, cap. II) escribe estas palabras: «Entre los antiguos monumentos de la poesía »castellana, nada hay que pueda ser considerado como

imitación, ni áun vaga, de la poesía amorosa de los trovadores.» «Diríase que los nobles castellanos, graves, como lo eran naturalmente, y siempre en guerra con los mahometanos, tuvieron en poco todas aquellas refinadas convenciones de que los provenzales habían recargado el amor.» «Cualquiera que sea la causa, ya el carácter nacional, ya las circunstancias especiales de su estado social y político, no se inclinó entre ellos la caballería á la galantería sistemática del Mediodía de Francia.» «Continuó siendo lo que había sido al principio, religiosa y guerrera.»

Todo esto lo sabe hasta la saciedad el ilustrado y juicioso autor del libro que motiva este informe; y por eso, aunque se nota cierto apasionamiento al tratar tan debatido punto, hoy puede decirse fuera de controversia, lo que hace con delicado tacto, limitándose á decir que «la poesía castellana podrá no ser hija de la provenzal, pero que es preciso reconocer en ella su influencia;» influencia que no se niega en absoluto, como no puede negarse que la castellana influyese á su vez en la catalana; poesía en la que se resume la provenzal, después de la absorción completa del Mediodía de Francia por los Barones de la lengua de *Oil ó del Norte*; debiendo á esa influencia castellana el carácter menos erótico que desde entonces toma, más espiritualista y creyente, con que ha llegado hasta nuestros días, y con el que aparece en la cristiana lira del Sr. Balaguer. Ambas literaturas son hermanas; y aunque hijas de diversos padres, si bien de una misma madre, se extendieron y dilataron por nuestra patria, juntándose al fin en una sola y vigorosa literatura, como dos ríos que, naciendo en opuestas montañas, corren por cercanos campos, acercándose y confundiéndose al fin en una sola y poderosa corriente.

Acaso no falte quien, considerando el libro bajo otro linaje de crítica, lo encuentre también apasionado en la manera de juzgar la terrible cruzada de los albigenses, que ahogó en un verdadero mar de sangre la cultura provenzal; pero téngase en cuenta que si aquella cruzada tuvo un móvil religioso, á que dieron no poco pábulo los trovadores dirigiendo contra Roma y contra los sacerdotes toda clase de injurias en sus violentos serventesios, considerados con razón por el Sr. Balaguer como la literatura periodística de la época, y si Inocencio III demostró en más de una ocasión su deseo de evitar la efusión de sangre y de que se hiciese verdadera justicia, ni los legados de éste obraron siempre de acuerdo con tan evangélicos propósi-

tos, ni todos los cruzados iban movidos, hablando en puridad, por la defensa de la ortodoxia romana, sino por el deseo, largo tiempo contenido, de lanzarse sobre las ricas comarcas del Mediodía, como lo demuestra, entre otros muchos y elocuentes datos que se pudieran aducir, la conducta de Monforte distribuyendo cuatrocientos treinta y cuatro feudos entre Barones franceses, confiando los Obispados á eclesiásticos del Norte, y obligando á las doncellas á contraer matrimonio con jóvenes franceses, para sustituir por completo el elemento romano con un nuevo pueblo germánico. Disculpable es, por lo tanto, la indignación que se apodera del autor de esta obra al ocuparse de la cruzada de los albigenses, como una de las causas de la pérdida de aquella literatura, que halló generosa acogida en España y principalmente en Castilla, como declaran, haciendo digno alarde de buenos y agradecidos, los mismos trovadores que recibieron el beneficio.

El tomo que tiene delante la Academia, así en su curso preliminar, en que trata el Sr. Balaguer de los trovadores, y de los diversos géneros de su poesía y sus principales caracteres, como en los capítulos destinados á dar á conocer la estructura y la crítica de cada uno de esos diversos géneros; lo mismo en los que dedica á estudiar la poesía provenzal en Castilla y León, y en Cataluña y Aragón, que á establecer las esenciales diferencias que había entre los trovadores y los juglares, citando á tal propósito las atinadas definiciones sobre la materia del Rey Sabio, que en los que destina á las Cortes y *Phys* de amor y á las biografías de los trovadores que por orden alfabético comienza en este primer volumen, contiene no sólo numerosas noticias, peregrinas por lo desconocidas, y otras, de que se tenía noticia, acertadamente ordenadas, sino también notables juicios críticos é históricos.

Esta obra, que habrá de constar de ocho volúmenes, viene á llenar un vacío en nuestra literatura contemporánea; debiendo contener trescientas biografías de poetas, en las cuales, como ya lo hace con las que contiene el primer volumen, se trasciben muchas obras de estos, ó completamente desconocidas ó del todo olvidadas, y entre ellas se ofrece hasta una gramática provenzal, inédita, de Ramón Vidal de Besalú; con todo lo cual no hay para qué encarecer, si ya no fuera garantía para ello el nombre de su autor, el gran servicio que esta obra está llamada á prestar á la historia literaria de nuestra patria.

El autor de ella ha conseguido quitarle toda aridez, haciendo el libro con tan espontánea habilidad, que una

vez comenzada la primera página, por indiferente que sea el lector á estudios serios, no puede abandonarle sin llegar á la última; notándose bien que quien lo escribe siente en sus venas la misma sangre y en su mente la misma inspiración que animaba á los trovadores cuya historia escribe; como si al hacerlo no pudiera prescindir de sus poéticas prácticas; y hasta la terminación de más de un capítulo es una sentida *tornada* dirigida á personas de su especial afecto é inspirada por bellísimos sentimientos de cariño ó de gratitud.

Opina, por tanto, la Academia que el Gobierno debe auxiliar la publicación de la obra que motiva este informe, adquiriendo de ella el mayor número de ejemplares que le sea posible.

Lo que tengo la honra de comunicar á V. I. por acuerdo de este Cuerpo literario, con devolución del libro y de la instancia. Dios guarde á V. I. muchos años, Madrid 27 de Noviembre de 1878.—El Secretario, Pedro Sabau.—Ilustrísimo Sr. Director general de Instrucción pública, Agricultura é Industria.»

PRÓLOGO DEL AUTOR.

En el que bien pudiera llamarse albor de mi vida literaria, escribí la *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón*. Hoy, en el que bien puede llamarse ocaso de mi agitada vida política, escribo la HISTORIA DE LOS TROVADORES.

Debiera haber sido al revés, que acaso entonces hubiera podido escribir ésta con más entusiasmo y aquella con más meditación.

Duramente combate hoy alguno aquel pobre libro de mi juventud, escrito al calor de la misma, con una idea de propaganda, que era entonces de necesidad, dadas las circunstancias porque atravesaba el país, con el desinteresado y patriótico propósito de recordar una historia nobilísima de libertad y de progreso, descuidada por unos, adulterada por otros, ignorada de muchos. Errores tiene, bien lo sé; errores de pluma, de olvido, y de imprenta algunos, que más tarde he notado; errores de entendimiento los más, que, por carencia de él, acaso no me sea dado notar nunca.

Hube de escribir aquella obra, como digo en alguna parte de ella, con la prisa de la mano y las entrañas de la necesidad, obedeciendo á esa presión devoraz de la imprenta, que traga sin piedad y sin contarlas las cuartillas del autor, y á las exigencias, por otra parte, legítimas del editor, que tiene para todo y sobre todo en cuenta sus intereses.

Escribí aquella obra, á cada paso lo repito en ella, para abrir camino y dar ejemplo, á fin de que otros refundieran, enmendaran y completaran lo pobre mío con lo bueno suyo, llegando así á elevarse un monumento á la patria historia y á convertir en llana y fácil vía lo que fué tortuosa y áspera senda en su comienzo; que quien pasa primero un vado, mal lo pasa y con peligro, pero lo enseña á los demás.

Yo sé bien que mi HISTORIA llenó su misión especial, y me lo ha dicho el despertamiento histórico y literario de la joven Cataluña inteligente; pero esto no obstante, si Dios, como me ha dado amor al trabajo me diera ocasión propicia, hasta hoy solicitada en vano, habría de publicar una segunda edición de aquella obra, adicionada con datos y documentos que he logrado la suerte de adquirir, y purgada de errores que he tenido ocasión de notar, por impulso de propia conciencia unos, otros por observaciones benévolas de varios que al refutarme me honraron, debiendo ser por esto más atendidas, y también por las apasionadas de alguno que, no por serlo, merecen desatenderse, siquier hayan sido galopadamente trazadas por nerviosa mano con el apremio del rubor y el atropello de la saña.

Pero aún así y todo, con sus faltas é incorrecciones, ofrezco aquella pobre HISTORIA mía como un título de consideración á mi país, para que por mi amor me sean perdonados sus errores: que yo puedo decir á mi patria algo parecido á lo que uno de los trovadores, cuyas vidas se continúan en este libro, decía á su dama:

«Ni tu cariño me obliga, ni tu desamor me importa. Puedes, á tu placer, ser conmigo amante fiel ó ruín ingrata, que siempre yo te he de amar y te he de servir siempre.»

Desterrado me hallaba en Francia,—y venimos ya al presente libro rogando á los lectores á quienes no les haya ocurrido pasar por alto la anterior digresión, que la anoten en la cuenta de las debilidades humanas, —desterrado, digo, me hallaba en Francia por los años de 1867 y 1868, y aún cuando no había nacido en mí la idea de escribir esta obra, ocupaba, sin embargo, esos tristes y eternos ocios de una emigración política, acaso por presentimiento, en recorrer archivos y bibliotecas, copiando cuantos manuscritos provenzales tenía ocasión de hallar. Así visité la biblioteca del Arsenal en París, donde hay verdaderos tesoros, y las bibliotecas y archivos de Tolosa, Carcasona, Beziers, Narbona, Montpellier, Arlés, Marsella, Aix y sobre todo Aviñón, donde, gracias á una hospitalidad generosa, pude permanecer más tiempo; así fuí acumulando materiales sin plan determinado, aún cuando conseguía por el pronto mi principal objeto de estudiar á fondo el provenzal; así me hice con una rica colección de copias, no pocas de las cuales debían convertirse en un trabajo inútil al encontrar más adelante impresas en el *Raynouard*, para mí entonces desconocido, gran parte de las poesías mismas que, á costa de muchos afa- nes y de mucho trabajo, había ido yo coleccionando.

Los sucesos políticos de 1868, abriendo á los pros- critos las puertas de la patria y llamando á más activos servicios á los hombres de partido, interrumpieron de pronto mis trabajos, y entre el torbellino del huracán político en que entonces nos vimos envueltos, hube de olvidar mis notas, mis copias, mis manuscritos, hasta que una imprevista circunstancia vino á despertar mis recuerdos.

Un amigo querido, D. Fermín Canélla Secades, ca- tedrático en Asturias, y á quien por su mérito y servi- cios conocen cuantos aman las letras y la patria, tuvo

la bondad de regalarme un día, como cosa verdaderamente curiosa, una obra que había pertenecido al insigne Jovellanos. Era el *Saint Pelaye-Millot*, con notas marginales escritas de puño y letra de Jovellanos; notas que, áun trazadas como están visiblemente al vuelo de la pluma y del pensamiento, prueban que aquel ilustre hombre de Estado se fijó mucho en la historia de los trovadores, más que por su importancia literaria, por su tendencia social y política.

Recordé entonces, á mi vez, los manuscritos de mi emigración, y concebí el plan de esta obra, aceptando la forma de Millot, pero dando á la parte política de la poesía provenzal la importancia que no le dan ni aquél ni ningún otro de los autores que he consultado; importancia, y carácter también, que mis estudios me habían ya revelado, haciendo nacer en mí la idea que ví luego confirmada por las notas de Jovellanos y por el discurso que pronunció en los Juegos florales de 1876 mi maestro y amigo D. Luis Cutchet.

Es esta la primera obra que bajo esta idea, plan y forma se publica en España, donde, generalmente hablando, y fuera de ciertas esferas, es bastante desconocido cuanto á trovadores se refiere.

Algunos escritores, sin embargo, hicieron con elevado criterio estudios sobre este asunto, y es deber mío citarlos, que á fuer de honrado, debo consignar aquí cuáles son las fuentes en que he bebido, y cuáles los autores que me han procurado los materiales para llevar á cabo un trabajo que más de una vez, por cierto, hube de interrumpir desalentado y pesaroso de haberlo emprendido.

Escribieron en España sobre este tema concreto, y debe ser citado en primer lugar, D. Manuel Milá y Fontanals, sabio profundo y maestro en estas materias, que, á tener valor para decir todo cuanto en este pun-

to su ciencia le ha revelado, hubiera hecho inútil esta obra; D. José Amador de los Ríos, que en su excelente *Historia crítica de la Literatura española*, ha consagrado brillantes páginas á la literatura provenzal; Don Francisco de Paula Canalejas, que en distintos estudios, y con superior criterio, ha tratado de la poesía de los trovadores; D. José Coll y Vehí, autor de un libro sobre la *Sátira provenzal*, que sería perfecto si en él la pasión del hombre no dañara á la imparcialidad del crítico; D. Toribio del Campillo, que escribió un *Ensayo sobre los poemas provenzales*, y D. Pedro Vignau y Ballester, autor de unos estudios elementales acerca de la lengua de los trovadores.

Éstos, y las obras del canónigo Bastero y del obispo Torres Amat, son los autores españoles á que acudí más de una vez durante el largo espacio de tiempo que hube de emplear en este libro. Ignoro si alguien más se ha ocupado en España de estos estudios. Perdónese á mi ignorancia el error que pueda haber cometido dejando tal vez de consultar algún autor, cuya obra haya quedado para mí desconocida.

Pero los grandes trabajos que sobre estas materias se han realizado, siendo tan importantes para nosotros, los han emprendido los extranjeros. Confesarse debe así, y confesarse con rubor.

En Alemania hombres profundos y de mérito eminente, en Francia sabios estudiosos y de alta inteligencia, se han ocupado muy especialmente de recoger, traducir, comentar é ilustrar todo cuanto á la lengua y á la poesía de los trovadores pudiera referirse. A estos autores, que iré citando en las páginas de este libro, es á quienes se debe cuanto de más importante en este punto sabemos, y á esto me propongo añadir lo que me ha enseñado la experiencia á fuerza de estudios, si no aprovechados, larga y tenazmente seguidos,

y lo que me han dado á conocer documentos preciosos y todavía inéditos, que mi buena suerte me permitió examinar.

Un sentimiento de gratitud me obliga, antes de terminar estas líneas, á citar otros dos nombres.

Son el de D. Cayetano Rosell, académico ilustre y literato distinguido, á quien debo el haber podido consultar, con todo el detenimiento y espacio necesarios para estos estudios, los libros y manuscritos de la Biblioteca Nacional á que he tenido precisión de acudir; y el de D. Francisco Abellá Raldiris, amigo mío muy querido, á quien largas ausencias de este país, y bienestar, fortuna y familia que en otros haya podido adquirir, no lograron que se olvidase de su patria ni de los suyos, mereciendo de él que, no sin sacrificios, me facilitase desde el extranjero, obras y documentos, sin consulta de los cuales este libro hubiera quedado más defectuoso todavía.

FEBRERO de 1878.

DISCURSO PRELIMINAR.

DE LOS TROVADORES.

I.

El origen de la literatura moderna se halla en Provenza.

Las luces pudieron apagarse en todas partes cuando la invasión de los conquistadores germánicos, pero no por completo en la Galia meridional, allí donde estaba la antigua *Provincia* romana, y allí donde esta civilización se había más profundamente introducido y con más fuerza arraigado.

Por débiles que fueran, estos restos de luz romana bastaron para que un día se efectuara aquella inmensa revolución del espíritu por la cual la Europa bárbara, despertando al rayo de la razón, vió encenderse la antorcha de las letras y de las artes, y brillar la aurora de la justicia y de la libertad.

Las letras habían arrojado un destello de luz, pero rápido y pasajero, en tiempo de Carlo Magno. Estaba reservado á los cantos de los trovadores, como en otro tiempo á la predicación de los apóstoles, el desparcimiento de aquella luz.

Se concibe perfectamente el efecto maravilloso que debían producir en aquella sociedad ignorante los primeros cantos compuestos en una lengua poética, que no era la de los invasores del Norte, sino por el contrario la que por un lado recordaba la época galo-romana, por otro desper-

taba el sentimiento de la independencia y de la patria, y por otro, en fin, hablaba al corazón y al entendimiento en nombre de una nueva sociedad cristiana y caballeresca.

El genio, como aletargado en el seno de una estúpida ignorancia, despertó de pronto á los sonos de una lira seductora. Aquellos cantos fueron recibidos con trasportes de entusiasmo, y dióse á sus autores el nombre de *trovadores*, que expresa el talento de trovar, de inventar.

Recibida con este entusiasmo, la poesía provenzal tomó un rápido vuelo, y con sorprendente progreso fué invadiéndolo todo. Aparecía después de ese siglo x tan fatal para la historia del ingenio humano, cuando por una parte el error y por otra la anarquía habían hundido á la Europa en un verdadero caos de ignorancia, y fué un lazo que atrajo las miradas del espíritu. Habló al alma, habló al corazón, y despertó el sentimiento.

El primer trovador conocido es un príncipe, un duque de Aquitania, el conde de Poitiers, Guillermo IX; pero no puede dudarse que tuvo predecesores. Las gracias de su estilo suponen un arte ya cultivado y habla de un género de poesía, la *tensión*, como cosa de antiguo conocida.

El ejemplo del conde de Poitiers fué secundado por otros príncipes y altos barones. Puede decirse, pues, que la poesía provenzal nació en los palacios, envuelta en la púrpura.

Comenzaron los trovadores á multiplicarse, y las cortes, tan numerosas entonces como los castillos, les brindaban generosa y espléndida hospitalidad. Allí encontraban fortuna, placeres, consideración; y allí también, para alentarles, las cariñosas sonrisas, cuando no el ardiente amor de esas damas que un autor llamó las divinidades terrestres de la caballería, y á las cuales los poetas consagraban un culto que tenía algo de religioso.

Multitud de hombres, nacidos en pobre cuna, condenados á la oscuridad por la naturaleza y por la absoluta carencia de fortuna, pero que se sentían espoleados por el ingenio ó por el talento, se apresuraron á abrazar la carrera de trovador, y agradecida ésta, llevó á muchos de

ellos á los más altos y encumbrados puestos de la sociedad por el camino de la fortuna y de los honores.

Bastaba ser un trovador de nombradía para que las cortes todas se abrieran ante él, recibéndole con el mismo favor, agasajo y distinciones que á un príncipe de la sangre.

Los ecos de la poesía provenzal resonaban, pues, en todas partes; en las villas y aldeas, en los castillos, en los palacios, en las cortes de los más opulentos soberanos. Así fué divulgándose aquella literatura por todas las comarcas del Mediodía de Francia, donde no había una sola mansión señorial que no le diese entrada y hospitalidad fastuosa; así se extendió por las rientes llanuras y amenos valles de Italia, cuya lengua, no formada aún, debía encontrar en la de los provenzales y en su literatura el instrumento de que valerse y los modelos que imitar; así llegó hasta el corazón de Alemania; así se introdujo en Inglaterra donde el caballeresco Ricardo *Corazón de león*, que era á la vez trovador, le dió carta de naturaleza; así penetró en Francia, cuyos reyes hubieron de estremecerse en no pocas ocasiones al oír los *serventesios* bélicos de los trovadores; así se aposentó en Aragón y en Cataluña, haciéndose huésped habitual de sus monarcas, tres de los cuales pulsaron la lira y ciñeron el laurel de poetas; así invadió el Portugal, cuya rica literatura reconoce aquel origen; así entró en Castilla, donde príncipes como Alfonso *el Sabio* le prestaban solícita protección y en ella buscaban inspiración y modelo; así pudo llegar, en fin, hasta la misma Granada, corte opulenta de los árabes, á donde errantes y vagabundos juglares llevaron el eco de las canciones provenzales.

Pero á fin de que los lectores puedan formarse una idea aproximada de aquella época y de aquella sociedad que para los trovadores parece creada, hay que trazar un cuadro, siquiera sea á grandes rasgos, con el objeto de que puedan serles familiares usos, tradiciones, leyes y costumbres con que han de tropezar más de una vez en este libro.

II.

Para que se comprenda cuál era la verdadera patria de la literatura provenzal, es preciso comenzar por desprenderse de toda idea moderna sobre el actual estado geográfico de Europa, y trasladarse con la imaginación al siglo XII, reconstruyendo en la mente las comarcas de que vamos á ocuparnos, tal como se hallaban.

No existían en aquella época ni Francia, ni España, ni Italia, según hoy están formadas. Los herederos de Carlo Magno vivían hacia el Norte, del otro lado del Loire, ocupando los ducados de Normandía y Bretaña y los condados de Champagne y de Anjou; é independientes de estos reyes, sin apenas ninguna relación con ellos, extranjeros á su historia, raza, leyes y costumbres, se extendían hacia el Mediodía el ducado de Aquitania y los condados de Auvernia, Rodez, Tolosa, Provenza, Viena y otros muchos que, por medio del lazo del condado de Rosellón, y salvando los Pirineos que no eran entonces valla ni frontera para la lengua y la literatura, venían á darse la mano con el condado de Barcelona.

Todos estos Estados eran independientes y libres, cada uno con sus condes hereditarios, con sus señores y barones, verdaderamente soberanos en sus dominios.

Por lo que toca á España, los árabes ocupaban gran parte de su territorio, y sólo por un lado los reinos de Castilla, Navarra y Aragón, por otro el condado de Barcelona, y por otro el pedazo de territorio ibérico que debía ser más tarde el reino de Portugal, iban creciendo y progresando vigorosamente, gracias al aliento de sus príncipes y al valor de sus pueblos y barones.

En cuanto á Italia, sucedía lo propio, y dominaban en su parte Norte tres grandes casas feudales, con las que hemos de tropezar más de una vez en este libro, pues fueron centro y escuela de literatura provenzal, figurando también como trovadores algunos de sus ilustres miem-

bros. Eran las casas de los marqueses de Este, de Malespina y de Montferrat.

La vasta extensión de territorio en que se hablaba la lengua *vulgar ó romana*, la verdadera patria de la literatura romana, se extendía entonces desde el Loire hasta el Ebro, comprendiendo la cuenca pirenaica, y por la costa del Mediterráneo, desde Tortosa, frontera entonces de los árabes, hasta las mismas rientes campiñas de la italiana Génova.

Ninguna afinidad existía entre Tolosa y París, mientras que eran íntimas las relaciones entre Tolosa y Barcelona. Un vecino de Tolosa tenía por bárbaro y no comprendía el lenguaje de un habitante de París, mientras que era hermano de un ciudadano barcelonés, cuya lengua hablaba, de cuya familia era, cuyos hábitos y costumbres conocía.

Marsella y Barcelona se miraban, como en un espejo común, en el mismo mar; las mismas brisas acariciaban sus frentes; al rayo del mismo sol se solazaban; tenían el mismo origen, la misma historia y la misma lengua: un conde de Provenza, batallador, político y poeta, fundaba en una colina de los Alpes su encantadora villa de Barceloneta, en recuerdo y por amor de Barcelona: cuando había en Aix, en Marsella ó en Aviñón alguna beldad de gran renombre, se hablaba de ella como de una vecina en la capital de Cataluña, según la frase feliz de Mistral, el autor de *Mireio*, en su admirable poesía *á los trovadores catalanes*:

Prouvenço e Catalouguo, unido per l' amour
mescleron sou parlá, si costumo e si mour;
e quan avian dins Magalouno,
quan avian dins Marsiho, a-z-Ais, en Avignoun,
quanco beutá de gran renoum,
n' en parlavias à Barcilouno.

Nadie en aquellas comarcas, que sin embargo debían ser Francia más tarde, nadie se acordaba de la monarquía francesa del Norte, y todos miraban á los franceses como incultos y bárbaros. Era común oír á un clérigo francés,

cuando se le presentaba algo para leer, contestar sencillamente y como la cosa más natural del mundo: *Nescio litteras*. Hasta en la época de Petrarca, este mismo ilustre poeta, á quien alguno ha llamado el último de los trovadores, recordando la ilustración de los provenzales; decía de los franceses: *Esos bárbaros nunca entendieron, no digo los versos, pero ni la lengua de Homero*.

Por lo que toca al idioma que en esta extensión de comarcas se hablaba, principalmente en lo que debe llamarse el corazón de la Provenza, bueno será decir algunas palabras para mejor inteligencia, como se ha hecho por lo que respecta al territorio.

Entre las lenguas formadas por la descomposición de la latina, dice el sabio Milá, adquirió en tiempos antiguos especial nombradía la que suele designarse con el nombre de provenzal, y que hablaron los pueblos comprendidos entre el Loire y el Ebro.

Es en efecto así; con la lengua característica que cada país se había formado ó conservaba de antiguo; con la latina principalmente como madre y fuente; con otras que por causa de nuevas invasiones, la de godos y árabes por ejemplo, vinieron á influir también, se formó la lengua que ha sido conocida con diversos nombres, dando lugar por esta diversidad á confusión y á errores de nota. Se la ha llamado *romano-provenzal*, *atalano-provenzal* ó *provenzal* buenamente, por haberse hecho el idioma general de la Provenza; *romanizada*, según la apellidaba Pablo Piferrer; *lemosina*, por haberle dado este nombre el trovador-gramático Ramón Vidal en consideración sin duda á los dos principales poetas lemosines Beltrán de Born y Giraldo de Borneil; y *lengua de oc*, con que dió nombre á una vasta comarca (Languedoc), para distinguirla de la *lengua de oïl*, que era la usada en el Norte de Francia.

Sin embargo, en buena crítica, la denominación más ajustada y propia sería la de *lengua romana*. Así la llamaban los trovadores, por abreviación de *romanz*, nombre que se extendía á todos los dialectos neo-latinos. Jofre Rudel dice en una de sus poesías:

Tramet lo vers que cantam
en plana lengua romana
à n' Vg lo Brun.....

Hay quien ha pretendido que el catalán fué el primer idioma que se formó, llevado á Provenza por los barceloneses cuando el casamiento de su conde Ramón Berenguer III con Dulce ó Dulcia, heredera de aquel país y de aquel condado, dando origen y nacimiento á la lengua de los trovadores. No seré yo quien sostenga esta tesis, difícil de mantener; pero sí creo que la influencia catalana contribuyó por mucho, ya que no á formar su lengua, á abrir nuevos caminos á su literatura, y á darle tendencias y descubrirle horizontes que antes no tenía.

No lo dicen así ni quieren pasar por esto los autores extranjeros que de estas cosas tratan; pero esto es, en mi sentir, la verdad, y por creerla tal, la digo.

III.

En los primeros años del siglo XII, el conde de Barcelona Ramón Berenguer III *el Grande*, se enlazaba con Dulce, la heredera del condado oriental de Provenza, contribuyendo no poco á este enlace el sabio y virtuoso Olegario, venerado hoy como santo en los altares, que había llevado ya á las comarcas provenzales, siendo abad de San Rufo, la influencia catalana.

La poesía, la literatura, vivían ya en Provenza, no cabe duda; pero tampoco la tiene el que después de aquel suceso es cuando comienza la época de esplendor y de gloria para las letras *romanas*. Es un hecho innegable que fué entonces cuando remontó su vuelo la literatura que llamaremos *provenzal*, en justo tributo al hermoso suelo de Provenza, donde floreció y tuvo su corte.

La civilización de las provincias del Mediodía era entonces incomparablemente más adelantada que la del Norte, y no es de extrañar que la poesía, verdadera flor del sentimiento, se desarrollase en aquellos países llenos de

luz y de colores, donde el cielo es siempre azul y trasparente, donde los habitantes son sensibles á la armonía, amigos de las fiestas y las danzas, y donde las mujeres tienen toda aquella belleza, toda aquella gracia, todos aquellos encantos que los artistas encuentran en la Venus provenzal, por ventura hallada en Arlés entre las ruinas de su viejo coliseo.

La lira provenzal, como en otro tiempo la griega, cantó el himno de las victorias alcanzadas sobre la barbarie; se inspiró en la porfiada resistencia ofrecida por los pueblos del Mediodía á los reyes carlovingios, y también en las luchas terribles con los árabes de España; y templando luego la energía varonil de sus *serventesios* con las dulces modulaciones rítmicas de sus canciones de amores, fué de pueblo en pueblo, de fiesta en fiesta, de castillo en castillo, de corte en corte, embelleciéndolo todo con su contacto, como aquella hada misteriosa de las leyendas que á cada paso veía brotar flores en sus huellas. El arte del músico fué á dar fuerza al canto del trovador, músico también las más de las veces, y los juegos, momerías y danzas de los juglares que acompañaban á los más renombrados trovadores, servían, en cierta manera, como de aparato escénico á las *canciones*, á los *serventesios*, á las *albadas*, á las *pastorelas* y á las *novas*. Esta estrecha unión de la poesía con la música contribuyó, tan esencialmente como la misma diversidad de asuntos, á la introducción de aquellas distintas formas tan ricas, tan sabias y tan animadas y brillantes, que hacen sobresalir y resaltar entre todas las poesías la poesía de los trovadores provenzales.

A Guillermo de Poitiers, que es sin disputa el más antiguo trovador conocido, si bien queda ya dicho que debió tener predecesores, sucede toda una serie y toda una vía láctea de poetas, á los cuales dieron manifiesta protección los condes Ramón de Berenguer de Barcelona y Dulce de Provenza, continuándola después, sin debilitarse en ninguna época, los condes-reyes de Cataluña y de Aragón Alfonso *el Casto*, Pedro *el Católico*, Jaime *el Conquistador* y Pedro *el Grande*. En las páginas de este libro y en las

biografías particulares de cada trovador se hallarán datos y detalles curiosos, bastantes á hacer comprender que la corte de los monarcas aragoneses y condes catalanes fué constantemente un centro de acción, de vida, de movimiento, de influencia, de propaganda para los trovadores y para sus obras, como también lo fué, y mayor todavía, en determinadas épocas, la corte de los mismos reyes castellanos. Vióse á muchos trovadores provenzales ser protegidos, amigos, confidentes, privados de los monarcas de la casa de Barcelona y de Castilla; vióse á la gran mayoría de aquellos, sobre todo á los de más renombre, pasar los Pirineos para venir á buscar aquí protección, refugio ó nueva inspiración para sus cantos; vióse á los reales herederos de Ramón Berenguer III mantener constantemente, como una herencia sagrada, la protección á las letras provenzales, y no es lícito dudar por lo mismo de la influencia catalana en la literatura provenzal.

Es de todo punto evidente que desde el enlace y entronque de la casa de Barcelona con la de Provenza, se establecieron corrientes nunca más interrumpidas entre los dos países; no puede negarse que, de entonces más, fué peculiar á entrambas comarcas el cultivo de las letras, y que el movimiento literario se extendió, no desde el Loire á los Pirineos, como dicen en general los autores franceses, sino desde el Loire hasta el Ebro, hasta tropezar con la frontera de los árabes. La intimididad llegó á ser tanta con el tiempo, que Tolosa y Barcelona fueron hermanas; los poetas que brillaban en las cortes de los condes de Provenza y de Tolosa, eran los mismos que frecuentaban la corte de los condes-reyes catalanes; las relaciones llegaron á ser continuas, los enlaces de familia constantes, los intereses comunes, y hasta vino el día en que un noble monarca aragonés, accediendo á los votos de la opinión pública expresados por los *serventesios* de los poetas, fué á verter su sangre y á perder su vida en los campos de Muret para sostener la independencia de aquel país y la causa abrazada por los trovadores.

Los príncipes de la casa de Barcelona habían llevado á

Provenza una misión política y civilizadora, y sostuvieron con su poderoso influjo y con su vencedora espada la independencia y las libertades de aquel país privilegiado. Reservarse debe una plaza de honor en la historia de los progresos de la civilización y de la humanidad, por lo que corresponde á aquella época, á los condes de Barcelona. Con su administración, con su tolerancia, con su emprendedora iniciativa, con sus leyes, con ministros como aquel Romeo que ha sido héroe de peregrinas leyendas, con sus cartas á los pueblos, levantaron el espíritu de aquel territorio, abrieron nuevos horizontes, fundaron escuelas, protegieron y desarrollaron los intereses del país, siendo su época manantial fecundo de bienes para aquella su nueva patria, y pudiendo contar en esta misión levantada y civilizadora, con la inmensa influencia que ejercía en las masas la poesía provenzal, á la que, por su atrevida tendencia á hacerse intérprete de la multitud, se debe reconocer no poca analogía con la prensa de nuestros tiempos en determinadas circunstancias.

Es ley general y eterna de la humanidad que los grandes acontecimientos políticos desarrollan el movimiento literario de los pueblos, al que abren nuevas esplendorosas vías de luz y armonía con el choque que reciben las imaginaciones hasta aquel momento aletargadas, con la actividad que despiertan en los espíritus la gloria, el éxito, la grandeza del suceso, y con la conciencia que entonces adquiere el pueblo de sí mismo, de su valor, de su importancia y de sus propios destinos.

Esto le pasó á Provenza. Los príncipes de la casa de Barcelona fueron á comunicarle nuevo germen de vida y á despertar en ella todo lo que en ella había de noble, generoso, hidalgo y patriótico. Las nuevas ideas allí llevadas por los condes de la casa barcelonesa, fructificaron con rapidez en la ardiente imaginación de aquellas poblaciones meridionales, y bien pronto un nuevo estado social, sin análogo en la historia, y una civilización toda nueva, nacieron de su unión con los catalanes, que, activos, comerciantes y emprendedores, allí llevaron su actividad febril, su

fuerza de voluntad, su rectitud de carácter, su sangre española y árabe, su inteligencia y su cultura, su acautelada prudencia en los consejos, su valor indomable en los combates.

Con los príncipes de la casa de Barcelona, con los Berengüers y los Alfonsos, vióse renacer á Provenza, despertar como de un sueño, modificarse su organización feudal, desarrollarse su constitución política y económica, comenzar su comercio, florecer su industria, irradiar su literatura, ser protegidas sus ciudades libres, reconocidos los derechos y fueros de sus ciudadanos, confirmadas y aumentadas sus libertades antiguas, y crecer sus municipios y levantarse al igual de esas grandes municipalidades catalanas que, llevando en sí el germen de la verdadera democracia, supieron hacerse admirar y aplaudir de la posteridad por su tradicional respeto á los monarcas, y por su ferviente amor á las públicas libertades.

Bajo la influencia de los príncipes oriundos de esta casa, todo progresó en el Mediodía de Francia, y las amplias pero prudentes libertades que se otorgaron á unos pueblos, que fueron reconocidas á otros, respetadas en todos, permitieron á los trovadores, esos grandes artistas y esos libres pensadores de aquellos tiempos, entregarse á todas las expansiones de su pensamiento, á todos los entusiasmos de su genio, y, lo que es más todavía, á todas las licencias de su arte.

Vióse entonces surgir y levantarse una sociedad nueva, una civilización especial, una nacionalidad meridional que nada tenían de común ni de parecido siquiera con la sociedad, la civilización y las nacionalidades del Norte de Europa.

IV.

Existía entre el Norte y el Mediodía una diferencia esencial y completa respecto á su manera de ser.

Mientras que en el Norte se elevaba una barrera insuperable entre el guerrero, que lo era todo, y el ciudadano,

que no era nada, en el Mediodía la fórmula cristiana de igualdad de todos los hombres venía á ser una ley y un principio no consignados en ningún código y que ningún tribunal tenía obligación de hacer respetar, pero que todo el mundo obedecía y acataba sin que nadie atentara á ellos en aquella sociedad acostumbrada á estimar al hombre por algo más que por la fuerza y la materia.

Entre los septentrionales, que no debían tardar en aparecer con el tan animoso como encrudecido Simón de Montfort á destrozár la nacionalidad del Mediodía, toda la categoría del hombre consistía en su espada, es decir, en la fuerza. En el Mediodía, al contrario, la fuerza, es decir, la espada, sólo era útil en el instante de la lucha. El soldado no era el país. La industria, el comercio, las ciencias y las letras daban posición social á los ciudadanos que se elevaban por su propio valer, por sus méritos y por sus virtudes.

Así es como se explica la popularidad de aquella nobleza meridional, el amor de aquellos pueblos á sus reyes y la fraternidad é igualdad de clases que existían en aquella sociedad singular de la Edad-media, compuesta toda de hombres libres, con mútua estimación para sus cualidades respectivas, con respecto á las gerarquías sociales y con noción y conciencia en todos, así de su deber como de su derecho.

El ciudadano recibía al rey en su casa y lo sentaba á su mesa, tenía entrada franca en los palacios y los castillos, era amigo de los magnates y los asociaba á sus empresas mercantiles; el trovador, salido tal vez de la ínfima clase del pueblo, era tratado de igual á igual por los nobles y los barones, era dignatario de la corte, consejero y confidente de los reyes, y podía llegar á la riqueza, á la independencia social, y á veces también á las más altas dignidades de la Iglesia y del Estado.

Las biografías de los trovadores, en efecto, atestiguan la ausencia de todo privilegio de raza en aquella sociedad y en aquella nobleza.

Bernardo de Ventadorn, que es el verdadero tipo del

poeta amoroso en la Edad-media, era hijo de un fognero del castillo de Ventadorn. De oscuro criado del castillo, pasó á ser el paje y después el amigo de su señor el vizconde Ebles, que cultivaba también la poesía provenzal, aunque con menos éxito que su sirviente. Más tarde fué el amante de la vizcondesa Inés de Montluzó, su señora, á la que inmortalizó en sus versos con el nombre de *Belvezer*, y luego el favorito, el privado, y según parece también, el amante de aquella célebre Leonor de Aquitania, nieta de Guillermo de Poitiers el trovador, esposa que fué de dos reyes, el de Francia y el de Inglaterra, y madre de Ricardo *Corazón de león*.

Bonifacio el Calvo, proscrito de su patria por causas políticas, errante y sin hogar por el mundo, llegó á ser el amigo, el consejero, el privado de Alfonso *el sabio* de Castilla.

Elías Cairel, mancebo en una platería y criado de un armero, hizo largos viajes siendo embajador de los más altos personajes de su época.

Guido Folquet, hijo de un oscuro y arruinado caballero, soltó la lira de trovador para tomar el hábito del monje, se cubrió luego con la púrpura cardenalicia y acabó por ceñir la tiara, siendo Papa con el nombre de Clemente IV.

Otro Folquet, el de Marsella, ó por mejor decir el de Génova, pues ésta fué verdaderamente su patria, después de haber compuesto bellísimas canciones de amores que han quedado como modelo, después de haber sido el amante de la vizcondesa de Marsella Adelaida de Rocamarti, después de haber sido el amigo y el favorito de los reyes de Aragón y de Castilla, fué monje del Cister y obispo de Tolosa.

Por fin, Marcabré el expósito, Perdigó el pescador, Elías de Barjols el buhonero, Pedro Vidal, hijo de un pellejero, Aimeric de Peguilhá, hijo de un trapero, y muchos y muchos otros, llegaron por su talento en el *arte de trovar*, no sólo á la meta de la gloria y de la fortuna, sino á la de los honores y dignidades.

Pero tuvo también aquella época otras cualidades ca-

racterísticas. Aquella sociedad abundosa de pasión y de vida, mitad provenzal y mitad española, mitad romana y mitad árabe, necesitaba dar esparcimiento á su actividad y á sus sentidos. El campo de batalla, el claustro y el castillo, es decir, la gloria, la esperanza cristiana y el amor, vinieron á ser para ella una especie de triple objetivo, siendo inspiración y lema para los cantos de los trovadores, lema que no fué otro por cierto que el de *Patria, Fides, Amor*, divisa selecta de los consistorios de Juegos Florales en nuestros tiempos.

Entre los modernos, fueron los trovadores los primeros en descubrir é instituir lo que bien puede llamarse la religión y el culto de la mujer. La mujer, poco menos que esclava en el Norte, era reina y soberana en el Mediodía. Imán de aquella sociedad de oro y de hierro, luz de aquellas generaciones pensadoras, vida de aquella multitud hidalga y galante, era el ídolo de los trovadores, la reina de los caballeros. Presidía las fiestas, vestían sus colores los paladines; una flor ó una cinta de su tocado daba la vida, un deseo suyo la muerte; era reina en los torneos, juez en las cortes de amores, premio en combates mortales, esperanza en certámenes literarios. Por ella se bajaba á la arena; por ella se emprendían lejanas y arriesgadas expediciones; por ella pulsaban su lira los trovadores; por ella se cantaba, se luchaba y se moría; por ella se sostenían combates á ultranza; por ella se realizaban aventuras y portentosas hazañas; por ella, también, se penetraba en la solitaria celda de aquellas góticas y misteriosas abadías, grandes panteones de piedra, donde se encerraban á llorar, vivos en su propia tumba, los pobres enfermos del alma.

En torno de ella, idealizándola, divinizándola, elevaron los poetas su coro de himnos inmortales que vivirán á través de las generaciones y de los siglos; por ella se entregaron los trovadores á actos que serían de la más desatinada demencia, si no pertenecieran al catálogo de las locuras sublimes del amor,

V.

Pero esto tenía relación con las costumbres singulares de la época de los trovadores, y con aquella caballeresca sociedad, de la cual hay que decir algo.

El sentimiento del amor era para los trovadores, y también para los caballeros, la cosa más seria y más importante del mundo. Era el amor el culto de su vida, y como dijo uno de aquellos poetas, el hombre que no amaba, para nada valía:

Nuls hom ses amor res non vau.

Estas ideas de amor eran entonces la ocupación principal de la alta clase y estaban consagradas por los principios de la caballería, cuya influencia fué tan grande en aquella época.

Dadas las noticias que de aquellos tiempos tenemos, el amor, que algunas veces era sólo un pretexto para la poesía y para la galantería, se practicaba de una manera que hoy no podrá menos de parecer extraña. Era el móvil de todas las acciones del hombre, y era también un sentimiento que dominaba á todos los demás, cediendo á su influjo el deber mismo. «El matrimonio no es una excusa legítima para el amor,» dijo Andrés el capellán en su *Arte de amar*, obra del siglo XII. Y en efecto, la frase de este autor se halla confirmada por las sentencias ó juicios que dictaron, presidiendo tribunales de cortes de amor, la condesa de Champagne, hija de Leonor de Aquitania, y la vizcondesa Ermengarda de Narbona. La primera de aquellas disposiciones establece que el amor verdadero, el amor puro, no puede existir entre personas casadas; y la segunda sienta que una dama, áun cuando esté casada, no tiene derecho á rechazar el amor conveniente de un caballero.

El matrimonio, en aquella época tan fácil de romper,

no era para los grandes señores más que un negocio de interés, de cálculo, de engrandecimiento, y, como ha observado Gabriel Azais, no tenía más consistencia este lazo que el de los juramentos recíprocos de un sirviente de amor á su dama. Y por cierto que, según podrá verse más detenidamente en las páginas de este libro, hay fundados motivos para creer que estos juramentos de amantes estaban sujetos á un rito y á una ceremonia, como si verdaderamente fueran un matrimonio formal, ya que los votos se cambiaban al pié de los altares y eran recibidos por un sacerdote.

Pedro de Barjac, en una de sus canciones, le propone á su dama acudir á un clérigo para que disuelva sus compromisos, á fin de que cada uno quede en libertad de contraer nuevas relaciones y consagrarse á nuevos amores.

Estos enlaces, no siempre platónicos, se parecían tanto al matrimonio que, según sienta Andrés el capellán, ya citado, se fijaba hasta una viudedad de dos años al amante que sobrevivía al otro.

Conforme á las costumbres singulares de aquel tiempo, amor y poesía eran sinónimos. *Leys d'amor*, leyes de amor titularon los trovadores á su arte poética, su *arte de trovar*. El amor era para ellos un verdadero culto, el principio de toda virtud, de todo honor, de todo valor, de todo mérito, y la fuente virgen de la poesía. Ya lo veremos demostrado así con textos de sus propias obras.

Un trovador, al tratar de escoger á una dama para hacer de ella *su musa*, como después se dijo, para señora de sus pensamientos é inspiración y tema de sus cantos, como entonces se decía, se fijaba en la que más bella ó más digna le parecía. Poco importaba que fuese superior á él, noble, princesa ó reina; poco importaba que estuviese casada, si quier lo fuera con el propio señor á quien servía ó de quien era súbdito, pues que por lo común no se trataba de pretensiones serias, áun cuando hay ejemplos de que algunas veces estas relaciones platónicas y puramente galantes, sostenidas á la luz del día y á ciencia y paciencia del marido, acababan por tomar un carácter que solía

no ser del agrado de aquel. Véanse si no las biografías de Bernardo de Ventadorn y de Peirol.

De todos modos, sin perjuicio de volver sobre este último punto, la cosa, por lo general, no pasaba de ciertos límites. El trovador aceptaba por dama de sus pensamientos á la hija, á la hermana, á la esposa, á la parienta de su propio protector en el castillo del cual residía, y cuanto mayor era la fama del poeta, mayor la gloria y el placer de la dama elegida, pues lo que entonces se deseaba sólo era la celebridad. La dama escogida se felicitaba de adquirir un servidor que tomaba á empeño hacer célebre su nombre, y no se cuidaba por cierto de la diferencia de rango, que la cualidad de poeta era ya un alto título de nobleza á sus ojos.

Comenzaban entonces los versos. El amante, algunas veces bajo nombres supuestos, como *Belvecer*, *Mielz de domna*, *Conort*, *Delfi*, etc., celebraba en sus canciones, que los juglares iban á cantar por las cortes y castillos, la gracia, la belleza, el talento, el amor de la que dominaba en su corazón; y cuando acaecía algún motivo de reyerta ó de querella entre los dos amantes, no era extraño ver á los caballeros más galantes y corteses del país pleitear la causa de la dama, y á las más bellas y distinguidas señoras ponerse del lado del amante para solicitar su perdón. Ejemplos repetidos de esto se hallarán en las *Vidas de los trovadores*.

Por lo común, según queda dicho, lo que en estas relaciones buscaba una dama, era su nombradía, y así se ve por infinitos textos de trovadores, que citarse pudieran:

«Mi dama, dice Folquet de Marsella, desea que mis cantos ensalcen su mérito, y con esto me honra, porque tan alta belleza necesita un sabio encomiador.»

E pueis li platz qu' eu enanz sa valor
en mon chantar, dei n' aver gran lauzor,
car sos pretz vol moult savi lauzador.

El mismo Folquet dice en otra canción:

«Si ella se digna aceptarme, no tardará en tener la re-

compensa, pues que haré célebre su raro mérito en los más altos lugares.»

Et es mercés, si 'l me deigna aculhir,
qu' en maint bon loc fatz son ric pretz auzir.

«Ella quiere, exclama Rimbaldo de Vaqueiras, que yo ensalce en mis canciones su mérito y donosura.»

Quar vol qu' ieu lau en más chansós
son pretz e sas belas faisós.

«Tan cabal es, señora, vuestro mérito, dice Guillermo de Saint Didier á la dama que le inspira, que nada os sentaría mejor que tener en vasallaje á un trovador que cantara vuestras alabanzas.»

E pois tan es vostre pretz cabalós,
be' staing, domna, c' asalz en seignoratge
un trovador, que vos cant de plans dos.

A veces, como queda indicado, sucedía que, por ir las cosas más allá de los límites galantes, ó por infundados temores y recelos del marido, unas relaciones amorosas se convertían en catástrofes.

Se cuenta de un celoso barón que, deseando poner fin á las canciones de amores que Pedro Vidal hacía por amor de la castellana de San Gil, le mandó agujerear la lengua.

El vizconde Ebles de Ventadorn, al saber que su esposa había otorgado el premio de un beso al trovador Bernardo de Ventadorn, despidió á éste de su castillo y encerró á aquella en una torre, donde murió miserablemente.

El barón de Castell-Roselló hizo pagar con la muerte al dulce Guillermo de Cabestany el amor que por su esposa tenía, arrancándole luego el corazón y dándole á comer á su dama entre otros manjares, consiguiendo sólo que la enamorada castellana, al saber que había comido el corazón de su amante, se arrojase de lo alto de la torre de su castillo diciendo: «Tan sabroso ha sido para mí este manjar, que jamás otro alguno ha de quitarme el sabor que dejó en mis labios.»

Pero esto no era frecuente, ni eran estas las más generales costumbres.

Las relaciones amorosas y las aventuras galantes acostumbraban á tener más plácido y risueño desenlace.

Pedro Vidal, hallando dormida un día á Adelaida, la vizcondesa de Marsella, su señora, le hurtó un beso en los labios, de lo cual se sintió tan herida la dama, que el trovador, temiendo su venganza, se embarcó para Oriente; pero el propio marido, el vizconde Barral, templó el enojo de su esposa, hizo que ésta perdonara al poeta, y al regresar éste de Oriente, ordenó que su esposa le devolviera de buena gracia el beso por aquél hurtado.

Ramón de Miraval, caballero y trovador, amaba á Ermengarda de Castres, llamada por su sobresaliente hermosura *la bella del Albigeois*. Largo tiempo la ensalzó en sus cantos, y cuando llegó la ocasión de reclamar el premio de sus amores y constancia, Ermengarda le dijo que jamás le concedería placer de amor, como no se decidiera á ser su marido, repudiando á su mujer Gaudarenza. Vino en ello Ramón de Miraval, y dirigiéndose á su castillo, llamó á Gaudarenza, que al parecer era poetisa, diciéndole que no gustaba de tener esposa que supiese *trovar*, y que bastante había con un trovador en un albergue. Como Gaudarenza reunía el mérito á la belleza, tenía á su vez un amante en Guillermo Bremón, que accedió á tomarla por esposa; y lo raro de aquellas costumbres está en que el mismo Miraval acompañó á Gaudarenza hasta depositarla solemnemente en poder de Bremón, que había reunido á todos sus amigos para recibir á su dama de las manos de su propio esposo.

VI.

¡Singulares costumbres las de aquella época, y más singulares aún las de los trovadores!

La vida errante y vagabunda, llena de placeres, que esos poetas llevaban, ejercía mucho atractivo sobre las imagi-

naciones. Por poco que un joven tuviera gusto, ideas, memoria y afición al canto, se dedicaba á *trovar* y á correr cortes y castillos, en busca de gloria y de aventuras. Como se veía al ingenio y al talento rodeados de consideración, siendo fáciles caminos para fortuna y para honores, los caballeros mismos, á quienes no contentaba la gloria de las armas, los sacerdotes y los monjes, á quienes la reclusión no satisfacía, abandonaban los unos sus casas señoriales, los otros sus claustros, para lanzarse por el camino de las aventuras.

Así sucedió con varios, entre ellos los trovadores conocidos por *el monje de Puicibot* y *el monje de Montaudon*; así sucedió con Pedro Cardinal, que antes de ser trovador fué canónigo; así con Rimbald de Vaqueiras, con Guillermo Azemar, con Guillermo de Bergadá, con Rimbald de Orange y con otros muchos caballeros, que se hicieron trovadores para conquistarse una reputación y ser bien quisitos de las damas.

La profesión de trovador era algunas veces hereditaria, formaba parte de una herencia y era un lote en la participación de familia. Los dos hermanos de Maensac, por ejemplo, cuando perdieron á su padre, que debía ser un trovador de nombradía, obtuvieron, uno de ellos el castillo y el otro la profesión. Los tres hermanos de Uissel y su primo ejercían, al contrario, su profesión en común, repartiéndose los papeles: el uno componía las canciones, el otro las *tensiones* satíricas, el tercero las *tensiones* de otros géneros, y el más joven venía á ser el juglar que cantaba lo que los demás componían.

Una costumbre verdaderamente singular debe ser consignada. Ninguna dama de la alta sociedad, elegante y á la moda, como hoy se dice, podía pasar sin tener un amante. Esto era perfectamente aceptado en el gran mundo; era casi una ley, y se consideraba humillada la que no lo tenía; pero lo raro es que las críticas más severas y las más acres censuras caían sobre aquella que tomaba por amante á un hombre de clase superior. La indulgencia que se tenía por la pasión, por el amor, por el impulso del co-

razón, no se extendía á las satisfacciones de la vanidad ó de la codicia.

Se cuenta, á propósito de esto, el caso sucedido á Loba de Penautier. Esta dama, esposa de un rico caballero, señor de Cabaret, atraía á los trovadores á su corte, aceptaba sus homenajes y asiduidades, y hasta es fama que les concedía ligeros favores, á fin de que la sirviesen, formándole una reputación con sus cantos. Parece que con este objeto se dejó requerir de amores, muy especialmente por Ramón de Miraval, á quien halagaba para que la celebrase en sus canciones, esperando por este medio atraer la atención del conde de Foix, que sin duda no hubiera fijado sus ojos en una mujer oscura. En cuanto Loba hubo cautivado al gran señor, desdeñó al poeta, quien se vengó de ella abandonándola á su vez cuando la dama de Cabaret fué objeto de los desprecios de la sociedad, que no le perdonó sus debilidades por el conde de Foix.

Con tan singulares usanzas, y para completar el cuadro, debe unirse el recuerdo de aquella sociedad galante y caballeresca, amiga del lujo, del fausto, de la ostentación, de las fiestas, de los torneos, de la belleza y de la grandiosidad en todo; aquellos castillos como el de Ventadorn, donde á la hora de comer se presentaban de pronto el conde de Poitiers y cien caballeros, sin ser esperados, y había, sin embargo, puesto en la mesa para todos y manjares en gran abundancia para apagar el hambre de los recién llegados; aquellas asambleas como las de los *Pyys*, donde se congregaban por espacio de ocho ó quince días las damas y caballeros á centenares, sucediéndose las diversiones y los torneos, y corriendo todos los inmensos gastos de hospedaje y festejos á cargo de un solo barón, que derrochaba allí toda una fortuna; aquellas fiestas como la de Beaucaire en 1174, donde Ramón de Agoult distribuía cien mil sueldos entre los concurrentes; donde Guillermo Gros, cuya comitiva era de trescientos caballeros, hacía guisar todos los manjares en su cocina con fuego de hachas de cera; donde Beltrán Raibaut mandaba sembrar en los alrededores del castillo hasta treinta mil sueldos en mo-

neda; donde la condesa de Urgel, para premio de un certamen, ofrecía una corona estimada en cuarenta mil sueldos; y donde, finalmente, Ramón Venous, queriendo sobrepujar á todos y terminar la fiesta con un espectáculo que excediera á todas aquellas excentricidades de lujo, hacía traer treinta hermosos caballos suyos y los mandaba quemar en presencia de toda la asamblea.

Era realmente una sociedad que parecía hecha para los trovadores. Éstos la removían á su gusto. Verdaderos periodistas de nuestros tiempos, con sus *serventesios* encaminaban la opinión, la encauzaban, encendían ó calmaban las pasiones, provocaban la guerra y sostenían vivo el fuego de la patria; con sus canciones de amores, sus *albas* y sus *pastorelas*, mantenían el culto del amor y la religión de la mujer; con sus *tensiones* despertaban el espíritu, movían el ingenio y obligaban al estudio; con sus composiciones didácticas, con sus poemas, con sus *novas*, con sus *essenhamens* preparaban aquella sociedad para un porvenir de libertad, de civilización y de progreso.

Gracias á los trovadores, aquellas comarcas hubieran de seguro formado una nacionalidad catalano-provenzal y constituido parte de la Corona de Aragón, con el tiempo, si el rey D. Pedro no hubiese muerto en Muret.

Pero esto necesita mayor y más amplia explicación.

VII.

En el instante en que la poesía meridional llegaba á su apogeo, el gran acontecimiento de la cruzada contra los albigenses vino á cambiar la dirección de los espíritus. Fué mortal aquella cruzada, así para la poesía como para la nacionalidad de las comarcas en que era cultivada, y la pobre y mezquina *lengua de oil*, antes tan inferior á la *lengua de oc*, acabó por dominar á ésta, siendo impuesta á los vencidos como lengua de los vencedores.

Antes, sin embargo, de obtener este resultado, hubo ne-

cesidad de ahogar en un verdadero mar de sangre y de fuego las hermosas comarcas que habían dado la señal de la civilización moderna, las nobles ciudades donde vivía y germinaba el espíritu de la libertad, la rica literatura que, aún hoy, después de tantos siglos, es fuente de inspiración y de belleza, la sociedad sin preocupaciones donde los ciudadanos eran considerados al par de los caballeros, y por fin el genio y la tendencia de una generación ilustrada que, por el conducto de un movimiento intelectual, aspiraba á la realización de sus más legítimas esperanzas de independencia y de libertad, siendo centro y foco irradiador de civilización y de progreso para todas las naciones sumidas en la oscuridad y en la ignorancia.

En esa aspiración del Mediodía hay que buscar el secreto de la terrible guerra contra los albigenses, guerra que, por más que lo contrario se pretenda, tuvo un carácter político muy pronunciado, guerra que fué sólo una sangrienta lucha de la civilización del Mediodía contra la barbarie del Norte.

Es necesario comprender bien el espíritu de la sociedad meridional, antes y durante las cruzadas contra los albigenses. Sólo así es como puede tenerse una idea de aquella guerra desastrosa, cuyo desenlace fué la ruina de toda una civilización, llevada á cabo por la liga poderosa que durante veinte años se desencadenó contra la nacionalidad provenzal, combatiéndola con las armas de la religión.

Dos rasgos distintos marcan aquella época. Hay, y no debe negarse, un sentimiento religioso, pero hay también un sentimiento político. En el primero se apoyaron los que, obedeciendo al segundo, querían acabar con el Mediodía.

Invocando la salvación de la Iglesia y el nombre de Dios, fué como las naciones se alzaron en masa para marchar á aquella guerra de exterminio. Se predicó la cruzada contra los pueblos del Mediodía como hubiera podido predicarse contra los árabes y salvajes. Por esto se ve aquella guerra impregnada de un espíritu de mezquina y fanática venganza.

Dos razas de hombres se hallaron frente á frente. Los odios, enemistades y repugnancias que existían entre ellas, y de que las crónicas nos dan expresiva idea, contribuyeron no poco, sin duda, á los excesos que se cometían con los vencidos. Los provenzales y los franceses estaban separados entre sí por la más profunda antipatía, la cual resaltaba al encontrarse en los torneos, en los palacios, en las fiestas y en las mismas cruzadas, sin embargo de reunir éstas á todos bajo una misma bandera. No habían bastado á extinguir aquellas antiguas y tradicionales antipatías ni siquiera los enlaces verificados entre las altas casas señoriales de ambas orillas del Loire. Aun hoy mismo queda algo de ello.

La ambición, la codicia, la rapiña, no hay que disfrazar la palabra, entraron por mucho en la idea de los barones que se apresuraron á alistarse bajo las banderas de la Iglesia. Las ricas y florecientes tierras provenzales ofrecían una seductora presa á los pobres caballeros del centro de la Francia, que ardían en deseos de cambiar sus antiguas torres medio derruidas y sus decrépitos castillos, por las grandes y opulentas castellanías de Provenza.

No hay que olvidar una cosa especialísima en la guerra de que hablamos, guerra á la cual se ha intentado en vano dar sólo un carácter religioso, procurando intencionadamente apartar lo mucho que tuvo de política. Los historiadores cortesanos del poder han tenido buen cuidado de ocultar la mitad de la verdad, y la verdad entera es que si la reforma ó la doctrina predicada por los albigenses llegó á ser una causa nacional, se debió sólo y exclusivamente á la persecución de odio y exterminio predicada y llevada á cabo por el clero.

Siempre, en todas épocas y en todas las cosas de este mundo, las mismas causas produjeron los mismos efectos. Por sagrada que sea una causa, si apela á la fuerza y á la violencia, éstas producen víctimas, las víctimas se convierten en mártires, los mártires inspiran lástima, la lástima provoca la reacción y la reacción acaba por repeler la fuerza con la fuerza. Parece como que Dios haya querido,

con la indeclinable lógica que está en la razón de ser de las cosas mismas, poner un freno á los hombres que por su posición y por lo apasionado de la flaqueza humana pudieran abusar de la santidad de una causa, haciéndola servir á miras é intereses ajenos á ella.

No hay que buscar otro origen á la causa que hizo cundir la reforma de los albigenses y propagarla por todo el Mediodía, haciendo que éste se armara, más que para defender aquella, para vengar á las víctimas; más que para sostener la herejía, para defender y conquistar la libertad política; más que para sostener la novedad de una doctrina religiosa, para resistir á la invasión opresora y combatir en favor de la independencia contra la tiranía.

Si los señores territoriales aceptaron la reforma albigense, fué porque ella les daba una independencia que antes no tenían, libránolos de su sujeción al papa: si los pueblos de la lengua de oc la adoptaron, fué porque respondía á sus necesidades, porque satisfacía sus aspiraciones, porque les libertaba de un clero evidentemente mal aconsejado, que se oponía á sus franquicias locales y á sus intereses comunes. Así, pues, las pretensiones políticas del clero, en lugar de servir á su triunfo, precipitaron la marcha de las innovaciones religiosas.

La herejía no era cosa nueva en el Languedoc, donde desde los primeros siglos se había ido reproduciendo bajo una ú otra forma, con uno ú otro nombre, y casi siempre mezclada con algo de sentimiento político, como cosa natural al carácter de independencia y de libertad que ha dominado constantemente en el Mediodía.

Corriendo los años de 1147 volvió á propagarse de nuevo, y con cierta insistencia, pululando varias sectas que luego vinieron á confundirse todas bajo el nombre de *albigenses*, por haber sido en Albi donde comenzaron las predicaciones más fervorosas de la nueva doctrina.

Los albigenses predicaban especialmente, valiéndose de ello como de un arma, contra el lujo y la impureza de los prelados y los clérigos, cuyas costumbres, desarregladas entonces por lo general, no dejaban por desgracia de pres-

tar abundante materia á los discursos de los innovadores. Los herejes llegaron á ser tan numerosos, que en 1178 Ramón V de Tolosa, católico ardiente, viendo la infinidad de nobles que habían abrazado las nuevas opiniones, escribió al rey de Francia, para que «le ayudase á exterminar á los enemigos de Jesucristo.»

Su hijo Ramón VI, que le sucedió en 1194, no manifestó el mismo horror por las doctrinas que la Iglesia había condenado, y se sospechó bien pronto que las favorecía. El ejemplo de la emancipación que la provincia aquella podía dar al universo católico, ocupó vivamente al pontífice Alejandro III, quien encargó á varios obispos la predicación evangélica en el país.

Poco resultado hubo de dar esta misión, pero no por esto se renunció á la esperanza de dominar la herejía. En cuanto la tiara hubo ceñido la frente de Inocencio III, aquel papa de genio vasto y audaz conoció que la supremacía romana podía verse amenazada, y ordenó á los príncipes, condes y barones que asistiesen á sus legados, y á los pueblos que se armasen contra los herejes.

Los albigenses eran de costumbres evangélicas y puras y combatían á todo trance los principios de la disciplina romana y los abusos de un poder insaciable. Inocencio III, con su espíritu verdaderamente superior, comprendió todo el peligro que existía para el poderío papal en dejar que echaran raíces aquellas innovaciones, en dejar que desplegara sus alas la civilización del Mediodía, y decidió extirpar la herejía con el hierro y con la llama, hundiéndola, si era necesario, bajo las ruinas humeantes del estado mismo á cuya sombra se cobijaba.

Claramente pudo verse cuál era la decisión del sumo pontífice, la de no dar cuartel. En aquellos tiempos el clero estaba acostumbrado á acudir á las armas.

Para comenzar la guerra se necesitaba, sin embargo, un pretexto, y desgraciadamente no tardó en presentarse.

VIII.

Tal vez no hubiéramos podido apreciar con toda exactitud aquella guerra ni conocerla en todos sus detalles, si no hubiesen llegado por fortuna hasta nosotros dos obras importantes, que son al propio tiempo dos grandes monumentos de la literatura provenzal.

Es la una la *Historia de la guerra de los albigenses*, escrita en prosa romana por un autor desconocido, y que, revisada y corregida sobre la edición que de ella hicieron los Benedictinos primero, y después Du Mege, ha publicado, con el manuscrito á la vista, el Indígena de Tolosa.

Es la otra la *Historia en verso de la cruzada contra los herejes albigenses*. (*Aïço es la cansós de la cruzada contra 'ls ereges d' Albijsois.*) Gracias á profundas investigaciones, principalmente á las llevadas á cabo últimamente por M. Pablo Meyer, se ha demostrado que esta es obra de dos autores, siendo la primera parte de Guillermo de Tudela, y la segunda de un trovador de Tolosa, cuyo nombre es desconocido.

Las dos obras comienzan con la cruzada y terminan en el año 1219. Hay que tenerlas á la vista para poder apreciar aquellos acontecimientos.

El papa había enviado en 1198 dos monjes del Cister, cuyas predicaciones fueron inútiles. En 1203 envió á otros dos, Raul y Pedro de Castelnaud, con el título de legados, con amplios poderes y con la misión de recorrer las comarcas infestadas por la herejía. De Pedro de Castelnaud se dice que era hombre instruido, noble y virtuoso, pero fanático, violento é intransigente.

No obtuvieron mejor resultado que sus antecesores. Tenían que luchar con todo el país, el cual no era realmente hereje, pero sí simpático á las predicaciones de los herejes contra los desafueros, los desórdenes y las violencias que cometía entonces el clero, malaventuradamente olvidado de sus deberes.

Nada, ó muy poco al menos, pudieron conseguir de los magistrados de Tolosa, de los oficiales del conde, del mismo Ramón VI, quienes se regían por leyes y costumbres que eran tan favorables á los principios de la libertad como contrarias á toda medida de violencia. El único fruto de sus amenazas fué alcanzar que los predicadores heterodoxos, en vez de predicar en pleno día, celebraran sus asambleas por la noche.

Los legados, sin embargo, tomaron medidas extremas hasta allí donde alcanzaba su poder, deponiendo ó suspendiendo á los obispos sospechosos de tibieza ó connivencia, y reemplazándoles con sacerdotes de celo ardiente y fanático.

Preciso es hacer constar aquí que los esfuerzos de los legados se estrellaban principalmente en la resistencia que oponían los trovadores, hombres inteligentes y populares, grandemente amigos de la libertad del pensamiento, y contrarios á la idea de absorción y de fanatismo que inspiraba á los mensajeros del papa. Los trovadores fueron en aquella ocasión verdaderos apóstoles de la libertad, tanto más celosos de conservar su nacionalidad y costumbres libres, cuanto con más ardor veían al clero precipitarse por un camino que podía conducir á la negación del progreso y al embrutecimiento del pueblo. Y los cantos, los *serventesios* de los trovadores, no hay que olvidarlo, contraban en la multitud más eco que las predicaciones de los legados.

Viendo el papa que éstos avanzaban poco, no tardó en enviarles un refuerzo con el mismo abad del Císter, Arnaldo de Amalrich, hombre que bajo su hábito de monje tenía el genio destructor de los Gensericos y de los Atilas, uno de esos azotes de Dios, ha dicho el historiador Enrique Martín, que la providencia envía al mundo en sus momentos de cólera.

Pronto se les unió también un cuarto apóstol, que se había hecho monje del Císter después de haber sido por largo tiempo trovador y de haberse hecho célebre con sus canciones amorosas. Era Folquet, llamado el de Marsella,

el antiguo amante de aquella vizcondesa Adelaida, por cuyos favores tantos suspiraron, y á causa principalmente de cuyos amores debía él cruzar las puertas de un claustro, y Pedro Vidal atravesar la línea que separa la razón de la locura.

Fué éste uno de los rarísimos trovadores que desertaron de la causa del conde de Tolosa y de la patria provenzal. Precisamente por esto, como sucede á todos los traidores, tuvo que exagerar su celo, llegando hasta donde otros no llegaron ó no pensaron llegar siquiera. Para recompensarle, los legados depusieron al obispo de Tolosa y nombraron á Folquet en su lugar.

También auxilió á los legados en su empresa el fundador de la Inquisición, Santo Domingo, aquel hombre verdaderamente ilustre, pero todavía incomprensible, el cual recorrió como predicador el país de la lengua de oc, siendo allí, y con motivo de los albigenses, donde organizó la institución que tan tristemente célebre debía hacer su nombre, y que de seguro no hubiera creado á saber los frutos que debía dar.

Todos los esfuerzos de estos legados fueron inútiles por el momento. El violento modo de proceder de Folquet, el antiguo trovador, sólo consiguió hacerle odioso. Los magistrados de Tolosa, los nobles y barones, el conde mismo, cuando se veían vivamente apremiados por los embajadores del papa, protestaban de su ortodoxia y hasta prometían exterminar á los disidentes, pero nada hacían. El conde de Tolosa manifestaba evidente repugnancia á ser el perseguidor y el verdugo de sus súbditos.

Ramón VI se preparaba á sostener una guerra, por intereses políticos de su casa, cuando Pedro de Castelnau le requirió para que olvidase su querella y se ocupase sólo de los intereses de la Iglesia. Negóse á ello el conde, y el legado entonces le excomulgó, ratificando el papa la sentencia por medio de una letra apostólica en que prodigaba las quejas contra el conde.

Consintió por fin Ramón VI en hacer la paz, pero procuraba ganar tiempo. Entonces Pedro de Castelnau esta-

lló en imprecaciones, y el conde de Tolosa, exasperado, en amenazas. En aquellos momentos un oficial del conde, que se trabó de palabras con el legado, le atravesó de parte á parte con su espada, dejándole cadáver.

La ocasión, largo tiempo esperada, se presentó por fin. Imputóse á Ramón VI, á pesar de sus protestas, la responsabilidad del crimen, é Inocencio III resolvió hacer predicar contra los herejes una cruzada en los mismos términos y con los mismos medios que para las grandes empresas contra los sarracenos. Ramón, excomulgado de nuevo, fué por su orden anatematizado en todas las iglesias; los monjes del Cister, esparciéndose por el Languedoc, por Francia y por Provenza, hicieron resonar desde lo alto de todos los púlpitos un grito de guerra y de exterminio; y el Norte entero se levantó para caer de improviso sobre el Mediodía con todo el peso de su antiguo odio nacional.

El papa se expresaba en estos términos, como hubiera podido hacer en una proclama:

«¡Sus, soldados de Cristo! Exterminad la herejía por todos los medios que Dios os ha revelado. Extended á lo lejos vuestro brazo y combatid con mano vigorosa á los sectarios de la impiedad, haciéndoles más ruda guerra que á los sarracenos, pues son peores. Por lo tocante al conde Ramón, aún cuando invoque el nombre de Dios y ofrezca dar satisfacción á Nos y á la Iglesia, no desistáis por ello de hacer que sobre él caiga todo el peso de la opresión que por su conducta merece. Arrojadles á él y á sus fautores de sus castillos y tierras, á fin de que los católicos ortodoxos puedan establecerse en todos los dominios de los herejes.»

El espíritu de la cruzada contra los albigenses está por entero en estas pocas líneas, con el germen de todos los horrores que provocó.

A la alocución del papa, los predicadores albigenses contestaron con terribles sermones. Uno de ellos, tomando por texto las palabras de Ezequiel: *Espada, espada, sal de la vaina y temple tus filos para herir*, fulminó estas tremendas palabras:

«La Santa Sede se ha convertido en un centro de infección, en un lugar de prostitución. Los papas impíos han convertido la casa de Jesucristo en una caverna de ladrones, de donde salen los tigres mitrados con alma de cieno para devorar su presa. El hierro y el fuego es lo que debe oponerse á semejantes miserables, cuyas blancas vestiduras, parecidas á los mármoles de las tumbas, no sirven más que para ocultar la podredumbre y la infección.

»¿Qué más esperáis ya para decidiros entre Jesucristo y Satanás? ¡Mirad á vuestros verdugos, miradles cómo avanzan! Han abandonado ya las palabras melosas con que querían adormecerlos, y han rasgado ya el velo que los cubría. Bajo sus labios hipócritas se ven sus dientes de tigre. Se divisan sus garras de buitre á través de sus vestidos de púrpura y de sus capas sacerdotales. Esas columnas del infierno son los hombres de sangre y de rapiña; los hijos de Dios se conocen por sus sufrimientos. Allí donde están las víctimas y los mártires, allí están los justos.

»Llegado es ya el momento en que el grano sea separado de la paja. Seamos todos soldados en el peligro común. Dios lo quiere, Dios estará con nosotros. Armémonos, marchemos é hiramus sin descanso por do quiera donde haya mártires que vengar y verdugos á quienes castigar.

»Espada, espada, sal de la vaina y templa tus filos para herir.»

Predicada la cruzada por la Iglesia, Felipe Augusto, en el Parlamento de Villeneuve-le-Roi, autorizó á sus barones para tomar las armas contra los herejes, recordando los designios del Sumo Pontífice. Los barones francos acudieron en gran número, y entre ellos Simón de Montfort, aquel cuyo nombre debía cobrar tan sanguinaria celebridad en aquella guerra, aquel que por su valor, su ferocidad y su fanatismo no debía tardar en ser cabeza de los cruzados.

El conde de Montfort había sido uno de los más audaces campeones de la cruzada de 1201, habiendo seguido á

los franceses al sitio de Zara. En el ataque de Constantinopla separóse de los cruzados y pasó al servicio del rey de Hungría, yéndose después á Palestina, donde lidió con los infieles. Llegó á Francia, de regreso de su larga peregrinación á Ultramar, sin haber podido adquirir ni feudo ni condado, pues todas las más ricas tierras de Palestina se hallaban entonces en poder de los sarracenos. Apresuróse, pues, á aceptar un puesto de capitán en la nueva cruzada, que podía añadir, como añadió en efecto, grandes feudos y ricas tierras de Provenza á su pequeña baronía de Montfort l'Amaury, entre París y Chartres.

De todos los puntos de Francia habían acudido caballeros para alistarse bajo las banderas de la cruz y caer como buitres hambrientos sobre la presa que les presentaba el Mediodía. Felipe Augusto envió quince mil hombres de armas. Todos llevaban cruces en los cascos para distinguirse de los cruzados de Ultramar, que las llevaban en sus corazas.

IX.

Cuando el conde Ramón de Tolosa supo el gran alzamiento de gente que en toda Francia se hacía contra él, comenzó á preparar sus medios de defensa, pero sus intentos belicosos no duraron mucho tiempo. A la vista de los formidables preparativos de los franceses, bajo la presión de los terribles anatemas fulminados uno tras otro por la Santa Sede, perdió la serenidad y faltáronle la resolución y la fuerza moral que hubieran podido salvarle ó hacerle sucumbir con honra. Se lisonjeó con la esperanza de que podría calmar á los que habían resuelto su pérdida y que de antemano se repartían sus despojos. Negoció, suplicó, se humilló de diversas maneras, devoró mil afrentas, y sus enemigos se aprovecharon de su debilidad para quitarle uno á uno todos sus recursos y para destruir sus apoyos, á fin de anonadarle por completo.

La ceguedad absurda de los sectarios por un lado, la

incapacidad deplorable de los dos últimos condes de Tolosa por otro, fueron las causas que paralizaron la resistencia de las poblaciones meridionales, dando el triunfo á la cruzada. La raza de los condes de Tolosa reinaba hacía ya mucho tiempo, se había gastado en el trono y no estaba á la altura de las circunstancias. Hubiera sido necesario acaso reemplazarla con otra, y el autor de estas líneas, después de haber hojeado no pocas crónicas y no pocos manuscritos que de aquel tiempo tratan, tiene fundados motivos para sospechar que llegó á pensarse seriamente en esto por algunos de los más activos agentes que tuvo la causa de la resistencia meridional. A otra cosa no obedecían, en el fondo, aquellos atrevidos é intencionados *serventesios*, de que se dará cuenta en este libro, dirigidos por algunos trovadores al rey D. Pedro de Aragón para decidirle á ir en auxilio del amenazado Mediodía. El monarca aragonés, cuñado del conde de Tolosa, fué por un momento la esperanza de aquellos pueblos, de aquella sociedad caballeresca, de aquella raza inteligente. Desgraciadamente, cuando se acudió á él comenzaba á ser tarde, pero áun así, sin la catástrofe de Muret, es posible que se hubiese levantado una nacionalidad catalana ó provenzal en aquellas comarcas.

Las debilidades del conde Ramón VI y sus incertidumbres dieron motivo para que Milón, que había sustituido á Pedro de Castelnau, como legado de la Santa Sede, le requiriese para comparecer ante un concilio de obispos reunido en Valencia de Provenza. Accedió el conde, y en presencia de los prelados y el pueblo, comenzó á deliberarse, teniendo lugar una de aquellas ceremonias y uno de aquellos actos que sólo con rubor pueden escribirse y con hondo sentimiento leerse.

Tomó Milón la palabra, y dijo:

—Ramón, ¿prometes obedecer fielmente mis órdenes? ¿Quieres poner en mis manos, en prenda y garantía, siete de tus castillos?

—Sí, señor legado,—contestó humildemente el conde. Entonces Milón, dirigiéndose á los cónsules y magistra-

dos de Avignón, Saint-Gilles, Nimes y otras poblaciones, allí presentes, preguntó:

—¿Estáis dispuestos á desobedecer á Ramón, si deja de cumplir lo que acaba de prometer?

Contestaron afirmativamente los requeridos, y el conde leyó la siguiente humillante y vergonzosa fórmula de juramento:

«A 18 de Junio de 1209, yo Ramón, por la gracia de Dios duque de Norbona, conde de Tolosa, marqués de Provenza, me pongo yo y mis castillos, á saber, Oppeda, Montferrant, Baumes, Mornás, Roquemaure, Fourques y Fanjaux, bajo la misericordia de Dios y bajo el poder absoluto de la Iglesia romana, del papa y de vos, monseñor Milón, legado de la Santa Sede apostólica, para servir de caución con motivo de los artículos por los cuales he sido excomulgado. Confieso desde ahora mantener estos castillos en poder de la Iglesia romana y del papa, prometiendo confiarlos á quien vos queráis, y obligar, conforme se me ordena, á los castellanos y habitantes al juramento de guardarlos exactamente todo el tiempo que estarán en poder de la Iglesia, relevándoles de la fidelidad que me deben.»

Después de este juramento, el legado envió á tomar posesión de los castillos dados en garantía, y sólo entonces fué admitido el conde á la absolución.

El 22 de Junio del mismo año de 1209 tuvo lugar otra triste y vergonzosa ceremonia en Saint-Gilles.

El legado, en compañía de muchos obispos, se situó en el vestíbulo de la iglesia de Saint-Gilles, donde se había levantado un altar lleno de reliquias. El conde Ramón avanzó hacia el santuario. Iba desnudo hasta la cintura y llevaba al cuello una cuerda, cuyos dos cabos, como los de una bestia de carga, eran sostenidos por dos obispos. Entonces tomando el conde la palabra, se expresó así ante toda la asamblea con acento conmovido:

«En el año doce del pontificado de monseñor el papa Inocencio III, yo, Ramón, en presencia de las santas reliquias, de la Eucaristía y de la Vera Cruz, juro obedecer

todas las órdenes del papa y las que vos me déis, monseñor Milón, tocante á cada uno de los artículos por los cuales he sido excomulgado. Prometo dar explicaciones de buena fé sobre todos los puntos de que he sido acusado, y particularmente sobre lo que se dice de no haber yo mantenido el juramento que había prestado de expulsar á los herejes, favoreciéndoles por el contrario; sobre lo que se dice de haber yo sostenido bandas de merodeadores, mesnadas ó compañías de bandidos, y confiado á judíos empleos públicos; sobre lo que se dice de haber yo hurtado el dominio de la santa Iglesia, fortificado los monasterios como punto de defensa, y arrojado de su Sede al obispo de Carpantrás, al cual me obligo á pagar una indemnización de 1.800 sueldos raymodines; sobre lo que se sospecha de haber yo tomado parte en el asesinato del legado de la Santa Sede Pedro de Castelnaud; sobre lo que se dice de haber hecho yo encarcelar al obispo de Vaison y haberme apoderado de su palacio. Si falto á lo que digo, consiento en que los castillos dados en garantía queden propiedad de la Iglesia, y que entonces mis súbditos sean absueltos del juramento de fidelidad.»

Pronunciadas estas palabras por el conde, el legado Milón se expresó en estos términos:

«Conde Ramón: yo te mando restablecer al obispo de Carpantrás en todos los derechos que tiene dentro y fuera de su diócesis; restituir asimismo todas las propiedades de la iglesia de Vaison..... y vosotros, Guillermo de Baucio, príncipe de Orange, Guillermo de Arnaud, Ramón de Agout, Beltrán de Landan, Bernardo de Anduce, señor de Orez y señor de Lunel, aquí presentes: ¿hacéis todos el mismo juramento?»

Todos lo prestaron, y comenzó entonces la ceremonia de reconciliación.

El legado hizo poner una estola, en lugar de una cuerda, al cuello del conde de Tolosa, y habiéndola cogido por los dos cabos, le introdujo en el santuario mientras le azotaban con unas disciplinas. El conde tenía el rostro encendido de vergüenza. Por fin, el legado le dió la abso-

lución. La muchedumbre era tan grande en la Iglesia que fué preciso hacer salir al conde Ramón, lleno de sangre, por un subterráneo que daba al campo, no sin antes haberle hecho pasar por delante del sepulcro de Pedro Castelnau, como en expiación del crimen de que se le acusaba.

Al día siguiente el legado reunió una asamblea y nuevas condiciones fueron impuestas al conde, quien aceptó cuanto se exigió de él. Hízosele prometer y jurar sobre los Santos Evangelios que cuando los príncipes francos llegáran á sus estados, les obedecería puntualmente, tanto por lo que convenir pudiese á su propia seguridad, como por las demás cosas que juzgasen á propósito recomendarle para su utilidad ó para la de todo el ejército de Dios.

De esta manera se comprometía el conde de Tolosa hasta á tomar las armas contra sus propios súbditos. Seguramente la historia no registra caso de mayor humillación.

X.

El vizconde de Beziere, de más resolución y varonil carácter que el conde de Tolosa, no quiso ceder ni prestarse á aquellas humillaciones, y contra él se dirigió la ira de los que se llamaban mensajeros de Dios.

Los habitantes de las pequeñas poblaciones y de las casas de campo se habían refugiado en Beziere, herejes y católicos, pues que el ejército de los cruzados era tan terrible para unos como para otros. Los jefes de la cruzada enviaron á la ciudad al mismo obispo de Beziere, el cual reunió á los habitantes en la iglesia catedral, y representándoles el grave peligro que corrían, les aconsejó que rindieran la ciudad al legado, poniendo en sus manos los herejes que el obispo conocía perfectamente, y cuyos nombres había puesto por escrito. Todos unánimemente se negaron.

—Venerable padre—le dijo uno de los cónsules,—todos

somos cristianos, y en torno nuestro sólo vemos hermanos.

El obispo tornó al campo con esta respuesta, y los cruzados deliberaron sobre la clase de castigo que debía imponerse á la ciudad rebelde. Fué resuelto el exterminio. Algunos caballeros pidieron gracia en favor de los católicos, pero Arnaldo de Amalrich, abad del Cister, contestó con aquellas horribles palabras, desde entonces memorables:

—Matadlos á todos, que Dios ya conocerá á los suyos.

Y así fué.

Acercáronse los cruzados á la ciudad, y los de Beziers salieron á su encuentro, con más bravura ciertamente que prudencia. Fueron rechazados, y los enemigos entraron tras de ellos en la ciudad.

Todos cuantos pudieron se retiraron á la Iglesia de la Magdalena, pero allí fueron á buscarles los cruzados, sin que ni siquiera les valiese tan santo asilo.

«Nada pudo garantizarles, dice el poema de la *Canción de la cruzada*, ni cruz, ni altar, ni crucifijo. Los desarrapados truhanes mataron á clérigos, mujeres y niños. No creo que uno solo escapara con vida. ¡Dios, si así le place, habrá recibido sus almas en el Paraiso! No creo que nunca, desde el tiempo de los sarracenos, se haya consentido ni ordenado tan cruel carnicería.»

Que no 'ls pot gaudir erotz, autar ni crucifis:
e los clerics auzirian li fol ribautz mendis,
e femmas e en'ans, c' anc no cug us n' ichis.
Deus recepia las armas, s' il platz, en paradís!
c' ançmais tan fera mort del temps sarrazinis
no cuge que foi feita, ni c' om la consentis.

Todos fueron, pues, pasados á cuchillo allí mismo, al pié de los altares, y como si esto no bastara, la ciudad entera fué entregada á las llamas y al saqueo.

La ciutat s'en espren e leva se l'esglais;
la vida ars trastota de lonc e de biaís.

El cronista Alberich de Troisfontaines pretende que los

mueritos fueron sesenta mil, y de ellos, siete mil al menos, en la iglesia de la Magdalena. El contemporáneo Bernardo Isthier, de Limoges, dice que sólo fueron treinta y ocho mil. Arnaldo de Amalrich, en su carta dando cuenta de la victoria al papa, confiesa veinte mil.

Las poblaciones se exasperaron entonces. Hubo un grito de indignación general contra el dominio de los hombres de Francia. Narbona hubo de rendirse, y, por una traición inconcebible del legado, el vizconde de Beziers quedó prisionero y Carcasona capituló.

Poco después, Simón de Montfort se hacía proclamar vizconde de Beziers y Carcasona, y Arnaldo de Amalrich arzobispo y duque de Narbona.

Ramón de Tolosa vió entonces que aún estaba más amenazado que antes. Las exigencias de los legados fueron creciendo, cada vez más imperiosas y duras. Ramón y los magistrados de Tolosa recibieron orden de entregar, con cuerpos y bienes, *todos los sospechosos de herejía*. Los magistrados contestaron noblemente que no había herejes en Tolosa. Entonces el legado del papa excomulgó de nuevo al conde y puso en entredicho la ciudad.

Humillóse de nuevo Ramón, partió para Roma, vió al papa, fué enviado ante un concilio, y por tales afrentas hubo de pasar, que la fuerza de su dolor le devolvió su pérdida energía.

Pero entonces pudo ya contar con el auxilio de D. Pedro de Aragón, el *católico* y el *noble*.

Regresaba D. Pedro de su jornada contra moros y de la batalla famosa de las Navas, en la cual tomó parte, cuando fué solicitado para acudir en ayuda de su cuñado el conde de Tolosa.

Dicho queda ya que las poblaciones meridionales, al ver la ineptitud y las vacilaciones de Ramón VI, dirigían sus miradas como una esperanza hacia Aragón y hacia aquel monarca ilustre, unido por lazos de sangre con el conde de Tolosa, que era de su raza, que era soberano en algunas de aquellas comarcas, que tenía derechos á parte del Languedoc, que hablaba su lengua, que era lla-

mado por los poetas *flor de los reyes, esplendor de la tierra, adorno del mundo, espejo de gentileza y cortesía*.

Tiempo hacía ya que iban y venían mensajeros de Aragón á Tolosa, de Tolosa á Cataluña. Los trovadores, interpretando la opinión pública, dirigían patrióticos *serventesios* á D. Pedro, reclamando el apoyo de su brazo para la causa sagrada de la nacionalidad provenzal. D. Pedro, ceñida aún su frente con los laureles de las Navas, se decidió por fin, pero, prudente y avisado, envió primero embajadores á Roma con una carta dirigida al papa quejándose amargamente de las vejaciones que los legados y Simón de Montfort ejercían en Provenza, así como de la guerra injusta que al conde de Tolosa se hacía.

El papa ordenó la celebración de un concilio en Lavaur para que fuesen expuestas y oídas las quejas del monarca aragonés; pero ya los legados tenían formado su plan, la pérdida del conde de Tolosa estaba convenida, y el de Montfort se había propuesto ser dueño de aquel condado, como lo era ya de Beziers y Carcasona.

D. Pedro no fué atendido por el concilio de Lavaur, que contestó á su memorial de agravios con un capítulo de cargos.

Viendo entonces el rey de Aragón que nada podía conseguir, que se le negaba cuanto podía por aquellos hombres cuya misión debía ser de paz y fraternidad y no de guerra y de venganza, conociendo que con respecto á ellos la lucha no era de fé y de piedad, sino de saqueo y de codicia, tomó una resolución definitiva, y se declaró protector del conde de Tolosa y de sus aliados.

Mientras este acto era celebrado en Tolosa, donde á la sazón se hallaba D. Pedro, con grandes demostraciones de júbilo; mientras los trovadores, que tanto habían influido para este resultado, dirigían entusiastas cantos al monarca aragonés, á quien miraban ya como salvador de Provenza, el arzobispo de Narbona, Arnaldo de Amalrich, enviaba á D. Pedro una carta para disuadirle de la resolución que acababa de tomar. En ella le decía que si tomaba el partido de los excomulgados, á su vez lo sería,

y amenazábale con lanzar el anatema sobre aquellos de sus súbditos que tomasen las armas en favor de los intereses del conde de Tolosa.

Estas amenazas no hicieron mella en el rey de Aragón, que nunca quizá como en aquella ocasión mereció con más justicia el renombre de *noble* que le dieron sus biógrafos. Mantuvo su palabra, y desde aquel momento hizo causa común con los condes de Tolosa, de Foix, de Comminges, el vizconde de Bearne, los nobles de Tolosa, los de Carcasona y Beziers que en aquella ciudad se habían refugiado, y, finalmente, con los tolosanos en general, que le prestaron juramento de obediencia en Febrero de 1213. El conde de Tolosa y su hijo pusieron sus personas, su ciudad, sus dominios, sus vasallos y súbditos á disposición y en la posesión real y efectiva de Pedro de Aragón y de sus tenientes, dándole facultades para prometer en su nombre al papa que harían lo que éste mandase, y autorizándole para obligarles á ello si se negaba. El *capítulo* ó asamblea de cónsules y magistrados municipales prometió, por su parte, obedecer fielmente y estar á lo que D. Pedro dispusiera.

Aún tenía éste esperanzas en el papa. Así es que, para prevenirle sobre lo acaecido en el concilio de Lavaur y darle á conocer la notoria y extraña injusticia de los obispos y legados, le envió las actas por las cuales el conde de Tolosa y su hijo, los cónsules y habitantes de esta ciudad, los condes de Foix, de Comminges y Gaston, vizconde de Bearne, ponían sus personas y bienes en sus manos, con promesa de ejecutar fielmente todo lo que el papa pluguiera ordenarles. Las copias de estas actas fueron certificadas por el arzobispo de Tarragona y los obispos y abades de Aragón y Cataluña, que le habían acompañado á Tolosa.

Sin embargo de todo, y dada aún la poderosa protección del monarca aragonés y la notoria justicia de los excomulgados, no hubo para estos ni piedad ni perdón. Apresurémonos, no obstante, á consignar el noble comportamiento del clero aragonés y catalán en aquellas circuns-

cías. No abandonó á D. Pedro, á pesar de formar causa común con los herejes, y junto á él estuvieron siempre el arzobispo de Tarragona, los obispos de Barcelona, Segorbe y otros prelados.

XI.

El concilio de Lavaur, por su parte, había enviado dos prelados al papa, los cuales le presentaron las cosas de distinta manera que los embajadores del rey de Aragón, haciendo que se obrara un completo cambio en su ánimo. Interesados en que siguiera adelante la persecución, clamaron abiertamente por la ruina de Tolosa y el castigo de sus habitantes, diciendo que la salud de los cristianos dependía de que aquella nueva Sodoma fuese anonadada. El papa recibió cartas de casi todos los obispos del país, hechura de los legados, en el mismo sentido. Inocencio III cedió, pues, á este encarnizamiento: la política ahogó la piedad; la codicia superó á la fé; la venganza á la caridad. Doblegándose á esta influencia, escribió al rey de Aragón conminándole con la ira y los rayos de la Santa Sede, si se oponía á que se continuara una obra santa en la que estaban interesadas la causa de Dios y de la Iglesia. A pesar de esta carta y de estas amenazas, Pedro *el noble* no desistió.

Había regresado el monarca aragonés á Cataluña desde Tolosa, y habíase corrido hasta Lérida, ordenando en todo el país un levantamiento de gente para acudir en auxilio de la causa provenzal. Su contestación al mensaje del papa, fué disponerse á pasar los Pirineos para unirse con los excomulgados y envíar uno de sus capitanes á Simón de Montfort, para retarle en toda forma, según era usanza y ley entre caballeros que se disponían á romper las hostilidades.

Recibido el cartel por Simón de Montfort, envió, á su vez, un mensajero al rey con encargo de decirle que estaba pronto á defenderse contra él y contra los demás enemigos

de la Iglesia. El embajador del jefe militar de la cruzada fué recibido por D. Pedro en plena corte, ante la cual dió cuenta de su misión.

Inmediatamente salió un cuerpo de catalanes para talar las tierras que Simón de Montfort llamaba ya suyas, y quedaron rotas las hostilidades.

Entró D. Pedro en campaña al frente de una brillante hueste de caballeros aragoneses y catalanes, y después de recobrar varias plazas que el de Montfort había sometido, fué á juntarse en Tolosa con el conde Ramón y los de Foix y Comminges que le esperaban, formando juntos un ejército de dos mil caballos y cuarenta mil infantes.

Decidióse en consejo de capitanes comenzar las operaciones por el sitio y asalto del castillo de Muret, en donde Simón de Montfort había puesto una fuerte guarnición que no cesaba de hacer correrías, llegando hasta las puertas mismas de Tolosa. Muret, cuyo nombre estaba destinado á ser tristemente célebre en los anales de Provenza, era entonces, y es aún, una pequeña villa situada á la orilla occidental del Garona, al Sud y á tres leguas de Tolosa. Hacia allí se dirigió el monarca aragonés con su gente, llegando y acampando ante sus murallas el 10 de Setiembre de 1213.

Comenzó el sitio inmediatamente, jugaron las máquinas contra los muros, y llegó á darse un asalto en que todas las ventajas estuvieron por los sitiadores, quienes apoderados ya de un barrio, se hubiesen hecho dueños de la plaza, si en lo más recio de la pelea no hubiesen recibido aviso de que se veían aparecer á lo lejos los emblemas militares de Simón de Montfort, el cual acudía en auxilio de la villa sitiada. A esta noticia, D. Pedro mandó tocar retirada, abandonando el barrio ya tomado, y volviéndose á su campo, en donde se hizo fuerte. Esta retirada y el no haberse apoderado de la plaza, fueron causa de la catástrofe que sobrevino.

Era en efecto Simón de Montfort el que llegaba al frente de un escogido cuerpo de tropas, y no le fué difícil entrar en Muret para comunicarse con los sitiados. Iba con

Montfort y con los cruzados el obispo de Tolosa, el antiguo trovador amigo de D. Pedro, ese *miserable* Folquet, como le llama siempre que de él tiene que ocuparse el Indígena de Tolosa. Folquet y algunos otros preladados quisieron intentar un arreglo, y al efecto, enviaron dos religiosos al campo del rey de Aragón con encargo de pedirle una conferencia. La respuesta del rey á los mensajeros de su antiguo protegido el trovador Folquet, fué la siguiente: «Por cuatro bandidos que esos obispos traen consigo, no vale la pena de que Nos les concedamos una audiencia.»

Después de esta contestación la batalla fué inminente, y, en efecto, tuvo lugar al siguiente día, que era, según parece, el 13 de Setiembre.

No es aquí el lugar de hacer la descripción de aquella jornada, que fué fatal para la causa abrazada por D. Pedro. Me limitaré sólo á referir la triste pero gloriosa muerte de aquel rey tan noble y tan caballero, conforme la versión más autorizada de las crónicas del tiempo.

El conde de Foix mandaba la vanguardia, el de Tolosa la retaguardia, y D. Pedro, siempre pronto á la lucha, siempre ardiente y temerario en el combate, había querido conservar el mando del centro ó cuerpo principal de la batalla. A lo único que se avino D. Pedro fué á cambiar sus armas con las de uno de sus caballeros, aragonés ó catalán, para no ser reconocido durante el combate.

Llegó un momento en que el cuerpo mandado por el rey se vió envuelto por todos lados. Dos caballeros franceses, llamados Alain de Roncy y Florencio de Ville, que parece se habían desafiado á quién de ellos daría muerte al rey de Aragón, contando asegurar de este modo la victoria, se dirigieron á un tiempo mismo contra aquel caballero que vestía las armas é insignias del monarca, y consiguieron llegar á él á través de los combatientes. Defendióse el caballero, cuyo nombre no han conservado las crónicas, lo mejor que pudo, parando los golpes que le asestaban y dándolos á su vez; pero Alain no tardó en conocer que D. Pedro era *mejor caballero*, y abandonó al que

atacaba, diciendo á voces: «Este no es el rey de Aragón.»

D. Pedro, que por hallarse no lejos de Alain en aquel momento, oyó las voces, picó su caballo, y sin cuidar de guardar por más tiempo un incógnito á que su valor repugnaba, se mostró abiertamente, gritando á su vez: *Ciertamente que no es el rey, pero vedle aquí.*

Y enarbolando al decir esto una maza de armas turca, derribó de un golpe el primer ginete francés que se le puso por delante, y se arrojó á lo más crudo de la pelea, haciendo prodigios de valor y dando realmente pruebas de ser uno de los caballeros más valientes, más cumplidos y de más corazón de aquellos tiempos.

Terrible fué la embestida de D. Pedro, tanto, que parece desconcertó por un momento á sus contrarios: sin embargo, Alain y Florencio reanimaron el valor de los suyos, aturdidos por las proezas que ejecutaba un hombre solo, y le rodearon por todos lados, haciendo una verdadera carnicería en los caballeros que junto á él se habían agrupado. D. Pedro no cesaba de herir y matar á su vez gritando: ¡Aragón! ¡Aragón! pero casi todos los que se le habían unido estaban muertos ó heridos, y él entonces, viendo ya perdida la batalla, viendo el destrozo de los suyos, decidió hacer lo único que cumplía en semejante trance á un rey de Aragón: morir en el campo.

Su hijo, aquel gran monarca que se llamó D. Jaime *el Conquistador*, refiere en su crónica la muerte de su padre D. Pedro, y con admirable frase y sublime laconismo le consagra sólo estas palabras:

«Nuestro padre el rey En Pedro murió en aquella batalla siguiendo la divisa que han tenido siempre los de nuestro linaje y que Nos seguiremos siempre: *«Morir ó vencer.»*»

XII.

La victoria por parte de los cruzados fué completa: la matanza y la derrota de los meridionales tan inmensa, que bien puede decirse que desde aquel día data la caída

de la dinastía tolosana, sin que á levantarla bastaran los esfuerzos, dignos de mejor éxito, que después se hicieron, los sacrificios sin cuento á que hubo de apelarse, la sangre que á ríos fué derramada. Con el rey D. Pedro sucumbió la causa.

Todos los castillos y ciudades se llenaron de luto, porque el patriotismo había llegado á su grado máximo de exaltación; envueltos entre los fugitivos y desbandados, desaparecieron todos aquellos nobles capitanes, reunidos en trono del monarca aragonés; el mismo conde de Tolosa buscaba un asilo en tierras extranjeras; Simón de Montfort entraba en Tolosa, salvándola de los furores del obispo Folquet, que quería destruirla y sembrar de sal su recinto; los trovadores, fieles casi todos á la causa vencida, se refugiaban en Cataluña ó en Italia; el país consternado sucumbía bajo la gran pesadumbre de aquel duelo y de aquella catástrofe. El Norte triunfaba.

No tardó mucho tiempo Simón de Montfort en tomar posesión del condado de Tolosa, de toda la Septimania, de las tierras de Agen, Quercy, Beziers, Carcasona, en una palabra, de todo lo poseído por el infortunado conde de Tolosa, aquel opulento magnate en cuya boca la *Canción de la Cruzada* pone estas palabras: «Ningún hombre había tan poderoso en el mundo que pudiera destruirme, á no ser la Iglesia.»

Que non es en est mon nulhs hom tan poderós
que mi pogués destrucere si la Glecia no fos.

El concilio de Montpellier dió á Simón de Montfort posesión provisional de todas las tierras y títulos del conde de Tolosa, y posesión definitiva el concilio de San Juan de Letrán presidido por el papa, recibiendo en 1216 la investidura de manos del rey de Francia.

Parecía desde entonces asegurada la dominación del jefe militar de la cruzada sobre el Languedoc. Todas las grandes ciudades le reconocían por señor; los castillos más fuertes tremolaban su bandera; una nueva feudalidad ponía bajo su señorío á doscientos barones; el conde Ra-

món y su hijo habían abandonado su patrimonio y andaban errantes por extranjeras tierras; el clero favorecía á los nuevos poseedores; se predicaba la obediencia á los francos como un dogma, y el odio á los condes proscritos como un artículo de fé; se prohibía el uso de la lengua nativa; no resonaban ya los cantos amorosos de los trovadores, y sólo en voz baja y en las sombras del misterio se repetían ó recordaban sus *serventesios* políticos; todos los focos de libertad y de civilización, que en gran número brillaban en aquellas hermosas provincias, hasta entonces tan felices, se habían súbitamente extinguido; una tiranía brutal y sistemática, llamando en su ayuda al terror, terminaba la obra de la traición y de la fuerza, y, finalmente, para dominar por completo aquellas libres y prósperas comarcas, apelaban los franceses á las hogueras de la Inquisición, de ese horrible y sangriento tribunal, baldón del mundo civilizado, que si bien más tarde pasó los Pirineos para echar raíces en España, fué sólo después de haberlo instituido en Provenza, con todos sus horrores, esos mismos franceses que por causa de este tribunal tanto debían luego murmurar de España.

Contra tantas causas que favorecían á los invasores del Mediodía, crecía y se fortificaba, sin embargo, un gran poder, al que nada resiste: la opinión pública. Los franceses, dueños por las armas, estaban considerados como los tiranos del país, como injustos usurpadores que habían expulsado la familia nacional de los condes de Tolosa; las antipatías de raza brotaban con todo el vigor de un odio á muerte; el provenzal sólo por fuerza obedecía á su superior de origen franco, y suspiraba sin cesar por su independencia; los capítulos, jurados, magistrados municipales, los castellanos que habían conservado sus dominios, el pueblo todo, en una palabra, se indignaba contra aquella autoridad nueva opuesta á sus hábitos y costumbres; y las brisas que partían del lado de acá de los Pirineos, al propio tiempo que llevaban á aquel pueblo cautivo efluvios de libertad, le llevaban también acentos musicales que no le eran desconocidos, ritmos que le eran

simpáticos, cantos de dolor escritos en la lengua de sus padres, no en la de sus opresores, á través de los cuales se deslizaban seductoras palabras de esperanza, de redención, de amor y de independencia.

Así los trovadores proscritos enviaban la expresión de su amargura ó los ecos de sus esperanzas á la patria cautiva. Unas veces era Sicars de Marjevols quien con sentido acento exclamaba «¡Ay Beziers y Carcasona quién os ha visto y quién os ve!»

¡Ai Bezers e Carcassey
quo vos ví e quo vos vey!

Otras era Aimeric de Peguilhá el que prorrumpía en un arranque de sangrienta sátira, dirigiéndose á los barones provenzales que se habían sometido al yugo francés: «¡Ay, malaventurados señores! perdidas ya vuestra lealtad y vuestra honra, ¿de qué os sirven las villas ni los castillos? Sois ya esclavos de los franceses, y ni por buena ni por mala causa os atreveréis de hoy más á llevar escudo ni lanza.»

¡Ai malestrucs de leutat e d' onransa!
¿Qué 'us farán maís vila ni castel fort?
S' est del Francés, que per dreg ni per tort,
no auzerets portar escut ni lanza.

Ya era Durán de Paernas quien decía: «No creo que los franceses consigan poseer tranquilamente lo que han usurpado á tantos nobles y esforzados barones.»

Non crei que 'ls Francés ses deman
tengan lo deseretge fan
á for e mant baron pesan...

Ya Guillermo Amelier el que exclamaba, protestando contra el papa: «La Iglesia falta á su deber queriendo dar á los franceses lo que no puede en razón y en derecho.»

A la glezia falh son saber
quar vol los francés metre lai
on non an dreid per mihl deber...

Ya, en fin, Pedro Cardinal el que impulsaba al conde

de Tolosa á empuñar las armas para recobrar sus Estados: «Conde Ramón, duque de Narbona, marqués de Provenza, vuestro valor es de todo el mundo conocido. Toda esa gente de Francia, falsa y felona, huirá como ave ante el halcón en cuanto vos os presentéis.»

Coms Raymon, dux de Narbona,
marques de Proensa,
vostra valor es tan bona
que tot lo mon gensa...

En estas circunstancias fué cuando el conde Ramón VI y su hijo aparecieron en Provenza, al frente de una hueste, recogida principalmente entre los catalanes. Marsella abrazó con efusión la causa de los dos condes. Lo mismo hizo Aviñón, que se levantó amenazadora y potente.

Con la presencia de sus antiguos señores, el partido nacional pareció despertar de su letargo, y los poetas lanzaron un grito de entusiasmo. Fué entonces cuando Tomiers, saludando el alzamiento de Aviñón, exclamaba: «A pesar de las envidias y de los celos, Aviñón se levanta en Provenza, y yo pido á Dios que la sostenga, pues allí moran el buen sentido y la largueza. ¡Oh rica y noble ciudad, tu valor es una gloria provenzal!

Qui qu' es fina ni 's recreza,
Avignon puei en Proensa
e pèg que Dieus l' arreja
qu' en els es sens e largueza...

El condado y marquesado de Provenza todo entero tomó las armas y volvió de nuevo á comenzar la guerra, que debía durar algunos años, con diversas alternativas y con episodios verdaderamente épicos. La nacionalidad del Mediodía luchó con las armas del entusiasmo, del patriotismo y de la desesperación, pero se había perdido al principio el momento más favorable.

Al saber el regreso de sus condes, Tolosa se conmovió y trató de sublevarse, sin reparar en que Simón de Montfort y el obispo Folquet la tenían sujeta con cadenas de hierro. Fué aquella ciudad teatro de tristes y sangrientas

escenas, en las cuales el antiguo trovador, convertido en obispo, representó un horrible papel de traidor, mereciendo entonces verdaderamente el renombre de *miserable* que le ha dado el *Indígena*. Sin embargo de todo, Tolosa pudo aprovechar un momento oportuno, y sus puertas se abrieron á su antiguo señor. Ramón VI entró en ella, y el pueblo entero se agrupó á su lado.

Simón de Montfort, durante cuya ausencia se sublevó Tolosa, corrió de nuevo á ella, pero ya era tarde. Los tolosanos se habían armado, tenían dentro sus muros á su antiguo señor Ramón VI y á su hijo, el que debía ser más tarde Ramón VII, y decidieron resistir. Tuvo lugar un largo sitio, cuyos episodios son épicos. En uno de éstos sucedió que Guido de Montfort cayó herido por una saeta. Al aspecto de su hermano revolcándose en su sangre, Simón de Montfort se apeó de su caballo y corrió á él, formando entonces los dos hermanos un grupo que se destacaba perfectamente á la vista de la plaza, sobresaliendo el de Montfort y distinguiéndose por su capa blanca. Cuéntase que en aquel momento, unas mujeres de Tolosa que estaban maniobrando en un pedrero, dirigieron allí sus tiros

e ven tot dreit la peira lai on era mestier,

«y la piedra fué recta donde hacía falta,» dice con descarnada frase la *Canción de la cruzada*.

En efecto, la piedra destrozó la cabeza de Simón de Montfort, que cayó cadáver sobre el cuerpo de su hermano.

He aquí las palabras que, á guisa de epitafio, consagra la *Canción de la cruzada* á la muerte del temible jefe de los cruzados:

«Si por matar hombres y verter sangre, y perder almas y autorizar carnicerías, y seguir malos consejos y atizar incendios, y destruir barones y manchar honras, y robar tierras y pregonar orgullo, y encender males y ahogar bienes y asesinar mujeres y niños, un hombre en este mundo puede ser grato á Jesucristo, entonces (Simón de Montfort) debe llevar corona y resplandecer en el cielo.»

Si per homes aucire ni per sanc expandir,
 ni per esperits perdre ni per morts cossentir,
 e per mals consells creire e per focs abrandir,
 e per barós destrucure e per paratge aunir,
 e per las terras tolr e per orgol sofrir,
 e per los mals escendre e pels bes escantir,
 e per domnas aucire e per enfans delir,
 pot hom en aquest segle Jhesu Crist conquerir,
 el deu portar corona e el cel respclair.

XIII.

Muerto Montfort, pareció venirse abajo todo el edificio. El consejo de los cruzados se apresuró á darle otra base, eligiendo al hijo de Simón, Amaury de Montfort, por conde de Tolosa y jefe de las armas.

Los cruzados intentaron un postrer asalto, que no les dió mejor éxito que los anteriores, y levantaron el sitio el día que cumplía el mes de la muerte de su capitán, el 25 de Julio de 1218.

El Mediodía entero se levantó á esta noticia. El papa Honorio III, sucesor de Inocencio, se dirigió al rey de Francia, y entonces Luis, hijo de Felipe Augusto, salió á campaña en 1219, llegando el 16 de Junio á las puertas de Tolosa, á la que puso sitio, viéndose obligado á levantarlo sin éxito á los dos meses y medio.

El partido de Montfort fué debilitándose durante aquellos años y aquella serie de combates, tenaz y heroicamente sostenidos por los provenzales. Pudo creerse por un momento que la causa meridional triunfaba, pero no fué así: su pérdida estaba decretada.

Ramón VI murió en 1222, alcanzando al menos, después de su agitada vida, la gloria de morir en Tolosa y en el palacio de sus padres, sucediéndole sin obstáculo su hijo Ramón VII. Fuéle imposible al hijo calmar el odio clerical que perseguía encarnizadamente la memoria de su padre. Fué negada con obstinación la sepultura cristiana al cuerpo de Ramón VI, el excomulgado, cuyos

restos guardaron en depósito por espacio de trescientos años los hospitalarios de San Juan.

Amaury de Montfort, viendo su causa perdida, impotente también para sostenerla, cedió sus derechos al rey de Francia.

«Señor, escribía á Felipe Augusto el cardenal legado, nuestro amado y fiel conde Amaury os ruega que os dignéis aceptar para *vos y vuestros herederos á perpetuidad* todas las tierras que él y su padre han poseído en el Albigeois y en las comarcas vecinas.»

La muerte impidió aceptar á Felipe Augusto, pero lo hizo su hijo Luis VIII. La guerra volvió á comenzar. En vano fué que Ramón VII se apresurara á reconocer la autoridad de la Santa Sede, se sometiera á todos sus decretos, y llegara hasta dejar campo libre en Tolosa á la Santa Inquisición; todo en vano. El conde de Tolosa fué declarado hereje como su padre, excomulgado por dos concilios, condenado á perder sus bienes, y el rey de Francia recibió la orden de ejecutoriar la sentencia. No hay en la historia de ningún país ejemplo de iniquidad más irritante.

Un nuevo ejército de cruzados avanzó desde el Norte en 1226, capitaneado por Luis de Francia, con quien iban los más altos y preciados barones de su corona, y á quien acompañaba como consejero Folquet, el obispo trovador, el ardiente predicador de la cruzada, tan implacable en su saña de prelado contra la raza de los condes de Tolosa, como entusiasta de ella había sido un tiempo en su gloria de poeta.

Y aquí bueno será decir, pues que la ocasión se presenta y es oportuno el momento, que sólo de dos ó tres trovadores se sabe que siguieran el ejemplo de Folquet y abandonaran la causa de su país por la de los opresores extranjeros. Todos permanecieron fieles á la dinastía de los condes de Tolosa, consagrándose en cuerpo y alma al servicio del país, y vertiendo algunos de ellos su sangre por la causa siempre sagrada de la patria. Si Folquet negó su patria, su causa y sus banderas, también su nombre ha pasado á la posteridad envuelto en el oprobio, me-

reciendo el anatema de la historia imparcial y justa: si Perdigó llevó su indignidad hasta celebrar el triunfo de los franceses en Muret y aplaudir la muerte de su antiguo protector el rey D. Pedro, también expió su bajeza con el desprecio universal, y hubo de sepultarse en un claustro para escapar á la indignación pública: si Guillermo, príncipe de Orange, en fin, hizo traición á los suyos para servir á los franceses, también, pasada la traición, mereció ser de ellos mismos rechazado, pereciendo luego de mala muerte, y siendo maldecidos su nombre y su memoria por los trovadores, sus antiguos compañeros.

Volviendo ahora á Ramón VII, digamos que se dispuso á pelear como bueno y á resistir aquella terrible avalancha del Norte. Por espacio de dos años se defendió con la energía de la desesperación; pero agotados sus recursos, rotas sus huestes, exhaustos sus súbditos, vencidos sus aliados, hubo de resignarse y pedir merced.

El tratado de Meaux, firmado en 1229, le dejó, pero sólo durante su vida, Tolosa, el Agenois, Ruerga, una parte del Albigeois, y otra de Quercy; viéndose obligado á dar al conde de Poitiers Alfonso, hermano de Luis IX, la mano de su hija, con expresa condición de ser ésta su única heredera aun cuando llegase á tener otros hijos. Todo el resto de sus dominios fué adquirido inmediatamente por el rey de Francia, y el papa se adjudicó, por su parte, la ciudad de Aviñón con el marquesado de Provenza.

Impusieronle además tales condiciones, que la Iglesia, representada por la Inquisición, fué en adelante más poderosa que él en los Estados que le dejaron por vida. Las fortificaciones de Tolosa fueron arrasadas, exceptuando el castillo Narbones, desde entonces ocupado por una guarnición francesa.

Folquet entró triunfante en Tolosa, y la Inquisición se organizó de una manera formidable.

Todo terminó. El triunfo del Norte fué definitivo, y pudo comprenderse, sólo entonces, que aquellos infelices albigenses, tan cruelmente perseguidos con el hierro y con la llama, habían sido quizá el pretexto para que se repre-

sentara el terrible y sangriento drama que debía desenlazar-se con el reparto de la Provenza entre los reyes de Roma y de Francia.

XIV.

La poesía provenzal, *esa libertad de la prensa de los tiempos feudales*, según feliz y afortunada frase de Villemain, lanzaba sus últimos resplandores á tiempo que se extinguía el siglo XIII, tan pródigo en sucesos como fatal en consecuencias para el que es hoy Mediodía de Francia.

Tres causas supremas, sucediéndose inmediatamente una á otra, y siendo una de otra consecuencia, determinaron la muerte de la poesía provenzal:

La cruzada contra los albigenses, que predicó la Iglesia y que capitaneó Simón de Montfort;

La institución del Santo Tribunal de la Inquisición, que con las obras y manuscritos de los trovadores encendía las hogueras destinadas á concluir con todos aquellos que, defensores de las libertades del país y de su patria independencia más que herejes y contrarios á la fé, eran valla insuperable á los propósitos del invasor extranjero;

La absorción de los condados independientes del Mediodía por la corona de Francia, á lo cual se prestó Jaime *el Conquistador*, contra lo que algunos esperaban, atendida la histórica y tradicional política de la casa de Aragón.

Desaparecieron, pues, la poesía y las letras provenzales entre aquellas terribles escenas de sangre y exterminio, y los trovadores, fieles á la causa de la patria, que lograron hurtar su vida á la matanza, hubieron de refugiarse en Cataluña, Aragón ó Castilla, donde acogidos fueron y hospedados por altísimos monarcas que se llamaban D. Jaime de Aragón *el Conquistador*, ó D. Alfonso X de Castilla *el Sabio*.

Si no mienten memorias y noticias que, registrando empolvados manuscritos y libros poco comunes, tuvo la bue-

na suerte de encontrar un día el autor de estas líneas, don Alfonso *el Sabio* llegó á conceder una villa franca y libre á los poetas que, extrañados de su patria vendida al extranjero, pudieron al menos, gracias á esa hidalga concesión del monarca castellano, tener en Castilla suelo propio donde levantar la morada del fugitivo, tierra patria donde abrir la tumba del proscrito ¹.

Abandonaron los barones sus castillos de Provenza, corte un día de poetas y centro de ilustración, de gentileza y de cultura; los buitres del Norte cayeron sobre aquellas moradas solitarias; y bruscamente acabó con la independencia patria el doble papel político y social representado hasta entonces por los trovadores en el Mediodía; que nunca grana el canto del poeta en tierra no conreada por la libertad. Quedaron aún juglares y músicos, pero no hubo ya trovadores, es decir, espíritus educados y almas templadas para ser libres.

La tradición poética continuó, sin embargo, viva en aquellos países, en los cuales para gloria de las letras, viva se conserva todavía; y es fama que los últimos trovadores de Tolosa, al comenzar el siglo xiv, se reunían secretamente en un apartado jardín de aquella ciudad donde, al oído y á escama de las leyes, como si se tratara de una conspiración ó de un crimen, se recitaban unos á otros los cantos y serventesios de los grandes maestros, conservando así el fuego sacro y con él el amor y el culto de aquella lengua y de aquella poesía proscritas entonces por los nuevos dominadores de la Provenza, sin recordar que con ellas se había despertado á la Europa del letargo en que estaba sumida por el secular ilotismo de los tiempos bárbaros.

Siguiendo la costumbre de aquellos poetas que se reunían en un jardín y al pié de un laurel para recitar sus composiciones, y con su mismo propósito de conservar la lengua y la poesía, resolvieron algunos ciudadanos de Tolosa promover un concurso público de poesía el primer

¹ Halló el autor este dato curioso en un manuscrito del siglo xiv que existe en Avignón.

día del mes de Mayo de todos los años. Así nació la institución de los Juegos Florales.

Pero se trataba de no despertar el recelo del gobierno extranjero que entonces, con el apoyo de la Inquisición, estaba organizando la enseñanza oficial, institución nueva en Provenza, y dióse á los Juegos Florales un carácter religioso al par que poético, ofreciendo sólo un premio al que mejor cantara los loores de la Virgen.

Así, pues, en 1323, al objeto de llevar á cabo este propósito, la llamada *sobregaya Compañía de los siete trovadores de Tolosa*, envió á todos los países en que se hablaba la lengua de *oc* una convocatoria en verso que comenzaba de esta manera:

«Als honorables e als pros
senhors, amic e companhós,
als quals es donat lo sabers
don creis als bos gaug e plazers...»

Tuvo efectivamente lugar el primer concurso público en 1324, celebrándose á presencia de los magistrados de la ciudad y de toda la nobleza del país, y se adjudicó el premio ofrecido, que era una violeta de oro fino, al poeta Arnaldo Vidal de Castelnaudary por una composición á la Virgen, que se juzgó ser la mejor entre las presentadas,

La nueva institución de los Juegos Florales fué recibida con entusiasmo en todos los países de la lengua de *oc*, debido tal vez á que el sentimiento de la patria, vencida en la tierra, corría á refugiarse en la lengua, amurallándose tras ella, como en su último baluarte, sobre todo en la lengua poética que es, aún hoy mismo, donde late, vive y respira la individualidad de aquel pueblo para quien fueron siempre gratas las ideas de una nacionalidad meridional.

Obedeciendo tal vez á este mismo sentimiento y haciéndose eco del público aplauso, el Capitolio, es decir, el municipio de Tolosa, tomó bajo su protectorado la naciente institución de aquellos poéticos certámenes, acordando que la flor de oro ofrecida como premio fuese costeada por la ciudad, y encargando á Guillermo Molinier, canci-

ller de la Compañía de los siete mantenedores, la redacción de unas reglas ó arte de trovar. Esta obra, conocida por *Leyes de amor*, que entre los trovadores eran sinónimos amor y poesía, quedó terminada en 1356 y de ellas se enviaron copias á varios puntos.

En este mismo año se pasó una nueva circular, por medio de la cual, además de la violeta de oro reservada para las composiciones más nobles (*canción, verso y descort*), se ofrecía un jazmín para las *pastorlas*, y una caléndula para las *danzas*. En el sello adoptado aquel año, los siete jueces del certamen se llamaban *mantenedores de la violeta de Tolosa*, y la Sociedad ó Compañía se titulaba *Consistorio del Gai saber*.

Los siete mantenedores, por medio de su circular á todas las villas y ciudades del Languedoc, trataban de justificar con un texto de la Sagrada Escritura la denominación de *Gai saber* dada á su Compañía, advirtiendo que cuantas poesías optaren al premio debían ser precisamente escritas en lengua romana. Y así fué hasta el siglo xvi, en que esta lengua fué desterrada de la Academia de Tolosa para ser sustituida por la francesa, que hoy continúa siendo la oficial en los Juegos Florales de la ciudad paladiana.

A esta institución va unido el nombre de una dama, de una poetisa célebre á quien se da como fundadora, ó restauradora al menos, de los Juegos Florales de Tolosa. Se trata de Clemencia Isaura, cuya existencia ha sido puesta en duda por unos y negada paladinamente por otros, no faltando quien ve sólo en el nombre de *Clemencia* un sencillo vocablo, bajo el cual los trovadores invocaban á la Virgen María, patrona de los Juegos Florales.

Ni tienen razón los que esto dicen, ni la tienen tampoco los que, por el contrario, para dar forma de realidad á Clemencia Isaura, y realzarla á los ojos de la multitud, inventan una extraña genealogía haciéndola descender de los condes de Tolosa.

Ni lo uno ni lo otro. Los que han negado la existencia de esta dama, se apoyan en no haber hallado noticia algu-

na de ella ni en los años de 1324, cuando se instituyó la Academia del Gai saber, ni en los años posteriores durante todo el siglo xiv; y el fundamento es exacto, como que Clemencia no vivió en el siglo xiv, sino á últimos del xv.

Clemencia Isaura, hija de Ludovico Isaura, nació el año 1464 en un *mas*, masía ó casa de campo de las cercanías de Tolosa, y sólo contaba la tierna edad de cinco años cuando su padre, arrastrado por sus deberes á extranjeras guerras, la abandonó á los cuidados de una madre devota y fanática. Clemencia vivió en la soledad y el aislamiento, educada según parece para entrar en un monasterio, hasta que un día quiso su buena suerte que tropezara con un joven poeta llamado Renato, hijo natural de un noble tolosano.

Veíanse á menudo los dos jóvenes, jurándose un amor eterno, pero hubieron de interrumpirse sus relaciones cuando Renato se vió obligado á seguir á su padre, que marchó con el ejército francés en auxilio de la provincia de Artois, invadida por el emperador Maximiliano. Padre é hijo perdieron la vida en la jornada de Guinegaste, y al recibir Clemencia la triste nueva, repitió al pié de los altares el voto de ser siempre fiel á la memoria del que había logrado cautivar su alma.

Murió también en esto su madre, y la joven quedó libre y única heredera de una regular fortuna.

Hacia ya algún tiempo que no se celebraba en Tolosa la fiesta poética instituida en 1324 por la Compañía de los siete trovadores, y como Clemencia había adquirido de su amante el gusto de las letras y la afición á la poesía, quiso restablecerla bajo el nombre de Juegos Florales, consagrando por los años de 1495 toda su fortuna á dotar magníficamente una institución destinada á perpetuar en su tierra patria el amor á la poesía provenzal que le había inspirado Renato.

Clemencia Isaura acabó su vida en un monasterio, y se le atribuyen las siguientes bellísimas estrofas, que aparecen dirigidas á *la primavera*:

« Hermosa estación, juventud del año, con vos vuelven

los dulces goces de la poesía, y para honrar al fiel trovador, os presentáis con la frente ceñida de flores.

»Cantemos la amorosa piedad de la humilde Virgen reina de los ángeles, cuando, oprimida por el llanto y cediendo al dolor, vió al Príncipe de los cielos morir en una cruz.

»Ciudad de mis abuelos, bella Tolosa, ofrece al poeta experto el premio de sus talentos, y sé digna de sus alabanzas, siempre noble y poderosa ¹.»

La Academia de los Juegos Florales de Tolosa es la institución literaria de más antigüedad que se conoce en Francia.

Se sabe que continuó, sin interrupción sensible, durante todo el siglo xiv. El doctor Noulet, en sus *Pesquisas sobre el estado de las letras romanas en el Mediodía de Francia durante el siglo xiv*, nos da una lista de los poetas meridionales que á la sazón florecían, á uno de los cuales, Pedro Durán, de Limoges, se le ve alcanzar joya el año 1373 en los Juegos Florales de Tolosa. Noulet publica en su misma obra una colección de poesías romanas inéditas, pertenecientes al mismo siglo xiv, que están realmente escritas en la lengua de los trovadores y con sujeción á las reglas por ellos usadas.

Los certámenes continuaron hasta mediados del siglo xv, en cuya época se interrumpieron para ser luego restaurados por Clemencia Isaura, según queda dicho, y siguieron durante los siglos sucesivos hasta 1791, sin más interrupción que la natural en las épocas afligidas por grandes calamidades públicas.

En 1791, la Revolución obligó á la Academia á cesar en sus tareas; pero en 1808, siete de los antiguos mantenedores se reunieron para reconstituirla de nuevo.

Algunas veces dejó de darse la flor de oro á la mejor poesía presentada al certamen, para adjudicarla, previo acuerdo de la Academia, al poeta más célebre entre los contemporáneos. El 1554, por ejemplo, el *Colegio de los Jue-*

¹ Todas estas noticias relativas á Clemencia Isaura, están tomadas de un manuscrito que, procedente de la Biblioteca del académico francés Mr. Jouy, tuvo ocasión de examinar el autor durante su estancia en Provenza.

gos *Florales* (que era como entonces se llamaba, antes de tomar el nombre de *Academia*, lo cual no fué hasta 1694), decidió mandar la flor al famoso poeta francés Ronsard; en 1586 tuvo lugar el mismo acuerdo con respecto á Baif por su traducción en verso de los salmos de David; y en 1638, por otra deliberación igual, se envió una flor de oro al poeta Maynard.

Entre los poetas coronados por la Academia en el espacio de cinco siglos, muchos son célebres, no sólo en Francia, sino en Europa. Alcanzaron entre otros el título honroso de *maestro en Juegos Florales*, que se adjudica al que gana tres veces la joya, Marmontel, La Harpe, Fabre, Millevoie, Alejandro Soumet, y el vizconde de Chateaubriand.

Voltaire pidió á la Academia el título de maestro en Juegos Florales, que le fué concedido por aclamación.

Víctor Hugo nació como poeta en los certámenes de Tolosa. En 1819, cuando sólo contaba diez y siete años, ganó el premio de un lirio de oro por su oda *A la estatua de Enrique IV*, un amaranto de oro por su poesía *Las Vírgenes de Verdún*, y una mención honorífica por su poema *Los últimos bardos*. En 1820 por una nueva poesía, á los diez y ocho años, fué proclamado *maestro en Juegos Florales ó en Gai saber*.

Hoy los Juegos Florales se celebran con gran pompa en Tolosa todos los años el día 3 de Mayo, leyéndose las poesías premiadas, y pronunciando el elogio de Clemencia Isaura uno de los cuarenta mantenedores de que se compone la Academia.

Aun cuando hoy en los certámenes de Tolosa no se admiten más que composiciones en francés, se celebran otros concursos de esta clase en diversas comarcas de Provenza, donde sólo es admitido el provenzal. Desde el siglo XIII, con el cual murieron los últimos trovadores, hasta nuestros tiempos, ya en Tolosa, ya en las otras ciudades de la lengua de *oc*, en Provenza, en Gascuña, en el Bearn, en el Limousin, la musa provenzal no ha dejado nunca de cantar, sirviéndose de los numerosos dialectos usados en

aquellos países; y así han venido sucediéndose las generaciones, cautivadas por los acentos de la lengua patria de Goudolin, Fabre Saboly y Jazmin, hasta llegar á la resurrección completa de la poesía provenzal con esa cohorte de sobresalientes talentos agrupados en torno de la esplendorosa trinidad de poetas modernos que se llaman Federico Mistral, José Roumanille y Teodoro Aubanel, quienes por el carácter especial de sus obras y de sus estudios, parecen haberse repartido las tres cuerdas de oro, *patria, fe* y *amor* que brillaban en la lira de los antiguos trovadores.

No había terminado aún el siglo xiv cuando la restauración de la poesía provenzal iniciada en Tolosa, hallaba un eco simpático en Barcelona.

Se ha dicho, con referencia al *Arte de trovar* de D. Enrique, marqués de Villena, que D. Juan I de Aragón, *el Amador de la gentileza*, envió una solemne embajada al rey de Francia solicitando su permiso para que dos de los mantenedores de la Academia de Tolosa viniesen á fundar en Barcelona un Consistorio de la gaya ciencia, á imitación del establecido en aquella ciudad desde 1324. Sin embargo, ningún documento se cita en apoyo de este hecho. Al contrario, en los tres que se conocen relativos á la creación y mayor incremento del Consistorio poético de Barcelona, extendidos por orden de los reyes D. Juan *el Amador de la gentileza*, D. Martín *el Humano* y D. Fernando *el de Antequera*, no se menciona lo de la embajada, que da por cierto el marqués de Villena. La sana crítica debe, pues, poner en duda la aserción de este personaje ínterin no se descubra otro documento de más fe, ya que los hasta ahora conocidos, si no parecen contradecirla, guardan silencio al menos.

El primer título referente á Juegos Florales en España, que nos proporcionan nuestras Memorias literarias, es un diploma dado por D. Juan I de Aragón á D. Luis de Aversó y á D. Jaime March, poetas entrambos, para fun-

dar en Barcelona una academia ó escuela de poesía ó de *ciencia gaya*, «con autorización de hacer cuanto acostumbraban ó podían hacer los maestros de dicha ciencia en París, en Tolosa y en otras ciudades.»

Protegido, pues, por D. Juan I, establecióse en Barcelona, el año de 1393, el Consistorio de los Juegos Florales ó de la *gaya ciencia*, al que dispensó también su protección el rey D. Martín, quien en 1398 señaló una pensión anual de 40 florines de oro de Aragón para compra de las joyas que debían darse como premio á los poetas laureados, pensión y cantidad que reprodujo en 1413 don Fernando *el de Antequera*, exaltado al trono de la corona de Aragón por sentencia del famoso Parlamento de Caspe.

Los grandes y trascendentales acontecimientos de que Cataluña hubo de ser teatro á la muerte de D. Martín *el Humano*, interrumpieron los certámenes poéticos de los Juegos Florales en Barcelona, y sólo se reanudó la tradición de ellos al subir al trono D. Fernando, que dictó la disposición citada, sin duda alguna por buen consejo de su pariente D. Enrique, el marqués de Villena, sabio profundo y poeta, gran amorador de la poesía provenzal, que acompañó al rey á Barcelona cuando éste fué á prestar en ella homenaje y juramento á las leyes del país.

Que fué D. Enrique de Villena el mantenedor de los Juegos Florales de Barcelona en su primera restauración histórica, no cabe duda alguna. Presidía él mismo los certámenes, era juez en el concurso, entregaba por su mano la joya á los laureados, siendo también él quien se ha encargado de darnos á conocer aquella época de Juegos Florales por medio de los siguientes curiosos pasajes de su tratado de la *gaya ciencia*.

Dice así el libro del marqués de Villena:

«El rey D. Juan de Aragón, primero de este nombre, fijo del rey D. Pedro II, fizo solemne embajada al rey de Francia pidiéndole mandase al colegio de trovadores que viniese á plantar en su reino el estudio de la *gaya ciencia*, é obtóvolo, é fundaron estudio della en la cibdad de Barcelona dos mantenedores que vinieron de Tolosa para

esto, ordenándolo desta manera: Que oviese en el estudio ó consistorio de esta sciencia en Barcelona cuatro mantenedores: el uno caballero, el otro maestro de teología, el otro de leyes, el otro honrado cibdadano; é cuando alguno destes falleciese, fuese otro de su condición elegido por el colegio de los trovadores é confirmado por el rey.

»En tiempo del rey D. Martín su hermano, fueron más privilegiadas é acrecentadas las rentas del consistorio para las dispensas facederas, así en la reparación de los libros del arte é vergas de plata de los vergueros que van delante de los mantenedores ó sellos del consistorio, como en las joyas que se dan cada mes é para celebrar las fiestas generales, é ficieronse en este tiempo muy señaladas obras, que fueron dignas de corona.

»Después de muerto el rey D. Martín por los debates que fueron en el reino de Aragón sobre la sucesión, ovieron de partir algunos de los mantenedores é los principales del consistorio para Tolosa, y cesó lo del colegio de Barcelona.

»Las materias que se proponían de Barcelona estando allí D. Enrique (habla de sí mismo), algunas veces loores de sancta María, otras de amores é de buenas costumbres. E llegado el día prefijido, congregábanse los mantenedores é trovadores en el palacio donde yo estaba, y de allí partíamos ordenadamente con los vergueros delante, é los libros del arte que traían y el registro ante los mantenedores; é llegados al dicho capitol, que ya estaba aparejado é emparamentado de paños de pared al derredor é fecho un asiento de frente con gradas en donde estaba D. Enrique en medio, é los mantenedores de cada parte, é á nuestros piés los escribanos del consistorio, é los vergueros más abajo, é el suelo cubierto de tapices é fechos dos circuitos de asientos donde estaban los trovadores, é en medio un bastimento cuadrado tan alto como un altar cubierto de paños de oro, é encima puestos los libros del arte é la joya, é á la man derecha estaba la silla alta para el rey, que las más veces era presente, é otra mucha gente que se ende allegaba; é fecho silencio levantábase el

maestro en teología, que era uno de los mantenedores, é facía una presuposición con su tema y sus alegaciones y loores de la gaya sciencia é de aquella materia de que se había de tratar en aquel consistorio, é tornábase á sentar. E luego uno de los vergueros decía que los trovadores allí congregados espondiesen y publicasen las obras que tenían hechas de la materia á ellos asignada; é luego levantábase cada uno é leía la obra que tenía fecha, en voz inteligible, é traíanlas escritas en papeles damasquinos de diversos colores con letras de oro é de plata, é iluminaduras fermosas lo mejor que cada uno podía; é desde todas eran publicadas, cada uno las presentaba al escribano del consistorio.

»Teníamos despues dos consistorios, uno secreto y otro público. En el secreto facían todos juramento de juzgar derechamente sin parcialidad alguna, segun las reglas del arte, cuál era mejor de las obras allí examinadas é leidas puntualmente por el escribano. Cada uno de ellos apuntaba los vicios en ella cometidos, é señalábanse en las márgenes de fuera. E todas así requeridas, á la que era hallada sin vicio, ó á la que tenía menos, era juzgada la joya por los votos del consistorio.

»En el público congregábanse los mantenedores é trovadores en el palacio, é D. Enrique partía dende con ellos como está dicho para el capítulo de los frailes predicadores; é colocados é fecho silencio, yo les facía presuposición loando las obras que ellos habían fecho, é declarando cuál de ellas merecía la joya, é aquella la traía ya el escribano del consistorio en pergamino bien iluminada é encima puesta la corona de oro, y firmábalo D. Enrique al pié, é luego los mantenedores, é sellábala el escribano con el sello pendiente del consistorio, é traía la joya ante Don Enrique, é llamado el que fizo aquella obra, entregábale la joya é la obra coronada por memoria, la cual era asentada en el registro del consistorio, dando autoridad é licencia para que se pudiera cantar é en público decir.

»E acabado esto tornábamos de allí á palacio en ordenanza, é iba entre dos mantenedores el que ganó la joya,

é llevábale un mozo delante la joya con ministriles y trompetas, é llegados á palacio haciales dar confites y vino; é luego partían dende los mantenedores é trovadores con los ministriles é joya acompañando al que la ganó fasta su posada, é mostrábase aquel aventaje que Dios y natura ficieron entre los claros ingenios é los oscuros.»

De estas academias poéticas de Barcelona hace también mención en su *Aganipe* manuscrito, el doctor Andrés, por medio de estos versos:

Y cuando D. Enrique de Villena
con D. Fernando vino
á la insigne Barcino,
el apolineo gremio
de su fecunda y elegante vena
ilustró con aplausos y con premio,
donde el rey presidía
en trono para honor de la poesía:
y de la gaya ciencia
escribió su elocuencia
mostrando la erudita
copia de sus noticias y primores
donde cifró las flores
en el sutil tratado
del *Arte de trovar* intitulado,
que á instancia lo escribió del Sr. de Hija,
de D. Iñigo Lopez de Mendoza,
de quien Castilla laureles muchos goza
en trágicas y dulces cantinelas
del príncipe D. Carlos las cadenas
y su temprano y triste acabamiento
cantaron sus dulcísimas Camenas.

Ya después de la época á que se refiere la anterior relación, no se tiene sino muy leves noticias sobre la existencia y continuación del consistorio de la gaya ciencia en Barcelona; sin embargo, en los cancioneros de poetas catalanes que existen en las Bibliotecas de París y Zaragoza, se copian varias poesías con mención especial de haber ganado joya, por lo cual se comprende que hubieron de continuar las justas poéticas. Algunas de estas anotaciones citan la fecha y el lugar en que el premio fué ganado por el poeta, y así es como el autor de estas líneas, registrando el Cancionero que existe en Zaragoza, ha podido venir en conocimiento de haberse celebrado Juegos Flora-

les en el convento de San Francisco de Barcelona el día 24 de Abril de 1457 y en el de Valldoncella de la misma ciudad el 28 de Mayo de 1458, siendo premiados en estos dos certámenes los poetas Valmanya y Sors.

Despertada por los Juegos Florales, que restauró el de Villena, comenzó una nueva época de gloria para la poesía catalana. Tema es éste para otro lugar y otro estudio; pero importa consignar que al estímulo de la floral Academia barcelonesa nació una abundante galería de obras poéticas, enriqueciéndose la historia de la literatura catalana en la Edad-media con nombres tan justamente reputados como los de Jordi de San Jordi, Rocaberti, Febrer, Roig, Corella, Masdovellas, Vilarasa, Gralla, Torroella, Gazul, Valmanya, Sors, Miquel, Rocafor, Requesens, Via y muchos y muchos otros, sobresaliendo entre todos y sobre todos, el del laureado Ausias March, á quien no en vano se apellidó el Petrarca valentino.

Rota la tradición de los Juegos Florales en Cataluña por espacio de mucho tiempo, á causa quizá de las grandes alteraciones que sus anales nos recuerdan, no por esto enmudeció la lira de los poetas. Nunca el habla materna fué olvidada, y á medida que los tiempos se sucedieron, Pedro Serafi, Vicente García, Fontanella, Puig Blanch y muchos otros dejaron oír en su idioma nativo sus inspirados cantos, hasta llegar al dulce Aribau y á la restauración de los Juegos Florales de Barcelona en 1859; restauración que, con el histórico lema de *Patria, Fides, Amor*, y rebasando quizá la meta por sus propios restauradores hincada, dió vida y alma á toda esa pléyade de líricos y pensadores poetas que se extienden hoy por las costas mediterráneas, legítimamente efervorizados por haber sabido conquistarse una tribuna para ser oídos, un puesto para ser honrados y un nombre para tener derecho á futuros recuerdos de una posteridad justiciera,

DE LOS DIVERSOS GÉNEROS DE POESÍA

ENTRE LOS TROVADORES,

Y DE SUS PRINCIPALES CARACTERES.

I.

VERSO.

Con el vago nombre de verso (*vers*), en el sentido vulgar de composición metrificada, se designaban al principio todas las poesías cuya versificación y canto eran más sencillos que las usadas después con preferencia.

El *verso* era, pues, entre los trovadores una composición, una poesía, y lo que nosotros llamamos *verso*, era llamado por ellos *mot*, y, aún mejor, *bordó*.

Hacer, escribir, componer versos era para ellos *lassar-motz*, es decir, casar ó enlazar palabras.

Las leyes de amor definen el verso diciendo que es una obra que comprende de cinco á diez coplas, con una ó dos *tornadas*. «El verso, dicen, debe tratar de moral, y por esto se le da el nombre de *verso*, que equivale á *verdad*, puesto que hablar de moral es defender la causa de la verdad. Sin embargo, añaden, también puede derivarse de *verto*, *vertis*, que quiere decir en latín cambiar ó virar. En este sentido, y entendiendo que *verso* procede de *virar*, no solamente puede en esta obra tratarse de moral, si que también de amor, de alabanza ó de reprehensión, para castigar; pues que *vira* ó *gira* de un lado cuando trata de moral, y de otro cuando habla de amor, de alabanza ó de vituperio.»

En cada obra de éstas podía haber una ó dos *tornadas*.

La poesía provenzal tenía *bordós*, es decir, versos de cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once y doce sílabas.

Los trovadores supieron crear una variedad de combinaciones rítmicas, que sorprenden hoy todavía. Todos los esfuerzos hechos después, especialmente en la poesía castellana, para dar variedad y giros nuevos á la poesía moderna, nada han producido que se acerque siquiera en este terreno á los resultados obtenidos por los trovadores. El uso que supieron hacer de los ritmos y de las rimas antes de ellos conocidos; sus imitaciones perfeccionadas de los cánticos latinos de la Iglesia; la invención de toda esa inmensa variedad de canciones y coplas de todas clases, sencillas, compuestas, estrampas, leonismas, capeaudadas, encadenadas, cruzcaudadas, biocadas, serpentinas, esparsas y cien otras más, son una verdadera creación, forman toda una escuela.

Compositores al mismo tiempo que poetas, y debiendo servir principalmente sus versos para el canto ó para la especie de recitación salmodiada que á veces usaban los juglares, se vieron en la necesidad de encerrar sus versos dentro de moldes rítmicos, obedeciendo á la exigencia de la inspiración musical. Más tarde, estos versos fueron tomando formas definitivas, y cada composición recibió un nombre especial.

No debe olvidarse que los poetas provenzales escribían sus poesías para ser cantadas, pocas para recitarse, y hay que contar con la parte importante que, para su efecto en el auditorio, representaban la música, la melodía ó el aire.

Una estrofa sin canto, decía Carbonell de Marsella, es como un molino sin agua:

Cobla ses so es en aissi
co 'l molés qu' aigua non a.

Cantar venía á tener en provenzal la misma significación que *componer* ó *escribir*. «Cuando yo canto, decía Arnaldo de Marveil (es decir, cuando yo compongo, cuando yo escribo), me olvido de todo, para ver sólo el objeto á que me consagro.»

Así también dice Beltrán de Born:

«Papiol, ve á contar á mi dama mi cantar;» es decir, ve á recitarle mi poesía.

Papiol, mon chantar
vai á mi dons contar.

Poetizar en provenzal era *trovar*, encontrar, inventar.

Sonet no significaba el género de poesía llamado después *soneto*, sino el *só*, *son*, *sonet*, es decir, el aire, la melodía, el canto.

Dice Deudes de Prades:

En un *sonet gai e leugier*
comens causó.

Esta poesía provenzal, así perfeccionada, fué tomando gran vuelo. Desde su antigüedad clásica, desde la época de los Virgilio y Horacio, el espíritu humano no había encontrado nada ni más maravilloso ni más completo. Por todo el Mediodía no resonaban más que cantos provenzales, y del Mediodía pasaron á todos los castillos y costas de Europa. Ya veremos de qué manera el divino Dante y el dulce Petrarca ensalzaron esos cantos, esos trovadores y esa lengua que tanta influencia ejercieron sobre la literatura italiana. En Italia, en España, en Portugal, en Francia, en Inglaterra, hasta en la misma Alemania, eran admirados é imitados los cantos de los trovadores, y su lengua estudiada como entonces la más literaria y perfecta. El inglés Dryden no titubea en decir, de conformidad con Rymer, que el provenzal era de todas las lenguas modernas la mejor, hasta el punto de haberse aprovechado de ella Chancer para adornar y enriquecer el inglés, muy estéril hasta entonces. Bembo asegura también que esta lengua tenía una gran superioridad sobre todas las de Occidente, y que todo el que quería escribir y ser leído, escribía en provenzal.

Pero, volviendo á lo indicado al principio, con el nombre general de verso se entendía al principio cualquier clase de composiciones, hasta que se denominaron *canción*, *serventesio*, *descort*, etc.

De esto se sigue alguna confusión, pues es difícil comprender la diferencia que luego se estableció entre *verso* y *canción*, pareciendo como que el *verso* abría al poeta un campo más vasto, y que la *canción* se consagraba exclusivamente al amor y á la alabanza de Dios, lo contrario del *serventesio*.

Los poetas más notables, sin embargo, desdennan esta cuestión. Así dice, por ejemplo, Aymeric de Peguilhá:

«Muchas veces me preguntan en sociedad por qué no hago *versos*. Que llamen á mi cantar *canción* ó *verso* me es indiferente, y contesto siempre á los que esto me preguntan que entre *verso* y *canción* no hay más diferencia que la del nombre.

»En muchas *canciones* he oido rimas masculinas, y rimas femeninas en muy buenos y agradables *versos*. He notado aires cortos, con rápida medida, en los *versos*, y melodías largas y lánguidas en las *canciones*. De una parte y de otra había líneas de una misma medida y de un mismo tono.»

Mautas vetz sui enqueritz
 en cort, cossi vers no fatz,
 per qu' ieu vuelh si apelatz,
 e sia lurs lo chanzitz,
 cansó ò vers aquest chan:
 e respon als demanan
 qu' om no trova ni sab devezió
 mas sol lo nom, entre vers e chansó.
 Qu' ieu ai motz mascles auzitz
 en chanssonetas assatz,
 e motz femenins pauzatz
 en verses bos é grazitz;
 e cortz sonet é cochans
 ai ieu auzit en verses mans,
 e chansós ai auzidas ab lonc só,
 e 'ls motz d' amdós d' un gran e 'l chan d' un tó.

Según de esto se deduce, podía hallarse establecida la distinción, pero no era seguida en la práctica, pareciéndose deducir también que el *verso* sólo admitía, rigurosamente hablando, rimas masculinas, á diferencia de la *canción* que era de rimas femeninas.

Por la biografía de Marcabré, uno de los trovadores más antiguos, se ve que en su tiempo la *canción* no estaba en

uso todavía, y que todas las poesías cantadas se llamaban *versos*. (*Et en aquel temps non apellaba hom cansós, mas tot quan hom cantava, eron vers.*)

En tiempo de Giraldo de Borneil fué cuando comenzó á establecerse la diferencia, siendo este poeta el que hizo la primera canción.

En aquel temps negus cantars s' apellava cansós, mas vers: mas pueis Eu Guirantz de Bornell fetz la primera chansó.

II.

CANCIÓN.

He aquí cómo definen la canción las *Leyes de amor*:

«Es la canción una obra que comprende de cinco á seis coplas, y debe principalmente tratar de amor ó de alabanza en términos dulces, gratos y con ideas agradables. No debe emplearse en la canción ninguna palabra grosera, ni villana, ni fuera de su lugar; puesto que la canción debe tratar principalmente de amor y de gentileza, y un hombre enamorado debe ser cortés, no sólo en sus acciones, si que también en sus palabras y escritos.»

Al principio se daba el nombre de canción á las composiciones en general, pero ya después se reservó á las que se dedicaban únicamente á alabanzas de Dios ó de una dama. Se hacía uso para ellas de los metros más artificiosos y difíciles, que se acompañaban con un ritmo más lento y marcado que los demás *versos*. Acostumbran á terminar por una semi-estrofa designada con el nombre de *tornada* (vuelta ó despido), la cual era una especie de epílogo de la canción, ó bien una *endressa* (endereza, envío, dedicatoria) á la persona á quien iba dedicada. Podía haber dos *ternadas*, y las *Leyes de amor* dicen que en la primera podía poner el trovador su emblema (*senhal*) sin tomarlo de otro trovador, y en la segunda el nombre de la persona á quien se dirigía.

La *tornada* era, pues, una especie de epílogo corto que

hacía alusión á las relaciones del poeta, y su objeto principal el de rendir un discreto homenaje á la dama á quien la composición iba pública ó secretamente dedicada, pues que ordinariamente allí figuraba su nombre, real ó ficticio. Otras veces contenía el elogio de un protector ó revelaba el nombre del poeta.

He aquí algunos ejemplos:

«Señor delfín, tan dignamente obráis que todas vuestras acciones deben ser gratas á las almas nobles.—Tened piedad de mí, bella y noble dama, porque Gerardo el Rojo muere de amor por vos.»

«Canción, dice en una endereza ó envío Aimeric de Belenoi, detente junto á la reina preciada de Aragón, pues todo mejora con ella.»

«Pedro Rojer con toda lealtad envía esta canción á su dama, y le ruega, si quiere vivir con él en buena inteligencia, que la aprenda de memoria antes de Navidad.»

«Canción, vete á encontrar á Guillén de Espía para que te cante á mi dama, á fin de procurarle solaz.»

«Hugonet, cortés mensajero, cantad mi canción á la reina de los normandos.»

«Rey de Aragón, dice Nat de Mons, señor en quien brilla la prez, puesto que aceptáis gustoso las palabras que se os dedican, no os apartéis del servicio de Dios, que es tan grande y poderoso.»

«Señora, puesto que soy vuestro en vida y en muerte; puesto que podéis darme ó venderme, os ruego que no olvidéis á Guillermo Ademar.»

Había también cancioncitas (*cansonetas*) y medias canciones (*mieja cansó*).

La cancioncita era simplemente una canción de escasas proporciones, más ligera y fácil.

La media canción era evidentemente una canción reducida á un pequeño número de estrofas. En una de este género, compuesta sólo de tres estrofas, dice Pedro Bremón:

«Pues que todos querrán saber por qué no hago más que media canción, voy á decírselo: no tenía más que medio asunto, y he debido limitar mi canción.»

Pus que tug volon saber
 perque fas *mieja chansó*,
 leu lur en dirai lo ver,
 quar l' ai de mieja razó
 perque dei mon chan meytader...

Las canciones en honor de las damas ocupaban el más selecto lugar en el Parnaso provenzal. Era aquella una sociedad de amores, de gentileza y de placeres. La prosodia y el arte poético de los trovadores llevan el título de *Leys d' amor*, leyes de amor. Poesía y amor eran sinónimos. Se enseñaba á cantar para que se aprendiese á amar.

Entre los más renombrados autores de canciones, figuran en primera línea Bernardo de Ventadorn, los dos Arnaldo, el Daniel y el de Marveil, Giraldo Borneil, que mereció de sus contemporáneos el título glorioso de *maestro de los trovadores*, título, sin embargo, no aceptado por Dante, para quien era preferido Daniel, y muchos, muchísimos otros que aquí no cito, y de quienes no continúo aquí ninguna poesía de esta clase, porque abundantes se hallarán en el curso de esta obra.

Me limitaré sólo á citar una de Bernardo de Ventadorn, verdadero maestro en este género, la cual, para que pueda formarse idea exacta de estas composiciones, traduciré literalmente y verso por verso. Es una de las dirigidas por Bernardo á Inés de Montluzó, aquella á quien llamaba *Belvezer*, aquella para quien tan fatales y trágicos debían ser sus amores con el poeta.

No es maravilla que yo cante
 mejor que cualquiera otro cantador,
 pues más que otros se consagra al amor mi corazón,
 y estoy enteramente bajo su ley.
 Alma y cuerpo, ingenio y saber,
 poder y fuerza, todo se lo he consagrado.
 Es tan fuerte la corriente que me arrastra al amor
 que me dejo llevar de ella.

Muerto está aquél que de amor no siente
 algún dulce sabor en el corazón.
 ¡Y de qué sirve vivir sin amor
 como no sea para ser á todos enojoso!
 Que Dios no me odie nunca lo bastante

para permitirme que viva un mes ó sólo un día
después que se me haya reprochado el ser enojoso
ó que haya muerto en mí todo deseo de amor!

De buena fé y sin engaño
amo á la más bella y á la mejor.
Mi corazón suspira y mis ojos lloran,
que por mi desgracia la amo demasiado.
¿Qué otra cosa puedo hacer si el amor me encadena?
La cárcel en la que ella me ha puesto
ninguna llave puede abrirla, si no es la merced,
y de ella no puedo obtenerla.

Este amor se introduce tan suavemente
en el corazón con su dulzura,
que fallezco de dolor cien veces al día
y renazco á la dicha otras ciento.
Mi mal es de tan dulce apariencia,
que es preferible á todo otro bien;
y pues que el mal me es tan agradable,
agradable será el bien tras de la pena.

¡Ah! Pluguiera á Dios que pudieran distinguirse
los amantes felones de los amantes fieles,
y que los mentirosos y los pérfidos
llevasen para ser conocidos un cuerno en su frente!
Todo el oro del mundo y toda la plata
daría de buena gana, si la tuviese,
sólo para que mi dama conociera
la sinceridad con que la amo.

Cuando la veo, debe conocerme
en mis ojos, en mi color, en mis ademanes,
que tiemblo de miedo
como la hoja batida por el viento.
No tengo más ideas que las de un niño,
¡tanto es lo que el amor me sobrecoge!
De hombre así rendido
bien puede tener una dama misericordia.

Buena dama, nada más os pido
sino sólo que me toméis por vuestro servidor;
os serviré como á un buen señor se debe,
cualquiera que sea mi recompensa.
Heme aquí á vuestro servicio,
¡oh persona leal, dulce, gentil y cortés!
Vos no soís ni un oso ni un león
para matarme, cuando á vos me entrego.

A mi cortés señor, allí donde se halla,
dirijo mi verso, y que no se enfade
si he tardado tanto tiempo.

El amor fué, ya queda dicho, el gran culto y la gran inspiración de los trovadores.

Recogidos al vuelo, como pureza de sentimiento, como muestra de originalidad, como expresión de belleza, como modelo de imágenes, como fuente de buen gusto, voy á presentar algunos pensamientos entresacados de diversas canciones:

«Los ojos de mi corazón estarán siempre fijos en ella: sea donde quiera que yo me encuentre, la veo y la contemplo. Sin duda me parezco á esa flor, de la cual se cuenta que siempre está de cara al sol.»—*Peivols*.

«Llama de amor me consume de día y de noche. Mi alma se depura como el oro en el crisol.»—*El mismo*.

«Yo debo cantar muy bien, porque el amor me sirvió de maestro: él fué quien me reveló el arte de trovar buenos versos, y si él no me hubiese instruido, no sería poeta.»—*El mismo*.

«No quisiera ser ni rey ni emperador si tuviese que renunciar á ella.»—*El mismo*.

«No hay mejor canción que aquella que parte del corazón, y un canto no puede partir del corazón como éste no se encienda en un amor sincero y profundo. Si mis cantos aparecen perfectos, es porque mi boca, mis ojos, mi corazón, mi ingenio, pertenecen al amor.»—*Bernardo de Ventadorn*.

En jos d' amor ai e enten
la boca, 'ls huels, el cor, el sen.

«Cuando mis ojos os pierden de vista, continúo viéndoo, señora.»—*El mismo*.

«El pez sólo respira en el agua, y yo no tengo ni tendré jamás otra vida que la embriaguez que me dió amor haciéndome elegir semejante dama.»—*Arnaldo de Marveil*.

«El amor me conoce como su vasallo más leal, y por esto me ha revelado el medio de poseer vuestros dulces favores. Con mi pensamiento os tengo en mis brazos, me pertenecéis, gozo de vuestros besos, y este placer que tan dulce me es, tan querido y tan bueno, no hay ningún celoso que pueda prohibírmelo.»—*El mismo*.

E quar conois qu'ieu am ab cor verás,
 mostra'm de vos de tal guiza jauzir:
 pensan, vos bai e'us maney e'us embraz:
 aquest domneis m' es dous e cars e bos,
 e no'l me pot vedar negus gelós.

Este pensamiento de Arnaldo de Marveil está expresado con más concisión y con más originalidad por Rimbaldo de Orange en una sola frase:

«Señora, yo os veo en mi corazón sin cendal ni velos.»

He aquí cómo se expresa el citado Arnaldo de Marveil, proscrito del país donde su dama habita:

«Un pastor que venga de su comarca merece para mí más consideración que un príncipe.»

«La corona imperial de Roma, dice el fogoso Beltrán de Born, se honraría con ceñir vuestra frente.»

El fondo de esta idea se halla también en otros trovadores:

«No hay rey ni emperador, ha dicho Giraldo de Solignac, que pueda ser mi igual si os dignáis serme favorable, señora.»

«Sin ella, no quisiera ser rey de Francia,» dice Guillermo Faidit.

«Una sencilla cinta recibida de Rimbalda, exclama Pedro Vidal, me hace más rico de lo que pueda ser el rey Ricardo con Poitiers, Tours y Angers.»

Con más novedad que todos ha dicho Pistoleta:

«Prefiero ser vuestro esclavo á ser dueño de esclavos.»

Los trovadores reconocieron el amor como fuente de todo lo bueno, y también como maestro que les iniciaba en los secretos del arte. Ya se ha visto lo que á propósito de esto decía Peirols. Véase cómo se expresan otros:

«Dichoso aquél á quien amor ha herido, dice Pons de Capdeuil, porque el amor es fuente de todo bien. Es él quien inspira al hombre la gentileza y la cortesía, él quien lo hace leal y digno, al propio tiempo que fuerte y modesto. El que ama vale cien veces más, así en el consejo como en la guerra, donde tienen su nacimiento las grandes proezas.»

He aquí cómo habla Guillermo Faidit en una de sus canciones:

«Que todos los amantes de la virtud sepan que es del amor de donde proceden la liberalidad, la lealtad, la modestia, la cortesía, los honestos placeres. Nos hace amar el mérito, nos hace esclavos del honor, nos da valor, dignidad é hidalguía.»

Y el mismo dice en otro lugar:

«Mi corazón, mis buenas canciones, todo lo que yo puedo decir ó hacer bien, es de vos de quien procede, mi bella señora.»

La misma idea se encuentra en Aimeric de Peguilhá:

«Mi buena dama, á vos y al amor debo el tener ingenio y saber, cuerpo y corazón, poesía y canto.»

Pero, ¿á qué ir multiplicando las citas?

En las páginas de esta obra se hallarán datos y ejemplos bastantes para demostrar que el amor fué tema inagotable para los trovadores, y que sus canciones amorosas eran cada día más bellas, cada día más nuevas y más sentidas cada día.

Es que, como dijo con elegante frase y profundidad de pensamiento uno de ellos mismos:

«El amor es como el mar, siempre infinito y siempre nuevo.»

III.

SERVENTESIO.

Es la composición que puede llamarse histórica ó política.

Las *Leyes de amor* la definen así:

«El serventesio es una obra que se asemeja al verso ó á la canción en dos cosas, la una con respecto á la medida de las coplas, y la otra con respecto al canto. Por lo que toca á la medida, es preciso entender que puede tener la medida sola, sin las rimas ó con las rimas de las mismas

palabras ó de otras palabras que tengan rimas iguales. Debe tratar el serventesio de vituperio ó de sátira en general para castigar á los necios y á los malvados. Si se quiere, puede tratarse en él cualquier hecho de guerra.»

Tenemos por esta definición y por el nombre mismo de serventesio, que esta obra llevaba consigo una idea de inferioridad, pues que era tributaria de la canción por la medida de las coplas y también por el canto que le pedía prestado.

Esta composición, tenida como inferior por los trovadores, es sin embargo la que hoy más se considera, porque nos da ideas de las costumbres y cosas de aquel tiempo, así como es también de gran auxilio para ciertas averiguaciones históricas.

Era, pues, el serventesio una oda no amatoria, de interés común, moral ó político, que á veces se convertía en composición satírica y personal, especie de discurso en verso donde todo cabía á gusto del autor, las alabanzas, los reproches, las quejas y lamentaciones, las amenazas, las exhortaciones, los consejos, los vituperios, las críticas, los ataques personales.

Los autores de serventesios parecen ser los verdaderos periodistas de aquellos tiempos.

Lo que más llama la atención, siendo más digno de ser observado en esta clase de composiciones, es la extrema libertad, que hoy se llamaría licencia, con que en ellas se expresaban los trovadores. Atacaban sin consideración de ninguna clase lo más alto, lo más grande, lo más santo; manifestaban sus ideas con toda desnudez, sin traba de ninguna clase; fulminaban duros y severos juicios sobre los hombres, por más que ocuparon un trono real ó la sede pontificia, y sobre las cosas, por más que fueran las más santas y delicadas.

No es, pues, de extrañar que los serventesios degenerasen á veces en sátiras violentas y personales.

Pero lo que verdaderamente ha llamado la atención á algunos autores, siendo natural que la llamara, es el hecho de ver á los altos y poderosos barones de aquellos tiem-

pos, prontos siempre á poner mano á la espada y á vengar sus ofensas con la sangre de sus enemigos, soportar pacientemente las acres censuras de su conducta y doblar su orgullosa frente ante el serventesio del trovador.

El serventesio hablaba á los grandes con una libertad que algunos trovadores, especialmente Sordel el mantuaño, llevaron hasta sus últimos límites.

Este atrevido trovador, que escribía en Provenza y en provenzal, aunque italiano, en una de las composiciones de más novedad y más originales que existen en aquella literatura, se lamenta amargamente de la muerte de su protector Blacás, un cumplido caballero de sus tiempos y también galante y famoso trovador.

Después de haber deplorado en la primera estancia la pérdida de su protector y amigo, Sordel no ve más medio de hacerla menos sensible que repartiendo su corazón á todos los potentados de la época que de él carecen.

Pues bien, esos altos barones á quienes Sordel acusa de falta de corazón y de valor, á quienes convida á un festín simbólico para repartirse y comer á trozos el corazón de Blacás, á fin de que por este medio puedan convertirse en valientes, á quienes no titubea en nombrar para reprocharles sus vicios, sus debilidades, su cobardía, no son otros que el emperador de Alemania Federico II, el rey de Francia San Luis, el rey de Inglaterra Enrique III, el rey de Castilla Fernando III *el Santo*, el rey de Aragon Jaime I *el Conquistador*, el rey de Navarra, el conde de Tolosa y el conde de Provenza.

Al primero le encarga comer de aquel corazón para que tenga valor de recobrar de los milaneses los países que éstos le han robado, á pesar de sus alemanes.

Al rey de Francia para que recupere la Castilla, que pierde por su cobardía, pero que lo haga sin noticia de su madre, pues por su conducta se ve que en nada quiere gustarla.

Al rey de Inglaterra le recomienda que coma un buen pedazo. Tiene poco corazón y entonces tendrá mucho para recobrar la tierra que se dejó vergonzosamente usurpar

por el rey de Francia, el cual se aprovecha de su negligencia y de su cobardía.

El rey de Castilla, dice, debe comer por dos, porque tiene dos reinos (Castilla y León), y apenas basta para gobernar uno. Pero si come, que lo haga á escondidas de su madre, pues si ésta lo sabe le molerá á palos.

Lo reys Castellhás tanh que manje per dos,
 quar dos regimes ten, é perl' un no 'n es pros;
 mas s' ilh en vol manjar, tanh quant manje a vescós,
 que si 'l maire ó sabia batrrial ab bastós.

También quiere que coma de él el rey de Aragón para lavar la mancha que le cayó en Marsella.

Y por fin encarga lo mismo á Tibaldo, conde de Champagne y rey de Navarra, que ha degenerado al subir al trono, pues más valía como conde que como rey; al conde Ramón VII de Tolosa, que, si no cambia de corazón, no recobrará jamás lo que ha perdido; y al conde Ramón Berenguer V de Provenza, para que aprenda á saber lo que vale un conde despojado de sus tierras.

Y como si los reproches que á esos monarcas y barones dirige no fuesen bastantes, el trovador termina su composición de la manera que se va á leer:

«Los barones me querrán mal por lo que yo tan claramente les digo, pero bueno es que sepan que hago yo tan poco caso de ellos como pueden ellos hacerlo de mí. Bella amiga, que yo encuentre gracia cerca de vos, y me río de todos cuantos por enemigo me tengan.»

Li baron volran mal de so qu' ieu dic be,
 mas ben sapchan quels pretz aitan pauc com' ilh me.
 Bel Restau, sol qu' ab vos puesca trobar mercé,
 à mon dan met quascun que per amic no 'm te.

Tuvo esta composición un éxito verdaderamente extraordinario. Los trovadores y juglares iban de castillo en castillo y de corte en corte cantando y recitando esta poesía, la cual, como sucede en las obras que alcanzan grande fama, no tardó en tener imitadores.

Fué el que primero la imitó Beltrán de Allamanón en su

Molt m' es greu...

Beltrán de Allamanón, conocido á su vez por violentos serventesios en que trata muy mal al papa, al rey de Nápoles y al emperador de Alemania, reparte también el corazón de Blacás, pero sólo las damas merecen ser convidadas á este festín.

«Es preciso, dice, que Sordel haya perdido el juicio para regalar á unos cobardes el corazón de Blacás, que fué de un valor superior á cuanto se diga (*qu' era sobrevalens*): quinientos corazones como el suyo serían insuficientes para dar valor á príncipes que de él carecen en absoluto.»

En seguida hace ocho partes de este mismo corazón, y las distribuye entre ocho damas de alto linaje que fueron amigas del difunto Blacás, persona que debía tener en Provenza gran nombradía y gozar de mucho prestigio, si se tiene en cuenta, como se verá en el curso de esta obra, lo mucho que de él se ocuparon los trovadores. Las damas á quienes Beltrán de Allamanón distribuye el corazón que ya Sordel había distribuido entre varios monarcas, son la condesa de Provenza, la de Bearn, la de Vianés, la de Rodez, la bella de la Chambre, la dama Rimbalda de Baux, la dama de Lunel y la bella de Pinós.

«Del alma de Blacás, dice el trovador al concluir, que disponga Dios el glorioso; de su corazón las damas á quienes rendía homenaje.»

De l' arma d' en Blacatz pens Dieu lo gloriós,
que 'l cor es ab aquelhas de quels era enveiós.

Otro de los trovadores que se ocuparon de distribuir los despojos mortales de Blacás, fué Pedro Bremón de Noves, poeta provenzal contemporáneo de Sordel. Considerando sin duda que el corazón estaba ya bastante repartido, se dedica á destrozarlo el cuerpo, que divide en cuatro partes y envía á diversos pueblos para guardarlo y adorarlo como cuerpo santo. Por lo tocante á la cabeza, la destina al soldán del Cairo, pero sólo en el caso de que se bautice.

Entre los más notables autores de serventesios no puede ser olvidado Beltrán de Born, el fogoso castellano de Autefort, aquel que así blandía la guerrera lanza, como

manejaba la pluma para escribir atrevidos y punzantes serventesios, que eran para él también verdaderas armas de pelea y de combate. Ya encontraremos más adelante á este trovador, el tenaz enemigo de Alfonso de Aragón, el agitador constante, el pertinaz rebelde, aquel á quien Dante coloca en su Infierno con la cabeza cortada del tronco y suspendida de la mano *á guisa de linterna*, por haber sembrado la división en la familia real de Inglaterra; aquel que por su espíritu batallador estuvo constantemente en lucha con su familia, con sus señores, con sus reyes, con sus amigos, con sus vecinos, á quienes hería el cuerpo con su espada y la honra con sus serventesios; aquel, en fin, que como él mismo dice, prefería las emociones de la guerra al comer, al beber y al dormir,

ieu 's dic que tant no m 'a sabor
menjars ni beure ni dormir.

Los serventesios de este trovador pueden presentarse como verdaderos modelos, por su brillantez, por su vigor, por su concisión, por su misma fiereza salvaje. Nadie manejó mejor que él la lengua para saberla amoldar á su inspiración; nadie le igualó en virilidad de pensamiento y en rudeza de concepto; nadie se atrevió á más crudas sátiras contra los poderosos de la tierra; nadie expresó con más libertad ni desenfado su pensamiento; nadie en ataques personales llegó á tanto ni con más desenvoltura. Mejor que con la pluma, parecía escribir con la punta de la espada.

No tardaremos en ver todo lo que se le ocurrió decir en contra del rey de Aragón D. Alfonso, con quien tuvo también alguna rivalidad de amores; pero sus más rudas composiciones son aquellas que escribió para excitar á los príncipes ingleses, ya á unos contra otros, hermanos contra hermanos, ya á todos contra su propio padre.

Al rey de Francia le dirige también violentos ataques, tremendas acusaciones:

«¡Vergüenza para ese rey cuya pereza, cuya indiferencia y cuya cobardía le son más perjudiciales que la guerra, con todas las fatigas y trabajos que trae consigo!...

«Recuerde ese rey que mientras sólo se ocupa de engordar tendido á la larga, se le reprocha el no haber roto jamás una lanza contra un escudo!...

E membre li qu' om li retrais
qu' anc en escut lansa non fraís.

«Nunca vió piernas ni costillas rotas, brazos mutilados, cabezas separadas de sus troncos. Jamás estuvo en un campo de batalla ese rey sin valor...

«El rey Felipe desea la paz más que un monje de Charenton...»

Hablando de los barones de su país que se dejaban despojar de sus bienes por Ricardo, dice:

«He roto más de mil espuelas en sus flancos sin que haya podido hacer trotar á uno solo. Se dejan despojar de sus castillos sin quejarse. ¡Maldígales Dios! ¿En qué piensan, pues, esos barones? No hay ni uno solo á quien no se pudiera fácilmente rapar y afeitar como á un monje y herir de los cuatro piés...

No i es un no 'l poscatz tondr' e raire,
o ses congrenz dels quatre pes ferrar.

«Sin cesar, dice en otro serventesio, trabajo para comunicar valor al corazón de esos barones. Trabajo inútil. Son unos cobardes, y yo un insensato en ocuparme de ellos...»

Los mismos improperios que dirige á los reyes y barones, dirige también á su hermano Constantino, con quien andaba en reyertas acerca de la partición de sus bienes.

«Mi hermano quiere la tierra de mis hijos, pues me pide una parte de ella...

«Desde ahora se lo declaro: mal le irá si se atreve á disputármela. Al que quiera arrebatar me mi bien, sea quien fuere, le arrancaré los ojos. La paz no me conviene, y lo único que me place es la guerra. No temer nada; esta es mi divisa y esta mi ley...

«Mientras que otros se entregan á los placeres y comodidades de la vida, yo me consagro á hacer provisión de lanzas, de cascos, de espadas, de caballos. Ni con derecho,

ni sin él, nunca cederé la tierra de Autefort. Es mía, y ya pueden hacerme la guerra cuantos quieran.»

En uno de sus serventesios contra el monarca aragonés, hay esta bellísima y levantada introducción, que ha servido de modelo á muchas composiciones bélicas escritas más tarde por los poetas sucesores de Beltrán de Born:

«Cuando veo desplegar por los verjeles las enseñas amarillas, indias y azules, me alegra oír el relincho de los caballos y las voces de los juglares que van de tienda en tienda tañendo la viola, y el eco de las trompas, de los cuernos y de las dulzainas. Ocúrreseme entonces hacer un serventesio para que lo oiga el conde Ricardo.»

Quan vei pels vergers desplegar
los sendatz gruets, indís e blaus,
m' adoussa la votz dels cavaus,
e il sonet que fan li joglar
que builan de trap en tenda,
trompas e corns e grailles clar;
adoncs vuelh un sirventés far
tal qu' el coms Richartz l' entenda...

Cuando se predicó la cruzada contra los albigenses, cuando los franceses se disponían á caer como aves de rapiña sobre los fértiles campos y ricos castillos de la Provenza, enérgicos serventesios brotaron de las lirás de los trovadores, que todos entonces dieron al olvido sus cantos de amor para sólo entonarlos de guerra.

En el curso de esta obra se hallarán varias de aquellas composiciones verdaderamente notables, inspiradas á los trovadores por su amor á la independencia del país, por su alto y sobresaliente patriotismo, por su odio á la dominación clerical y extranjera. El rey D. Pedro de Aragón, ya lo hemos dicho, al tomar las armas para acudir en defensa del conde de Tolosa y de la nacionalidad mediterránea, cedió en parte á la opinión pública abiertamente declarada y con fidelidad interpretada por aquellos poetas que, como Ramón de Miraval, Azemár el negro, Aimerich de Peguilhá y tantos otros, le dirigieron cantos entusiastas excitando sus nobles sentimientos y generosos instintos para deci-

dirle á tomar parte en la lucha; que tras de ella veían la libertad de *la tierra*, como llamaban á su patria, y quizá un reino mediterráneo con el trono del caballeroso monarca aragónes.

La Providencia no favoreció los votos hidalgos de aquellos nobles trovadores. Provenza fué pasada á fuego y á sangre por los *bárbaros del Norte*, que no siempre en este mundo triunfaron las buenas causas; y desterrados entonces y proscritos los trovadores, obligados á buscar en suelo extranjero el pan con que alimentar los últimos días de su vida y los pocos palmos de tierra con que luego cubrir sus restos mortales, dejaron exhalar de su alma amargos y sentidos lamentos, en tiernos y conmovedores *planchs*, que son, sin embargo, verdaderos serventesios donde palpita el dolor de un alma profundamente lacerada.

Así se ve decir á Aimerich de Peguilhá:

«De hoy más los provenzales vivirán sumidos en el dolor y en el luto, porque de valiente señor hemos caído en *sire*...

»¡Ah Provenza! ¡Provenza! ¡Qué deshonor para tí y qué duelo! Perdiste la alegría, la dicha, la gloria y el reposo al caer en manos de los franceses. Más nos valiera que hubiésemos muerto todos...

»Rasguemos nuestras banderas, arrasemos los muros de nuestras ciudades y las torres de nuestros castillos. Somos hoy vasallos de los franceses, y no debemos ya llevar ni lanza ni escudo.»

Estas amargas quejas, con tan vigoroso acento expresadas, hallan un eco en los cantos de Bernardo Sicars de Marjevols, que así se expresa por su parte:

«No puedo dormir de noche ni sosegar de día. De noche velo y suspiro, de día sufro y me lamento al oír que por todas partes hombres cobardes dicen: *Sire*, dirigiéndose humildemente á los franceses. Los franceses se han apoderado de todo por derecho de conquista. ¡Ay! Tolosa y Provenza, tierra de Agen, comarcas de Beziers y Carcasona, quién os ha visto y quién os ve!»

Ya se verá también más adelante en estas páginas cómo

Durán de Paernas y otros trovadores, acusan á D. Jaime de Aragón y le tachan por no vengar á su padre muerto en Muret y por haber abandonado la idea política de don Pedro.

Las composiciones sobre las cruzadas, no sólo las cruzadas de Ultramar, sino las dirigidas contra los moros de España, figuran también como parte muy principal en la historia del serventesio. Son muchos los trovadores que compusieron poesías sobre este asunto, y en esta obra podrán leerse los serventesios, algunos de ellos muy notables, de Gavaudán el Viejo, Marcabré, el conde de Poitiers, Pons de Capdueil, Beltrán de Born, Gancelmo Faydit, Peirols, Aimerich de Peguilhá, Pedro Vidal, Folquet de Marsella, Rimbaldo de Vaqueirás, Pedro de Auvernia, Folquet de Romans, Guillermo Figuera, Oliver el Templario, Astorg de Aurilac, Guillermo de Saint Didier, y otros muchos.

Aunque dispuestos á cantar la gloria y el honor de las cruzadas, pocos fueron, sin embargo, los trovadores que, tomando la cruz, pasaron á Ultramar. Escribían levantados serventesios inspirando á los demás el deseo de ir á combatir á los infieles, pero por lo que á ellos toca, preferían no abandonar las bellas comarcas provenzales.

Algunos hacen una mezcla singular de la religión y de la galantería, debilitándose su sentimiento religioso al contacto de sus ideas amorosas.

Rimbaldo de Vaqueirás, que formó parte de la expedición del marqués de Montferrat, la cual no tuvo sino el nombre de cruzada, declara en su serventesio que vacila entre su amor y la cruz. No sabe si partir ó quedarse, tan profundo es el amor que á su dama profesa, y tan íntima su convicción de que su ausencia puede causarle la muerte.

Uno de los pocos que pasaron á Ultramar fué Pedro Vidal, aquel trovador cuya vida está llena de singulares aventuras y que así brilla por sus rasgos de locura como de talento; pero no fué ciertamente la fé y el ansia de combatir á los infieles lo que le llevó á tan apartadas comarcas. Su viaje no fué debido al entusiasmo, sino al miedo. El te-

mor á las venganzas de una dama airada y á la cólera de un marido celoso, le obligó á cruzarse para ir á Ultramar con la hueste y la corte del rey Ricardo. En sus tres serventesios sobre las cruzadas, más que de ellas, se ocupa de su dama, cuya ausencia y cuyos rigores le llevaban grandemente apesarado, mezclando así lo profano á lo divino, y dando aún más realce á lo primero que á lo segundo.

Jofre ó Godofredo Rudel, el que, como ha dicho Petrarca, *usó la vela é il remo á cercar la sua morte*, fué también de los que marcharon á Palestina, sin que para ello interviniera en nada el rescate del Santo Sepulcro, sino el singular deseo de conocer á una dama en cuyos brazos le esperaba la muerte: y Pons de Capdeuil sólo pasó el mar y tomó parte en las cruzadas para ir á buscar con el término de su vida el de sus dolores por la muerte de su dama.

Otros trovadores se cruzaron también: el conde de Poitiers, Gancelmo Faidit, Folquet de Romans, Peyrols de Auvernia, y ciertamente que este último mostraba gran impaciencia por volver á sus lares, pues que en el momento de su regreso le pide á Dios con todo fervor buena mar, buen viento, buena nave y buenos pilotos para llegar cuanto antes á Marsella.

Ara 'ns don Dieus bona mar e bon ven
e bona nau e bons governadors,
qu' á Marselha me 'n vuellh tornar de cors.

Entre los numerosos serventesios compuestos con motivo de las cruzadas, sólo citaré aquí, para dar á conocer este género de poesía histórica, unos pasajes del que escribió Giraldo de Borneil refiriéndose á la segunda cruzada:

«Me asombra, dice, la indiferencia del siglo. La raíz del bien se pudre mientras que la del mal se extiende. Nadie se ocupa de las ofensas que á Dios se hacen. Mientras que la Siria permanece sin oposición en poder de los árabes traidores y sin ley, los potentados de la tierra se entretienen aquí en combatir unos contra otros. La vergüenza debe abrasar el rostro de todo aquel que se precie de valiente y caballero, al ver cómo se abandonan así los inte-

reses de Dios. ¡Gloria á aquél que por esta causa dé y reciba fuertes golpes! Será acogido dignamente y recompensado con largueza por su rey.»

Mas celh qu' aurá pres d' autrui bran
de gran colps, e del sieu feritz,
er aculhitz
e de son rei
si tenrá per pagatz,
quel non es ges de donar issaratz.

El serventesio del trovador concluye así:

«Mi canto, que ha sido de dolor al comienzo, termina con un eco de alegría, pues que reunida está ya la hueste que acudir debe en auxilio del rey. Bien desconcertados van á quedar los infieles, yo os lo aseguro, cuando la verán llegar. El conde Ricardo está ya dispuesto; prontos se hallan todos los suyos á seguirle. ¡Loado sea Dios!»

No siempre, sin embargo, cantaron los trovadores movidos por el entusiasmo religioso. En esta obra se hallarán algunos serventesios escritos, no en favor, sino en contra de las cruzadas. Astorg de Aurillac las maldice y anatematiza como funestas y ruinosas para la cristiandad, pidiendo al cielo que descargue sus iras sobre el clero que las impulsa y predica.

En sus sátiras contra el clero estaba muy lejos de hallarse sólo el trovador Astorg, que éste fué siempre tema inagotable para los serventesios y asunto simpático para muchos de aquellos poetas.

El serventesio, que atacaba sin consideración alguna á los reyes y potentados, tuvo también siempre poco respeto para los hombres de iglesia. No parece sino que los trovadores guardaron para éstos las saetas más agudas, los más sutiles epigramas, las más punzantes invectivas. Así antes como después de la cruzada contra los albigenses, el clero parece concentrar en sí solo y atraer todas las iras y toda la saña de los poetas. Verdad es que el clero con su conducta se hacía acreedor entonces á la censura más severa.

«Si Dios, dice Guillermo Montagnagout, si Dios salva á los que comen bien y huelgan mejor y tienen más muje-

res, seguros pueden estar de ir en vía recta al Paraíso los Monjes negros y los Monjes blancos, los Templarios, los Hospitalarios y los Canónigos, mientras que San Pedro y San Andrés se lamentarán más de una vez de haber sufrido tantos martirios y tormentos por un Paraíso que es tan fácil de ganar á los otros.»

Muchos son los serventesios que así se expresan; infinitos los nombres que citarse pueden de trovadores lanzados por este camino, pero ninguno que á tan alto rayase como Pedro Cardinal, aquel no en vano llamado el Juvenal de la Edad media. Pedro Cardinal, que comenzó por ser canónigo del Puy, pero que abandonó el mejor día sus hábitos para hacerse trovador, es por su posición en la sociedad, por su origen, por su cuna, por su talento, por sus virtudes mismas, el más autorizado para tratar este asunto. Así, pues, se le ve separar el grano de la paja, los buenos clérigos de los malos, y su sátira terrible y contundente sólo cae sobre aquellos, *los clérigos falsos*, como les llama, que ofendían á la tierra con sus costumbres, al cielo con sus vicios, á Dios con sus maldades.

Cardinal, el gran azote del mal clero, era un hombre verdaderamente religioso. Vivió, según las crónicas, hasta la edad de cien años, y nunca, durante el curso de esta larga vida, dejó de gozar de la estimación general, ni nunca flaqueó su ánimo en su constante propósito de condenar y anatematizar con negros colores los vicios de la sociedad. Su carácter daba autoridad á sus serventesios, y con la misma libertad con que atacaba á los altos barones por su codicia y desafueros, reprochaba al clero alto y bajo sus vicios y defectos.

Sus composiciones son verdadero modelo de arte; y si hay en ellas la violencia y la exageración de la sátira, no hay al menos la mancha del insulto.

Algo más apasionados y violentos fueron los serventesios de Guillermo Figuera ó Figueira, de cuyas imprecaciones terribles contra la Roma de los papas se ocupará esta obra en el capítulo respectivo.

La poesía provenzal que comenzó con el serventesio, si

es cierto que el conde de Poitiers fué el más antiguo de los trovadores, con el serventesio concluyó también y con los airados anatemas que Pedro Cardinal, Sicar de Marjevols, Aimerich de Peguilhá, Guillermo Figuera y tantos otros lanzaron, como una maldición eterna, que vive aún, y vivirá, sobre la frente de los devastadores de Provenza.

IV.

DESCORT.

He aquí cómo lo definen las *Leyes de amor*:

«El *Descort* es una obra muy variada. Puede tener tantas coplas como el verso, á saber, de cinco á diez. Estas coplas deben ser singulares, discordantes y diferentes en rima, canto y lenguaje, pero pueden ser todas de la misma medida ó de una medida diversa. El *Descort* debe tratar de amor ó de elogio, ó de esas quejas que el amante acostumbra á exhalar cuando no es amado de su dama, ó de todo esto junto, según se quiera.»

Como modelo y ejemplo de esas caprichosas y complicadas poesías, puede citarse el *Descort* de Rimbaldo de Vaqueirás, escrito en cuatro idiomas, ó por mejor decir en cinco. La primera estancia está en lengua provenzal, las otras en italiano, francés, gascón y castellano, es decir, con una estancia escrita en cada uno de estos idiomas.

El *Descort*, pues, es decir, discordancia, desacuerdo, acostumbraba á estar compuesto en diversas lenguas, y era regla que en la *Tornada* ó en la última copla todas las lenguas fuesen empleadas por el orden mismo en que se hubiesen colocado anteriormente, reuniéndose las mismas rimas usadas al fin de cada estancia.

El mismo Dante no se desdeñó de componer una poesía en este género, á la cual dió el título de *Scherzo in tre lingue*.

Había otros *Descort* que no estaban escritos en diversas lenguas, sino en una sola, pero era, sí, preciso que el con-

tenido de este género de poesía fuese tan discordante como la forma.

Por lo regular, el *Descort* expresaba las penas de un amor no recompensado. «No me ocuparía de escribir ningún *Descort*, dice Giraldo de Solignac, si hallara buen acuerdo y buena concordancia en aquella á quien amo.»

E ja no feira descort,
s' ieu acort
e bon' acordansa
trobes ab lieis qu' am plus fort.

Un trovador anónimo denomina su poesía *Acort*, porque, según dice, estando perfectamente de acuerdo con el amor, no conviene á su situación el nombre de *Descort*.

Véase como modelo de *Descort* el de Giraldo de Calansó, que se hallará en el artículo de este trovador.

V.

TENSIÓN.

Entre las formas poéticas más usadas se contaba la *Tensión*, que consistía en un diálogo ó controversia sostenida por dos trovadores, y que era también, ora personal, ora teórica, y que solía sujetarse á la decisión de un árbitro. El demandado debía conservar las rimas del que proponía la cuestión, las cuales se repetían generalmente en todas las estancias.

La definición dada por las *Leyes de amor* es la siguiente:

«La *Tensión* es un debate en el cual cada uno mantiene y defiende un tema. Los dos contradictores pueden hacer una *tornada* por medio de la cual escojan un juez que termine sus diferencias.»

Este género de poesía, que ocupa un puesto importante y de primer orden en la literatura provenzal, era llamado, á más de *Tensió*, su verdadero nombre, *contensió*, contención, contienda ó emulación; *joc partit*, es decir, juego partido ó repartido, porque los concurrentes se repartían

el asunto, y también *partia y partiment; jocs d' amor ó jocs enamorats*, cuando se trataba de amor, y *torneiamens*, torneo, cuando la discusión ó el debate tenía lugar entre varias personas.

La *tensión* es por lo menos tan antigua como el conde de Poitiers, á quien, como ya otras veces queda dicho, se considera como el más antiguo trovador de quien se tiene noticia. Este poeta dice en una de sus canciones:

«Si me proponéis un *partiment* sobre un tema de amor, no seré tan necio que deje de escoger la mejor parte en el debate.»

Esto afirma la opinión de que hubo trovadores antes que el conde de Poitiers, y que estaban antes que él en uso los *partiments ó tensiones*.

La duda que se ofrece es la de saber si las *tensiones* eran obra de un solo y mismo poeta ó de varios. Federico Díez, el sabio profesor alemán, se pronuncia resueltamente por la segunda hipótesis.

Y así debe de ser, y todo induce á creer que así fué.

Un poeta proponía á otro un tema ó le hacía una pregunta. Su compañero contestaba, replicando luego uno y otro, y así quedaba compuesta la *tensión*.

A veces estas contiendas revestían el carácter de un altercado grave y personal, en que se prodigaban los más groseros insultos. Tal es la *tensión* del marqués de Malaspina con Rimbaldo, la de Guido con Beltrán de Allamán, y otras muchas que pueden leerse en los artículos á cada autor referentes.

Yo tengo para mí que en estos casos sucedía algo parecido á las costumbres del duelo.

El trovador que comenzaba el ataque, escribía su estrofa contra su adversario, especie de cartel de desafío que un juglar llevaba sin duda por cortes y castillos hasta llegar á oídos del ofendido, quien, por el mismo medio de un juglar, enviaba la estrofa de contestación.

Más de una vez estas *tensiones* debieron provocar lances personales.

Otras veces el debate versaba sobre puntos de amor, so-

bre intereses privados, sobre sucesos recientes, sobre cualquier asunto, pues todo era tema á propósito para las *tensiones*.

Los asuntos que provocaban proposiciones contradictorias acostumbraban á ser sometidos al arbitraje y decisión de algún noble barón, de algún trovador mismo, de alguna ilustre dama ó de un tribunal de señoras, conforme podrá verse cuando lleguemos á hablar de las Cortes y Puy de amor.

La literatura provenzal ofrece una serie de cuestiones litigiosas debatidas en las *tensiones*. He aquí algunas de ellas como muestra:

«¿Quién se porta mejor, el que no puede resistir á la necesidad de hablar de su dama, ó el que, sin hablar, piensa mucho en ella?»

«Los goces del amor, ¿son más grandes que sus penas?»

«¿Debe ser la dama la que solicite el amor de un caballero, ó lo contrario?»

«¿Cómo se prueba más el amor á una dama, confesándolo y publicándolo por todas partes como un timbre de gloria, ó guardándolo en el fondo del alma, como se oculta un tesoro?»

«¿Debe hacer una dama por su amante tanto como éste por ella?»

«Hay dos maridos celosos. El uno posee una mujer bella y llena de mérito, el otro una mujer fea y grosera: ambos velan sobre ellas con igual solicitud. ¿Cuál es el más digno de censura?»

Muchas *tensiones* son verdaderamente intraducibles por la libertad, mejor dicho, por la licencia empleada por los trovadores.

Hay *tensiones* sobre las cuales no puede caber duda de que están escritas por un solo y único autor. Son aquellas que consisten en diálogos entre el poeta y un sér inanimado, una persona á quien se introduce en la acción, ó un objeto cualquiera al que se da vida y habla por un momento. A este número pertenecen, entre otros, el diálogo entre Alberto, marqués de Malaspina y su dama; el de

Peirols con el Amor; el de Rimbaldo de Vaqueirás con una dama genovesa; el del conde Berenguer de Provenza con su caballo de guerra; el de Guido de Cavaillón con su capa; los cuales se hallarán en los artículos correspondientes á cada uno de estos trovadores. Bueno será tener en cuenta, sin embargo, que estas *tensiones* no son verdaderamente tales, pues más pertenecen á otro género de poesía.

VI.

PLANCH.

El *Planch*, ó *Plank*, y tambien *Plang*, es decir, lamentación, era la elegía de los trovadores.

«Es una obra, dicen las *Leyes de amor*, que se hace para expresar el sentimiento, el pesar, el dolor que se tiene por la pérdida ó la desgracia de una cosa. Decimos cosa en general, porque lo mismo que puede uno lamentarse á causa de una dama, puede tambien hacerlo á causa de otras cosas, como por ejemplo, una ciudad destruida y arruinada por la guerra.»

Hay varios *planchs* ó elegías de trovadores que pueden citarse como modelos: el de Bonifacio Calvo, por la muerte de su dama; algunos de Bernardo de Ventadorn, por penas de amor; el de Gancelmo Faidit, por la muerte de Ricardo *Corazón de León*; el de Beltran de Born, por la del joven rey Enrique; el de Ramón Gancelmo, por la de Gerardo de Lignan, y otros y otros de que se irá dando cuenta en este libro en los artículos dedicados á los trovadores.

VII.

PASTORELA.

La *Pastorella* ó *Pastorela* era una especie de égloga ó idilio. Parece haber sido conocida de los más antiguos

trovadores, pues que las biografías provenzales citan á Cercamons como autor de pastorelas á la usanza antigua.

No son muchas las composiciones de este género llegadas hasta nosotros. El cuadro en que se encierran no puede ser más sencillo, y es siempre el mismo. Se trata de un pastor ó de una pastora que se ocupan de amores, de un trovador que encuentra á una pastora y la requiebra, etc.

Véase cuál era de ordinario el estilo de las *pastorelas* por el comienzo de la siguiente, atribuida á Cadenet:

«Ayer en lo más espeso del bosque, hallé á un pastor que así se lamentaba entre sollozos: Amor, yo te maldigo, que eres engañador y falso, y sólo de tí nacen penas y dolores, etc.»

L' autrier, lonc d' un bosc fulhós,
trobey en ma via
un pastre molt angoissós
chantant e dezia...

Hay, sin embargo, algunas *pastorelas* que se salen del cuadro, y que parecen tener una intención política, ó por mejor decir, que la tienen evidentemente. De esta clase son, por ejemplo, las de Giraldo de Borneil y de Paulet de Marsella, que no traslado aquí porque se hallarán en los artículos respectivos de estos trovadores.

La *Vaqueira* (*vacqueira*) era una variante de la *pastorela*. Se llamaba así cuando el poeta introducía á una ninfa que guardaba vacas en lugar de ovejas.

Ambas composiciones eran la égloga de los provenzales.

VIII.

ALBADA. — SERENA.

La *Albada*, y también *Alba*, era el canto de la mañana, llamado así en oposición á la *Serena*, que era el canto nocturno. Corresponden estas composiciones á las alboradas y serenatas modernas.

En las *serenas* ó *serenatas*, el trovador expresaba comunmente su impaciencia sobre lo largo del día, se felicitaba de que llegaran las sombras de la noche y con ellas los misterios del amor, é invitaba á su dama á aprovecharse del silencio de la noche, ya para hablar á su amante, ya para recibirle, ó ya, al menos, para pensar en él.

Existe esta bellísima *serena* de Giraldo Riquier:

«A un fiel amante dióle su dama una cita de amor, y fijados fueron el día y la hora. Cuando ya se acercaba la noche destinada para recibir el premio de sus amores, el amante iba andando lentamente y decía entre suspiros:

»¡Oh día, mucho os vais prolongando para mi desdicha!
¡Y la noche me asesina con hacerse esperar tanto!

»Tan impaciente se hallaba el amante de obtener la dicha que le estaba reservada, que temía no llegar con vida á la noche, y decía entre suspiros:

»¡Oh día, mucho os vais prolongando para mi desdicha!
¡Y la noche me asesina con hacerse esperar tanto!

»Cuantos pasaban por su lado se apercebían de sus dolores, tan turbado se hallaba y tan triste su semblante. La luz del día le impacientaba, y decía entre suspiros:

»¡Oh día, mucho os vais prolongando para mi desdicha!
¡Y la noche me asesina con hacerse esperar tanto!

»Es un gran tormento el que causan los astros con su influencia sobre aquel que no tiene amiga que le consuele. Por esto aquel pobre amador, en un día para él tan lleno de tristeza, decía entre suspiros:

»¡Oh día, mucho os vais prolongando para mi desgracia!
¡Y la noche me asesina con hacerse esperar tanto!»

¡Jorn, ben creïssets à mon dan!

El sers

aucim en sos loncs espers!

Es una composición que parece escrita hoy día.

Las *albadas* ó *albas* expresaban de ordinario el sentimiento que sentía el galán viéndose obligado á separarse de su dama en cuanto el vigía anunciaba la aparición del alba.

«El vigía anuncia que ha visto el día. ¡Ay Dios, ay Dios, qué depreisa llega el alba!»

Lo gaita crida que l' alba vi.
¡Ay Dieus, ay Dieus, que l' alba tantos ve!

Tal es el estribillo de una preciosa *albada*, cuyo autor nos es desconocido. He aquí una traducción de ella, pero está muy lejos de conservar la gracia y la frescura del original.

«En un vergel, debajo de una enramada, la dama estrecha á su amigo contra su pecho hasta que el vigía anuncia que ha visto el día. ¡Ay Dios, ay Dios, qué depreisa llega el alba!

»¡Plugiuese á Dios, dice ella, que nunca concluyera la noche; que no me viese precisada á separarme de mi amigo; que jamás el vigía apercibiera ni el alba ni el día! ¡Ay Dios, ay Dios, qué depreisa llega el alba!

»Dulce buen amigo, vámonos á aquel bosquecillo, y que nuestros besos sean el eco del alegre gorjeo de las aves. ¡Ay Dios, ay Dios, qué depreisa viene el alba!

»Dulce buen amigo, vámonos á jugar á aquel bosquecillo donde los pájaros cantan, hasta que el centinela toque su caramillo. ¡Ay Dios, ay Dios, qué depreisa llega el alba!

»De allí vino un soplo embalsamado, y he bebido con delicia ese suspiro de mi cortés y bello amigo. ¡Ay Dios, ay Dios, qué depreisa llega el alba!

»La dama es gentil y llena de atractivos. ¡Cuántas provocadoras miradas persiguen á esa hermosa! Pero su corazón es fiel á un leal amor. ¡Ay Dios, ay Dios, qué depreisa llega el alba!»

Toda poesía en que la palabra *alba* era repetida, ya en estribillo, ya al finalizar cada estancia, tomaba el nombre de *albada*, existiendo por lo mismo gran variedad de composiciones en este género.

Unas veces era el mismo vigía ó centinela quien cantaba la *albada* bajo las ventanas del aposento en que los dos amantes habían pasado la noche: otras era un trova-

dor el que con su canto anunciaba que era llegada la hora de separarse. En algunas circunstancias era el galán quien se lamentaba de tener que abandonar á su dama, como en la albada de Beltrán de Allamanón que podrá leerse en su artículo respectivo: en otras era un amigo del amante que, después de haber pasado la noche en vela para avisarle en caso de sorpresa, le advertía con su canto la llegada del día.

Este último es el asunto de una notable *albada* del trovador Giraldo de Borneil. Un compañero del galán, mientras éste se ha ocupado en sus amores, ha permanecido en vela toda la noche, atento á que nadie fuera á sorprender á los felices amantes ó á turbar sus coloquios, con la singularidad de haber pasado gran parte de la noche de rodillas y «rezando á Dios y á la Virgen María para que su compañero le fuese devuelto bueno y sano.» El fiel y devoto amigo al ver llegar las primeras luces del día, canta su albada al pié de la ventana, repitiendo el estribillo:

«Llegó la hora, compañero. He aquí el alba.»

Existen otras composiciones, á las cuales conviene, por ejemplo, el nombre de *albada*, pero que difieren esencialmente de las que acabo de citar y están más en consonancia con las alboradas modernas.

Se trata sencillamente en éstas de un trovador que, al pié de la ventana de su amada, entona una trova amorosa, alegre como el día cuya aurora luce, ó de un amante que separado de aquella que recibió sus homenajes, se lamenta de la eternidad de la noche, y espera con impaciencia la salida del alba. Giraldo Riquier tiene una *albada* de este género, cuya última estancia traduzco:

«¡Qué noche tan larga ha sido esta, por desgracia mía! Grande es la tristeza que siento, profundo mi dolor, no pudiendo ver á la que amo. Quiero dar alivio á mis penas y deseo ver el alba.»

E dezir
vezer l' alba

Con este deseo y estos dos versos cortos terminan todas las estancias.

Entre todas las composiciones de los trovadores, las *albadas* son sin disputa aquellas en que más sobresalieron. Hay algunas, en especial, que son perfectas como obras de gracia, de arte, de galanura y de sentimiento. Los trovadores son verdaderos maestros en albadas, en mi sentir muy superiores á sus canciones de amor, y me admira cómo este género y estas verdaderas obras maestras en miniatura, hubieron de pasar desapercibidas para Dante y para Petrarca que tanto encomiaron sus cantares galantes.

La *albada* es, en mi opinión, la poesía más bella y más dulce de los trovadores. Reminiscencia romana tal vez, la albada parece recordar aquellos cantos latinos, ya religiosos, ya profanos, que en la Roma pagana se elevaban al salir el sol, y el triste Ovidio, el tierno Tibúlo no tienen quizá en su lira notas más sentidas, pensamientos más delicados, bellezas más exquisitas que las que se hallan en las albadas de los trovadores provenzales.

Lo sensible es que las mejores acaso de estas composiciones no serán nunca traducidas, por haberlas presentado sus autores desnudas como la Frinea griega.

En las *albadas*, por más singular que esto parezca, había un género religioso.

Se llamaban también *albadas* aquellas poesías dirigidas á la Virgen, cuando se la calificaba de *Estrella de la mañana*, *alba serena*, *luz del día*, *aurora celeste*, etc.

En este género tienen preciosos himnos á la Virgen, que son bellísimos cantos matinales, los trovadores Guillermo de Autpol, Pedro de Corbiac, Guido Folquet, que fué después el papa Clemente IV, y Folquet de Marsella, que murió obispo de Tolosa. De este último es una oración de la mañana, verdadera albada, cuyas sentidas estrofas terminan todas con este estribillo.

«La noche se va, el día llega con tiempo claro y sereno, y el alba no se retrasa, sino que avanza bella y esplendorosa.

La nueg vai e 'l jorn ve
ad temps clar e seré,
e l' alba no 's reté,
ans ve belha e complia,

En las páginas de esta obra se encontrarán ejemplos de estos diversos géneros de alzada, no pudiéndose por desgracia copiar algunas á causa de su gran libertad de expresión.

IX.

PREZICANZA. — DANZA. — BALADA. — ESCONDIG. — SEXTINA.
FÁBULA. — EPÍSTOLA.

Tales eran los géneros más comunes de la poesía provenzal, pero había muchos otros que, aún cuando de uso menos frecuente, no dejaban de tener su importancia, y demuestran la inmensa variedad y pródiga riqueza de aquella literatura.

Había la *Prezicanza* para la cruzada y el sermón moral; la *Retrouencha* ó coplas con estribillo; la *Danza* y la *Balada*, que eran cantos de danza; el *Escondig*, en que el trovador se defendía de falsas interpretaciones, siendo modelo en este género uno de Beltrán de Born que hallaremos en su lugar respectivo; el *Comiat* ó canto de despedida; el *Torney*, canto de torneo, y otros muchos de enojosa enumeración.

No hay, sin embargo, que olvidar ni las *Novas*, ni los *Essenhamens*, ni las *Epístolas*, ni, sobre todo, los poemas épicos, es decir, los *Romances*, á más de la *Fábula* y de la *Sextina*.

La *Sextina* pasa por ser invención de Arnaldo Daniel, que, por lo menos, la perfeccionó. Era una obra de arte, mejor dicho de artificio, y que, por consiguiente, debía resentirse de falta de naturalidad y sencillez, dotes características de la poesía provenzal.

Consistía la *Sextina* en seis estancias con repetición de las mismas rimas, ordenadamente escalonadas, y en una *tornada* de tres versos, donde se hacían entrar las seis palabras consonantes de la composición.

Era un género verdaderamente pueril, que, sin embar-

go, imitó el Petrarca, tratando de darle carta de naturaleza en la literatura italiana, lo cual no pudo conseguir por fortuna. Para que se forme idea de lo que era la *sextina* provenzal, copio á continuación la que se halla en las obras de Petrarca, imitada fielmente de aquella, la cual será para la generalidad de los lectores más comprensible que la misma de Arnaldo Daniel *Lo ferm voler que 'l cor m' intra*, confusa, oscura, y de difícil, si no imposible traducción.

En la siguiente, de Petrarca, están minuciosamente observadas todas las reglas de las *sextinas* provenzales y dan de éstas una idea perfecta.

SEXTINA.

A qualunque animale alberga in *terra*,
se non se alquanti c' hanno in odio il *sole*,
tempo da travagliare è quanto è 'l *giorno*;
ma poi ch' il ciel accende le sue *stelle*,
qual torna a casa, e qual s' annida in *selva*
per aver posa almeno infin all' *alba*.

Ed io, da che comincia la bell' *alba*
a scuoter l' ombra intorno della *terra*
svegliando gli animali in ogni *selva*,
non ho mai triegua di sospir col *sole*;
poi, quand' io veggio fiammeggiar le *stelle*,
vo lagrimando e desiando il *giorno*.

Quando la sera scaccia il chiaro *giorno*,
e le tenebre nostre altrui fann' *alba*,
miro pensoso le crudeli *stelle*,
che m' hanno fatto di sensibil *terra*,
e maledico il dì ch' i' vidi 'l *sole*:
che mi fa in vista un uom nudrito in *selva*.

Non credo che pascesse mai per *selva*
si aspra fera, o di notte o di *giorno*;
come costei ch' i' piango all' ombra e al *sole*,
e non mi stanca primo sonno, od *alba*;
che, bench' i' sia mortal corpo di *terra*,
lo mio fermo desir vien dalle *stelle*.

Prima ch' i' torni a voi, lucenti *stelle*,
o tomi giù nell' amorosa *selva*
fasciando il corpo, che fia trita *terra*,
vedess' io in lei pietà: ch' in un sol *giorno*
può ristorar molt' anni, e 'nnanzi l' *alba*
puommi arrichir dal tramontar del *sole*.

Con ley foss' io da che si parte il *sole*,

e non ci videss' altri che le *stelle*;
 sol una notte; e mai non fosse l' *alba*
 e non si trasformasse in verde *selva*
 per uscirmi di braccia, come il *giorno*
 che Apollo la seguia quaggiù per *terra*.

Ma io sarò sotterra in secca *selva*,
 e l' *giorno* andrà pien di minute *stelle*,
 prima ch' a sì dolce alba arrivi il *sole*.

Para dar á conocer la *Fábula* provenzal bastará citar una, notabilísima por cierto, de Pedro Cardinal.

En los manuscritos se titula *Sermons*, y es, en efecto, sermón respecto á la enseñanza moral que en ella se encuentra; algunos la ponen entre las *Novas* y los *Essenhaments*, pero el autor, con más criterio, la llama *faula*, fábula, en el verso 49.

He aquí su traducción literal:

«Hubo una ciudad, no sé cuál, donde cayó tal lluvia, que todos los habitantes á quienes mojó, perdieron el juicio. Todos se volvieron locos excepto uno solo que se estuvo durmiendo en su casa mientras cayó la lluvia. Cuando despertó y salió de casa había ya dejado de llover.

»Al encontrarse en la calle solo, vió á sus conciudadanos entregados á todo género de locuras. Si el uno iba vestido, el otro iba desnudo: uno escupía al cielo, otro tiraba piedras; éste arrojaba dardos, aquél rasgaba sus vestidos; los unos pegaban á los que á su paso se oponían, los otros empujaban.

»Uno había que se creía rey y se presentaba con imperio, y otro que iba dando saltos, como si salvara zanjas. Mientras que unos amenazaban y blasfemaban, otros lloraban y reían; éste hablaba sin saber lo que se decía, aquél estaba constantemente gesticulando.

»El que permanecía con su buen juicio, se maravillaba mucho de ver todo aquello, comprendiendo que estaban locos. Miraba á todos lados para ver si tropezaría con un hombre cabal, pero no veía á ninguno. Lo más raro era que si él se sorprendía de ver á los otros en tal estado, los demás se asombraban de verle á él con cabal juicio.

»Creyeron que había perdido la razón por lo mismo que

no le veían hacer lo que ellos; cada uno se creía sensato y le tomaron á él por el loco.

»Entonces el uno le abofetea, el otro le maltrata, y dan con él en el suelo; éste le empuja, aquél le pisotea, el otro lo rechaza. Trata de escapar, pero el uno le detiene, el otro le golpea, el otro rasga sus vestidos. Cae y se levanta, y levantándose y cayendo, huye hacia su casa á la cual llega roto, despedazado, lleno de lodo y de cardenales, medio muerto, pudiéndose librar á duras penas de manos de sus perseguidores.

»Esta fábula es la imagen del mundo y de sus habitantes. Este mundo es la ciudad llena de locos. La mejor prueba de razón en el hombre es el amor y el temor de Dios y la obediencia á sus preceptos. Pero esta cordura se ha perdido ya. Aquí ha caído la lluvia también. El mundo todo ha sido invadido por la codicia, el orgullo y la maldad, y si se halla por ventura á un hombre que honre á Dios, los demás le miran como loco, le maltratan y le humillan, porque no piensa como ellos, y porque el sentimiento del amor de Dios les parece una locura. El amigo de Dios, en cualquier sitio en que se halle, reconoce que son todos unos insensatos porque han perdido el sentimiento de Dios, pero ellos, por su parte, le miran como loco porque ha abandonado la cordura del mundo.»

Una ciutat fo, no sai quals,
on cazet una plueia tals
que tug l' ome de la ciutat
que toquet, foron dessinat.
Tug dessenero, mas sol us;
aquél escapet e non plus,
que vac dins una maizó
on dormía, quant aço fo:
aquél levet, quant ac dormít
e fon se de ploure gequit,
e vènc foras entre las gens
on tug feiron dessenenamens..

¿No pudiera ser que esta fábula del trovador provenzal fuese conocida de nuestro admirable poeta castellano Don Juan Ruiz de Alarcón, y le hubiese inspirado aquel deli-

cioso cuento que en el *Examen de maridos* pone en boca del criado de D. Fadrique?

Júzguese si no.

La Doña Inés de la comedia de Alarcón, dispuesta á casarse, quiere escoger marido, no por amor, sino por examen. Al intento anuncia concurso y fija las condiciones de los pretendientes. El marqués D. Fadrique se coloca entre éstos, sigue el hilo de la gente y quiere examinarse también, aún cuando califica todo ello de locura. Aprueba semejante resolución su criado, valiéndose de este cuentecito, que trata de muy discreto y profundo el experto biógrafo y comentarista de Alarcón, D. Luis Fernández Guerra y Orbe:

Un aguacero cayó
 en un lugar, que privó
 á cuantos mojó, de seso;
 y un sabio que por ventura
 se escapó del aguacero,
 viendo que al lugar entero
 era común la locura,
 mojóse y enloqueció,
 diciendo: ¡En esto, qué pierdo?
 Aquí donde nadie es cuerdo,
 ¿para qué he de serlo yo?

La *Epístola*, como entre los latinos, abrazaba toda clase de asuntos, pero los textos más generalmente adoptados eran los relativos á la religión y á la moral. En este último caso, la *Epístola* tomaba el nombre de *Essenhamen*. Las mejores composiciones de este género llegadas hasta nosotros son las de Arnaldo de Marsan y Amaneo des Escás, que podrán verse en los artículos correspondientes á estos dos trovadores.

X.

NOVAS.—ROMANS.—LEYENDAS.—OBRAS DIDÁCTICAS.

La *Nova* era la novela ó el cuento en verso, que tomó origen al parecer de esas fábulas ó cuentos traídos del

Oriente por los héroes de las Cruzadas. Las *Novas* eran para los trovadores historias maravillosas, cuentos entretenidos ó alegorías galantes.

Entre las más notables hay que contar las de Ramón Vidal de Besalú, singularmente *El celoso castigado*, que se puede leer en el artículo á dicho trovador concerniente, y la *Alegoría del Amor*, de corte verdaderamente oriental, que ha venido siempre atribuyéndose á Pedro Vidal, pero que no deja de haber probabilidades fundadas para creerla de Pedro Wilhem ó Guillem.

Parece que el mejor novelista conocido fué Elías Fonsalada. Se le cita al menos como autor de *Novas*, más bien que como trovador. *No bon trovaire, más noellaire fo*, dicen las *Vidas de los trovadores*.

He aquí una *Nova* de un trovador provenzal desconocido, que, imitada por un *trouvère* francés del siglo XIII, figura entre los cuentos y *fableaux* clásicos de aquella nación:

«Un padre casó á su hijo y le dió toda su fortuna. Quedóse á vivir el padre con los recién casados, y así pasaron dos años, al cabo de los cuales, nació un hijo de aquel matrimonio.

»Fueron luego sucediéndose los años, uno tras otro, hasta catorce. El abuelo, valetudinario, ya no podía andar sino apoyado en su bastón, y se había conquistado la aversión de su nuera, la cual era orgullosa, y decía á cada paso á su marido:

«—Yo me voy á morir si vuestro padre continúa viviendo con nosotros. No puedo sufrirle por más tiempo.

»El marido se fué á encontrar á su padre y le dijo:

«—Padre, salíos de casa. Ya os hemos mantenido por espacio de doce años ó más. Idos á donde queráis.

«—Hijo, no me echés de la casa. Soy viejo, estoy enfermo, y nadie me querrá. Por el poco tiempo que para vivir me queda, no me hagas esta afrenta. Me contento con que me des un poco de paja y un rincón para tenderme.

«—No es posible. Idos. Mi mujer lo quiere.

«—Que Dios te bendiga, hijo mío. Me voy, pues que

así lo quieres, pero al menos dame una manta para abrigarme, pues voy muerto de frío.

»El marido llamó á su pequeño hijo.

»—Baja al establo, le dijo, y dale á tu abuelo una manta de los caballos con que pueda abrigarse.

»El niño se bajó al establo con su abuelo, escogió la mejor manta de los caballos, la mayor y la menos vieja, la plegó por mitad, y haciendo que su abuelo sostuviera una punta, comenzó á cortarla en dos, sin hacer caso de lo que el anciano le decía.

»—¿Qué has hecho, niño? le dijo el abuelo. Tu padre quería que me la diceses entera. Voy á quejarme á él.

»—Haced lo que gustéis, contestó el muchacho.

»El viejo sale del establo y buscando á su hijo, le dice:

»—Tu hijo no ha cumplido tu orden. No me ha dado más que la mitad de una manta.

»—Dásela por entero, le dice el padre al muchacho.

»—No por cierto, contestó el chico. La otra mitad la guardo para dárosela á vos cuando yo sea mayor y os arroje de casa.

»El padre al oír esto llamó al abuelo, que ya se marchaba.

»—Volved, volved, padre mío, le dijo. Os hago señor y dueño de mi casa, lo juro por San Pedro. No comeré yo un pedazo de carne que vos no hayáis comido otro. Tendréis un buen aposento, un buen fuego y vestidos como los que yo llevo.»

Estas eran las *Novas* en la literatura provenzal.

Por lo que toca á los *Romans*, no se ha dicho aún, y tardará mucho en decirse todavía, la última palabra sobre ello.

Asunto es el de las epopeyas provenzales que ha de dar lugar á más detenido examen en esta obra misma, pero del cual hay algo que decir aquí, siquiera sea con brevedad suma y á grandes rasgos, para completar los géneros de la poesía provenzal.

Los trovadores no compusieron epopeyas, en el sentido y forma con que hoy las conocemos, sino lo que ellos lla-

maban *Romanz*, romances, es decir, cuentos, novelas, historias, pero en una forma que las apartaba de las *Novas*, dándoles carácter de obra más importante.

Diferenciábanse de estas últimas por su mayor extensión, por ser el cuadro y el campo más vasto, por dar más vuelo á la imaginación, y por la naturaleza del asunto, que por lo común tenía relación con algún punto histórico.

Los trovadores compusieron muchas de estas obras que son generalmente de una extensión excesiva, las cuales pueden dividirse en tres clases, épicas, históricas y de imaginación.

Entre las épicas hay que contar como principales las siguientes:

El *Romanz de Gerardo de Rosellón*. Pertenece al ciclo carlovingio y está compuesto de doce mil versos de diez sílabas. El autor anónimo ha tomado por asunto de este poema la rivalidad y largas querellas de un rey, que llama Carlos Martel y parece debiera ser Carlos *el Calvo*, y del conde Gerardo de Rosellón, al cual da también el título de duque. Es una obra llena de curiosos episodios y detalles interesantes. En el héroe de este poema, sostenedor de una larga lucha contra el rey Carlos, se ha querido ver personificada la resistencia opuesta por el Mediodía á las invasiones germánicas. Se calcula escrito á principios del siglo XII.

Fierabrás ó Fevabrás. Es un poema de cinco á seis mil versos alejandrinos, de doce sílabas, cuyo asunto es una guerra emprendida por Carlo Magno contra los sarracenos de España, para rescatar las reliquias de la Pasión de Jesucristo, que estaban en poder de aquellos. Fierabrás es el héroe sarraceno del poema, y Rolando, Olivier, Otger el danés y Ganelón los personajes cristianos. Se cree que es de principios del siglo XIII. Su autor ha quedado desconocido.

Filomena. Es un poema en prosa, y pertenece también al ciclo carlovingio. El nombre que lleva el *romans* es el del autor, que parece haber sido un cierto Filomena, historiador de Carlo Magno. Trata sólo del monasterio de

Nuestra Señora de la Grassa, que supone fundado por Carlo Magno, de las historias maravillosas de los primeros tiempos del monasterio, del sitio de Narbona, durante el cual los monjes resisten el poder de los sarracenos, de las hazañas de Rolando y de las victorias de Carlo Magno.

Entre los poemas ó *romans* de género histórico hay que mencionar:

La canción de la cruzada contra los herejes y albigenses, de la que no pocas veces me habré de ocupar en este libro, y muy particularmente al hablar de Guillermo de Tudela, que es uno de sus dos autores.

La guerra civil de Pamplona, de que se hablará también más extensamente en el artículo relativo á su autor, Guillermo Anelier de Tolosa.

Los *romans* de imaginación fueron los que más predilectamente se cultivaron por los trovadores, y entre ellos hay algunos verdaderamente notables y verdaderamente superiores.

Debe ser colocado entre los primeros de este género el *romans de Jaufre*, Jofre ó Godofredo, y *Brunisenda*, que no contiene menos de diez mil versos. Es un verdadero romance de caballería, y pertenece al ciclo de los de la Tabla Redonda. Sus autores, pues son dos según se dice al final, desconocidos para la posteridad, lo dedican al joven infante de Aragón D. Pedro, que fué después *el de Muret*. Es una narración caballeresca, en la cual abunda lo maravilloso, que tiene realmente mérito, y que es importante por su galanura, su riqueza de invención, sus aventuras contadas con arte y con ingenio, y también por algunos curiosísimos detalles de fiestas y combates.

Al mismo ciclo de la Tabla Redonda pertenece también el *romans* de *Blandin de Cornouailles* y de *Gillot Ardit de Miramar*, que es una relación de aventuras singulares y maravillosas. Los dos caballeros Blandin y Ardit, héroes del poema, luchan con gigantes y dragones y llevan á cabo portentosas y sobrenaturales hazañas para penetrar en castillos encantados y librar á bellas cautivas con quienes al fin se casan.

Flamenca es el nombre de otro poema, y también el de su heroína, cuyo poema sólo incompleto ha llegado hasta nosotros, pasando, aún así, de ocho mil versos. Todo lo que de él existe lo ha publicado con gran esmero, acompañado de una correcta traducción al francés, una introducción, notas y glosario, el inteligente Pablo Meyer, que ha prestado impagables servicios á las letras provenzales.

Flamenca, cuyo autor es también desconocido, es una verdadera novela de costumbres del siglo XIII, y está llena de encantadoras descripciones de fiestas, torneos, bailes, banquetes, etc.

No son estos solos los poemas que enriquecen aquella literatura. Existen algunos otros, y hubo muchos más que no han llegado hasta nuestros tiempos. Por las memorias de la época y las citas de los trovadores, se ve que existían un *Rinaldo* ó *Renato* y un *Lancelote*, escritos por Arnaldo Daniel; los *romanz de Floris y Blancaflor* y de *Seguin y Valenza*; el de *Andriens de Francia*, atribuido á Pons de Capdeuil; el de *Tristan é Iselda*, y muchos otros que han desaparecido, como han desaparecido también la *Fantasmagoría del paganismo*, de Arnaldo Daniel; la *Historia de la casa de Aragón en Provenza*, de Sordel el mantuano; la *Guerra de Baucio*, de Elías de Barjols, y las *Vidas de los tiranos*, de Guido de Uzés.

Entre las obras en prosa queda la historia maravillosa de la bella *Magalona*, escrita antes del siglo XII por Bernardo de Traviez, canónigo de Magalona.

En cuanto á las obras de otra clase, los poemas didácticos y religiosos son en gran número.

Las hay legendarias, científicas, morales, ascéticas; hay grandes enciclopedias, como *El Tesoro*, de Pedro de Corbián, que contiene sobre mil versos alejandrinos, y el *Breviario de Amor*, de Manfredo Ermengaud, que contiene de treinta á cuarenta mil de diez sílabas. De ambas se habla en los artículos de sus autores.

Entre los poemas científicos de mayor ó menor extensión, no deben olvidarse las instrucciones á los juglares, por Guillermo de Cabrera y Giraldo de Calansó; el me-

morial al rey D. Alfonso X de Castilla acerca de los trovadores, por Giraldo Riquier; el poema sobre la caza al vuelo, que contiene cerca de cuatro mil versos, por Deudes de Prades.

Entre las obras morales, el poema sobre la *Vida de Boecio*, de autor desconocido; las *Lecciones de sabiduría*, de Arnaldo de Marveil; los *Principios de moral*, de Beltrán Carbonell, de Marsella; las *Reglas de la vida*, de Nat de Mons; el poema *contra los abusos del mundo*, de Folquet de Lunel; una especie de *Espejo de nobleza*, de Arnaldo de Marsán; las *Enseñanzas*, de Amaneo des Escás; las *Cuatro virtudes cardinales*, de Deudes de Prades; el *Libro de Séneca*, de un poeta desconocido, etc.

Entre las religiosas son infinitas. Las vidas de los santos y las leyendas de los monasterios prestaron ancho campo á los trovadores.

Basta esto para demostrar la fuerza, la riqueza, la vida que tuvo aquella literatura provenzal, digna ciertamente de haber encontrado en España mejor y más autorizado historiador que el que esta obra escribe.

DEL ESTILO Y ESCUELAS

DE LOS

TROVADORES.

En su importante estudio sobre la historia de la literatura catalana, dice Camboulin, hablando de los trovadores, que en aquella sociedad «caballeros y poetas, ocupándose de amor, soñando de amor y de amor viviendo, no tardaron en agotar el tema, y que entonces los trovadores, para huir de la monotonía, se arrojaron en el camino de lo rebuscado, lo pretencioso y lo sutil.»

No es esto rigurosamente verdad, pero algo hay de ello.

Prescindiendo de que, en mi sentir, el tema de amor no llegó á ser agotado nunca por los trovadores, que cada día, con más frescura de ideas y más originalidad, hallaban siempre algo nuevo que decir, es, sin embargo, cierto, y debe darse cuenta de ello para más perfecta inteligencia de esta obra, que el mal gusto de la Edad-media y ciertas corrientes é influencias semi-bárbaras pusieron en moda una manera de componer muy extraña que se llamaba *trobar clus*, es decir, trovar cerrado, cubierto, oscuro.

Esto hizo nacer naturalmente un modo de trovar en sentido opuesto, diametralmente contrario; y desde entonces se distinguieron dos géneros, dos maneras de trovar.

El *trobar clus*, que también se llamaba *car*, era el sabio, el refinado, el sutil, el inteligible sólo para los ingenios cultos y al corriente del movimiento literario en boga.

El *trobar leu*, *leugier*, *plan*, era el sencillo, el natural, el fácil de comprender áun para el vulgo.

Se ha querido suponer, y así lo dice y explica en sus *Trovadores* Eugenio Baret, que hubo cinco centros, cinco

escuelas de trovadores: la de Aquitania, la de Auvernia, la de Rodez, la de Languedoc y la de Provenza.

La de Aquitania estaba subdividida en tres, que eran: la escuela llamada lemosina, la de Gasuña y la de Sain-togne.

La del Languedoc en otras tres, que eran: la de Tolosa, la de Narbona y la de Beziers.

Y la de Provenza en otras tres también: la llamada de provenzales propiamente dichos, la de Viena y la de Mont-ferrat.

No encuentro que sean muy necesarias estas divisiones y subdivisiones, que más bien confunden y perturban en el estudio de la literatura provenzal; en realidad de verdad, puede decirse que había tantas escuelas como señores bastante poderosos para tener corte y casa abierta, y bastante ilustrados para agrupar en torno suyo á los trovadores y darles protección. Si se aceptara la distinción de escuelas establecidas por Baret, forzoso sería, por lo ménos, reconocer una escuela más, la catalana, que, aunque agregada á la provenzal propiamente dicha, tiene carácter propio, fisonomía especial, y un grupo verdaderamente importante de trovadores con los reyes de Aragón Alfonso *el Casto* y los dos Pedros poetas, Guillermo de Bergadá, Hugo de Mataplana, Ramón Vidal de Besalú, Guillermo de Tude-la, Arnaldo el catalán, Olivier el templario, Guillermo de Cervera, Guillermo de Mur, Serveri de Gerona, Amaneo des Escás, Pons Barba, Mola, el conde de Ampurias, Berenguer de Palasol, Guillermo de Cabestany, el conde de Provenza, Pons de Ortafá, Bistors, Fromit y muchos otros trovadores que forman en la literatura provenzal el grupo numeroso y brillante de la escuela catalana.

Lo que, para mí al menos, se define clara y sencillamente es, si no la diferencia de escuelas, la diferencia manifiesta de *trovar* que se halla entre los trovadores oriundos de las comarcas que se extienden hacia el Norte y los de aquellas que descienden hacia el Mediodía. Y esto se nota principalmente con los dos géneros ó los dos estilos de que se ha hablado.

Entre los trovadores de la región que mira al Norte estuvo en moda y llegó á echar raíces el *trobar clus*. No así entre los trovadores de la región más meridional. A medida que iba descendiendo hacia el Mediodía, el *trobar plan*, la naturalidad y la sencillez era lo que imperaba. Allí las canciones sutiles y refinadas; aquí, llegando hasta el Rosellón y Cataluña, las frescas *albadas*, las alegres *pastorelas* y también los más duros y enérgicos *serventesios*.

Hubo, pues, en la literatura provenzal algo parecido al gongorismo de la literatura castellana. Los trovadores tuvieron también, y antes que los castellanos, su Góngora en Arnaldo Daniel.

Nadie tan celebrado como Arnaldo Daniel, aquel á quien Dante proclamó el primer artífice de la materna lengua,

miglior fabro del parlar materno;

aquel á quien el Petrarca ensalza sobre todos, llamándole

Arnaldo Daniello,
gran maestro d' amor, ch' alla sua terra
ancor fa onor col dir polito e bello;

y, sin embargo, aquel Arnaldo Daniel, así glorificado por los dos poetas más grandes del mundo moderno, fué, teniendo este mismo punto de contacto con el castellano Góngora, si el primero ó uno de los primeros trovadores, el que más contribuyó á corromper su literatura, siendo en ella el introductor del mal gusto. Sucedió precisamente con él en la literatura provenzal lo que más tarde con Góngora en la castellana.

Por desgracia, desconocemos lo mejor de Arnaldo Daniel, lo de su primera época, mientras que lo bueno de Góngora, lo de su primera época también, vive... y vivirá.

Lo que de Arnaldo Daniel se ha podido salvar y llegar hasta nosotros, pertenece en gran parte á su segunda época; muchas de sus canciones son difíciles, cuando no imposibles, de traducir, por su oscuridad, por su estilo afectado, por sus refinamientos y sutilezas, por el uso de sus rimas ricas, *caras rimas*, que manejó con un estudia-

do artificio que llega á hacer sus composiciones ininteligibles y empalagosas. No es de seguro á esto á lo que debe el haber sido saludado como el primero de los poetas provenzales por el Dante y el Petrarca.

La escuela tuvo partidarios, como la tienen todas las aberraciones del espíritu humano. Muchos trovadores siguieron por la mala senda del *trobar clus*, no sin que hubiera también otros que enérgicamente se rebelaran contra el género y contra la moda y trataran de hacer oír la voz de la razón y del buen sentido á los que tan desacertadamente intentaban llevar á la poesía por errados y falsos derroteros, teniendo como mérito el no ser comprendidos.

«Yo no escribo para los necios, cuya opinión desdeño,» decía el trovador Lignauré en una *tensión* con Giraldo de Borneil.

»En la obra se conoce el artífice, dice Bartolomé Giorgi, y por mis canciones se puede ver todo lo que valgo en el arte de hacer versos *sútiles*.»

Giraldo de Borneil, llamado con más propiedad que Arnaldo el maestro de los trovadores, compuso en *rimas caras* y comenzó á dejarse influir por el mal gusto; pero no tardó en reconocer su error y en apartarse de este género falso y ridículo, que condenó en una de sus canciones.

«Yo podría, dice, componer mi canto con palabras cubiertas,

bel saupra plus cubert far,

pero un canto no tiene mérito perfecto si no es entendido de todo el mundo. Poco me importa que me critiquen. La verdad es que me doy por dichoso cuando oigo que las muchachas cantan mi canción yendo á la fuente.»

Otro trovador de mérito, Ramón de Miraval, clama contra el *trobar clus*, que llama grosero. «Nunca mereció, dice, ni premio ni alabanza el trovar oscuro y grosero.»

Anc trobar clus ni braus
non dec aver pretz ni laus.

Pero ninguno se expresa con tanta energía ni con tan buen sentido como Lanfranc Cigala.

«Yo sabría perfectamente, dice, si me empeñara en ello, escribir versos sutiles y refinados; pero no me gusta componer más que cantos que sean claros como el día. ¿Qué significa una ciencia que no esté iluminada por la luz? Comparamos la oscuridad á la muerte, y la vida á la claridad. El que me trate por esto de poeta vulgar é insensato, no hallará cuatro de cada mil que sean de su opinión, y tendrá que sucumbir á la vergüenza de su propia locura, porque es un absurdo y una falta de buen sentido el consagrarse á hacer versos oscuros. Esto es empeñarse en sacar agua turbia de un manantial claro.»

Por fortuna, ya queda dicho, el género no alcanzó gran éxito, y los trovadores, particularmente aquellos de las comarcas que más se iban aproximando al mar, esa fuente eterna de poesía, de belleza y de naturalidad, rechazaron la escuela como errónea, falsa y corruptora.

DE LA POESÍA PROVENZAL

EN

CASTILLA Y EN LEÓN.

I.

No faltan autores de respetabilidad y de nota que, contra lo generalmente estatuido desde D. Iñigo Lopez de Mendoza en su célebre *Carta al Condestable de Portugal*, hasta D. Ignacio Luzán y D. Leandro Fernández Moratín, niegan rotundamente que la poesía castellana tenga contraidas deudas de ninguna clase, ni relativamente á su origen, ni respecto á su influencia, con la literatura provenzal ó lemosina.

Otros, en cambio, afirman que Castilla, no menos que Portugal y Cataluña, sometida á la ley general de atracción que tenía por centro á Provenza, hubo de aceptar la influencia de la escuela provenzal, que precisamente en tierra castellana es donde se hizo sentir más inmediatamente y por más tiempo, donde sus teorías se establecieron con más autoridad, donde, en fin, su inspiración fué más sensible y más se ha prolongado, hasta llegar á los tiempos mismos de la *Diana* de Gil Polo y de *El Desdén con el desdén* de Moreto.

No he de terciar en esta cuestión. Voy tan sólo, siguiendo la tradición de mi vida, á allegar materiales para que otros construyan.

La poesía castellana podrá no ser hija de la provenzal, no lo discuto, pero es preciso reconocer en ella su influencia, por lo menos de lo menos.

El provenzal ó lemosín, ó quizá mejor catalán,—para mayor inteligencia en este punto concreto,—era una lengua literaria perfectamente conocida y hablada en las cortes de Castilla y de León por todos los doctos y por todos aquellos que en dichas cortes gustaban de los cantos de trovadores y juglares. Allí pasaban éstos desde Cataluña, Gascuña y Provenza, y allí iban con ellos los aires y cantos provenzales, que nunca, en ninguna parte, ni siquiera en Cataluña, fueron tan aplaudidos y celebrados como en Castilla, lo mismo que nunca tampoco en ninguna, ni en Cataluña siquiera, fueron más honrados los trovadores provenzales ni con más empeño protegidos.

Yo sé bien que esto que digo, principalmente lo último, será extraño y nuevo para muchos, pues creo que por nadie, antes de ahora, se dijo; pero sé también que nada adelante que no sea fruto de largos y detenidos estudios y de convicciones profundamente arraigadas, nacidas de algún conocimiento de la historia, de los manuscritos, de las poesías y de las biografías de los trovadores. En este mismo capítulo más concretamente, y en las páginas de esta obra con más extensión, se hallarán las pruebas y documentos de cuanto avanzo.

La noticia más antigua que existe en Castilla de músicos y juglares se remonta á las bodas de las hijas del Cid; pero no debe olvidarse que el Cid había estado ya en Cataluña, cuyos usos y costumbres conocía, y en la corte de los condes de Barcelona, con uno de cuyos príncipes, el joven Ramón Berenguer III, casó á su hija María Roderic ó Rodrigo; como no debe olvidarse tampoco, antes por el contrario, tenerse en cuenta, que ya entonces se habían propagado por todas partes, en alas de su fama, los cantos provenzales del duque Guillermo de Poitiers, si el primero de los trovadores de quien quedan obras escritas, no seguramente el primero en cultivar aquella poesía destinada á esparcirse por todas las cortes del mundo.

La música y poesía vulgar se cultivaban en Galicia, Portugal y Castilla en el siglo xi, siglo del Cid y de Guillermo de Poitiers, y á aquellas cortes, como había sucedido

con la misma de los árabes, debieron llevar los juglares de vida errante y vagabunda el gusto de los cantos provenzales, extendidos ya por todo el que hoy es Mediodía de la Francia y por Cataluña. Y esos trovadores que iban y venían por todas partes, y esos juglares, sobre todo, que prolongaban sus arriesgadas correrías hasta penetrar en la corte de los árabes, sembraban con sus aires y cantos de Provenza, semillas que no debían perderse todas ciertamente y que no es aventurado creer que en algunas partes arraigaran, produciendo su fruto. En el que cita el señor Amador de los Rios como primer monumento de la literatura castellana, en el *Libro de los Reyes d'Orient*, algo, si bien se examina, algo, así en el título como en el texto, en la construcción, en la frase, en las palabras mismas, algo puede encontrarse que recuerde el provenzal ó el catalán de aquellos tiempos.

De todas maneras, lo que no puede negarse es que la influencia provenzal ó catalana se percibe ya en Castilla entre mediados y últimos del siglo xi, la época de Guillermo de Poitiers; y que de entonces en adelante se encuentran constantemente en aquella corte huellas, vestigios y noticias de trovadores provenzales, honrados allí y protegidos como no lo fueron de seguro en otra parte. Quizás más que en Aragón y en Cataluña, se ve á los trovadores provenzales en Castilla privar con el monarca, ser llamados á sus consejos, brillar en su corte, influir con sus *serventesios* en la política del reino, alcanzar popularidad y prestigio, recibir hospitalidad espléndida y protección decidida, intervenir en los asuntos privados del monarca, pasar algunos gran parte de su vida y quedarse otros á terminar allí sus días, colmados todos de honores, de mercedes y de títulos. Quizá también más que en Aragón y en Cataluña, encontramos en los dominios castellanos cultivadores de la poesía reconocidos por tales en instrumentos públicos, lo cual demuestra que ya en aquellos siglos, en la noble y hospitalaria Castilla, eran consideradas las letras y no causaba extrañeza alguna la denominación de *juglar, trovador ó poeta* que usaban, no sin vanagloria y

como especie de título profesional, los que al arte de la poesía vivían consagrados.

Efectivamente, en el privilegio de confirmación del *Fuero de los francos*, dado por D. Alfonso VII en Burgos á 8 de las Kalendas de Mayo de 1136, entre las firmas de varios señores del reino se halla la de un juglar llamado Palea, en éstos términos: *Pallea, juglar, confirmant*. En una escritura de Aguilar de Campó, fechada en 1161, cuyo documento posee hoy la Real Academia de la Historia, y que es una carta de venta otorgada por *don Armigoth filius dona Maria de Almenar* al abad Andrés, figura entre los firmantes el nombre de *Gomez, trovador*. Finalmente, en otra escritura fechada en Uclés á 3 de Marzo de 1203, por la cual el conde de Lara cede á los caballeros de Santiago el castillo de Carabanchel, se halla entre los firmantes el nombre de *Giliberto, poeta*, al que sigue la palabra *scripsit*, como para demostrar que fué también el redactor del documento ¹.

II.

Frecuentes eran ya las relaciones de Cataluña con Castilla en el siglo XI, y frecuentes los enlaces de familia. Casi al mismo tiempo que se celebraban las bodas del joven conde de Barcelona, Ramón Berenguer III, con una hija del Cid, tenían lugar las de María de Valladolid, hija de Pedro Anzures, con el conde Armengol de Urgel, llamado el de *Moyeruca*, ó mejor *el de las aldabas*, por la nombradía que hubo de darle la hazaña de haber arrancado las que había en las puertas de Córdoba, trasladándolas á Valladolid, cuyo señor era en aquel entonces su suegro Peranzures ó Pedro Anzures.

¹ Amador de los Ríos en su excelente *Historia crítica de la literatura española*, tomo II, ilustración VI. Algunos de los datos que aquí se continúan, los hallé también en la notable *Historia de la música española* de D. Mariano Soriano Fuertes, ó me fueron proporcionados por su propio autor, noble y buen amigo á quien en la época de mi emigración, cuando yo recogía estas noticias, debí favores inestimables que pertenecen al género de los que no se olvidan, y cuyo testimonio de gratitud me complazco en consignar aquí como recuerdo.

A estos enlaces siguió uno, ya entrado el siglo XII, que debía tener más importancia y ejercer mayor influencia. Sobre los años de 1128, D. Alfonso VII, llamado *el Emperador*, casó con Berenguela, hermana del conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV. Dícese que fué esta reina ó emperatriz señora de extraordinaria hermosura y de singulares virtudes, tanto, que los montañeses de León han conservado como manera de ponderar el mérito de una mujer, la frase de *es una Berenguela*, en memoria de las dotes altísimas que adornaban á aquella princesa.

Si puede darse crédito, que sí puede y debe darse, á unas *efemérides* que hace más de quince años publicó en un periódico catalán D. Mariano Flotats, entendido y celoso oficial del archivo de la Corona de Aragón, entre cuyos libros y papeles vió trascurrir su laboriosa vida, aquella hija de los condes de Barcelona pasó á Castilla á celebrar sus bodas con grande y lujoso acompañamiento *del que formaban parte trovadores y juglares*. No parece que Berenguela olvidara las usanzas de su patria, «más culta entonces que los países centrales de España,» según el sabio Milá; y si es cierto, como cuentan los cronistas castellanos, que era aquella princesa mujer de singular ingenio, muy perfeccionada en las letras y en la música; y si lo es también lo que en las citadas *efemérides* se dice relativamente á las damas barcelonesas, caballeros catalanes, pajes, trovadores y juglares (provenzales ó catalanes), que la acompañaron á Castilla y allí con ella quedaron, no es aventurado pensar, ciertamente, que influir pudiera aquel suceso en las costumbres de Castilla y en el cultivo en ella de la poesía provenzal.

Acredita de todos modos que la emperatriz Berenguela era aficionadísima á la música y á la poesía la siguiente anécdota, por más de un concepto memorable, que reputados y antiquísimos cronistas refieren y que ha sido aceptada y repetida, entre los modernos, por Lafuente y por Amador de los Ríos.

Corría el año de 1139, y Alfonso VII estaba empeñado en el cerco del famoso castillo de Aurelia (Oreja), fortale-

za que tenían los africanos á ocho leguas de Toledo. Una hueste numerosa de almoravides, que contaba más de treinta mil hombres, cayó en aquella ocasión sobre Toledo, y comenzó á expugnar sus torres y muros. Hallábase la emperatriz en la ciudad y ocurriósele enviar á los caudillos musulmanes un embajador que en su nombre les dijera:

— «¿No veis que es mengua de caballeros y capitanes generosos guerrear contra una mujer, cuando tan cerca os espera el emperador? Si queréis pelear, id á Aurelia, y allí es donde debéis acreditar que sois valientes y hombres de honor.»

Oyéronlo los jefes sarracenos, y como al propio tiempo dirigiesen la vista al alcázar, y distinguiesen á Berenguela adornada con las vestiduras imperiales, circundada de damas que cantaban al són de tímpanos, cítaras y salterios, maravilláronse de aquel espectáculo, avergonzáronse, y movidos de un respeto galante y caballeresco, levantaron el cerco y se retiraron «sin honor y sin victoria.»

En el año 1154 hallamos también al conde de Barcelona en Toledo. Ramón Berenguer IV fué á visitar á su cuñado el emperador Alfonso en ocasión de la llegada también á Toledo del rey de Francia Luis *el Joven*, que después de repudiar á su primera esposa Leonor de Aquitania, había casado con Constanza de Castilla, hija de Alfonso y Berenguela. El conde de Barcelona, siempre con referencia á las *efemérides* de Flotats, había pasado á Toledo con tanto lujo y esplendidez, con tan gran corte y acompañamiento de caballeros, trovadores y juglares, que el rey de Francia quedó maravillado de ello.

Pero la intervención patente y la influencia manifiesta de la poesía provenzal en Castilla y en el reinado de Alfonso *el Emperador*, está en Marcabré, trovador oriundo de la Gascuña, á lo que parece, y cuya vida ha quedado envuelta en la oscuridad y en el misterio, pero no tanto que no se pueda rastrear por sus propias composiciones su larga permanencia en Castilla y sus relaciones con Alfonso VII.

A mucho antes de 1147, época de la conquista de Alme-

ría, deben atribuirse unos versos de Marcabré en que se dirige á Castilla, Portugal y Barcelona, lo cual, cuando no otra cosa, demuestra de una manera clara y evidente que la lengua y la poesía de los provenzales eran conocidas y de uso común en Castilla á principios del siglo XII, y por consiguiente, en la época á que, todo lo más, puede remontarse el *Libro de los reys d'Orient*, primer monumento de la literatura castellana.

«A Castilla y á Portugal no enviaré estos saludos, dice el trovador, pero Dios los salve y también á Barcelona, con lo cual no quedará perdido el valor.»

En Castella et en Portugal
non trametré aquestas salutz,
mas Deus los sal
et en Barsalona altretal
e neis las valors son perduts.

El *saludo* en los primitivos tiempos de la poesía provenzal, era un género de composición como el *serventesio*, la *albalá*, etc.

Parece desprenderse de estas líneas que no era aquella la vez primera que el poeta enviaba su *saludo* á Castilla, á Portugal y á Barcelona, en cuyos puntos el nombre del trovador debía ser conocido, si no popular; pero de todas maneras, estas líneas son la prueba irrecusable de que el provenzal tenía ya carta de vecindad en la corte castellana.

Alfonso VII, de acuerdo con su cuñado el conde de Barcelona, proyectaba por aquellos tiempos la expedición de Almería, y buscaba alianzas con los franceses y los barones provenzales á fin de realizar aquella gran empresa, que tanta gloria debía reportar á las armas unidas de Castilla y Cataluña.

Comenzaba á ser entonces el canto del trovador, ó comenzó á ser en aquella ocasión (en cuyo caso la gloria pertenecería por completo á Castilla), el medio y el conducto de que se valían los políticos para propagar una idea, para formar la opinión, para levantar el espíritu público, para hacer atmósfera, como hoy se diría, en favor de un plan,

de un proyecto, de una empresa cualquiera. Con el canto del trovador sucedía entonces lo que hoy con la prensa. Aprendían los juglares el *serventesio* político que acababa de escribir el trovador, obedeciendo á propia ó ajena inspiración, y esparciéndose por las cortes y castillos, al cantar el *serventesio* recientemente compuesto, llevaban á todos los centros de acción y de vida la idea germinadora, la simiente fecunda de un proyecto político, que se realizaba ó no, según las circunstancias y según lo acogían mejor ó peor aquellos de cuyo apoyo se necesitaba para llevarle á cabo. Era esto hacer imperfecta, pero más artísticamente, lo que hoy se hace con el periódico diario, con el folleto, con el libro, al introducirlo en todas las casas.

A este recurso apeló Castilla á mediados del siglo XII, y esta fué la misión encargada al trovador Marcabré para levantar el espíritu de los barones franceses y provenzales en favor de la conquista de Almería.

Aun cuando bien pudo ser en Castilla mismo, no es posible averiguar cómo ni dónde compuso Marcabré su canto de la *Piscina* (del *Lavador*), nombre emblemático de la cruzada que se proyectaba contra Almería y que se suponía deber lavar de culpas y pecados á cuantos en ella tomaran parte; pero es evidente, no puede quedar duda alguna por el texto mismo de la poesía, que se compuso para inducir á los barones del otro lado de los Pirineos, sobre todo á los de Guena y Poitou, á tomar parte en la empresa concebida por Alfonso de León y de Castilla.

Este canto, verdaderamente raro y original, pero enérgico, vigoroso, levantado, es uno de los primeros en su clase que se conocen, pues sólo algunos años más tarde aparecieron los rudos y salvajes *serventesios* de Beltrán de Born. Si el canto de Marcabré, escrito bajo la inspiración de Castilla y para ayudar sus corrientes políticas, es, como se sospecha, la primera muestra y sin duda el modelo de los de su género, á Castilla y á su proyectada empresa de Almería pertenece la iniciativa de aprovechar la poesía provenzal y el canto del trovador como medio político de levantar el espíritu público en aquellos apartados tiempos.

Pax in nomini Domini.
Fes Marcabrus los mos e'l só;
auiatz que di...

«Paz en nombre del Señor. Marcabré ha compuesto las palabras y el canto; oid lo que dice...»

Así comienza este canto singular.

El poeta se dirige en seguida á los países de la lengua de *oc* y les anuncia la cruzada de Almería, diciéndoles emblemáticamente que no hay ya que ir á Ultramar, allá hacia el valle de Josafat, para lavarse de culpas y pecados, puesto que el Señor ha dispuesto una *piscina* más cerca donde regenerarse puedan todos, donde acudir puedan cuantos amen la gloria, el honor, el júbilo y el deporte, ayudando en su empresa al *Emperador* (Alfonso VII) y al *Marqués* (Ramón Berenguer IV). Los que vengan á lavarse en la *piscina* serán honrados, glorificados y bendecidos por el Señor, dice el poeta; pero quedarán llenos de oprobio y de infamia aquellos que se nieguen á tomar parte en la causa de Dios. En la última estrofa se dirige principalmente á los señores de Poitou y de Guiena.

Estos hubieron de permanecer sordos al canto del trovador, pero no así algunos señores de Occitania, pues á la *piscina*, como decía Marcabré, acudieron, entre otros, al frente de aguerridas huestes, Guillermo de Baucio, señor de Marsella, Gillermo de Montpellier, aquel barón tan aficionado á la poesía provenzal que usaba un sello en el que se veía un trovador pulsando el laud, y Ermen-garda de Narbona, aquella varonil y galante princesa que así presidía las cortes de amor, como acaudillaba sus gentes en la más sangrienta batalla.

Disgustado, empero, de ver que su canto no había tenido todo el éxito que esperaba, Marcabré regresó á Castilla, según aparece por otra de sus poesías escrita después de la anterior. Todo induce á creer que si el canto de la *Piscina* no obtuvo gran resultado entre los barones del otro lado de los Pirineos, lo consiguió, sin embargo, completo en Castilla, donde Marcabré debía tener popularidad y nombradía. Tan entusiasta por el emperador y por la em-

presa como descontento de los barones de allende el Pirineo, el poeta escribió un nuevo canto, que dirigió esta vez al rey y á los barones castellanos.

Es el que se hallará en el artículo relativo á Marcabré, y que comienza:

Emperaire, per mi mezeis
 saí quan vostra proeza creís.
 No'm sui jes tardatz del venir,
 que joís vos país e pretz vos creís
 e jovens vos ten baud e freís
 que fai vostra valor doucir.

El poeta alienta al emperador, en quien cada día crecen más la preza y la valía. Le incita á continuar la empresa de Almería, y le dice que es el escogido por el Hijo de Dios para vengarle del linaje de Faraón. «Aun cuando, dice, allende los puertos se nieguen los barones más ricos (¡así Dios no les deje gozar de sus riquezas!), con los de acá tenéis lo bastante para la España y el sepulcro, y para rechazar á los sarracenos.» Sigue el trovador condenando la conducta de los que han sido sordos á su canto, les acusa de codicia, envidia y molicie; insinúa la idea de que Alfonso podría vengarse de los barones de Poitou y de Berry, haciéndoles tributarios suyos, y concreta todo su pensamiento en esta estrofa al monarca:

«Con la ayuda de Portugal (que, sin embargo, faltó á la empresa), y también del rey Navarro, con solo que Barcelona se vuelva hacia Toledo la imperial, seguros podremos gritar ¡Real! y derrotar la gente pagana.»

Ab la valor de Portugal
 e del rei navar altretal;
 ab sol que Barsalona's vir
 ves Toleta l'emperial,
 segur poirem cridar: Reial!
 é paiana gens desconfir.

¿Podía, pues, no tener influencia el provenzal, cuando en este idioma se cantaban las empresas y glorias castellanas, y cuando con tan enérgicos cantos y tan patrióticos consejos se dirigían los poetas al monarca de Castilla?

La expedición proyectada por Alfonso se llevó á cabo. Almería se rindió en 1147 al emperador y á las armas unidas de castellanos y catalanes, pudiéndose creer que no dejaría de asistir el entusiasta trovador de la empresa.

Nada más he podido averiguar por lo tocante á Marca-brú, nada más dicen de aquellos sucesos las poesías que de él nos quedan, pero es fácil creer que debió seguir en Castilla muy afecto á las cosas y á los monarcas de este reino, y protegido de ellos, pues años más adelante, en el reinado de D. Alfonso VIII, se le ve comparar al rey castellano con el aragonés Alfonso II, hallando en aquél cualidades que no encuentra en el segundo.

«Si este Alfonso, dice (el de Aragón), se mantiene retraído y nada hidalgo y franco, yo conozco en León uno bien gentil, franco con oportunitydad, cortés y dadivoso.»

S'aquest N'Anfós fai contenensa pura,
ni euvas mi fai semblan de frachura,
laí ves Leo en sai un de bon aire
franc de sazó, cortés e larc donaire.

III.

Un año apenas duró el reinado de Sancho III de Castilla, sucesor de su padre Alfonso VII, y sin embargo, basta este corto espacio de tiempo para encontrar en Castilla la huella de otro trovador provenzal. Al subir Sancho al trono, la lira provenzal es la única que entona un canto de alabanza en honor del nuevo monarca, cuando aún no habían nacido las musas castellanas.

Hallábase á la sazón en Castilla el famoso trovador Pedro de Auvernia, y se le ve dirigir un canto entusiasta al nuevo rey, haciéndose intérprete de las esperanzas que infundían las nobles prendas de D. Sancho, lamentando la muerte del Emperador su padre, pero viendo en el hijo un iris de esperanza, incitándole á empuñar espada y lanza y á no descansar hasta haber arrojado del país á los sarracenos y conquistado á Marruecos, y finalmente, dándole

consejos para ser un rey valeroso y caballero, digno de honra y de prez. Es esta poesía de Pedro de Auvèrnia la que comienza:

Bel m'es, quan la rosa floris
e'l gens terminis s'avanza...

Los consejos del trovador provenzal no pudieron aprovecharse, y sus esperanzas no se realizaron. La muerte, arrebatando rápidamente á Sancho, dió el trono á su hijo Alfonso VIII, que había de ser gloriosamente llamado *el de las Navas*.

Después de una borrascosa minoría, Alfonso VIII llegó á su mayor edad en 1170, y poco se tarda en verle objeto de una de las mejores y más viriles poesías provenzales, escrita por aquel famoso Beltrán de Born, á quien Dante coloca merecidamente en su *Infierno*, y á quien, merecidamente también, debe recordar la historia como uno de los primeros trovadores.

Llegado á su mayor edad, había casado el rey de Castilla con Leonor de Inglaterra, hermana de Ricardo *Corazón de León*, é hija por consiguiente de aquella Leonor de Aquitania, tan célebre entre los poetas provenzales y poetisa ella misma, y esta alianza que pudo no ser extraña al favor que comenzó á gozar en Castilla la poesía provenzal, hizo que D. Alfonso se viese precisado á intervenir en los asuntos de Mediodía de Francia. Hubo un momento en que se le creyó dispuesto á terciar en las luchas empeñadas entonces por los hijos del rey de Inglaterra, y por la Francia, y á esta época y á este momento, se refiere la citada poesía de Beltrán de Born.

Aludiendo á Ricardo, *Corazón de León*, y á Alfonso de Castilla, he aquí con qué virilidad de forma, con qué lozanía de pensamiento y con qué briosa inspiración se expresa el célebre trovador:

Miez sirventes vueilh far dels reis amós,
qu' en brieu veirem qu' aurá mais cavalliers:
del valen rei de Castella 'N-Anfós
c' aug dir que ven, e volrá sodadiers;
Richartz metrá a muéis e a sestiers

aur et argent, é ten sa benanansa
metr' e donar, e non vol sa fiança,
ans vol guerra mais que cailla esparviers.

S' amdui li rei son pros ni corajós,
en brieu veirem camps joncate de qartiers,
d' elms e d' escutz e de branz e d'arsós
e de fendutz per bustz tro als braiers,
et a rage veirem anar destriers,
e per costatz e per piechz manta lausa,
e gaug e plor e dol et alegransa;
lo perdr' er granz, e 'l gassainhz er sobriers.

Trompas, tabors, seinheras e penós
et entrescinhs e cabals blancs e niers
verrem en brieu, qu' el segle será bos,
que hom tolrá l'aver als usuriers,
e per camís non anará saumiers
jor afisatz, ni borjés ses duptansa,
ni mercadiers qui enga dever Fransa,
ans será rics qui tolrá volontiers.

Mas s' el reis ven, ieu ai en Dieu fiança
qu' ieu serai vius ó serai per qartiers;
e si sui vius, er mi gran benanansa,
e se ieu mucir, er mi grans deliuriers.

«Quiero hacer un medio serventesio ¹ de los dos reyes, y en breve veremos cuál tiene más caballeros. Oigo decir que viene el rey de Castilla, Alfonso, y necesitará soldados, al paso que Ricardo gastará oro y plata á celemines y á sextarios, pues es hombre que distribuye y derrocha sin reparar en cuentas, más ganoso de guerra que gabilán de perdiz.

»Si ambos reyes son valientes y animosos, no hemos de tardar en ver los campos sembrados de divisas, de yelmos, escudos, espadas y arzones, y cuerpos hendidos desde la cabeza al cinto. Y será de ver precipitarse desbocados los caballos, y muchas lanzas clavadas en los costados y en los pechos, y gozo y llanto y duelo y alegría. La pérdida podrá ser grande, pero mayor ha de ser la ganancia.

»Trompas, tambores, señeras y pendones, y estandartes y caballos blancos y negros, veremos muy en breve, y ha de ser este un gran tiempo, pues se quitará su haber á los usureros, y no tendrán día fijado los animales de carga

¹ El medio serventesio, como la media canción, era otro de los géneros en que dividían los provenzales su poética.

para ir por los caminos, y no habrá burgueses desconfiados ni mercaderes que vengan de Francia. Será rico entonces el que esté dispuesto á tomar.

»Como el rey venga, confío en Dios que he de quedar vivo ó hecho trozos. Si vivo, será para mí gran dicha; si muerto, será para mí gran libertad.»

Tal es el género de Beltrán de Born. Ya veremos por lo demás, al hablar de él con más detenimiento, que este trovador escribía de incendios y matanzas, de guerra y de catástrofes, como los otros de amor, de fiesta y de placeres.

Cuando la rota funesta de Alarcos, en que Alfonso VIII, engañado por su valor y gran corazón, vió derrotadas sus huestes castellanas y triunfante la morisma, la lira provenzal fué también entonces la única que elevó su doliente canto, la única que con briosos acentos llamó á los potentados de la tierra en auxilio del rey Alfonso y de Castilla,

Vivía por aquel tiempo Folquet de Marsella. No era aún el consejero del encruelecido Simón de Montfort; no era aún el traidor que debía abandonar la causa de sus hermanos los trovadores provenzales; no era aún el obispo que debía predicar una guerra de matanza y de exterminio; no era aún el jefe de la cruzada contra los albigenes y el amigo del Papa que debía levantar en los Concilios su voz contra sus antiguos protectores los infortunados condes de Tolosa; aún no había soltado la lira de poeta ni vestido aún los pobres hábitos de monje que debía trocar por la mitra y por la púrpura; aún no era el hombre de sangre y de crimen; era todavía el trovador galante y enamorado que, á los piés de la hermosa vizcondesa Adalaida, aquella por quien Pedro Vidal se volvió loco, cantaba sentidas canciones de amores que debían llevarle á la inmortalidad y á la gloria ensalzado por el Dante y por el Petrarca.

Este fué el trovador que, como un grito supremo de angustia, como una honda manifestación de dolor, envió á todas partes, de corte en corte y de castillo en castillo,

por el vehículo de sus juglares, un sentido canto de cruzada ó *precicanza* para levantar el espíritu público, para despertar el sentimiento religioso, para mover á todos, varones y caballeros, reyes y súbditos, en favor y auxilio de Castilla y de su noble monarca.

Era Folquet entonces muy amigo de D. Alfonso, es de creer que había estado en Castilla, parece ser protegido del rey y muy adicto á su política y á las cosas de esta tierra, y el canto escrito por él para lamentar la jornada fatal de Alarcos, es el que comienza y se hallará en su lugar respectivo:

Hueimais no i conose razó
ab que nos poscam cobrir...

Este canto pudo muy bien contribuir á levantar los ánimos para la empresa que se efectuó algunos años más tarde y que tan esplendorosa gloria dió á los reyes españoles. De todos modos, el canto de Folquet, por lo que se deduce de los manuscritos que nos sirven de guía, era repetido en todas partes por los juglares, lo aprendían de memoria damas y caballeros, era cantado con entusiasmo en las fiestas públicas, y llegó á ser muy popular, principalmente en Cataluña y en Castilla, en favor de cuyos altos intereses se compuso.

No es en esta sola composición de Folquet de Marsella donde se ve al poeta hacer constar su amor al rey y á las cosas de Castilla. En varias se encuentra este tributo prestado por el trovador á un país donde no es ya posible dudar que sus cantos y los de los demás poetas provenzales debían hallar público, admiración, simpatías, entusiasmo, popularidad y tal vez escuela. En una de sus canciones de amores á la vizcondesa Adelaida, Folquet dice que, después de su dama, su corazón pertenece al rey de Castilla:

Al bon rei de Castela N'Anfos
coman mon cors, dona, aprés vos.

En torno de Alfonso VIII hallamos una verdadera corte de trovadores provenzales, y esto prueba la decidida

protección que en Castilla debían hallar aquellos y su poesía. De sus propias composiciones se desprende: basta leerlas para comprender cuánto les interesaban, como si fueran propios, los asuntos de Castilla: á sus reyes, á sus magnates, á sus damas, dedican sus poesías muchos trovadores de aquella época; de sus intereses se ocupan, en su política intervienen, cantan sus guerras; y cuando ocurre algún suceso que excita en Castilla el sentimiento patrio y mueve al pueblo castellano á lástima ó á júbilo, por la voz de los trovadores provenzales y de la lengua provenzal lo sabe el mundo. Muda aún á mediados del siglo XII la musa castellana, sólo los ecos de la provenzal, y todo lo más de la gallega, resuenan en Castilla.

Así es como entonces, durante el largo reinado de Alfonso VIII, vemos sucesivamente aparecer y brillar en Castilla (todo lo cual de las propias composiciones se desprende):

Al viejo Marcabré, que ya en el reinado de Alfonso VII había cantado la empresa de Almería, y en éste ensalza al rey de Castilla como más hidalgo que el de Aragón (en su poesía *Auiatz*):

A Pedro Vidal, el visionario, el que por amores de una dama se volvió loco, que da más valor á «una tierna doncella de Castilla, que á mil camellos cargados de oro junto con los dominios del emperador Manuel (*B'm fac*);» que al dirigirse á una dama castellana dice que por ella ama á Castilla y es por ella servidor y caballero de D. Alfonso (*Quant hom*); que encomia á este rey como el más valioso de la cristiandad en aquella su poesía, donde dice que España es una gran tierra y sus reyes dotados de las mejores prendas:

Mout es bona terra Espanha,
e'ls reis que senhor en só
dous e car e franc e bó
e de corteza companha;

A Giraldo de Calansó, que en una sentida elegía dedicada á la muerte del infante D. Fernando, hijo de Alfonso VIII, confunde su llanto con el del pueblo castellano y

su duelo con el de la patria española para lamentar la pérdida de aquel noble príncipe en quien se fundaban tan halagüeñas esperanzas:

Bel Senhor Dieus, quo pot esser sufritz
tan estranh dols cum es del jove enfán,
del filh del rey de Castela prezan...;

A Gavaudan, llamado el Viejo, que asistió á la famosísima cruzada de las Navas de Tolosa, y que, dirigiéndose en levantados versos á los reyes y barones de la cristiandad y á los castellanos, gallegos, portugueses, navarros y aragoneses, les incita á secundar los esfuerzos del rey de Castilla, á aliarse contra los *árabes andaluces*, y profetiza la victoria gloriosa de las Navas, diciendo que el hecho seguirá al dicho y que Dios será honrado donde antes Mahoma:

Profeta será N'Gavaudás,
qu' el dig er faitz, e mort als cas,
e Dieus er honratz e servitz
on Bafomet era grazitz;

A Guillermo de Bergadá, el aventurero trovador catalán, especie de Beltrán de Born, el D. Juan de Cataluña, para quien no había honra segura ni dama digna de respeto; que tan pronto salteador de caminos y capitán de bandoleros, como galán trovador y caballero descendiente de una familia ilustre, hubo de retirarse á Castilla, huyendo las venganzas y los odios provocados por sus cantos y sus aventuras;

A Aimeric de Peguilhá, llamado el hereje por defender en la causa de los herejes albigenses la que él creía, y era, causa de la nacionalidad y de la independencia de Provenza, que, presentado al monarca castellano, recibe de él hospitalidad, honores, riquezas y mercedes; y recuerda su estancia en Castilla y la gloria de D. Alfonso, en unos versos que fueron entonces á recorrer todas las cortes provenzales, y que, repetidos luego por el Petrarca, han venido á inmortalizarse en todas las cortes literarias del mundo:

En Castela al valen rey N'Anfós
que' es lo meiller com auia 'l mon ni veia,
ans que aillors ans, vai de part me, chansós...;

A Hugo de San Cyr, el güelfo, que estuvo en Castilla, según es de sospechar, con el intento, por fortuna no logrado, de comprometer á D. Alfonso en favor de la cruzada que predicó la Iglesia y sostuvo la Francia contra la nacionalidad provenzal; á Pedro Roger, el pobre amante de la vizcondesa de Narbona, que fué á Castilla á buscar para su alma, enferma de amores, el reposo y el descanso que sólo debía encontrar más tarde, al enterrarse vivo en el claustro de Granmont; á Savarico de Mauleó, el opulento trovador anjoino que pasó á Castilla sólo para visitar y conocer á D. Alfonso, desplegando en su corte un lujo y un fausto que fueron motivo de asombro para los magnates castellanos; y, finalmente, á Ramón Vidal de Besalú, que en su novela del *Celoso castigado*, nos traza un cuadro completo del acogimiento que recibía en la corte de Alfonso VIII la musa provenzal.

Pero no hay que olvidar, para aclaración del asunto concreto que nos ocupa, las obras de dos poetas provenzales que merecen aquí particularísima mención.

Uno de ellos ha sido ya citado, Pedro Vidal. Era un visionario, era un pobre mentecato, era un loco, al decir de sus primeros biógrafos. De loco era, en efecto, ceñirse el manto imperial y recibir en corte, creyendo que le pertenecía el imperio de Oriente por su casamiento con una griega, supuesta ó verdadera sobrina de un emperador; de loco era, en efecto, vestirse con pieles de lobo por amor á la dama Loba de Penautier, y hacerse dar caza por los perros y pastores de la montaña de Cabaret; pero aquel visionario, aquel mentecato, aquel loco, hallándose en Castilla, dirige á Alfonso VIII, y con él á los monarcas de León, Aragón y Navarra, á los cuatro reyes de España, como les llama, la poesía más trascendental, si se me permite la palabra, y el consejo más cuerdo y más sensato que darse y dirigirse pueda en ocasión ninguna á rey alguno.

Adelantándose cuatro siglos al suyo, Pedro Vidal llama á concurso á los monarcas españoles y les reprocha duramente sus odios y sus rencores mútuos, y les pide, en

nombre de Dios, que dejen de combatir unos contra otros para juntos combatir al enemigo común, el sarraceno, *hasta que España toda sea una, tenga una sola ley y tenga una sola fé.* He aquí la unidad y la integridad de la patria española predicada por un trovador provenzal loco en el siglo XII.

El otro poeta es Rimbaldo de Vaqueiras. Era contemporáneo de Alfonso VIII, y su biógrafo provenzal nos dice que fué el amigo y el favorito del marqués Bonifacio de Montferrat. Nos describe su vida, nos le presenta viajando por todas partes, en Francia, en Italia, en Oriente; no se dice que estuviera en Castilla, y, sin embargo, ¡cosa singular! á pesar de no ser citado en las historias de nuestra literatura nacional, es el autor de los versos más antiguos que en lengua castellana se conocen.

Si no son anteriores al poema del Cid, como parece, son por lo menos coetáneos. Podrán ser incorrectos y también incompletos, pero esto puede ser debido á los copistas provenzales.

De todos modos, he aquí los versos castellanos de Rimbaldo de Vaqueiras:

Mas tan temo vostre pleito,
 todo 'n soi escarmentado;
 per vos aí pena e maltreito
 e mei corpo lazerado;
 la nueit cuan soi en mei leito
 soi mochas ves resperado
 per vos, cre, e non profeito:
 fallit soi en mei cuidado
 mas que fallir non cuydeio...
 Mon corassó m' avetz treito
 e mout gen faulan furtado.

IV.

Lo mismo que en el siglo XII, vemos en el XIII á los poetas provenzales cada vez más familiares en las cortes de Castilla y de León, y cada vez más protegidos sus versos y más halagados sus autores.

Pedro Vidal debió residir en la corte de León, pues que dirige á su rey Alfonso entusiastas poesías, alabando su cortesía y su liberalidad, y hubieron de gozar de los favores de este monarca, Hugo de San Cyr, Guillermo Ademar y Elías Cairel, ya que en sus obras se hallan frecuentes y hasta familiares alusiones al mismo.

Elías Cairel dice en una de sus poesías que ama sin engaño al rey de León,preciado y bueno, y le compara á una fuente clara y cristalina. Guillermo Ademar le exhorta á marchar contra los sarracenos, en lo cual, sobre hacer una obra grata á Dios, le prestará al trovador un servicio «pues así, dice, se llevará al marido celoso que tiene prisionera á mi dama, impidiéndome verla.»

Por lo que toca á la época de Fernando III *el Santo*, que reunió las dos coronas de León y de Castilla, sabido es que este monarca «pagábase de omes de corte que sabían bien de trovar et cantar et de joglares que sopiesen bien tocar estrumentos, ca de esto pagaba él mucho, et entendía quién lo facía bien et quien no.»

No es, pues, de extrañar que aquel príncipe insigne, á quien la historia ha reservado un sitio de honor, protegiese como su padre y abuelo á los poetas provenzales que á su corte acudían ganosos de nombradía, pues no hay ninguna duda, y así se deduce de las poesías y manuscritos de la época, que la corte de Castilla, reconocida como una de las más ilustradas é inteligentes, daba fama y celebridad al trovador que en ella era bien acogido.

Varios fueron los que visitaron la corte de San Fernando y recibieron hospitalidad en ella y honores, dones y mercedes, encontrándose el testimonio de esto en las propias composiciones de Beltrán de Allamanón, de Sordel el mantuano, de Azemar el negro, de Guillermo Ademar y de Giraldo de Borneil, aquel que mereció ser llamado el maestro de los trovadores.

Azemar el negro había ya saludado á D. Fernando, cuando infante y mancebo, augurándole un porvenir de gloria; Giraldo de Borneil habla de la esplendidez de la corte castellana, de la cultura y cortesía de sus barones,

de la belleza de sus damas, de la magnanimidad de su rey; Guillermo Ademar, en una poesía de despedida que dirige á Castilla, se lamenta de verse obligado á abandonarla, manifestando que sólo el deber le puede arrancar de una corte donde hay varones tan cumplidos y un rey tan caballero como D. Fernando.

Sordel el mantuano es quien parece que hubo de llevarse mala impresión de este reino. En aquella su notable y original poesía en que distribuye el corazón de Blacás entre los potentados de la tierra para darles el valor que les falta, trata mal á Castilla y á D. Fernando, á quien invita á comer dos pedazos del corazón de Blacás, en lugar de uno que reparte á cada rey. «Conviene, dice, al rey de Castilla que coma por dos, pues tiene dos reinos y ambos gobierna mal. Y áun importa que coma estos pedazos á escondite de su madre, que le ha de apalearse si lo ve.»

Pero si hemos de dar crédito á la crónica chismográfica del tiempo—que en él la hubo como en todos,—lo de Sordel obedecía á rencores personales. En efecto, un trovador compañero de Sordel le acusa en una poesía de ser ingrato con Castilla, después de haberse enriquecido en ella; dice que cuando Sordel salió para España iba pobre y desnudo, y que volvió de ella rico y opulento, habiendo merecido regalos y dones del rey D. Fernando y de sus magnates. «Si hoy habla mal de Castilla y de León, añade, es porque no se le dió todo cuanto demandaba.»

En cambio, si esta fué la manera que tuvo Sordel de agradecer los beneficios, otro poeta, que ignoro si estuvo en Castilla, la venga noblemente de los agravios inferidos por el trovador de Mantua.

La poesía de Sordel es verdaderamente singular, y, quizá por esto, tuvo imitadores. El mejor elogio que Sordel creyó tributar á la memoria de su protector el valeroso Blacás, fué distribuir su corazón entre los potentados de la tierra, para que, comiendo de él, adquiriesen valor, dotes y prendas de que carecían. Beltrán de Allamanón, imitando á Sordel, se apoderó también del corazón de Blacás y quiso repartirlo á su vez; pero más galante ó más in-

tencionado aún, lo distribuyó entre algunas damas. Pedro Bremón Ricas Novas, ó Ricardo de Noves, como le llaman otros, se presentó asimismo para distribuir los despojos de Blacás, y hallando ya su corazón hecho trizas, quiso reparar su cuerpo, lo cual hace por medio de una poesía verdaderamente notable é intencionada, que tiene todas las trazas de haber sido compuesta para rectificar las opiniones vertidas por Sordel.

Del cuerpo de Blacás, dividido en cuartos que ofrece á la adoración de las naciones, Pedro Bremón destina el tercero, dice, «á los bravos castellanos á quienes invito á que vengan para tributarle culto junto con los gascones, catalanes y aragoneses, que son gentes de pró. Si el rey de Navarra viene (Tibaldo, conde de Champagne), no lo *adorará* como no trate de ser más valiente y generoso de lo que es; pero si viene el león que es rey de Castilla (San Fernando), éste podrá tomarlo en sus manos y guardarlo, pues es noble, generoso y digno de las virtudes que ilustraron á su abuelo (Alfonso VIII).»

V:

Llegamos ya á la época del rey D. Alfonso X de Castilla *el Sabio ó el de las Cántigas*.

Cuando D. Alfonso subió al trono en 1252, ya D. Pedro *el Noble* de Aragón descansaba hacía mucho tiempo en su sepulcro, habiéndose llevado consigo la idea de una nacionalidad aragonesa-provenzal, caída con él en la jornada tristísima de Muret; ya los condes de Tolosa habían sucumbido; ya el silencio de la muerte reinaba en los castillos y cortes de Provenza, tan animados antes con el rumor de las fiestas, el discreteo de las damas y galanes y los esplendores de los Puys y cortes de amor; ya la Santa Inquisición, sombría y misteriosa, apareciendo á través de las sanguinolentas luces que arrojaban las llamas de sus hogueras, constantemente encendidas, imponía á todos y

en todas partes el terror y el silencio; ya Provenza tenía señores que no eran hijos de aquella noble tierra, y estaban fugitivos sus barones, espejo de caballería; dispersos sus donceles, timbre de nobleza; muertas sus damas, flor de gentileza y cortesía; proscritos sus trovadores, heraldos antes de una civilización y de una nacionalidad potentes, y entonces míseros, errantes, vagabundos, sin patria y sin hogar, con ojos sólo para llorar, con corazón sólo para sentir y con una pobre y destrozada lira para acompañarse aquellas dolientes cántigas de Aimeric de Peguilhá y de Sicart de Marjevols:

¡Ay Provenza infortunada,
quién te ha visto y quién te ve!
Mejor te quisiera muerta
que sometida al francés r.

Las cortes de Aragón y de Castilla se abrieron á los proscritos, y en ellas hallaron éstos toda la hospitalidad y protección que podían y sabían dar aquellos reyes que se llamaban Jaime *el Conquistador* y Alfonso *el Sabio*.

Durante el reinado de este último, Castilla fué un verdadero asilo, una nueva patria para los trovadores de Provenza. Cuantos hubo entre éstos de más renombre en la segunda mitad del siglo XIII, que fué la postrera del olimpo provenzal, estuvieron en Castilla ó sostuvieron íntimas y familiares relaciones con D. Alfonso. Es más; en algunos trovadores, acaso en el mismo D. Alfonso, parece haber nacido la idea de restaurar la poesía provenzal, escogiendo por centro á Castilla y haciéndola revivir en este reino, como para llamarla á nuevos destinos en nueva pa-

I

¡Ai Toloza e Proensa
e la terra d' Agensa,
Bezers e Carcassey,
quo vos vi e quo 'us vey!

Bernardo Sicart de Marjevols.

¡Ai Provensals ar en greu desconort
es remanzut et en cal desonranza,
et es venguts en ma de celh de Franza;
meis nos volgra que fossietz del tot mortz!

Aimeric de Peguilhá.

tria. Esto se deduce, ó me parece que puede deducirse al menos, de las poesías mismas de Nat de Mons, de Bonifacio Calvo, y de la *Supplicatió* de Giraldo Riquier ¹.

No todos los poetas que merecieron hospitalidad y protección de Alfonso *el Sabio* nos son conocidos. Las memorias que de aquellos tiempos nos quedan, cuidaban más de registrar los hechos de guerra que los sucesos favorables á la inteligencia humana, y las inquisiciones detenidas y los estudios meditados que en este terreno se han hecho sobre Alfonso *el Sabio*, tienden á presentarle como lo que era realmente, un gran ingenio y una gran inteligencia, pero pocos como protector de la poesía provenzal, y ninguno tal vez como lo que también era en realidad, un trovador provenzal. Esto sólo se halla estudiando las poesías de los trovadores que residieron en Castilla ó que de cosas de estos reinos se ocupan, y en las contestaciones dadas en lengua provenzal por D. Alfonso á Nat de Mons y á Giraldo Riquier, que deben sin vacilación atribuirse al mismo monarca, y que le señalan por consiguiente un puesto entre los trovadores.

Pero dejando este punto concreto para luego, vamos primero á los recuerdos que de Castilla y de D. Alfonso se hallan en las poesías provenzales.

No consta que estuvieren en la corte del rey Sabio Galcerán de San Didier, Beltrán Carbonell ó Beltrán de Marsella, Bartolomé Giorgi, Ramón de Lator, Paulet de Marsella, Beltrán de Rovenhac, Beltrán de Born, el hijo, y otros varios; pero en sus obras se hallan frecuentes alusiones á Castilla y repetidas alabanzas de su rey.

Así vemos, por ejemplo, á Beltrán Carbonell dedicar á D. Alfonso canciones de amores y enviarle *saludos*; á Bel-

¹ Recuerdo haber leído en un manuscrito provenzal, que después de la ruina de las cortes de Tolosa y de Provenza, Alfonso X de Castilla concedió una ciudad libre á los trovadores proscritos.

(Nota escrita al componerse este capítulo.)

Federico Díez en su obra *La poesía de los trovadores*, capítulo dedicado á hablar de los protectores de la poesía, habla también de la ciudad libre concedida por D. Alfonso á los poetas.

(Nota escrita al imprimirse esta obra.)

trán de Rovenhac decir que la gentileza reside en Castilla; á Galcerán de San Didier expresar el deseo de que cuantos deseen recobrar el valor se unan á D. Alfonso para combatir á los paganos; á Ramón de Lator consignar que el monarca castellano ha adquirido el derecho de ser alabado de todo el mundo; á Bartolomé Giorgi dirigirse á Don Alfonso para pedirle que vaya á libertar á su hermano el infante D. Enrique, prisionero de Carlos de Anjou; y á Paulet de Marsella, lamentándose de esta misma prisión, manifestar la esperanza que todos tienen en D. Alfonso, «rey de levantadas miras, de noble baronía y de maduro juicio.»

Existe una poesía, cuyo final por malaventura ha desaparecido, que debía ocuparse larga y extensamente de la corte del rey Sabio. Si, como ha venido creyéndose hasta hace poco, esta poesía, cuyo autor se nombra á sí mismo llamándose Pedro W..., fuese de Pedro Vidal, la corte castellana de que se ocupa sería la de Alfonso VIII; pero si, como pretenden Bartsch, Meyer y Milá, es de un Pedro Wilhem ó Guillem, de Tolosa, puede referirse á la corte de Alfonso X.

Es una composición de gusto oriental. Un caballero que se llama *Amor*, una dama que se llama *Merced*, una doncella y un escudero cuyos nombres son *Pudor* y *Lealtad*, pertenecientes á la corte de un Alfonso de Castilla, van por un camino, espléndida y caprichosamente vestidos, cabalgando en gallardos palafrenes y tropiezan con el poeta, que se dirige á ellos haciéndoles varias preguntas y entablando un cortés coloquio. En el diálogo se deja sentado que Alfonso de Castilla es, entre todos los príncipes del mundo, el más valiente, el más cortés, el más virtuoso, el más magnífico y espléndido, y cuando *Amor*, *Pudor* y *Merced* van á relatar lo que pasa en su corte, se interrumpe desgraciadamente la relación, cuyo final, para nuestro objeto el más interesante, no llegará quizá nunca á conocerse por haberse perdido las últimas fojas del manuscrito.

El trovador Aimeric de Belenoi residió largo tiempo en Castilla. En una de sus poesías refiere el dolor con que hu-

bo de abandonar aquel país, donde dice sin cuidarse de la modestia: «Hice muy buenas canciones, que complacieron mucho al rey, amador de los buenos dichos y de los buenos hechos.» Castilla es también para Aimeric de Belenoi un país encantador, donde no sucede lo que en aquellos otros en que han dejado de honrarse el júbilo, las canciones, la liberalidad, los leales servicios, el mérito, la magnificencia y la cortesía.

Hugo de la Escura y Elías Fonsalada, tienen composiciones dedicadas al monarca castellano.

De Arnaldo Plagués quedan dos en que habla ventajosamente de Castilla. En una de ellas la endereza ó dedicatoria dice así: «Canción, ve camino de Castilla y preséntate al rey que remedia los daños ocasionados por la compañía de los malos ricos.»

Ramón de Castelnau habla de la tierra castellana y de su rey como si lo conociera todo á fondo, y al enumerar los hombres más ilustres de su época, dice: que así como el mejor de los condes es el de Rhodéz, el mejor de los preladados el de Menda, y el mejor de los barones su hermano el de Castelnau, así el mejor y más preclaro de los reyes es D. Alfonso X de Castilla.

De Guillermo de Montagnagout, el trovador que fué ministro y consejero del joven conde de Tolosa, que le sirvió lealmente en su desgracia, y que llegó á concebir el plan de una liga de monarcas para arrojar de Provenza á los franceses, hay varias alusiones á D. Alfonso, y existen poesías en que se ocupa de Castilla, á cuya corte debió venir como embajador del conde de Tolosa cuando se preparaba un levantamiento en el Mediodía. Para Guillermo de Montagnagout, «la prez decaería si mantenida no estuviese por el honrado rey castellano; cuyos hechos son tan cumplidos que no cabe mejorarlos,» al propio tiempo que en otra composición desea que «Dios honre y galardone al monarca castellano que mejora la prez, que es joven en edad y viejo en juicio, y que siente más placer en conceder mercedes que en recibirlas.»

En otra ocasión se dirige también al rey Sabio, cuando

aspiraba al imperio, para el cual obtuvo casi todos los votos, pero cuya confirmación no fué confirmada por el Papa, y le exhorta á que haga valer sus derechos, apoyándolos si es necesario con las armas, «porque, dice, cuando un gran rey se propone una gran empresa, su honor está comprometido á realizarla.»

Sobre este mismo punto escribieron también los trovadores Ramón de Lator y Folquet de Lunel. Ambos, con gran entusiasmo, y en dos notables serventesios, sostienen los derechos de Alfonso y le incitan á hacerlos valer; ambos anatematizan á los que se oponen á sus deseos, y ambos, en fin, colman de elogios á D. Alfonso, á cuyo lado tiene que ir, dice Folquet de Lunel, «quien aprender quiera en buenos hechos y nobles acciones, pues sólo se aprende esto junto al monarca castellano,» que es, añade Ramón de Lator, «emperador de mérito, cabeza y padre de valor, padrino de gentileza é hijo de fino amor.»

En la poesía de Folquet de Lunel, que hubo de vivir en Castilla, se encuentra un notable testimonio de lo que era la corte de D. Alfonso.

«En esta corte, dice, no quedan frustradas las esperanzas de ningún hombre que valga: aquí son atendidas la razón y el mérito, y á nadie se oprime ni se fuerza: corte es esta sin orgullo y sin villanía, donde hay centenares de hidalgos que, sin necesidad de pedirles, otorgan tan buenas mercedes como no son capaces de hacerlas, áun pidiéndoselas, muchos reyes que yo conozco. El gran rey D. Alfonso, que es de superior valía, mantiene su corte con una ostentación como no hay otro que la tenga.»

Pero el trovador que pasó gran parte de su vida en Castilla, y que, favorito de D. Alfonso, llegó con el apoyo de este rey á los más altos honores, fué Bonifacio Calvo. Era Bonifacio genovés, escribía en provenzal, la lengua única que entonces existía para que alcanzaran fama los poetas, y hubo de salir emigrado de su patria por causas políticas, refugiándose en Castilla al comenzar Alfonso su reinado. Bonifacio Calvo fué considerado como uno de los hombres más eminentes de su siglo, se le concedió un puesto entre

los primeros y más altos trovadores, tenía universal reputación de sabio profundo, y Nostradamus, al hablar de él, evoca á la filosofía misma, á la cual personifica y da voz y vida sólo para hacer el elogio más cumplido que pueda hacerse de pensador alguno.

Bonifacio Calvo halló un asilo y un alto empleo junto á D. Alfonso *el Sabio*, que le asoció á sus trabajos primero, y luego le dió un puesto en sus consejos. Desde entonces el trovador provenzal interviene en todos los actos públicos del monarca castellano. No hablan de él las historias, no le citan los que de D. Alfonso y de su vida escribieron, no le mencionan los que más han profundizado en la literatura de aquel tiempo, y sin embargo, ahí están vivas y parlantes las poesías de Bonifacio Calvo. Ellas nos dicen hasta qué punto el trovador influyó en los actos de D. Alfonso, públicos y privados, y en la vida política del reino.

Cuando D. Alfonso tuvo la idea, fundada en antiguos derechos, de sostener sus pretensiones á la Aquitania, el trovador provenzal, que acaso también se la había inspirado, le incita á la empresa por medio de aquél su *serventesio*:

En loc de verjans floritz
e folhatz...

Y no pareciéndole bastante, refuerza sus argumentos, y le insta de nuevo por medio de un segundo *serventesio*:

Mout a que sovíenza
non haguí de chantar...

Le encarga que arroje de sí el letargo que se ha apoderado de él y que los suyos le reprueban; le pide que no crea á los menguados cobardes ni á los muelles ociosos que prefieren las dulzuras de su hogar á las fatigas de la guerra; le exhorta á ser digno de su padre «que más se hizo honrar que rey alguno,» y dice que, para parecérselo, es preciso que haga valer sus derechos, acrecer su fama y resonar las armas.

Hay un momento en la historia en que se cree al rey

de Castilla dispuesto á romper las hostilidades contra su suegro el monarca aragonés D. Jaime *el Conquistador*. Fué cuando, á la muerte de Teobaldo, Castilla presentó sus pretensiones á la Navarra, acudiendo D. Jaime á defender este reino. La lucha parecía inminente entre el aragonés y el castellano, y este es el momento escogido por Bonifacio Calvo para un nuevo *serventesio* en que trata de decidir al rey á la lucha, y en que, con aquella libertad que se tomaban los trovadores y que los reyes de entonces respetaban, se expresa así:

«Si ahora el rey de Castilla no lleva sus pendones á aquellas tierras contra Aragón y Navarra, habrá motivo para que se cante lo que ya dicen algunos, que el rey de León más prefiere cazar con halcón y gavilán, que vestir cota de malla y empuñar espada.»

En otra poesía habla también de los derechos de D. Alfonso al imperio, y los sostiene; en otra le dirige sabios y profundos consejos para gobernar su reino, reparar injusticias y guiar á todos por el camino de la virtud; en otra le explica y enseña la ciencia de conceder mercedes y hacer regalos, y á quién y cómo se han de ofrecer; en otra le demuestra que alguno de sus privados le vende y le aconseja mal; en otra se sincera de ciertos cargos que le hacen los envidiosos que quieren hacerle perder su puesto y la amistad del rey; en otra, finalmente, invita á D. Alfonso á hacer de su corte una corte de Provenza, centro de amor, de galantería, de júbilo y de prez.

Bonifacio Calvo, según parece, acabó su vida en Castilla, y hay motivos para creer que sucumbió al dolor que hubo de causarle la muerte de su dama, que era una prima ó sobrina de D. Alfonso, y cuya belleza pondera el trovador en una poesía, diciendo que «si Dios quisiera escoger una dama en este mundo, ella sería sólo la elegida.»

VI.

Y ahora, llegada es ya la ocasión de decir algo acerca de dos poetas que influyeron acaso más que otros en Don Alfonso, pues que á ellos se debió el que el rey de Castilla se decidiera á escribir en la lengua de los trovadores, como escribía en la de las Cántigas.

Nat de Mons, oriundo de Tolosa, era poeta, filósofo y astrónomo, y dirige al rey una poesía en que habla de la influencia de los astros sobre los hombres, pidiéndole su parecer y consejo. El monarca contesta con otra poesía, en forma de sentencia: «Nos Alfonso, rey de Romanos, de Castilla, Toledo, Compostela, Sevilla, León, Córdoba, Murcia, Algarve, Granada, Andalucía, etc.» Y dice que el hombre es gobernado en parte por los astros, en parte por el destino, y completamente por la casualidad, procediendo el bien ó el mal de lo uno, de lo otro, ó de las tres cosas á la vez. Empero, añade, «por lo tocante á decir cuál de esos tres principios inculca el bien y el mal, nadie en el mundo puede decirlo, pues que nadie conoce los juicios y los designios de Dios.»

La contestación de D. Alfonso es algo oscura, pero este parece ser el sentido. No hay que entrar á hacer comentarios sobre esta poesía, pues ello nos llevaría tal vez á mirar al Rey Sabio como algo más libre pensador de lo que generalmente se cree. Lo importante aquí está en consignar que aquel príncipe no se limitó á ser un protector de la literatura provenzal, sino que fué también uno de sus cultivadores.

En cuanto al otro de los dos poetas citados, Giraldo Riquier, de Narbona, no hubo de estar una sola vez en Castilla, sino varias, y aún parece que por los años de 1270 debió fijar su residencia en este país, donde hubo de permanecer por lo menos hasta 1284, época de la muerte del rey, á la que consagra una composición.

En muchas de sus poesías se encuentran referencias, ci-

tas, alabanzas del pueblo castellano y de su príncipe; por muchas se ve que era íntimo de D. Alfonso y que se interesó por las cosas de su reino.

«No conozco en ninguna ley, dice una vez el poeta, monarca que más valga que D. Alfonso, y es deber que así sea, pues con su gran virtud ha sostenido en todo tiempo la prez y fama de Castilla:

Car deguna ley
no say rey que 'l puesca valer
et es aitals per son dever;
car Castela ha sostengut
tos temps pretz ab sa gran vertut.

En otra ocasión dice que el rey es luz de todo lo bello, restaurador de toda prez, espejo de toda virtud, y que hubiera sido de desear que antes hubiese existido, como su propio nombre indica. (Alfonso, en provenzal *Anfós ó ans fós*, es decir, antes fuese, antes hubiese sido.)

Verdad es que en las distintas poesías que Giraldo Riquier dirige á D. Alfonso, se halla quizá un exceso de alabanza, ó mejor de adulación, pues agota todas las frases y epítetos laudatorios de la lengua; pero sobre que la costumbre era ésta y éstos los tiempos, algo hay que permitir al poeta esperanzado ó agradecido. En cambio, cuando le oye censurar por cortesanos descontentos, siente gran tristeza, dice, «y hasta que me entierren no consagraré mi afecto ni dirigiré mis cantos á otro punto.» Desea que sus mayores enemigos le cobren tal amor, que no tenga que guardarse de ellos, y alguna vez se cree autorizado á darle este levantado consejo: «Buen rey castellano D. Alfonso, obrad siempre con razón y derecho, y digno entonces seréis de gloria.»

En una lindísima *pastorela*, que puede servir de modelo, se ocupa con gran sentido político de las guerras con los moros de Granada; en tres *serventesios* da consejos al rey, discurre sobre los sucesos políticos de aquel tiempo, aprecia con alto punto de vista las cosas de Castilla, lamenta aquellas luchas intestinas que llenaron de amargura el co-

razón de D. Alfonso en los últimos años de su reinado, y prevé y condena la rebelión del hijo contra el padre; pero la composición de Giraldo Riquier, para el objeto de este estudio más importante, es aquella larga tirada de versos en que, dirigiéndose al soberano de Castilla, le explica la diferencia que hay entre trovadores y juglares y la distancia grande que media entre unos y otros, pidiéndole que atienda á esto, y exhortándole á poner remedio al descrédito que de confundirles con los juglares se sigue á los trovadores.

No es menos larga que la petición la respuesta de Don Alfonso en el mismo metro y forma que la poesía de Riquier. El rey declara que es gran falta de lenguaje llamar á todos juglares, que hay diferencia entre éstos y los trovadores, que unos son los histriones, aquellos que gesticulan, y dan saltos, y danzan, y cantan, y tocan instrumentos, es decir, los *joculatores* ó juglares, y otros los que componen é inventan, aquellos que estudian y piensan, es decir, los trovadores; añadiendo, que entre éstos aún los hay de dos clases: los que hacen versos buenos y sonoros, con perfectas rimas, y los que componen poesías de buena enseñanza, tan bellas por la forma como profundas por la idea. «A estos últimos, dice el rey, á quienes Dios honra, debe honrar el mundo, y llamarse deberían doctores en el trovar.»

Tal es la composición de D. Alfonso, que al darle perfecto y legítimo derecho para que se le continúe entre los trovadores provenzales, termina la época de éstos en Castilla, pues ya apenas se encuentran nuevas noticias y nuevos datos que añadir á lo expuesto. Verdad es que ya entonces concluyen los trovadores, no sólo en España, sino en todas partes. Aquella literatura superior, luz y vida de una civilización y de un progreso adelantados á su siglo, estaba ya en su ocaso, y con las poesías de D. Alfonso *el Sabio*, de D. Pedro III *el Grande* de Aragón, de Giraldo Riquier, de Paulet de Marsella y de otros muchos, arrojaba sus últimos destellos y terminaba su gloriosa existencia, víctima de la ingrata persecución de los franceses y de las

bárbaras iras de aquel tribunal de horror y de crimen que se llamaba la Santa Inquisición.

Por lo demás, y volviendo á las poesías escritas por el rey Sabio en contestación á las de Nat de Mons y Giraldo Riquier, sólo me permitiré hacer observar que el acierto y conocimiento con que maneja la lengua, la facilidad y espontaneidad con que emplea el verso y la rima, pueden hacer creer que no era nada extraño al uso del idioma provenzal, y que no debieron ser estas sin duda las únicas composiciones escritas en lengua de trovadores por el autor de las célebres é inmortales *Cántigas*.

¿Significa algo esa continuidad, por espacio de más de dos siglos no interrumpida, de poetas provenzales que acuden á Castilla como en busca de nuevos y más anchos horizontes, como en busca de un público inteligente que comprende su lengua, y estudia, y repite, y populariza sus cantos?

¿Puede deducirse algo de esa protección, siempre y cada vez más hidalgamente prestada á los poetas provenzales por los monarcas castellanos?

¿Hay algo en esa insistencia con que los trovadores se ocupan de las cosas de Castilla, haciéndolas objeto de sus *serventesios* políticos?

¿Son, en buena crítica, valederos y positivos para reconocerles influencia, todos esos testimonios vivos que sobre el asunto de que se trata se encuentran en las poesías de los trovadores?

Al ocuparse tanto esa poesía de la política y de las cosas de Castilla, de su pueblo y de sus reyes, de sus júbilos y duelos, de sus victorias y de sus desastres, de su porvenir y de su pasado, de su situación presente y de sus destinos futuros, ¿puede negársele cierta natural y legítima influencia en la literatura castellana?

¿Demuestra algo lo que dice Girardo Riquier en su *Suplicatio* á D. Alfonso respecto á que «en todo tiempo jugaría y saber han hallado en Castilla acogida, estímulo, premio, enmienda y cumplido consejo, más que en corte real ó de otra clase?»

¿Es de atender la circunstancia de haber escrito D. Alfonso en provenzal?

¿Pudo este príncipe tener presentes las formas líricas de los provenzales y catalanes, al cantar en copiosa variedad de metros las alabanzas de la Virgen, como ya sospecha, aunque no se atreve á afirmarlo, el Sr. Amador de los Ríos?

Estas son las preguntas que me dirijo á mí mismo, y no contesto, al terminar este estudio, á grandes rasgos trazado, y donde he reunido en síntesis cuanto sé y me ha sido posible consignar respecto á la poesía provenzal en Castilla y en León. Para completar este trabajo serían indispensables: memorias de aquellos tiempos, que yo no sé que existan; poesías de trovadores hasta hoy desaparecidas, y que hablaban de Castilla, de sus reyes y de su corte; datos y noticias que yo no he puesto bastante diligencia ó sobrado acierto en hallar. Con nuevos descubrimientos, más medios, más cuidado y, sobre todo, más inteligencia, alguno podrá completar un día este pobre trabajo mío, escrito para llenar el objeto, ya indicado, de aportar materiales con que otros construyan.

Y ahora, puesto que de trovadores se habla, permitido me sea terminar, á usanza suya, con el *Envío*, *Endereza* ó *Dedicatoria* con que ellos terminaban sus obras, enviando este pobre estudio á D. Pío Gullón, compañero querido, tan discreto y buen amigo como entendedor profundo en materias literarias, de las que se limita á ser amante platónico cuando sus pocos trabajos son garantía del honroso nombre y digno puesto que en las letras castellanas pudiera conquistar.

DE LA POESÍA PROVENZAL

EN

CATALUÑA Y ARAGÓN.

I.

Los que pretendieran negar el carácter y la influencia que, como políticos, tuvieron y ejercieron los trovadores, acometerían una empresa inútil. Quien se tome el trabajo de leer las biografías que continúo en esta obra, adquirirá acerca de este punto la misma y profunda convicción que hoy tiene el autor de estas líneas, y la que, antes que nadie, tuvo aquel repúblico ilustre, honra de España, D. Gaspar Melchor de Jovellanos, según de sus notas marginales se desprende. Pero no hay necesidad de imponer al lector este sacrificio. Basta para ello leer sólo este capítulo destinado á hablar de la poesía provenzal en Cataluña y en Aragón.

Que había identidad de habla entre Cataluña y el Rosellón por un lado, y las comarcas llamadas provenzales y lemosinas por otro, cosa es que no necesita ya demostrarse. Raza, lengua, costumbres, leyes, ideas, tendencias, usos, de todo había perfecta comunidad entre los países que, á un lado y otro del Pirineo, no se acostumbraron nunca á ver en éste una muralla que pudiese separarles. Los enlaces de familias, que por las memorias escritas se ven ser ya frecuentes á comienzos del siglo XI, vinieron á estrechar más los vínculos y relaciones entre aquellas comarcas, y acabaron de darles sello y carácter las bodas reales efectuadas en 1112 entre D. Ramón Berenguer III, *el*

Grande, conde de Barcelona, y doña Dulce ó Dulcia, heredera del condado oriental de Provenza.

Desde aquel momento no sólo Provenza, sino las comarcas inmediatas y las intermedias quedaron unidas por una nacionalidad de lengua, de costumbres y aún de intereses con el condado de Barcelona, según hace constar el sabio Milá, y á esta época y á este enlace es donde hay que ir á buscar las primeras noticias literarias que, escasas al principio por falta de documentos de aquellos años, comienzan á extenderse y á ser abundantes en tiempo de los primeros sucesores de Ramón Berenguer *el Grande*.

Si á noticias escritas hubiéramos sólo de atenernos, si sólo hubiésemos de juzgar por documentos y nouviésemos motivo fundado para creer que de Cataluña pasó á Castilla la afición á la poesía provenzal, deberíamos confesar que ésta apareció en Castilla antes que en Cataluña.

De la existencia de la poesía provenzal en Castilla como resorte de influencia y de cultura, y también como elemento político, hay un testimonio vivo, según del capítulo anterior se desprende, en los cantos de Marcabré, quien, dice un manuscrito, fué el primer trovador conocido. (*Marcabré fué el primer trovador que antes fué.*)

Esto último no es exacto. Antes que Marcabré florecieron Guillermo de Poitiers y otros; pero bien pudiera ser que el manuscrito se refiriese á ser Marcabré el primer trovador que hubiese venido á España y florecido en ella, y en este caso todo induce á creer que el manuscrito está en lo cierto.

Efectivamente, Marcabré es el primer trovador provenzal que aparece en España, hallándose noticias de él en Castilla antes que en Cataluña.

Durante el reinado del conde de Barcelona, D. Ramón Berenguer IV, que fué desde 1131 á 1162, sólo de tres trovadores provenzales se encuentran huellas en Cataluña, Marcabré, Pedro de Auvernia y Rimbaldo de Orange. Los dos primeros, sin embargo, figuraron principalmente en Castilla, á cuyo rey-emperador Alfonso VII tienen dedicadas varias de sus composiciones.

Marcabrú, que fué para el monarca castellano un verdadero agente político, que con su canto de la *Piscina* intentó levantar el espíritu público, y con su serventesio *Empereaire, per ni mezeis* quiso despertar el patriotismo español, todo en favor de la empresa proyectada para conquistar Almería, sólo ligeramente, y en segundo término, se ocupa de las cosas, intereses y soberanos de Cataluña. Lo propio sucede con las poesías de Pedro de Auvèrnia. Ambos poetas se fijan principalmente en Castilla y en las cosas de este reino, donde hubieron de residir por más ó menos tiempo, protegidos por Alfonso VII, según hemos tenido ocasión de ver en el capítulo anterior.

Los documentos de la época, con su incuestionable autenticidad, vienen á demostrarnos que la protección á la poesía provenzal, y por consiguiente su influencia, fué, por lo que toca á Castilla, si no anterior, coetánea de la de Cataluña. Es más, y debe confesarse, los primeros poetas provenzales que hallamos en España, aparecen en Castilla. Lo que hay es que, excepción hecha de Alfonso X y de un Gonzalo y un Rodrigo ó González y Rodríguez que deben ser continuados como trovadores provenzales, no hallamos ningún otro poeta castellano que escribiese en provenzal, mientras que en Cataluña sucede lo contrario. La diferencia está, pues, en que Cataluña se asimiló é hizo propia la literatura provenzal, mientras que Castilla se limitó á aplaudirla, protegerla, y, todo lo más, imitarla.

Efectivamente, puede muy bien decirse que en Cataluña aparecen los primeros trovadores catalanes al propio tiempo que la poesía provenzal, como si no quisieran dejar á otros el encargo y la misión de darla á conocer y propagarla. Los catalanes no se contentan con proteger á los trovadores y aceptar, repetir, propagar é imitar sus cantos, como hicieron los castellanos, sino que se hacen trovadores ellos mismos. Cataluña admite el impulso provenzal, pero en el acto de admitirlo aparece con literatura propia y característica. No quiere ser reflejo y eco de otra comarca, y, dentro de la literatura provenzal, se la ve desde los primeros momentos con sello, carácter, iniciativa,

forma, escuela y lengua peculiares y propias. Los catalanes aceptan el culto, pero se hacen de él apóstoles y sacerdotes.

En tiempo de Ramón Berenguer IV, cuando aún no habían sonado en Cataluña más nombres de poetas provenzales que los de Marcabré, Pedro de Auvernia y Rimbaldo de Orange—y estos dos últimos sólo muy ligeramente,—aparece ya en Cataluña como primer trovador, sin decir que antes no hubiesen existido otros que nos son desconocidos, Berenguer de Palasol, hijo de ese país llamado Rosellón, que fué siempre catalán, que aún hoy conserva nuestra historia, nuestra lengua, nuestras tradiciones, nuestros usos y costumbres, nuestros apellidos en sus familias y nuestros nombres en sus ríos, valles, montañas, pueblos y ciudades, y en el cual, sin embargo, hoy somos extranjeros los hijos de sus padres.

Nace, pues, en Cataluña ó llega á ella la poesía provenzal, y engendra inmediatamente poetas, en vez de contentarse sólo con despertar adhesiones y simpatías, como en otros países sucede.

No es el rey Alfonso, I de Cataluña y II de Aragón, el primer trovador español conocido, como se ha dicho generalmente y se cree; el primero es Berenguer de Palasol, que vivió en los últimos tiempos de Gaufrido III de Rosellón (1113 á 1163), y por consiguiente en la época de Ramón Berenguer de Barcelona el IV, padre de D. Alfonso.

Berenguer de Palasol, y quizá Pons de Ortafá—á quien me arriesgo á citar como contemporáneo del primero,—comienzan á mediados del siglo XII la época de los trovadores catalanes, con la particularidad de que no aparecen vacilantes, tímidos, como imitadores, sino dueños de sí mismos, en plena posesión del arte, como maestros. En la lira de estos dos poetas no existe la cuerda política. Por lo menos, las poesías que de entrambos han llegado hasta nosotros pertenecen todas al género galante, pero lejos de ser poesías que revelan la inexperiencia de los primeros pasos, se distinguen al contrario por su robustez y

virilidad, por el perfecto conocimiento de una lengua ya formada, por su dulzura y espontaneidad.

Una sencilla muestra bastará para probarlo.

Dice Berenguer de Palasol, dirigiéndose á una dama y cantándola amores:

Dona, si totz temps vivia,
tutz temps vos seria aclis.
Estranhamen ni abelis,
que' us am qualque dans m' en sia.

Y dice Pons de Ortafá, contando sus cuitas de amor:

¡Si n' ai perdut mon saber
qu' a penas sai on m' estau!
Ni sai d' on ven ni d' on vau,
ni que'm fag lo jorn ni'l ser,
e soi d' aital captenensa
que no vellh ni posc dormir,
ni'm plau viure ni morir,
ni mal ni be no'm agensa.

II.

Subió al trono en 1162 D. Alfonso I de Cataluña y II de Aragón, que reinó hasta 1196, y con él llegaron el esplendor y la edad de oro de la poesía provenzal. D. Alfonso no se contentó con ser protector de los poetas, sino que, poeta él mismo, pulsó la lira para cantar amores á las damas, y *tensionar* con los trovadores. Las crónicas literarias le llaman Alfonso *el que trovó* (*aquell que trobet*).

Sus principales composiciones se han perdido. No existen de él más que una *tensión* con Giraldo de Borneil, otra con un trovador, francés al parecer, llamado Andreu, y una canción de amores que se supone dirigida á Adelaida, condesa de Burlatz y vizcondesa de Beziers, y que se continúa en el artículo relativo á este monarca.

En torno de este príncipe se halla una verdadera corte de trovadores provenzales y catalanes, por él protegidos los más, sus amigos y privados, rival suyo en amores al-

guno y alguno también, como Beltrán de Born, su enemigo implacable.

Aun cuando la historia haya dado á D. Alfonso el renombre de *Casto*, no parece sin embargo que se distinguió mucho por esta cualidad, rigurosamente aplicada. Sus luchas en el que hoy es Mediodía de Francia, sus intereses en Provenza, su protección al conde de este nombre, hermano suyo, sus alianzas, pactos, concordias ó enemistades con los señores provenzales, su constante vida de actividad y movimiento, en fin, hiciéronle residir largas temporadas en aquel país, y terciar en sus asuntos políticos, á veces más de lo que quería y otras menos de lo que debía, sucediendo con esto que, trovador y galante, no siempre hubo de ser fiel á las virtudes que parecen propias del renombre con el cual ha pasado á la posteridad.

Por las biografías de los trovadores y por las crónicas galantes de aquel tiempo se sabe que el monarca aragonés, como el último de los mortales, languidecía de amores á los piés de Adelaida, esposa de Roger, vizconde de Beziers, é hija de Ramón de Tolosa, llamada la condesa de Burlatz por haber nacido en este castillo. Adelaida tenía corte en sus dominios, cautivaba con su belleza, atraía con su protección, embelesaba con sus gracias, y reyes, barones, caballeros, trovadores y juglares acudían á disfrutar de la suntuosa hospitalidad, de las fiestas espléndidas y de la cortesía y atractivos con que á todos brindaba en su opulenta residencia la vizcondesa de Beziers.

Cuentan las crónicas que Arnaldo de Marveil, dulce y sentido trovador, estaba tranquilamente en plena posesión de los amores de Adelaida, cuando se presentó á turbarle en ella el rey D. Alfonso de Aragón. El poeta fué sacrificado al monarca. Desterrado Arnaldo del castillo de Beziers y de la presencia de su dama, hubo de retirarse á Montpellier á cantar el recuerdo de sus amores en tiernas y melancólicas endechas, mientras que Adelaida, por los cantos de su nuevo y real amante, olvidaba los de su antiguo y siempre fiel amador.

Pero si en esta ocasión pudo obtener un triunfo com-

pleto sobre el pobre poeta su coronado rival, no así en otra ocasión y con otra dama, donde, á su vez, el rey fué sacrificado al trovador.

Era Matilde de Montainac una de las damas más hermosas y gentiles de aquella época, y era requerida de amores por el trovador Beltrán de Born á tiempo que se vió solicitada por el monarca aragonés, cautivo de su belleza y esclavo de sus gracias. Al revés de Adelaida de Beziers, Matilde de Montaignac permaneció fiel á los lazos del poeta, y el rey fué desdeñado; pero jamás pudo el vengativo Beltrán perdonar á D. Alfonso su tentativa de merodeo en el campo de sus amores.

El príncipe y el poeta se habían visto unidos antes por estrecha amistad. D. Alfonso era entusiasta del trovador, y siempre le ensalzaba diciendo que «el serventesio de Beltrán de Born merecía casarse con la canción de Giraldo de Borneil;» pero, desde que Matilde de Montaignac se interpuso entre ellos, lo que antes era amistad y cariño, fué odio y saña. Nada más sangriento ni feroz que los *serventesios* que desde aquel día en adelante escribió Beltrán de Born contra el monarca aragonés. El odio del poeta rebosaba en cada verso y en cada frase, y á ningún rey ni á ningún hombre se ha dicho jamás, ni en prosa ni en verso, lo que Beltrán de Born se atrevió á decir á D. Alfonso y de D. Alfonso en sus terribles *serventesios*, tanto más terribles, cuanto que, por el superior é indisputable mérito que les realza, han cruzado los siglos, han llegado hasta nosotros, viven aún, y seguirán viviendo.

El *serventesio*, ó sea la poesía política de los trovadores brilló, por lo demás, con todo su esplendor en la época de D. Alfonso. Pudieron ser los primeros en este género los de Beltrán de Born, y ninguno le eclipsó, pero no fueron los únicos. Excepto aquellos dirigidos particularmente á D. Alfonso, en que apuró contra él los dicterios y la sátira, los demás *serventesios* de Beltrán de Born se refieren á los sucesos y acontecimientos de Provenza; pero era superior este poeta, y su género debía formar escuela.

Por lo que á Cataluña toca, la formó. Son varios, y de

distintos autores, los *serventesios* de aquella época que han llegado hasta nosotros sobre cosas de Cataluña y Aragón, y sobre asuntos de estos reinos y de su rey. Si bien se examina, y con cuidado, casi pudiera seguirse toda la política del reinado de D. Alfonso en los *serventesios* de los trovadores correspondientes á su tiempo.

Guillermo de Bergadá, el trovador catalán á quien tantos puntos se halla de contacto con Beltrán de Born, siéndole sin embargo muy inferior en mérito, tiene varias poesías en que se ocupa de D. Alfonso.

En una le pide que le haga justicia y le saque de prisión, á que parece se vió reducido por ciertas fechorías en que pudo andar mezclada la política; en otra le denuesta, como Beltrán de Born, contando el caso de D. Alfonso y de los judíos; en otra le invectiva por tratar mal á la vizcondesa de Cabrera y desatender sus derechos, en apoyo de cuya causa pide favor al rey de Castilla y al conde de Tolosa contra el monarca aragonés. Los demás cantos y *serventesios* de este poeta dirigidos al rey de Castilla, al marqués de Mataplana, al obispo de Urgel y á otros, son también documentos de valor histórico que pueden dar luz sobre cosas de aquellos tiempos.

Rimbaldo de Vaqueiras se ocupa de D. Alfonso en dos *serventesios* y de la política que seguía con la casa de Bauccio, la de Tolosa y otros barones de Provenza. Las poesías de Rimbaldo de Vaqueiras podrán hoy ser oscuras para quien las lea, por falta de noticias y poco conocimiento de la época aquella, pero son documentos esencialmente políticos en que son juzgadas con alto criterio, y sin la pasión de Beltrán de Born ó de Guillermo de Bergadá, la conducta y la política del rey de Aragón.

Marcabré aplaude la mediación de D. Alfonso en las cosas de Provenza, desea que mantenga lo adquirido en aquella comarca, y le da reglas y consejos para su conducta futura; Guillermo Rainol compone varios *serventesios* basados en los hechos y sucesos que ocurrían entre el rey de Aragón y el conde de Tolosa; Giraldo de Luc ataca duramente á D. Alfonso por sus complacencias con los ára-

bes y le condena por su impasibilidad ante las conquistas de aquéllos; Arnaldo de Marveil alude visiblemente á los sucesos que obligaron á D. Alfonso á intervenir en Beziers, cuando fueron pasados á degüello sus habitantes por las huestes aragonesas; Pons de Capdeuil quiere hacerle tomar parte en la cruzada; Giraldo de Borneil, Hugo Brunet, Hugo de San Cyr, Ramón de Miraval, Pedro Roger de Auvernia y el Monje de Montaudon le dirigen elogios, le loan, le defienden contra los ataques de otros trovadores, y encomian, al par que sus cualidades, su conducta y su política; y por fin Pedro Vidal escribe de él en varias de sus composiciones y le elogia ó le censura, le juzga ó le aconseja, según las circunstancias lo exigían y según los sucesos ó la opinión pública inspiraban al trovador. Así le vemos, unas veces, quejarse de D. Alfonso por su poca generosidad hacia la dama de Cabrera, cuyos derechos desatiende, humillando de este modo á los barones; otras, incitándole á no ceder á las pretensiones del conde de Tolosa y á llevar contra él sus armas; lamentarse en una poesía de que abandone las cosas é intereses de Provenza, diciéndole que todo lo pierde con su larga permanencia en España; aconsejarle en otra que se una á los demás reyes españoles para combatir á todo trance á los africanos; y, finalmente, amonestarle para que haga brillar en su corte la justicia, la cortesía, la nobleza de sentimientos, la prez y la rectitud.

Al lado de esos poetas provenzales, se ve también en torno del soberano aragonés una corte de poetas catalanes, pero con la particularidad de que, exceptuando á dos de ellos, Guillermo de Bergadá y Giraldo de Luc, los demás no se ocupan de las cosas políticas, y sus cantos se dedican á otros objetos más de acuerdo con las afecciones del alma ó con los goces del ingenio. Así, por ejemplo, todo lo que se sabe de Ramón Bistors de Rosellón y de Fromit de Perpiñán, es que cantaron á sus damas; de Guillermo de Cabestany, que escribía dulcísimas poesías de amores, una de las cuales, su *Dous cossire*, se supone que le valió la muerte á manos de un marido celoso, que repro-

dujo así con esta ocasión el suceso bárbaro del señor de Coucy; de Mola, que tensionó con Ramón Guillem sobre asuntos poco honestos; de Guillermo de Rivas y de Arnaldo Sabata, que eran juglares, aún cuando se cuenta que compusieron poesías; de Bernaldo Vidal, que escribió composiciones religiosas, y de Giraldo de Cabrera, que compuso aquella su célebre poesía instructiva, dirigida á su juglar Cabra.

Sólo de un trovador catalán, Pons Barba, se halla una poesía que se refiera á cosas públicas de la corte real.

El poeta cree que faltaría á su deber y dejaría de escribir un *serventesio* leal, si callara la verdad sobre los males que ve, y no advirtiera á los encargados de remediarlos. Así, pues, no vacila en decir que todo está revuelto en la corte de D. Alfonso, que no siguen en ella las prácticas antiguas, y que los malos triunfan y son atendidos, mientras que los buenos sucumben y son olvidados. Pons Barba da sobre esto excelentes consejos á D. Alfonso, á quien se dirige como caudillo de los trovadores:

Reis d' Aragó, tornem à vos,
car vos etz cap de pretz e de nos.

También Ramón de Miraval, en una composición que parece dedicada á la vizcondesa Adelaida de Beziere, y en la que da consejos á un juglar llamado Bayona, habla extensamente de la corte de D. Alfonso, deduciéndose que era aquélla un verdadero centro literario, de prez, de cortesía, de inteligencia, de amor y protección á los trovadores y á las letras provenzales.

En su *Viaje literario* á las iglesias de España, el celoso y erudito individuo de la Academia de la Historia D. Jaime Villanueva copia algunos documentos lemosines y alguna poesía en esta lengua, que halló en los archivos por él visitados durante su laboriosa é importantísima excursión. Prueba son estos documentos de lo formada que se hallaba ya y completa nuestra lengua catalana á últimos del siglo XII.

A este siglo y á la época de D. Alfonso pertenecen, sin

duda alguna, unas lamentaciones de la Virgen (*Planctus Sanctæ Mariæ*) que Villanueva copió de un códice existente en el archivo de la iglesia de Ager:

Auyatz, senyors, qui credets Deu lo payre,
 auyatz, si us plau, de Jeshú lo salvayre,
 per nos pres mort, et no lo preset gayre,
 sus en la creu on lo preiget lo layre
 e fach mercé aixi con o det faire.

¡Oy bells fils cars,
 molt m' es lo jorn dolorós é amars!
 Auyitz, barons, qui passatz per la via,
 si es dolors tan gran com es la mia
 del meu car fils que Deus donat m' avia,
 que 'l vey morir á mort tan descausida.
 Mort ¿com no 'm prens? Volentera moria.

¡Oy bells fils cars,
 molt m' es lo jorn dolorós é amars!
 m' apelavan Maria;
 or me scamiats mos noms, lasa, esmarida,
 que mariment n' aurai mays cascan dia
 del meu fils cars mon conort que 'n avia.
 ¡Jueus l' an pres sens tort que no 'ls tenia:
 la un lo bat e l' altre vey que 'l lia.

¡Oy bells fils cars,
 molt m' es lo jorn dolorós e amars! 1

En el mismo códice de la Colegiata de Ager halló Villanueva una paráfrasis en verso y lengua catalana de la epístola latina del protomártir San Esteban. La versión catalana era la que se cantaba en las iglesias de Cataluña durante la misa popular ó matinal del día consagrado á aquel santo.

AQUEST ES LO PLANT DE SENT ESTEVE.

Está lissó que legirem
 dels faits dels Apóstols la treurem:
 lo dit Sent Luch recomptarem:
 de Sent Esteve parlarem.

En ayceh temps que Deus fo nat,
 e fo de mort resussitat,
 e pus al cel se 'n fo pujat,
 Sent Esteve fo lapidat.

Auyatz, senyors, par qual razó
 lo lapidaren li feló,

car virón que Deus en el fo,
e feu miracles per son do i.

Acaso esta composición no es tan antigua como la anterior, y podría tal vez pertenecer al siglo XIII, de cuya época era el códice consultado por Villanueva.

Al mismo siglo XIII, mejor que al XIV como se supone, y como yo mismo dije erradamente en alguna parte, pertenece aquel canto dulcísimo llamado *Bivolay de Montserrat*, que se cantaba en la iglesia del célebre monasterio catalán, y cuya primera noticia se debe también al propio Villanueva ²:

BIROLAY DE MADONNA SANCTA MARIA.

Rosa plascent, soleyl de resplendor,
stela luscent, joyelh de sante amor,
topacís cast diamant de vigor,
rubís melhor, carboncle relusent:
lir transcendent, sobre tot' altre flor,
alba jausent, claretat sens foscó,
en tot contrast ausits li pecador,
á gran maror est port de salvament.

Ayglia capdal, volant pus altament,
cambre reyál del gran Omnipotent,
parfaytament auyatz mon devot chant,
per tots priant siatsnos defendent:
sacrat portal del Temple permanent,
dot virginal, virtut sobressellent,
qu' el occident que 'ns va tots jorns gaitant
no puxe tant que 'ns fasse vos absent.

III.

Finalizaba el siglo XII cuando D. Pedro, que se ha llamado *el Católico*, y mejor debiera llamarse *el de Muret*, sucedió á su padre D. Alfonso en el trono de Cataluña y Aragón. Fué poeta como su padre, y hay que continuarle en la lista de los trovadores, pero han desaparecido sus poesías y

¹ *Viaje literario de Villanueva*, tomo VI.

² *Viaje literario*, tomo VII, pág. 152.

sólo queda de él, incompleta é incorrecta, una *tensión* con Giraldo de Borneil de que me ocupo en otro lugar.

D. Pedro protegió hidalgamente á los trovadores, continuando la que era ya tradición de su casa, y fué la suya una corte literaria como la de D. Alfonso. No es, pues, de extrañar que se le cite y se le encomie en muchas poesías de aquel tiempo.

De los primeros años de su reinado data una obra, que es una verdadera joya de la literatura provenzal, el romance ó el poema de Jofre ó Godofredo, el *Román de Jaufre*. El anónimo autor de este poema, publicado por Raynouard ¹, se hallaba en la corte de D. Pedro y en ella debió escribir su obra, nacida, por lo que parece, al calor de la protección del monarca aragonés. Así se deduce del introito, donde el autor, provenzal ó catalán, aunque parece lo primero, después de ocuparse del argumento, dice que cuanto va á contar lo oyó referir en la corte del rey más honrado que hubo jamás de ley alguna.

«Y éste, añade, es el rey de Aragón, padre de prez é hijo de hidalguía, señor de buena ventura, humilde y de leal linaje, que ama á Dios y le teme y le cree, y mantiene lealtad y fé, paz y justicia, por lo cual Dios le ama, que así hace con los suyos, pues él es su novel caballero y su campeón contra sus enemigos. Ya desde el principio no le halló Dios ningun defecto, pues que en la primera batalla por él dada venció á los que menosprecian á Dios, y es por esto que Dios le ha honrado elevándole sobre todos en valor, en prez, en rectitud de juicio, en noble corazón y en ardimiento. Nunca en tan joven monarca se reunieron tan altas prendas, pues que regala espléndidamente, y de buena voluntad, á juglares y á caballeros: así es que acuden á su corte todos cuantos gozan de alto prestigio á los que por más valientes son tenidos. El que rimó esta canción oyó contar en su presencia el argumento á un paladín forastero pariente de Artus y de Galván, á propósito de una aventura sucedida en la corte del rey Artus.»

1. *Lexique roman*, tomo 1.—El poema es de dos autores.

.
 Más contar tot plan ho auzi
 en la cort del plus honest rei
 qu' anc fos de nenguna lei:
 aço es lo rei d' Aragón,
 paire de pretz e filhs de don,
 e seinher de bon' aventura,
 humils e de leial natura,
 qu' el ama Deus e tem e cre
 e manté lealtat e fe,
 patz e justícia; perque Deus
 l' ama, car si ten ab los sieus,
 qu' el es sos novels cavaliers,
 e de sos enemics guerriers.

Será siempre una gloria para el rey D. Pedro la de que á su protección deban las letras provenzales el *Román de Faufre*.

Los elogios que uno de los dos autores de este poema tributa á D. Pedro, son repetidos por otros trovadores provenzales.

Pedro Vidal le llama el grano nacido de buena espiga, y dice que catalanes y aragoneses deben estar orgullosos de tener un señor honrado, valiente, franco, leal, entendido, modesto, hidalgo y cortés.

Aimeric de Peguillhá, que debió vivir en la intimidad del monarca, y á quien éste parece que confió delicadas misiones políticas, le ensalza en varias de sus composiciones y le presenta como modelo de caballerosidad, valor, inteligencia y gentileza.

Giraldo de Borneil, el maestro de los trovadores, al darle gracias por los elogios que dispensa á sus canciones, se muestra embelesado de vivir en su corte y hace regalos al rey, que éste acepta.

Giraldo de Calansó le llama protector de la juglaría, y encuentra que sería tan imposible contar sus virtudes como las estrellas del cielo.

Guillermo Magret, Guido de Uizel, Savarico de Mauleó, Hugo de San Cyr, Azemar *el Negro*, Ramón de Miraval, Ramón Vidal de Besalú y Hugo de Mataplana, trovado-

res catalanes estos dos últimos, fueron ornamento de su corte, gozaron de su protección ó favores, intervinieron en las cosas públicas de su reino, y le sirvieron lealmente ó le encomiaron sin lisonja. También gozó de la privanza de D. Pedro, recibiendo sus favores, y fué por él hidalgamente protegido y aventajado, aquel trovador llamado Perdigó que luego debía faltarle, abandonar su causa para abrazar la de sus enemigos, ser su adversario tan intransigente como fuera antes su amigo entusiasta, y llegar hasta el extremo de insultar su cadáver y dar gracias á Dios por su muerte el día que el caballeroso monarca aragonés sucumbió como bueno á la vista de Muret. Pero esta es la ley de la humanidad; que nadie ganó nunca en celo á los traidores, como nadie avanza más que el ingrato, ni hubo nunca saña como la del ofensor.

Al llegar para D. Pedro de Aragón aquellos momentos difíciles, de que tantas veces se deberá hablar en esta obra, cuando le fué preciso decidirse y estar con el papa ó contra el papa, con ó contra la nacionalidad provenzal; al llegar aquellos momentos supremos de indecisión y de duda, en que la Iglesia y la Francia intentaban hurtarle á los deberes que le imponían su honor y su conciencia, su familia y los altos intereses de su país; cuando la casa de Tolosa, la liga de los barones provenzales, el pueblo, la patria, su historia misma y también el progreso de la humanidad, todo dependía de él, fijando todos en él sus miradas y esperanzas; al llegar aquellos momentos, fué cuando se levantaron casi unánimes la voz y el canto de los trovadores para saludarle como el porvenir de la patria oprimida, y para señalarle el único camino abierto á su honra, á su dignidad y á su gloria.

Hubo algunos como Folquet de Marsella, ya entonces obispo; como Perdigó, ya entonces traidor; como Hugo de San Cyr, güelfo de origen, que le incitaron á combatir la que era causa de su patria y de sus padres, empujándole del lado de la Iglesia y de la Francia, tiranos y opresores de Provenza; pero mejor sonaron á oídos de D. Pedro, y más gratas le fueron, las voces de aquellos nobles é inde-

pendientes trovadores que hallaban eco en su corazón al hablarle de la Provenza amenazada y próxima á desaparecer, de la patria oprimida y cautiva, de una nacionalidad que en él cifraba sus esperanzas, de una civilización de luz y de progreso cuyos destinos podían estar en su mano, del honor, de la gloria, de la virtud, del valor, de todo lo que puede ser móvil para un alma generosa y grande.

Así le decía Ramón de Miraval, que víctima luego de la persecución sanguinaria de los vencedores, debía ir á buscar un hospitalario refugio y un sepulcro desconocido en la ciudad de Lérida.

«Canción, ve á saludar en mi nombre al rey de Aragón, que á todos domina en honra y prez, y dile que es nuestra sola esperanza, é incítale á recobrar Montagut y Carcasona, con lo cual hará que sus armas sean temidas, aquí de los franceses y allá de los musulmanes.»

Así le decía Beltrán de Born el hijo, trovador como su padre y como él inquieto y turbulento:

«No creo que los franceses consigan lo que desean, arrancando injustamente sus bienes y haciendas á nobles barones; pero maravillome en gran manera de que el señor de los aragoneses no se haya ya decidido á combatirles, montando á caballo y embrazando escudo y lanza.»

Así le decía Aimeric de Peguilhá, uno de los más briosos líricos que tuvo Provenza:

«Canción, vete á Aragón, al buen rey, hijo de buen padre, que resplandece y descuella sobre los demás reyes, y cuéntale que los franceses invaden lo que debe ser suyo, y que el momento ha llegado de que retumben los cuernos y las trompas, de que resuenen las armas y de que se desplieguen por los campos insignias y banderas.»

Así le decía también Pedro de Bergerac, que ya en tiempos le dirigiera otro serventesio cuando D. Pedro andaba mal avenido con los ciudadanos de Montpellier:

«Ningún ruido es más agradable que el que produce la armadura al chocar con el arzón, ni hay son más dulce que el de las trompas guerreras, el retintín de las sonajas, el

vocear de los infantes, el galopar de los caballos, los gritos y el estrépito de la batalla.—Vamos á ver por todas partes armaduras, yelmos y blasones, caballos, lanzas y espadas, y al buen rey de Aragón guiando á los suyos, dar y recibir fuertes golpes.»

Así le decía Guillermo Magret, aludiendo visiblemente al peligro que corría Provenza de ser dominada por los franceses:

«¡Oh justo rey coronado, vos que estáis tan alto, acordaos de nosotros los que estamos aquí abajo!»

Así decía Hugo de Mataplana, destinado á morir junto al monarca en la batalla de Muret, y que, como si tuviera un vago presentimiento, hablaba de esta manera á una golondrina, encargándole un mensaje de amor para su dama:

«Seguiré la suerte del rey, golondrina, y le acompañaré á Tolosa. Las orillas del Garona me han de ver pelear como bueno, tendiendo sobre la yerba á cuantos se me pongan delante.»

Así, por fin, se expresaba Azemar el Negro en un notable *serventesio* que dirigía al rey por el conducto de un juglar:

«Juglar, dile al noble monarca aragonés, que lleva ya su paciencia á tal grado, que se considera como mengua. Los franceses dominan há mucho tiempo su tierra sin oposición, y ya que tanto ha conquistado por allá, debiera acordarse de lo de acá. Puedes decirle, juglar, que triplicará su valía si le vemos en el Carcasés coger su censo á guisa de buen rey...»

«Hora es ya, señor, de que concluyan los menguados rumores que acerca de vos hacen cundir los malos franceses, á quienes Dios maldiga. Hora es ya de que reprimáis su audacia, y puesto que sois tan pundonoroso, no es preciso que hable más claro. Entonces será cuando vuelva á brotar la nobleza que está decayendo entre nosotros hasta tal punto, que no sé cómo pueda hallar remedio.»

Así hablaban estos y otros trovadores, y así se dirigían al rey con notables *serventesios*, que bien pudieron ser espuela á los altos propósitos del monarca aragonés.

Decidióse, por fin, D. Pedro; abrazó la causa de la nacionalidad provenzal, única que dignamente podía abrazar, y sabido es de qué desastrosa manera acabó su vida en los campos de Muret aquel noble y caballeroso príncipe que, á retardar algo más la muerte su implacable saña, hubiera de seguro cambiado los destinos de Provenza y los de Aragón con ellos.

Huyendo entonces la persecución de los franceses, de la Iglesia y de la Inquisición, sobre todo, muchos trovadores provenzales fueron á refugiarse en Cataluña, y al fijar en ella su residencia, hubieron de contribuir poderosamente con sus obras, consejos y ejemplo, al buen gusto, á la cultura y á la ilustración que vinieron á dar un carácter propio y especial á la literatura catalana, llegada con el hijo de D. Pedro á uno de sus periodos de mayor esplendidez.

IV.

D. Jaime, á quien tan merecidamente se ha dado el nombre de *Conquistador*, no puede figurar en el número de los trovadores, como alguno ha supuesto, pues de él no existe poesía alguna ni se sabe que la haya escrito; pero en cambio fué un consumado literato, un excelente historiador, un cronista elegante y culto, que hizo del catalán lo que el Dante debía hacer más tarde del italiano: una lengua literaria. Durante su largo reinado que, contando con su minoría, abraza de 1213 á 1276, las letras catalanas, por él asiduamente cultivadas, llegaron á un grado sumo de perfección, y la poesía provenzal fué con el mayor interés protegida.

Si á la muerte de su padre no se hubiese hallado Don Jaime en tan corta edad; si al empuñar, bien joven todavía, el cetro de la monarquía aragonesa, no le hubiesen reclamado las discordias intestinas de su reino, dándose lugar con esto á que comenzaran á tomar un carácter definitivo y de hecho consumado las cosas de Provenza,

acaso el hijo del vencido de Muret hubiese continuado la política de su padre, y rumbos distintos hubieran podido entonces responder á distintas miras.

Pero no hubo de ser así: los asuntos de Provenza fueron descuidados ó tenidos en poco por D. Jaime, que á otras empresas se consagraba y á otra política obedecía, sin que movieran su ánimo los cantos de los trovadores, algunos de los cuales hubieron de tratarle duramente por esta causa.

El carácter político de los trovadores; su ingerencia en los asuntos políticos del reino; su presión en la marcha política como representantes de la opinión y de la prensa, según hoy diríamos, se dibujan más claramente que en otro alguno en el reinado de D. Jaime.

Beltran de Born el hijo, como un periodista de hoy pudiera escribir en circunstancias determinadas un violento artículo de fondo sobre un asunto palpitante, se expresa así en uno de sus cantos, durante la menor edad de Don Jaime:

«Las grandes injusticias que veo me obligan á volver á mi usanza antigua, y si mi canto es duro, no será mía ciertamente la culpa. Decidme, pues, ineptos catalanes; ¿dónde están vuestra honra y vuestra prez? En oprobio vivís y viviréis hasta decidiros á vengar la muerte del buen rey que os mantenía honrados y cuya pérdida os limitáis á llorar, mientras que el matador vive tranquilamente cerca de vosotros. Cualquiera que esto sepa no podrá menos de vituperar vuestra conducta. Aragoneses, no os enojéis por lo que digo, que más he de decir todavía. Bueno es que sepáis cuán grande pérdida fué la de vuestro rey y cuánto os deshonra el comportamiento que seguís.»

Tomiers y Palazis, á quienes hay que citar juntos, pues las obras del uno se confunden con las del otro, siendo los dos de Tarascón y del mismo tiempo, autores entrambos de *serventesios* políticos tan sólo, y entrambos también cantores entusiastas de la resistencia del Mediodía, debieron encaminar varias de sus poesías, no todas llegadas hasta nosotros, á mover el espíritu público de Aragón y Catalu-

ña y á levantar estos reinos en armas contra los franceses. Así se deduce de lo que expresamente dicen los manuscritos provenzales aludiendo á los *serventesios* que escribían aquellos autores, al parecer muy populares; así se deduce de lo que dice uno de ellos, Palazis ó Tomiers, en una de las pocas poesías que les han sobrevivido:

«Vanos han sido mis esfuerzos y mis *serventesios* con los aragoneses y catalanes, y el joven rey no halla quien le asista.»

De estas palabras pudiera tal vez deducirse que el joven D. Jaime no estaba quizá muy lejos de inclinarse á la política de su padre.

Beltrán de Rovenhac escribió durísimos *serventesios* contra D. Jaime. En uno, el que comienza *Ja no vuellh do ni esmenda*, dice, aunque con marcada injusticia:

«Al rey de Aragón le cuadra perfectamente su nombre de Jaime (*Jaime*, es decir *me jac*, me echo), porque le agrada mucho el descanso, y mientras aquí le despojan de su tierra, es él tan débil y desmayado que ni siquiera se opone, vengándose allí contra los sarracenos felones de la deshonra y del oprobio que por aquí recibe en el Lemosin. Hasta que vengue á su padre no reconoceré su valía, ni le diré cosa alguna que pueda agradarle mientras que no encienda el fuego y comience la batalla. Sólo llegará á ser hombre de prez cuando recobre lo que le han robado y quieren heredar los franceses.»

En otro, el que comienza: *D' un sirventés m' es gran voluntat preza*, invectiva á los reyes de Inglaterra y de Aragón, al primero porque pierde la Normandía, al segundo porque mira con descuido las cosas de Provenza, porque deja que le arrebaten sus tierras, porque ve impasible cómo los ciudadanos de Montpellier le niegan el tributo, porque no influye con su política en los asuntos del país donde nació (D. Jaime era hijo de Montpellier), y porque, en fin, de todo esto le resulta oprobio y deshonor.

En otro, por último, ocupándose de las contiendas civiles de Cataluña, durante los comienzos del reinado de D. Jaime, censura la conducta de éste y dice que si los

catalanes no se quejan de sus agravios «serán tenidos por vanos y cobardes y por más sufridos que un ermitaño.» En este *serventesio*, que es el que empieza *Belh m' es quan vey pels vergiers e pels pratz*, se lee esta durísima estrofa para D. Jaime:

Treguas trencar escien está lag
e quant a fe no s' emenda 'l forfag;
per que l' enfant a fag un sol assag,
qu' ab un mal sag qu' als Catalàs a fag,
e dígon tug qu' om de selhs treguas gag,
e qu' el son cors y fo mes en fol plag;
qu' a filh de rey està mal trazag,
quant ampara nulh offici de sag.

Es decir: «Romper treguas á sabiendas es cosa menguada, y lo es mucho más cuando de buena fe no se enmienda la fechoría, por lo cual el príncipe fracasará en sus empresas. Mala sangre crían con esto los catalanes, pues todos dicen que es (el príncipe ó el infante, es decir, D. Jaime) de los que se aprovechan de las treguas, pero que en mal pleito se ha metido; que á hijo de rey le sienta mal el usurpar el oficio de sayón.»

Tan violento como Beltrán de Rovénhac, estuvo con D. Jaime el trovador Bonifacio de Castellane, noble y turbulento barón de Provenza, de quien se cuenta que componía tan furibundos *serventesios*, que todos terminaban con el estribillo: «*Bocca, qu' as dich? Boca, ¿qué dijiste?*» Bonifacio de Castellane, organizador y jefe de la insurrección de Marsella contra el dominio francés, y que debía pagar con su muerte en un patíbulo su proyecto de querer la Provenza para los provenzales, acrimina al rey de Aragón y le acusa de débil por no atreverse á vengar la muerte de su padre, diciéndole que su oprobio será permanente mientras la venganza no esté satisfecha.

Guillermo de Montagnagout, el político de altas miras, el que consagró su vida á la libertad de Provenza, el que en sus notables *serventesios* decía de ésta que debía trocar su nombre de *Provenza* en *Fallenza*, puesto que cobardemente aceptaba un yugo extranjero, se dirige en levantados versos al rey D. Jaime y le dice que la memoria de su

padre, la honra de su casa, la tradición de su familia, el porvenir de su dinastía, los intereses políticos de su nación le llaman á combatir á los franceses hasta arrojarlos del país.

Sordel el mantuano, el excéntrico repartidor del corazón de Blacás, dirigiéndose también á D. Jaime, dice:

«Quiero que el rey de Aragón coma asimismo un pedazo de corazón de Blacás, para ver si esto le alienta y le alivia del oprobio que aquí sufre con motivo de Marsella y de Aymillan, pues de otro modo nada de lo que diga ó haga es bastante á honrarle.»

Sería prolongar demasiado este capítulo (cuando, por lo demás, todo ha de verse demostrado en el curso de esta obra), si hubieran de citarse uno á uno todos los poetas de aquella época que, en torno de D. Jaime, con marcada idea y plena intención política le dirigían consejos, le trazaban línea de conducta, le mostraban un camino, le pedían su apoyo en favor de una nacionalidad oprimida, le señalaban vastos horizontes para su porvenir, destinos nuevos para su patria, glorias duraderas para su nombre y dinastía.

Pudo haber entre toda aquella brillante pléyade de trovadores provenzales y catalanes que vemos agitarse alrededor de D. Jaime, algunos que sólo cantaron el amor, la gentileza y las prendas personales del monarca, pero fueron los ménos, ya que la mayoría pareció obedecer á más encumbradas ideas y propósitos más señalados.

Aun en aquellos primeros, en aquellos pocos que de cosas más pasajeras trataron y en loa del rey D. Jaime hicieron resonar sus cantos ó sus enderezas, no se ve nada que trascienda á vulgar, servil ó personal adulación. En sus poesías hay algo de singular, moral y encarecido, que obedece al espíritu patriótico é independiente de los trovadores, y que se refleja hasta en las obras ligeras de aquellos mismos que, más apartados de las cosas públicas y más indiferentes á ellas, se ocupaban sólo de gentiles controversias y galantes entretenimientos. No parece sino que, en aquella época, y en aquella atmósfera, corrientes

secretas é invisibles eran portadoras de efluvios extraños á cuya acción obedecían, sin ni siquiera darse cuenta, todos aquellos que tenían un sitio señalado en la historia de las letras y de la inteligencia humana.

Guillermo Aneliers, de Tolosa, alaba al joven rey de Aragón, pero espera de él que sea «confirmador de la merced y del derecho, y destructor de la maldad y del engaño.» Elías Cairel encomia mucho «su prez y su justicia.» Arnaldo Plagués desea que obre siempre «conforme exigen la prez y la honra.» Aimeric de Belenoi envía gentiles saludos á la preciada reina aragonesa, y por lo tocante á Don Jaime, desea «verle aprestar sus armas para corresponder á sus obras y á lo que de él se espera.» Guillermo de Cervera y Olivier el Templario le invitan á tomar parte en la cruzada para rescatar el Santo Sepulcro, y Serveri de Girona, que alcanzó aún los tiempos de D. Jaime, le celebra por su valor, por su prez y por sus gloriosas empresas.

Apenas existe una poesía de trovador de aquellos tiempos donde, con mayor ó menor claridad, más ó menos directamente, no se aluda á las cosas públicas y no se expresen los deseos de ver intervenir á Aragón en los asuntos de Provenza, que era la única y grande preocupación de los trovadores, como si tuvieran la íntima conciencia de ser aquella la batalla que se libraba entre la libertad y la tiranía. Se halla esto hasta en las enderezas, envíos ó dedicatorias de las mismas canciones de amor.

Quedan ya citados algunos *serventesios* políticos de los trovadores. Pero hay más que esto. Aimeric de Peguilhá y Sicars de Marjevols, en las sentidas lamentaciones que les arrancaba el dolor de su emigración; Ramón de Miraval, en las poesías que escribió, y se han perdido, cuando se hallaba refugiado en Lérida; Guillermo Aneliers, en su invectiva contra la Iglesia como batalladora y la Francia como invasora; Guillermo Figuera, en las cruentas é implacables sátiras contra Roma; Paulet de Marsella, en sus intencionadas *pastorelas* políticas; Pedro Busch, en aquella su poesía que se ha supuesto ser un *serventesio* burlesco con motivo de una ley suntuaria, cuando, en mi sentir, es una

alegoría política; Giraldo Riquier y Guillermo de Mur, en una *tensión* en que debaten asuntos de actualidad; Durán de Paernas, en las composiciones donde expresa sin rebozo que más le valiera á D. Jaime arrebatar sus tierras de las garras del francés, que intentar empresas contra los moros de Valencia; el mismo Nat de Mons, en sus consejos á D. Jaime acerca del peligro que corren los reyes olvidados de seguir el camino del deber; y otros, y otros, pues sería no acabar nunca, todos aluden al monarca aragonés, le recuerdan la muerte no vengada de su padre, le presentan el cuadro de una nacionalidad oprimida y espirante, le incitan á llevar sus armas contra la Francia, claman contra la tiranía y la barbarie, lamentan la decadencia de la patria, desean que ésta recobre su antigua cultura, ó piden respeto y libertad para las manifestaciones del espíritu humano.

D. Jaime pareció por fin atenderles, y, movido por tan ardientes instancias, cediendo á la premiosa insistencia con que principalmente solicitaba su apoyo uno de aquellos mismos trovadores, Guillermo de Montagnagout, embajador del conde de Tolosa, se comprometió á entrar en una liga contra Francia. Por un momento pareció que iba á continuar la política de su padre y de su casa, pero no fué así. Otros destinos y otras empresas sonreían al *Conquistador*, y el tratado de Corbeil, celebrado en 1258 entre D. Jaime y San Luis, acabó con aquella nacionalidad occitánica, tan famosa en armas como sobrealzada en letras y en leyes, ante la cual se abrían los anchos y luminosos horizontes de un porvenir de progreso y libertad. La lengua de *oc* hubo de ceder el paso á la de *oil*, la patria de D. Jaime y aquellos lugares mismos donde se abrieran sus ojos á la luz y se meció su cuna, pasaron definitivamente á ser patrimonio de los Capetos, y enmudeció para siempre la lira de los trovadores, que abandonaron un país del que se apoderaban gentes extrañas y bárbaras con nuevos usos, nuevas leyes y nueva lengua. Tan cierto es que el canto del poeta no germina en tierra que no sazona la libertad.

¡Grande debió ser D. Jaime, sobrepujante y portentosa su gloria, cuando la posteridad le perdonó, y ha olvidado el crimen de haber vendido al extranjero su cuna y su patria, los lares y la lengua de sus padres!

No creo deber insistir más para demostrar que eran esencialmente políticos los trovadores. Hay que conservarles este carácter y sello, y no juzgo que se obre bien por parte de algunos al presentarles como unos meros juglares, especie de histriones y saltimbanquis, ocupados sólo en divertir al público, ó entretenidos en juegos de rima y fútiles pasatiempos. Se acomodan, es verdad, los que esto piensan á reconocerles algún mérito por sus canciones de amor, pero prescinden por completo de sus *ser-ventesios* filosóficos, morales y políticos.

No es honrado el proceder, ni esto es obrar como se debe. Aquellos hombres que cantaban el progreso, la patria, la independencia, la libertad del espíritu humano, merecen algo más que un recuerdo, y á todo pueden ser acreedores, menos á la burla.

Se ha pretendido modernamente que las libertades públicas y los derechos del hombre arrancaban de la Revolución de Francia, y que de los enciclopedistas de esta nación procedían las primeras armas en pró de la libertad de pensar. Lo primero es un olvido, tal vez un desconocimiento profundo, de las grandes, clásicas y democráticas instituciones de Cataluña y Aragón; lo segundo es una gran injusticia para la memoria de los trovadores provenzales.

Es, en efecto, una gran injusticia. Los huesos de aquellos varones ilustres han revertido ya en el polvo de que salieron ó yacen aún esparcidos por las tierras hospitalarias, á donde, en las angustias de su destierro, acudieron en busca de sobrevenida patria y de ignorada tumba; pero, si pudieran aquellos huesos volver á juntarse y pudiera ser de nuevo animada aquella materia por el espíritu superior de los trovadores, se revolverían airados contra los que han creído encontrar en los franceses, sus opresores y verdugos, los primeros acentos de las libertades modernas, con-

tra los que, suprimiendo dos siglos de esplendor provenzal y ayudando así á la obra de la Inquisición, han pasado desde la época de Grecia y de Roma á la de los tiempos modernos sin hallar apóstoles de públicas libertades y propagandistas de la libre emisión del pensamiento, olvidados de aquella nacionalidad y de aquella literatura que en un rincón del Mediodía lucharon hasta morir por la obra de la civilización y del progreso humano, siendo el lazo de unión entre lo antiguo y lo moderno.

Otra singularísima circunstancia hay que notar también. En aquella multitud de trovadores que vemos pulular en torno del monarca aragonés, ocupándose de las cosas y política de su reino, tan ardientes en loarle por sus virtudes como ganosos de señalarle camino á elevadas empresas, no hay ninguno que le ensalce por lo que tan ensalzado ha sido después, por sus guerras con los árabes, por sus conquistas gloriosas de Mallorca y de Valencia. Sólo cuatro, si mal no recuerdo, son los que de esto se ocupan, algo someramente por cierto, siendo los cuatro catalanes y los cuatro pertenecientes á la última época de Don Jaime. Son Guillermo de Mur, Guillermo de Cervera, Olivier el Templario y Serveri de Gerona.

No creo aventurado decir que esto merece llamar la atención de los historiadores futuros de D. Jaime, ya que no haya fijado del todo la de los que hasta hoy le historiaron.

Si alguno, como hemos visto en Durán de Paernas, alude á las guerras de D. Jaime con los moros, es para decirle que abandone estas luchas inútiles y vuelva su atención y sus armas contra Francia, que en esto deben cifrarse su interés, su porvenir y su honra.

¿Qué significa, pues, aquel ardiente deseo en los trovadores de empujar á D. Jaime á empresas políticas contra Francia y contra Roma?

¿Era, por ventura, que aquellos libre-pensadores, aquellos hombres adelantados á su siglo, aquellos cantores de las patrias libertades y de la patria independencia, no veían precisamente el peligro de parte de los árabes, sino que le

veían más bien en la absorbente y tirana Francia, en la fanática y lujuriosa Roma?

¿Germinaba en el fondo de todo aquello algo parecido al espíritu libre y pensador de la reforma que más tarde debía brotar?

¿Comprendían que en los campos de Provenza, entonces, se libraba la grande y primera batalla moderna de la libertad contra la tiranía, del progreso contra el oscurantismo, de la civilización contra la barbarie?

La Francia y la Inquisición victoriosas hicieron toda clase de supremos esfuerzos para que ni rastro quedara de aquella literatura, ni memoria de aquella civilización. Encendiéronse hogueras en todas partes; inmensas piras levantaron al cielo sus llamas, esparciendo por los aires las calientes cenizas de todos cuantos podían ser tachados de albigenes, de herejes ó sencillamente de sostenedores de la independencia provenzal, que todos eran llevados á la hoguera, revueltos y confundidos, sin duda para confirmación de las palabras dirigidas por el abad del Cister á los cruzados cuando entraban á saco en Beziers: «Matadles á todos, herejes y católicos, que ya luego Dios recogerá á los suyos.»

Las hecatombes humanas se sucedían, pues, unas á otras: con el rescoldo de las cenizas de una hoguera se encendían las llamas de la otra; los verdugos sucumbían á la fatiga y al cansancio, pero ¡cosa singular! en medio de que se daba caza á los hombres como si fueran fieras, más perseguidos aún que los hombres eran los libros. Bibliotecas enteras fueron arrojadas á las llamas; cuantas obras de trovadores pudieron recogerse, consumidas por el voraz elemento; todo libro escrito en lengua provenzal, pasto de la hoguera.

No le bastó á la tiranía triunfante arrasar castillos, escombrar dinastías, sembrar de ruinas el suelo de la patria provenzal, extinguir casas, familias y clases y baldonar la raza; quiso que el exterminio llegara á la literatura, á la lengua, á la memoria.

Y sin embargo, los pocos monumentos que de aquella

rica civilización se han salvado, bastan para reconstruirla á nuestros ojos.

Aquella memoria, aquella literatura, aquella lengua viven todavía.

Lograron por el momento que los trovadores desapareciesen, que los albigenses terminaran, que la lengua enmudeciese, que á su gran pesadumbre sucumbiera aquella sociedad inteligente, y que por largo tiempo se haya desconocido que Provenza fué un estado, y más que un estado, toda una civilización; pero no consiguieron ni matar el espíritu ni amohecer la memoria de la poesía provenzal.

El espíritu libre y gibelino de los trovadores salió incólume de entre las llamas, y, purificado por ellas, fué á encarnarse en un hombre que nació providencialmente á tiempo para recoger los últimos ecos y las armonías posteriores de aquella poesía que ya sólo en voz baja, en el misterio de la soledad, al oído y á hurto de todos, como si se tratara de un crimen, se repetían unos á otros los hijos y los huérfanos de las expiatorias víctimas.

Gracias, pues, á ese hombre, que encarnó aquel espíritu y amesó aquella poesía, uno y otro vivirán á través de los imperios, de las generaciones y de las edades, por los siglos de los siglos, mientras haya una sola voz que en cualquiera de las lenguas humanas pueda repetir el nombre eternamente glorificado del divino Dante.

Y ahora, pobre capítulo mío, ve á buscar al amigo cariñoso de la infancia, al maestro de mi juventud, al que, dándome á conocer la historia y la lengua de mi patria, me reveló el espíritu de mis padres, y preséntate á él modesto y desnudo de toda gala, y díle: «á vos me envía, Luis Cutchet, para que al calor de vuestro nombre viva, aquel que en vuestra honrada vida ha procurado inspirarse, que vuestras antiguas lecciones ha querido aprovechar, y que

en vuestras obras aprendió á conocer la propaganda civilizadora de los trovadores, en quienes algo debieron inspirarse nuestros ínclitos abuelos al sostener las excelencias de aquella pura, genuina y legítima libertad que, evitando el sofisma de los unos y huyendo la licencia de los otros, era fórmula salvadora para felicidad y bienestar de la república.

DE LOS JUGLARES.

Los juglares ó *cantadores*, como parece que se les llamaba en la corte de Castilla, intérpretes populares de las composiciones provenzales, existían antes que los trovadores. No eran otra cosa que los *foculatores* latinos ó galoromanos, tan comunes en la sociedad antigua, que formaban parte de sus placeres públicos y privados, presentándose por doquiera á hacer juegos de manos y farsas ó á enseñar animales adiestrados.

Eran los juglares en Provenza los que iban por cortes y castillos cantando y recitando las composiciones de los trovadores; eran los cómicos ó actores que se encargaban de dar popularidad á las obras de los poetas, extendiéndolas por todas partes, apareciendo en todas las fiestas populares, animándolo todo con sus juegos y sus cantos.

Los había de tres clases, unos independientes y libres, vagabundos y errantes, con la vida del bohemio, que en ninguna parte vivían y en todas, que allí estaban donde había fiesta, movimiento, vida, placeres. Otros formaban parte de las cortes de reyes y potentados, viniendo á ser en ellas lo que más tarde los bufones. Otros, en fin, estaban á sueldo de ciertos trovadores principales, viajando con ellos, siendo sus mensajeros, precediéndoles ó acompañándoles en sus visitas á las cortes. Los trovadores más nombrados tenían por lo menos un juglar á su servicio; algunos dos y hasta mayor número, según era la importancia, la posición ó el fausto del trovador. Existía tanta diferencia entre éste y el juglar, como hoy entre el poeta y el actor, y no deben por consiguiente ser confundidos, aún cuando hay ejemplos repetidos de juglares que por su ingenio y talento se hicieron trovadores, y también los hay

de alguno de éstos que, por el contrario, se hizo jugar para mejor satisfacer las costumbres y apetitos brutales de una desordenada vida.

Algunas veces se han empleado las palabras *trovador* ó *juglar* como sinónimas, y hasta algunos trovadores se dieron á sí mismos el nombre de juglares. Rimbaldo de Vaqueiras se denomina así, pero otros lo rechazan con indignación. Giraldo Riquier se quejaba amargamente del abuso de confundir á los trovadores con los juglares, y Sordel exclama en una sátira contra Bremón:

«Se equivoca cuando me llama juglar, porque él va tras los otros y los otros vienen á mí. Yo doy sin cesar y él toma sin dar; todo lo que él lleva encima lo debe al favor de los otros; yo no acepto nada que pueda humillarme; aún más, yo doy de lo mío y muy á menudo, y no quiero recompensa.»

Ben a gran tort car m' apella *joglar*,
c' ab autre vai et autre ven ab me,
e don ses penre et el pren ses donar,
qu' en son cors met tot quan pren per mercé
nas ieu non pren ren, don auta m' eschaia,
anz met ma renda e non voill guierdon...

Federico Díez establece entre trovadores y juglares las siguientes diferencias:

«Había trovadores que no eran juglares: los que sólo poetizaban por la honra, los grandes señores, los poetas independientes. Había trovadores juglares, los que hacían del arte una profesión lucrativa, á saber, los poetas de corte. Había juglares que no eran trovadores, es decir, los músicos, los saltimbanquis, etc.»

La segunda clasificación de Díez me parece algo forzada.

Para que puedan ser apreciados los juglares en su modo de ser, voy á reunir aquí algunas curiosas noticias recogidas de diversas obras y buscadas á propósito para dar una idea aproximada de quiénes eran y cuáles las costumbres y oficios de esos vagabundos intérpretes de la poesía provenzal.

La primera vez que, yo al menos, recuerdo haber tropezado con noticias de juglares en nuestras tierras, es con referencia á aquella fabulosa pero peregrina leyenda, según la cual un conde de Barcelona pasó á Alemania á ser el campeón de la virtud é inocencia de la emperatriz Matilde.

Cuenta la leyenda que el conde Ramón Berenguer III vió llegar un día á su corte á un juglar, procedente de Alemania, el cual le dijo que su noble señora la emperatriz Matilde había sido acusada de adulterio, siendo inocente, y que para escapar al inmediato castigo de las iras de su esposo y de la justicia de su país, había apelado al juicio de Dios. Dírase entonces el plazo de un año y un día á la víctima. Si durante este tiempo no se presentaba en Colonia un campeón de su inocencia, dispuesto á pelear en palenque franco con sus acusadores y vencerles, Matilde debía perecer en una hoguera. El juglar iba por las cortes buscando un caballero que en pró de la inocencia ultrajada se dispusiera á embrazar un escudo y empuñar una lanza.

El conde de Barcelona aceptó el ser campeón de la emperatriz, dió su guante en prenda al juglar, y éste partió á Alemania. Tras de él emprendió el viaje Ramón Berenguer, que llegó á Colonia antes de finalizar el plazo, se presentó como caballero desconocido en el palenque, venció á los acusadores de Matilde, y libró á ésta de la hoguera haciendo que su inocencia fuese de todos reconocida.

Pero esto no pasa de ser una pura fábula.

Más positiva noticia es la que hace figurar á los juglares por aquella misma época en la fiesta del casamiento de aquel príncipe con la condesa Dulce de Provenza.

Cuéntase con referencia á antiguos manuscritos, que el conde Ramón Berenguer III *el Grande* y la condesa Dulce fueron en 1112 al templo, acompañados de un gran coro de juglares y juglaresas, cantores y cantoras, que todo lo alegraban con sus cantos, y que sin duda habían ido á Barcelona en pos de una señora de Provenza, cuando fué ésta á enlazarse con el príncipe catalán.

Por lo que toca, pues, á nuestro país, está fuera de toda

duda que los juglares precedieron á los trovadores, y siendo principalmente el oficio de juglar la ejecución cantada de poesías ajenas, como era el del trovador la composición de la letra y de la música, es de creer que ellos fueron el conducto primero por el cual llegó á Cataluña el conocimiento y el gusto de la poesía provenzal.

El mayor número de noticias relativas á juglares en estas nuestras comarcas, pertenece al reinado de Alfonso de Aragón *el Casto*, del cual existe un decreto singularmente curioso, que traslada Milá, otorgado en 1180, á petición de la Aljama de los sarracenos de Tortosa, quienes se quejaban, entre otros agravios, de que en sus casamientos se les obligaba á recibir mal su grado á los juglares y juglaresas, ó mayor número de los que deseaban, ó á darles más de lo que quería el novio.

Existe una poesía, que debió ser escrita por los años de 1170, dirigida á un juglar llamado Cabra, por el trovador catalán Guirardo, Giraldo ó Gerardo de Cabrera, de la noble casa de este apellido.

De esta composición se deduce la existencia de los juglares en Cataluña y la de que éstos se hallaban al servicio de los trovadores, como en clase de secretarios, agentes, mensajeros é intérpretes de sus cantos. Ya también por otra noticia, con referencia á la misma época, se sabe que otro trovador catalán, Guillermo de Bergadá, contemporáneo del de Cabrera, tuvo á su servicio á los juglares Ramón de Pratz, Arnaldo, Sabata, el juglar de Ripolés y Montanier.

De la misma composición de Giraldo de Cabrera á su juglar Cabra se deduce también que los juglares eran los encargados de difundir las narraciones caballerescas y las leyendas históricas de guerra y de amores.

Es realmente muy notable esta poesía de Cabrera, que debió ser considerada como un índice muy autorizado de los conocimientos necesarios al juglar, y que fué imitada en el mismo metro por Giraldo de Calansó y por Beltran de París de Ruesga.

«Juglar Cabra, dice el trovador, no puedo resistir á mi

deseo de cantar y de hablar sinceramente respecto á tus conocimientos.

»Malamente tocas la viola y peor cantas del principio al fin, sin que sepas terminar, á mi juicio, con la cadencia bretona.

»Mal te enseñó el que te instruyó en el manejo de los dados y del arco. Ni sabes tampoco bailar ni saltar á usanza del juglar gascón.

»No te oigo recitar nunca serventesio ni balada, ni nunca tienes al alcance de tu memoria buenos estribillos, re-troenchas ni tensiones.

»No creo que pase por debajo de tu bigote ningún buen verso nuevo de Rudel, de Marcabré ni de nadie, ni de Alfonso, ni de Ebles.

«Difícilmente puedes adquirir gran saber si no sales de tu país. A más, ignoras toda clase de narraciones...»

Y continúa la poesía enumerando por medio de una relación asaz prolongada los hechos históricos ó fabulosos, legendarios y caballeresco, en gran parte, que el juglar ignora y que saber debiera para poder ejercer su oficio.

La composición termina así:

«No sabes ni declamar ni cantar versos en la iglesia ni en casa. Véte, pues, Cabra; véte, macho cabrío. Bien te conoció el que te envía á hostigar al carnero.»

Cabra juglar,
non puec mudar
qu' eu non chan, pos á mi sab bon ;
e volrai dir
senes mentir
e comtarai de ta faison.
Mal sabs viular
e pietz chantar
del cap tro en la feizon.
Non sabs finir,
al mieu albir,
à trempadura de Bretón.
Mal te enseget
cel que 't mostret
los datz á menar ni l' arson.
Non sabs ballar
ni trasgitar
a guisa de juglar gascon.

Ni sirventesc
 ni balabersc
 non t' anc dir e nuilla fazon;
 bons catribotz
 non tiens pels potz
 retroencha mi contenson...

Tuvo esta poesía dos imitadores en el metro, en la forma y en el asunto, Giraldo de Calansó y Beltrán de París.

La de Giraldo de Calansó, superior en mi sentir, es una larga instrucción á un juglar, al que recomienda que sepa tocar varios instrumentos, nueve por lo menos, la viola, la guitarra, el salterio, la lira, etc. Debe ser experto en el uso del tambor y de los címbalos, diestro en los juegos de manos, hábil en lanzar pelotas y manzanas para recogerlas con cuchillos, en saltar por entre cercos, en hacer toda clase de juegos de manos.

E paucs pomels
 ab dos cotels
 sapchas gitar e retenir...
 E sitolar
 e mandurcar
 et er catre cercles salhir...

Sigue luego la enumeración de los poemas y novelas que debe saber á fin de aparecer bien instruido y poder recitar distintos pasajes, y á continuación se le dan estas instrucciones finales:

«Debes saber cómo Amor corre y vuela, cómo va desnudo, cómo rechaza la justicia con sus dardos agudos y sus dos flechas, una de las cuales es de oro fino que deslumbra, y la otra de acero y de tan profunda herida que es incurable. Estudia las ordenanzas de amor, sus privilegios y sus remedios, y sabrás así explicar sus diferentes grados, cómo marcha con rapidez, de qué vive, lo que hace, los engaños de que se vale, y la manera que tiene de destruir á sus servidores.

»Cuando todo esto hayas aprendido y sepas bien, no faltes en dirigirte allí donde está el rey de Aragón, pues no conozco á nadie que mejor que él aprecie el arte. Si sabes cumplir con tu oficio, si te distingues entre los mejo-

res, no tendrás por qué quejarte de sus dones, mientras que si eres ignorante, merecerás ser mal acogido por el mejor príncipe que en el mundo existe.»

A más de los cantos de los trovadores, los juglares recitaban narraciones en verso que abundaban y eran populares en Provenza. Las instrucciones de Giraldo de Calansó, de Giraldo de Cabrera y de Beltrán de París de Ruerga, lo demuestran así:

«Tú no conoces, dice este último al juglar á quien instruye, tú no conoces las novelas de Tristan, del rey Marc, ni del hermoso Absalón. Tú no sabes por qué Palomides, en su castillo, callaba su nombre al primer llamamiento; tú no sabes nada de la caída de Tyro; tú ignoras cómo Argiles, el buen mágico, para vender á su rey, construyó palacio y torre ante Laón; con qué fuerza el dominador de París invadió España y la redujo. Nada sabes, según creo, de Iván, el primero que adiestró las aves, ni del emperador Constantino, ni de cómo éste, insultado en su palacio por su propia mujer, abandonó á Roma y edificó la soberbia Constantinopla, en la cual se trabajó 120 años.»

Otro dato sobre juglares, que merece consignarse, es el de que en las constituciones *pacis et tregue* dadas por el rey de Aragón D. Jaime en 1234 en Tarragona, se prohíbe hacer regalo alguno á juglares y á juglaresas; pero se permite que el mismo rey ú otro noble pueda tomar, conservar y llevar consigo un juglar y darle lo que quiera.

En el *Romanz de Flamenca*, verdadera novela de costumbres, hay un pasaje que voy á traducir porque da una idea acabada de lo que eran los juglares en las grandes solemnidades y festejos que tenían lugar en los castillos.

Permítaseme ante todo insertar como muestra la primera parte de la relación, notable ciertamente por su color y por su carácter. Se trata del final de un banquete.

Quan an manjat, outra ves lavon,
mais tot atressi com s' estavon,
remanon tut e prendon vi,
car nezat era en aisi;
pois leven hom las toallas,
bels consèillers ab granz ventaillas

aportet hom davan cascú
 ques anc us non failli ad u;
 aquis poc quis vol acontrar.
 Apres si levon li juglar;
 cascus se vol faire auzir;
 adonc auzirás retentir
 cordas de manta trempadura.
 Qui saup novella violadura,
 ni canzò ni descort ni lais,
 al plus que poc avan si traís.
 L' uns viola 'l lais del cabrefoil,
 e l' autre cel de Tintagoil;
 l' us cantet cel dels Finz amanz,
 e l' autre cel que fes Ivans.
 L' us menet arpa, l' autre viola;
 l' us flautella, l' autre siula;
 l' us mena giga, l' autre rota,
 l' us diz los motz e l' autre 'es nota;
 l' us estiva, l' autre festella,
 l' us musa, l' autre caramella;
 l' us mandura, e l' autr' acorda
 lo sauteri al manicorda;
 l' us fai lo juec dels banastelz,
 l' autre jugava dels coutelz;
 l' us vai per sol e l' autre tomba,
 l' autre balet ab sa retomba;
 l' us passet sercle, l' autre saïl;
 nenguns a son mestier non fail.

«Terminada la comida, se lavaron por segunda vez, y sin moverse de su puesto, tomaron el vino, según era de uso. Levantáronse en seguida los manteles, y se trajeron á los convidados los consejeros de las gracias ¹. Cada uno se arregló á su manera. En seguida aparecieron los juglares, queriendo hacerse escuchar todos. Hubiérais podido oír resonar entonces instrumentos montados en todos lados. El que sabía un nuevo aire de viola, una canción, un descort, un lai, hacía lo posible para que se le atendiera. El uno toca el lai de la madre-selva, el otro el de Tintagoil; el uno canta el de dos finos amantes, el otro el que compuso Ivan. El uno tañe el arpa, el otro la viola; el uno la flauta, el otro el pífano; el uno canta la letra, el otro le acompaña; el uno hace oír la dulzaina, el otro el

¹ Traducción literal. Raynouard, que cita este pasaje, cree que se trata de abanicos. Pablo Meyer piensa que se trata de espejos.

caramillo; el uno la gaita, el otro el tamboril; el uno toca la bandurria, el otro templa el salterio con el manocardio; el uno juega con títeres y muñecas, el otro con cuchillos; el uno se arrastra por el suelo, el otro da volteretas; el uno danza, el otro salta, el otro pasa por entre cercos; nadie falta á su oficio.

»Los que quisieron oír historias de reyes, de marqueses ó de condes, pudieron satisfacer su deseo, porque el uno contaba de Príamo, el otro de Píramo; el uno de la bella Elena robada por Paris, otros de Ulises, de Héctor, de Aquiles, de Eneas que abandonó á Dido desgraciada y doliente, de Lavinia que desde lo alto de las murallas hizo arrojar la carta y el dardo por el centinela. El uno contó de Apollonia, de Tideo, de Eteocles, el otro de Apolonio; el uno del rey Alejandro, el otro de Heros y de Leandro; el uno de Cadmo que, desterrado de su patria, fundó á Tebas; el otro de Jasón y del dragón vigilante; el uno explicaba los trabajos de Alcides, el otro narraba cómo Demophón se atrajo á Phyllis por amor. El uno refirió cómo el bello Narciso se ahogó en la fuente donde se miraba; otros contaban de Plutón que robó la hermosa mujer de Orfeo, y de Goliat que mató á David; el uno relataba lo de Sansón, á quien Dalila cortó los cabellos mientras dormía; el otro de Macabeo, que combatía por el Señor; uno explicó cómo Julio César pasó solo el mar sin implorar el socorro de Nuestro Señor y sin temblar, etc., etc.»

Y sigue, por este estilo, una larga enumeración de hechos ya verdaderos, ya supuestos, relativos á personajes célebres y á las narraciones caballerescas más en boga entonces.

Girardo Riquier, el famoso trovador de Narbona, que encontró hidalga protección en la corte del rey de Castilla D. Alfonso *el Sabio*, escribió en 1273 su larga y popular requesta al monarca castellano, suplicándole que diera nombres particulares á los juglares y también á los trovadores que se hacían notar por sus talentos, su cortesía y su buena conducta, á fin de distinguirles de los histriones y bufones que se prestaban á ruines y viles oficios.

Es verdaderamente importante esta composición, y éste el lugar más adecuado para darla á conocer.

Su título es el siguiente:

Aissó es la suplicatió que fes Gr. Riquier al rey de Castela per lo nom dels juglars l' an LXXIII.

Comienza esta súplica diciendo que las gentes viven diversamente en el mundo. «Los valientes, dice, mejoran su suerte, los que pueden hacen nuevos establecimientos, muchos se atienen á los antiguos usos. En general veo establecido un buen orden y lo mejor del mundo está regido por clérigos, caballeros, burgeses, mercaderes, menestrales y labradores.»

Después de un detenido examen de las ocupaciones de todos estos estados, prosigue diciendo que ello le ha movido á considerar que sería conveniente establecer diversos nombres entre los juglares, pues no está bien que los mejores no tengan nombres más honrosos.

«Se ve por desgracia que un hombre sin instrucción, si sabe tocar un poco algún instrumento, va mendigando por las calles; otro canta desacertada y vilmente por las plazas; y todos andan entre gente de poco valer, sin distinguir entre las conocidas y desconocidas, habituándose á vivir en las tabernas, y alejándose de las buenas cortes. A éstos se les llama juglares, como también á los que sólo se ocupan en ejercicios corporales ó en juegos de manos y de títeres, cuando la juglaría fué inventada en su origen por hombres sensatos y entendidos para alegrar y honrar á los buenos. Por esto la gente de pró quiso entonces tener juglares, y aún ahora, como es costumbre, los tienen todos los grandes señores.

»Hubo después los trovadores para referir cantando los buenos hechos y para ensalzar y alentar á los valientes. Ahora cantan, trovan y tocan instrumentos algunos sin juicio y sin saber, que envidian las honras que los buenos alcanzan, aunque generalmente son ellos más favorecidos que los que saben. Y, pues, tanto ha degenerado el nombre de juglaría y es sensible que los sabios trovadores no se hayan antes quejado de ello, de desear sería que cada

uno recibiese un nombre, adecuado á lo que supiese hacer, y que todos se llamasen en general juglares, á la manera de lo que sucede entre los burgeses, si bien hay mayor variedad entre los juglares, unos buenos, otros medianos y otros viles y despreciables.»

«Vos, señor, pues tanto es vuestro poder y saber, podéis poner remedio, y si rey alguno debe hacerlo sois vos, porque en todo tiempo juglaría y saber han hallado en Castilla acogida, estímulo, premio, enmienda y cumplido consejo, más que en corte real ó de otra clase. Esto os honrará, de este modo se sabría cuál es el saber de cada uno.

»Así, pues, os ruego especialmente que, á aquellos que saben trovar de una manera segura y verdadera, y hacen versos y canciones y otras buenas trovas con provecho y sentido y con enseñanzas durables en todos tiempos, se les distinga por su nombre de los juglares, de aquellos que, tocando instrumentos y remedando, sólo sirven para la diversión del momento, y son muy distintos de los primeros cuyos cantares se recuerdan y agradan é instruyen aún después de muertos sus autores. A éstos, Dios y el mundo les honran por tal saber que por ningún medio propio de hombre carnal no pudiera lograrse, y á diferencia de los otros estudios no se puede comunicar. Por esto deberían honrarse los que se hallan en este caso, cuando al mismo tiempo se presentan dignamente en las cortes. Los hay que saben, pero que se portan mal, y otros al revés, y generalmente prosperan más en las cortes los más atrevidos. Hay trovadores de diferentes maneras: unos emplean su saber en la maledicencia, otros componen sin gusto coplas, serventesios y danzas. Yo entiendo hablar solamente de los de saber y juicio, que hacen versos y canciones con buen argumento, y que rimando dan buenas enseñanzas.»

A esta composición sigue, y ya esto es más notable todavía, la respuesta dada por el rey de Castilla con el título de: «Declaración ó sentencia que el señor rey D. Alfonso de Castilla dió á la súplica hecha por Giraldo Riquier relativamente al nombre de juglar.» *Declaració, que 'l senhey*

rey N' Amfos de Castela fe per la suplicatió que Gr. Riquier fe per lo nom de joglar, l'an MCCLXXV.

Hay que hacer alguna observación, antes de pasar adelante.

En primer lugar, la fecha es de uno ó dos años posterior á la epístola de Riquier, ya que ésta pertenece al 1273 ó al 1274 según algún manuscrito.

No puede caber duda alguna de que esta *Declaración* está escrita por el propio rey D. Alfonso, y en este caso tenemos, como anteriormente se ha dicho, que el monarca castellano, al igual de otros reyes y príncipes, no se desdennó de pulsar la lira provenzal bajando al palenque literario á debatir con los trovadores.

Sabida cosa es que el rey D. Alfonso *el Sabio* era poeta, y conocidos y celebrados son sus versos. Dada la protección que dispensó á los trovadores, alguno de los cuales, como Bonifacio Calvo, llegó á ser su privado y su consejero; dado el gusto que por la literatura provenzal demostraba; teniendo en cuenta las muchísimas poesías de trovadores que le están dedicadas y las muchas más en que se le cita como *caps de pretz e d' onramen*; recordando sus *Cántigas* famosas á que ciertamente no son ajenos ni el corte, ni el giro, ni la índole de la lengua y poesía provenzales, que eran sin duda alguna familiares á aquel sabio monarca, no es aventurado creer y decir que fueron originales suyas, no sólo la contestación á la súplica de Giraldo Riquier, sino también la que dió, y en su lugar veremos, á Nat de Mons.

Es más; dadas las condiciones de aquel rey, no puede creerse otra cosa. La duda sólo es una ofensa para la memoria de aquel príncipe.

Pero vamos ya á la contestación dada al memorial de Riquier.

Comienza con un introito ó preámbulo en que D. Alfonso expone algunas generalidades acerca del deber de ensalzar á los suyos cuando están necesitados y acerca de los muchos negocios que le abrumaban, y en seguida procede á dar su sentencia, precedida de las más solemnes fórmulas, en nombre de Dios Padre y del Hijo nacido sin mancha

de la Virgen y del Espíritu Santo, fijando el mes de Junio de 1275 como fecha de la sentencia, y enumerando todos sus títulos y honores como rey reinante de Castilla, de Toledo, de León, de Galicia, del *buen reino* de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, etc.

Sitot s' es grans afans
als homens malanans
d' autrus afars parlar,
quí honor ten e car,
et á sen e saber
ab esforsat poder
deu lo siens enantir...

E nos, á qui pesars
de motz afars es datz,
avem voler assatz,
que al nostre dever
fassam nostre poder.

La maior razó.

El nom del ver Dieu Paire
e del Fil, que de Maire
Verge nasc ses oblit
e del Sant Esperit,
que 's vers en unitat:
l' an de nativitat
de Crist M. e CC.
L. XX. V. correns
el mes de junh issen,
per bon entendemen,
car non forsa razós,
requis dizem Amfós
per gracia de Dieu
e per lo plazer sieu
Rey regnants de Castela
e Reys, per que 's capdela
Toleta e Leos,
Gallicia e 'l bos
regne de Cibilia,
de Cordoa, de Murcia,
d' Algarbs, de Geian,
per so, que soplican
nos mes deuant l' autrier
tenens Gr. Riquier
per lo nom de joglars,
proan per mot afars
ben son entendemen
contra 'l defalhimen...

Después de esto pasa el rey á declarar y decidir que to-

dos los tocadores de instrumentos se han de llamar *istrionnes*, cuya etimología busca en *instrumenta*; todos los trovadores *inventores*, y todos los que dan saltos en las cuerdas tirantes ó sobre piedras, *joculatores*.

El nombre de juglar debe darse á los que saltan y remedan, si bien en España, añade el rey, hay nombres propios y adecuados para cada clase. Así se llaman *juglares* los que tocan instrumentos, *remendadores* los que remedan y *segriers* (?) los trovadores, según uso y costumbre de todas las cortes.

.....
 Es pro ben en Espanha
 e no volen que 's franha,
 mes digas cum se ditz:
 c' assatz es ben partitz
 per cognoms lurs afars.
 Hon apela *joglars*
 totz sels dels esturmens;
 et als contrafazens
 ditz hom *remendadors*;
 e ditz als trovadors
segriers per totas corts...

Continúa luego diciendo que á los hombres desprovistos de toda buena condición que pronuncien versos sin argumento ó empleen vilmente su vil saber sin consideración alguna, por caminos y por plazas, arrancando vilmente el dinero y viviendo deshonoradamente, se les da el nombre degradante de *cazurros*.

«El uso de Provenza, añade, de llamarles á todos *juglares*, nos parece un gran error de lenguaje, por lo cual aconsejamos y declaramos con motivo que todos aquellos que, ya sepan ó no, viven vilmente y con deshonra, no deben presentarse en ninguna corte de mérito, como aquellos que hacen saltar monos, cabríos ó perros ó que hacen juegos vanos como los de títeres, ó remedan pájaros ó tocan ó cantan entre gente baja por humilde precio, no deben alcanzar el nombre de juglaría, ni aquellos que siguiendo las cortes se fingen locos y no se avergüenzan de lo indecoroso, ni les agrada ningún hecho placiente ni bueno, y que deben llamarse *bufones* según se usa en Lombardía. Y aquéllos que

con cortesía y con noble saber se conducen bien entre las gentes ricas para tocar instrumentos ó para contar nuevas hechas por otro ó para cantar versos y canciones ajenas, ó para otras cosas buenas y agradables, bien pueden poseer este nombre de juglar. Y aquéllos que saben trovar versos y sonos, y componer danzas, coplas, baladas dispuestas con alta maestría, albas y serventesios, bueno y de ley es que se llamen trovadores. Y entre éstos deben distinguirse los que saben hacer canciones y versos de autoridad y nuevas muy apacibles y bellas enseñanzas que muestren temporal ó espiritualmente cómo el hombre puede, con tal que quiera, discernir entre el bien y el mal. Estos, á quienes Dios honra, debe honrar el mundo, si obran de un modo correspondiente á su saber, porque por gusto y por deber muestran el camino del honor, declarando bellamente las cosas oscuras. A los tales se les debería llamar *doctores de trovar.*»

Tal es esta composición, de la que he creído oportuno dar una idea en este capítulo.

Tiene esta obra 1.240 versos, 862 empleados en la súplica ó memorial de Giraldo Riquier y 393 en la declaración ó sentencia del rey *sabio* de Castilla.

Los que han confundido al juglar con el trovador se han equivocado lastimosamente. Hay, es verdad, ejemplos de algunos que han sido á la vez lo uno y lo otro, como se ha manifestado antes, pero no hay duda alguna que había entre trovadores y juglares la diferencia que existe entre la profesión y el oficio.

El oficio esencial de los juglares era el de viajar con los poetas inexpertos en música para secundarles en cualidad de *cantadores* ó acompañantes; el de ir por las cortes y castillos dando á conocer las producciones de los trovadores ilustres, siendo al mismo tiempo, según parece, lo que en Castilla se ha llamado los *corre, ve y dile*. Hay, si bien se mira, algo de parecido y no poco de común entre los juglares y aquellos criados tan diestros, tan maliciosos y tan activos de nuestras antiguas comedias de capa y espada.

Cada poeta, según antes se ha dicho, tomaba á su servicio uno ó varios juglares, conforme las exigencias y recur-

sos de su posición, y les enviaba, portadores de sus cantos, para que fueran á recitar y cantar sus composiciones á determinadas damas ó caballeros.

«Sin sellos ni credenciales, dice Godofredo Rudel, envió mis versos y mis cantos en verdadera lengua romana, por conducto de Filhol, á Hugo Brun.»

Senes breu de pergamina
tramet mon vers en chantan
en plena lengua roman
á 'n Ugo Brun per Filhol...

Había también juglares independientes que hallaban sus medios de existencia en ir por las cortes recitando ó cantando composiciones de los trovadores más célebres.

Garin de Apchien dice, hablando de un juglar:

«Si quisiera arruinarle me bastaría con negarle mis versos, y á nadie hallaría entonces que quisiera darle de comer ú hospedarle ni una sola noche.»

S' ieu lo vuelh ben dechazer,
que 'l vuelha tolré mon chantar,
ja non er qu' ilh don a manjar
ni 'l vuelha albergar un ser.

Hugo de San Cyr dice á su juglar:

«Me has pedido un serventesio, y te lo daré tan pronto como pueda.»

Messonget un sirventés
m' as quist 'e donarlo 't ay
al pus tost qu' ieu porrai...

Ramón de Miraval dice al juglar Bayona:

«Yo sé bien, Bayona, que vienes en mi busca con el objeto de tener un serventesio: es el tercero, pues ya te me has llevado dos que te han valido oro y plata, trajes usados, ropas malas y buenas.»

Bayona, per sirventés
sai be qu' iest vengutz mest nos,
et ab aquest seran tres,
qu' ieu non avia fustz dos,
don mant aur e mant argen

avetz guazanhat, Bayona,
et maiut uzat garnimen
e d' avol raub' e de bona.

El propio Miraval exclama en otra poesía:

«Dios me perdone, Bayona, ¡qué pobre te veo y qué miserablemente vestido! Voy á sacarte de este estado dándote un serventesio.»

A Dieu me coman, Bayona,
tans paupretz vei a sobrier
mal vestitz ab avol gona,
mas ie't trairai de pauprier
ab un sirventes quant profier.

Y en otra, con la cual se demuestra que Bayona estaba á su servicio y á sueldo suyo, le aconseja que visite á ciertos amigos y protectores de quienes recibirá ropas, telas, trajes y hasta un caballo:

Passarás Carcassona,
iras a 'n Peire Rogier,
e s' il be e gent no 't dona,
ie 't doblarai ton loguier;
e pus iras a 'n Olivier
que 't darà rauba gordona
de sava vairet leugier
o dels bels draps de Narbona.

Bayona, pauc te sojorna,
e vaite 'n á 'n Gentesquieu
que 'l no 't farà cara morna,
c' om plus alegre no vieu,
ans te darà caval braidieu
tal que ben cor e biorna,
e vestimenta d' estieu...

Los juglares llegaron á decaer tanto, que el mayor des- crédito cayó sobre ellos. Fueron poco á poco abarraganándose de tal manera, que, empujados por la miseria ó por los vicios, se entregaban á las más deshonrosas acciones. Fué entonces cuando los poetas los hicieron blanco de su indignación y de sus anatemas.

Un trovador, dirigiéndose á Beltrán Fulcó, le dice que ha caído en deshonra y abdicado su orden de caballería desde el momento que se ha dejado vestir por un juglar del marqués de Este:

Cavalliers, cuy joglars vest,
de cavalaria 's de vest;
c' us joglaretz del marques d' Est,
Fulcò, vos á vesti...

Matfre Ermengaud, en su *Breviario de amor*, les hace todos estos cargos:

Li joglar son mal dizen
et avar e desconoychen,
e deslial e messongier,
e lag parlan e putanier,
e continuamen jogador,
e tavernier e bevedor,
e portan messaggaria
mantas vetz de putanaria.

DE LAS CORTES

Y

DE LOS PUYS DE AMOR.

Mucho se ha debatido acerca de las Cortes de amor negando unos su existencia, afirmándola otros.

Difícil sería precisar, y este es, en mi sentir, el punto verdaderamente dudoso, cuáles eran la forma, la competencia y la jurisdicción de estas Cortes; pero respecto á lo demás, yo creo, con Rainouard y con Azais, en su existencia, que está por otra parte de completo acuerdo con las ideas y las costumbres de aquella época caballeresca.

Si fuese cuestión de citar nombres de autores para oponerlos á otros, larga sería la lista de que pudiera echarse mano. Entre los que citarse podrían, han asegurado la existencia de aquellas Cortes Papón, Bouche, Gaufredy, Caseneuve el historiador de los *Fuegos Florales*, Chasteuil, Rolland, Guinguené, Crescimboni y Andrés el capellán, que en su tratado del *Arte de amar* continúa grán número de sentencias de estos galantes tribunales, entre otras la dada en pública y solemne audiencia por María de Francia, hija de Luis *el Joven* y de Leonor de Aquitania, previo acuerdo y juicio de sesenta damas, allí presentes, las más instruidas y calificadas de su corte.

Pero, no hay que citar autoridades posteriores á la época en que vivían los trovadores, puesto que en las obras mismas de estos poetas se halla la prueba evidente de la existencia de las Cortes de amor. Basta trascribir para esto, con Raynouard y con Gabriel Azais, los siguientes

versos de una *tensión* de los trovadores Giraldo y Peyronet.

Dice Giraldo: «Os venceré con sólo que la *corte* sea leal... Envío mi *partiment* á Pierrefeu, donde la bella tiene *corte* de enseñanza.»

Y contesta Peyronet: «Pues yo quiero ser juzgado por el honorable castillo (entiéndase corte) de Signe.»

Giraud.

Venceraivos, sol la cort lial sia...
A Pergafuit tramet mon partiment
o la belha fai cort d' ensenhamen.

Peyronet.

Et ieu volrai per mi al jutjamen
l' onrat castel de Signe.

Signe y Pierrefeu eran dos castillos vecinos y situados á cierta distancia de Toulón y de Brignoles, y las Cortes de amor que tenían allí su asiento, eran, con la de Románin, las más célebres de Provenza.

En estos y en otros castillos formaban tribunal las más célebres, instruidas y bellas damas, en número de diez, de doce, de catorce y hasta de sesenta, encargadas de deliberar y sentenciar, según usanzas de amor, acerca de cuestiones, á veces las más sutiles de la galantería, y á veces también las más delicadas y escabrosas, como por ejemplo: *¿Puede existir el amor entre dos esposos?* Cuestión que fué resuelta negativamente bajo la presidencia de María de Francia, en la Corte de amor de las sesenta damas á que antes se ha aludido.

Allí había, según parece, toda una jurisprudencia, un código especial, un cuerpo de leyes y de doctrina, y César de Nostradamus declara haber visto escritas en magníficos libros de vitela las sentencias de estos tribunales femeninos.

Algo de esto debía conservarse aún en tiempo de Petrarca, quien, en uno de sus sonetos, nos habla de un tribunal de doce damas, á las que representa navegando con Laura por el Ródano y brillando como doce estrellas en torno del sol.

Dodici donze onestamento lassz,
 anzi dodici stelle, e 'n mezzo un sole,
 vidi in una barchetta allegre e sole,
 qual no so s' altra mai onde solcassz.

Allí, repito, en aquellas asambleas, de hermosas y galantes damas compuestas, se discutía y deliberaba sobre puntos oscuros, difíciles, sutiles y peligrosos, que, por lo general, habían sido ya tratados en determinadas *tensiones* de los trovadores, sometidos por éstos á sus acuerdos; allí se empeñaban á veces acalorados debates, y había mayorías y minorías y votos particulares; allí era donde brillaban y se hicieron célebres la Bella de Pierrefeu, como se llamaba á la dama del castillo de este nombre, Estefanía de Bauccio, Beatriz de Agout, Matilde de Villeneuve, Estefanía de Gantelmes, la *garrida* dama de Romanín, la marquesa de Malaspina, la de Saluces, Clarita, la hermosa de Bauccio, Hugoneta de Sabrán, Helena de Mont Pahón, Ursina de los Ursieres, Azalais de Avignón, Clara de Anduze, Beatriz de Signe, Constanca de Foix, la bella Rogesta, la condesa de Rodez, Guillermina de l' Isle, la cortés entre las corteses marquesa de Gourdon, y muchas otras: allí, por fin, era donde se tomaban los acuerdos y se dictaban las sentencias, basadas siempre sobre el principio de que «el primer deber del hombre es el de tener un corazón franco y bueno, á fin de honrar á las damas.»

Per sola leys cui hom so
 dei aver franc cor e ho
 per totas damas onrar.

Los trovadores provenzales, en sus *tensiones* principalmente, como si obedecieran á una corriente espiritualista de la época, suscitaban y debatían cuestiones sutiles, no todas honestas, fomentando así y propagando el gusto para las cosas del alma y del sentimiento. Algunas de las cuestiones que por medio de aquel género de poesía se debatían, nos parecen hoy verdaderamente pueriles, si no ridículas; pero hay que tener en cuenta el siglo, la localidad, las circunstancias, las costumbres. ¡Cuántas cosas que hoy,

en pleno siglo XIX, nos parecen perfectamente regulares, serán perfectamente ridículas para siglos que nos sucedan!

No hay que olvidar tampoco que el gusto de aquellas discusiones galantes tuvo más tarde un eco en las literaturas española, italiana y francesa, donde en determinadas épocas los problemas de amor y de cortesía ocuparon la atención de los mejores ingenios, reproduciendo la moda de los trovadores, en los cuales algo debió encontrarse que hablara al espíritu, al corazón, al alma.

Se observa que en las primeras *tensiones* de los trovadores se terminaba la discusión, sobre cuyo punto no acertaban á ponerse de acuerdo los contendientes, dejándola á resolución de alguna dama conocida por su ingenio, por su instrucción ó por su experiencia. De aquí á las Cortes de amor no hay más que un paso, y éste pudo ser, y debió ser sin duda, el origen de los tribunales galantes.

En una *tensión* acerca de si son los ojos ó el corazón lo que más induce á amar, se acuerda acudir á la condesa de Poitiers para que resuelva la duda. En otra sobre cuál es la más amada, si la dama presente ó la ausente, se resuelve también dejar la solución á juicio de una dama.

En la *tensión* sostenida por Gancelmo Faidit y el marqués Alberto sobre si en amor son superiores los males ó los bienes ó al contrario, el marqués propone á Gancelmo dejar la decisión á la noble condesa de Angulema, que sabrá elegir haciéndose cargo del pró y del contra.

Gancelm Faiditz nostra tensós
an' á la comptesa, qu' es pros,
d' Engolesme, qu' en sabrá dir
lo ben e 'l mal, e 'l miels chausir.

Ya luego lo más común fué acudir, no á una dama, sino á un tribunal de damas, á una Corte de amor.

Así se ve en la *tensión* más arriba citada de Giraldo y Peyronet, así se ve también en aquella otra en que Simón Doria disputa con Lanfranc acerca de «quién es más digno de ser amado, si el que da y regala por hidalguía propia y propia naturaleza, ó el que esto hace contra su incli-

nación, sólo para que por liberal y cortés se le tenga.»

En esta última *tensión* los contendientes, para dirimirla, acudieron á las damas que formaban las Cortes de amor de Pierrefeu y Signe, pero, poco satisfechos del juicio, recurrieron luego, como en apelación, á la que debía ser Corte ó tribunal supremo del castillo de Romarín, cuya presidenta era Estefanía de Gantelmes.

No queda duda alguna de que estos tribunales galantes existieron no sólo en Provenza, si que también en Portugal, cuando en aquel reino se hizo sentir la influencia de los trovadores provenzales que allí tuvieron sin disputa buenos y notables imitadores en los primeros poetas portugueses. Teresa, hija de Alfonso de Castilla, casada con Enrique de Borgoña, tuvo Corte de amor en Gusmaraens.

El uso de las asambleas ó torneos literarios era característico y entraba de lleno en las costumbres de la Edad media, pero en este punto las Cortes de amor eran más brillantes que los *Puys* de amor, de los cuales ha llegado la ocasión de decir algo.

Independientemente de las fiestas poéticas, de las veladas literarias, como ahora se diría, á que daba lugar accidentalmente en cada castillo la llegada de un trovador, había en sitios, y en épocas determinadas, concursos, asambleas, reuniones que tenían directamente por objeto el fomento y perfección de ese *arte de trovar*, tan querido entonces y reputado tan necesario.

De todas las instituciones establecidas con este objeto, las más importantes fueron los *Puys* de amor, que tenían algo parecido á las Cortes de amor y que tomaron su nombre y origen del castillo de *Puy-Verd* en la diócesis de Tolosa según unos, ó según otros del santuario de Puy en Velay, uno de los dominios del conde de Tolosa, y uno también de los santuarios más antiguos y célebres de las Galias, templo que había sido de galos y de romanos, y que el cristianismo había purificado ó santificado bajo el nombre de Puy de Santa María.

Con motivo de las frecuentes y cada vez más concurridas peregrinaciones á este santuario, fué como nació y se

desarrolló, según la tradición más verídica, la institución de esas fiestas caballerescas y literarias, que luego debían ser conocidas por *Puys de amor*, y que se crearon al decir de los cronistas para mantener *amor, joia e jovent*. Cambras, Arras, Lille, Valenciennes, Bethune, Tournás, y muchas otras villas se hicieron célebres luego por sus *Puys*, tomando este nombre del lugar donde primeramente habían nacido estas fiestas.

A ellas concurrían los grandes y pequeños barones, los caballeros, los trovadores, los juglares provenzales, de manera que la escogida y galante sociedad del país se encontraba así reunida en una sola corte en días determinados.

A más de los torneos de guerra los había literarios, torneos de trovadores, en los cuales éstos se disputaban la palma de la victoria. Presentaban sus composiciones optando al premio á un tribunal compuesto de trovadores, por ellos mismos elegido, el cual coronaba la mejor poesía, ó las mejores, motivando su sentencia y dando sobre las composiciones no coronadas útiles y provechosos consejos para el progreso del arte. Parece que algunas veces el tribunal se componía de damas. De manera, que no sólo había algo de las Cortes de amor, sino que en estos *Puys* hay que ir á buscar la idea, el origen de los Juegos Florales.

Semejantes fiestas traían consigo enormes gastos, y procuraban á los señores del Mediodía la ocasión de dar muestras de liberalidad fastuosa, reputada entonces como una de las más altas virtudes de la caballería. Entre aquellos señores no faltaba nunca alguno que se exponía á arruinarse encargándose por sí solo de todos los gastos de la fiesta, y á este efecto existía, para cuando llegase este caso, un ceremonial conocido.

En medio de una vasta sala donde estaban reunidos los barones concurrentes á la fiesta, se veía á un personaje aislado con un gavilán en el puño. Aquel de entre los barones que quería señalarse con un acto de liberalidad ostentosa sufragando todos los gastos de la fiesta, se acercaba al personaje citado, y apoderándose del gavilán, se lo pasaba á su puño. Bastaba esto para demostrar que todo corría á su

cargo. Algunas veces no era sólo un barón, sino varios unidos los que se encargaban de la esplendidez de la fiesta.

En cuanto al personaje encargado de guardar el gavilán y presentarlo, era elegido de antemano mediante otra ceremonia, y recibía el nombre de señor de la corte del Puy. El trovador auvernés, conocido por el monje de Montaudon, desempeñó una vez este cargo, según se lee en las biografías provenzales.

Al Puy de Santa María, es decir, á Puig-Velai, se refiere un episodio de la vida de un trovador, que me parece propio lugar éste para referir, porque no sólo es una faz de la sociedad caballeresca del Mediodía, sino también porque muestra el íntimo enlace que la poesía de los trovadores tenía con las costumbres originales y singulares de aquella sociedad.

Ricardo de Barbazieux era trovador y también caballero, oriundo del castillo de Barbazieux en Saintonge. Era gallardo y diestro en armas, y *trovava* con arte, perfección y sentimiento.

Enamoróse de una ilustre dama, mujer de Jofre ó Godofredo, barón de Taunai, é hija de Jofre Rudel, príncipe de Blaye; y como la dama era noble y bella, cortés y sensible, ambiciosa de premios y honores, escuchó las instancias del caballero, y las retuvo (*retenc sos precs*), como dama dispuesta á tener un trovador que la ensalzara inspirándose en ella. Amóla Ricardo con discreción tan absoluta, que jamás reveló su nombre á nadie, limitándose á designarla en sus cantos con el nombre de *Mielz de domna*.

Sucedió en esto que hubo corte y grandes fiestas en el Puy de Santa María con motivo de haber sido armado caballero el hijo del conde Ramón de Tolosa. Asistieron muchos nobles y barones de alto linaje, celebráronse torneos y certámenes en todos los cuales parece que alcanzó premio Ricardo, y se cuenta que en una velada ó banquete para obsequiar á los vencedores, cuando todos los caballeros allí presentes se vanagloriaban, unos de poseer grandes tierras, otros un buen castillo, aquéllos un halcón, éstos una bella guarida, Ricardo, excitado por la alegría

de su triunfo, cedió al deseo de glorificarse con su dama y reveló su nombre.

Súpolo su dama, é irritada por ello, le despidió. Fué tanto el pesar de Ricardo por haber perdido el afecto de *Mielz de donna*, que desapareció por espacio de dos años, habiendo circulado el rumor de que se había hecho ermitaño. Damas, damiselas y caballeros se lamentaban de la pérdida de tan noble y cortés trovador, y suplicaban á la dama de Taunai que le fuese perdonado aquel momento de olvido.

—No le perdonaré, contestó ella, como no sea que cien varones, cien caballeros, cien damas y cien damiselas, pidan gracia, todos á un tiempo, sin saber á quién dirigen su ruego.

Entonces el caballero, que era hombre de gran sentido y de buen ingenio, calculó que, aprovechando la ocasión cercana de las fiestas del Puy, á las cuales debía concurrir su dama, encontraría allí número bastante de damas y caballeros para pedir gracia. A este efecto, y con este propósito, compuso una canción, y el día de la fiesta subió á un lugar elevado y la cantó como mejor supo ante una asamblea inmensa.

La canción decía de esta manera:

Atressí com l' olifans
que quan chai no 's pot levar...

«Cuando llega á caer el elefante, no puede levantarse si los demás no le ayudan con sus voces y gritos. Yo imitaré este ejemplo. Tal es mi culpa y tales mis yerros, que si la corte del Puy, si la alta cortesía y la noble generosidad de los leales amantes no me levantan, jamás de la vida podré volver á sostenerme en pié. Que se dignen pedir gracia para mí, pues que mis ruegos no son oídos y no hallo piedad.

»Si, con el auxilio de los amantes delicados, no puedo recobrar mis goces de amor, renuncio á cantar para siempre. Perdida toda esperanza, viviré como un ermitaño, solo, sin consuelo. Mi vida es el trabajo y la fatiga, la alegría es un pesar para mí, el placer un dolor...

»Yo sé bien que Amor es tan noble que puede perdonarme. Mi yerro consiste en exceso de amor. Yo no me parezco á Dédalo, que decía llamarse Jesús, y que en su vanidad pretendía volar al cielo, consignando sólo que Dios humillara su orgullo temerario. Como mi orgullo consiste sólo en saber amar, la compasión debe venir en mi auxilio.

»Confieso á la faz del mundo que me arrepiento de haber hablado más de lo que debía. Sufro tanto por haber sido débil en decir lo que nunca debiera haber dicho, que si imitar pudiese la fábula del Fénix que consumido, renace de sus propias cenizas, me arrojaría al fuego para luego renacer en suspiros y llantos allí donde, fuera de la piedad, se halla reunida toda la suma de bienes.

»Mi canción me servirá de excusa allí donde no me atrevo á ir, allí donde no me atrevo á fijar mi vista, tanto es lo que sufro, tan postrado y vencido me siento. ¡Oh vos, la más perfecta de las damas, de quien he huido por espacio de dos años, á vos vuelvo doliente y afligido! Así como el ciervo, extenuado por su carrera, viene á morir á los piés de los cazadores, así, señora, vengo á postrarme ante vos y á pedir os gracia.»

A estos lamentos tan sentidos, la multitud entera que se hallaba presente comenzó á pedir gracia, y Ricardo recibió el perdón de su dama, que le devolvió sus favores como en pasados tiempos.

FIN DEL DISCURSO PRELIMINAR.

ADRIANO DE PASCARIS

LOS TROVADORES

ADELAIDA DE PORCAIRAGUES.

Azalais ó Adelaida de Porcairagues comienza, por ley de alfabeto, la lista de los trovadores, y al propio tiempo la de aquellas damas que, como la condesa de Die, gustaban de bajar á la arena de los certámenes á departir con los poetas más célebres y á disputarles el laurel de la victoria.

Escasas noticias se tienen de esta poetisa. Su biógrafo provenzal las reduce á línea y media.

«Nacida junto á Montpellier, dice, fué bella, instruida y compuso muy buenas canciones.»

Una sola de estas ha llegado hasta nosotros.

Según parece, Adelaida pertenecía á una distinguida familia de la comarca de Montpellier, y se dice que amó á Guido de Guerrujat ó Ferrujat, de la casa de Montpellier, hijo de Guillermo VI. El amante de Adelaida, por quien ésta escribió muy buenas canciones, que obtuvieron gran popularidad en su tiempo, murió en 1177.

Esta poetisa pertenece, pues, al siglo XII, siendo contemporánea de la célebre condesa de Die, que se sospecha pudo ser su rival en amores, según como sea interpretada una estrofa de la única poesía de Adelaida, hoy conocida.

He aquí esta composición, que el lector me permitirá estudiar y comentar estancia por estancia, ya que es la sola que de Adelaida ha sobrevivido y ya que otra cosa, por lo demás, no pueda decirse de la discreta dama de Porcairagues.

No vale esta poesía lo que la peor de la condesa de Die, poetisa realmente de más ingenio y sentimiento que Adelaida; pero es notable por sus pensamientos sencillos y naturales, expresados con atractiva ingenuidad.

Comencemos por copiar íntegra la composición, dejando para luego la interpretación y los comentarios.

Ar em al freg temps vengut,
 quol gels et neus e la faigna;
 e l' auzelet estan mut,
 qu' us de cantar no s' afranha;
 e son sec li rams pels plais,
 que flor ni folha no i nais,
 ni rossinhols no i crida
 que l' an en mai nos reïssida.

Tant ai lo cor decenbut
 perch' en soy a totz estraïgna,
 e sai que l' on a perdut
 mot plus tost qu' on no gazonha;
 e s' ieu failh ab mots verais
 d' Aurenga me mou l' esglais;
 perch' ieu n' estanc esbaïda
 en pert solatz en partida.

Domna met mouert mal s' amor
 qu' ab trop ric hom plaïdeja
 ab plus aut de vavassor,
 e cil que o fai folleïa:
 que Ovidi o retrai
 qu' amors per ricor no vai;
 e domna que n' es cauzida
 en tenc per envilanida.

Amic ai de gran valor,
 que sobre tot senhoreja;
 e non a cor trichador
 vas me, que s' amors m' autreja.
 Eu dic que m' amors l' echai,
 e cel que ditz que no fai
 Dieus li don mal' escarida;
 qu' ieu m' en tenc ben per guarida.

Bels amics, de bon talan
 son ab vos totz jorus en gatge,
 cortés' e de bel semblan,
 sol no 'm demandes outratge.
 Tots en venrem a l' essai
 qu' en vostra mercé 'm metrai;
 vos m' avetz la fe plevida
 que no m' demandes faïllida.

A Dieu coman Bel-Esgar,
 e plus la ciutat d' Aurenga,
 e Gloriet' e 'l Caslar,

e lo senhor de Proensa,
 e tot quant yol mon ben lai.
 Mas lai on fon fait l'essai
 cellui perdei qu' a ma vida,
 en serai totz jorns marrida.

Joglars, qu' avetz cor gai,
 ves Narbona portatz lai
 ma canson ab la fenida
 leis cui jois e jovens guida.

Como se ve, su primera estancia es una descripción del invierno. Ha llegado el tiempo frío, y con él la nieve, el hielo y el lodo; las avecillas enmudecen y nadie se alegra con su canto; los árboles extienden sus desnudas ramas; no se ven ni flores ni hojas; y el ruiseñor no anuncia la llegada de Mayo.

Por esta primera estancia, que es acaso la mejor del canto, su autora se prepara para decir en la segunda que la tristeza roe su corazón y que á todo y á todos es extraña. «Yo sé bien, dice, que más he perdido que ganado, y si he de decir la verdad, de Orange proviene mi turbación, siendo por esto que me siento desvanecida y en gran parte perdido mi solaz.»

Así es como yo considero que debe traducirse esta segunda estancia, que es la que da lugar á la duda antes indicada.

Ahora bien; Millot, y también Azais, al examinar esta poesía han creído que se refería á Rimbardo de Orange, libertino caballero y galante trovador, de quien me he de ocupar más adelante, célebre por sus aventuras, por sus versos y por sus amores con la condesa de Die.

En este caso, efectivamente, y dada esta interpretación, Adelaida se lamentaría de unos amores desdichados con el príncipe de Orange, y de haberle sido este infiel ó de no haberle correspondido. Conozco que á esta interpretación puede dar lugar lo que se dice en la tercera estancia, que parece haber sido contestada por una poesía de Rimbardo de Orange que luego citaré.

Pero ¿es verdaderamente del príncipe de Orange de quien se trata, ó de la ciudad de Orange? Someto esta in-

terpretación á mi amigo el sabio y erudito Mr. Gabriel Azais, que para fortuna y gloria de las letras vive todavía, y que en sus *Trovadores de Beziers* ha hecho de la canción de Adelaida un más detenido y meditado estudio del que tuvo ocasión de hacer en el pasado siglo el abáte Millot.

En mi entender, Adelaida quiso decir, y dice, que la tristeza, la turbación de ánimo, su desasosiego, proceden de la ciudad de Orange donde tuvo acaso alguna pena de amores. Si esta es, como creo, la interpretación, nada hubo de las galantes relaciones que con el de Orange se le atribuyen.

En la tercera estancia dice que hacen mal las damas que se adhieren á los grandes señores, pues que el amor viene á ser para ellas una especie de humillación y de desprecio. Ya Ovidio lo dijo, añade, que el amor y el poder no enlazan bien.

Según una variante de esta estrofa, los versos que dicen:

que Ovidí o retrai
qu' amors per ricor no vai,

deben leerse de esta otra manera:

quar so dison en Velai
qu' amors per ricor non vai.

En este caso, la traducción es que «según dicen en el país de Velai, el amor y el interés ó el amor y el poder no enlazan bien.»

La circunstancia de lamentar Adelaida la conducta de aquellas damas que consagraban su amor á un potentado, consiguiendo tras de esto el desdén y el abandono, ha podido hacer creer fundada la opinión de sus amores con Rimbaldo; pero esto no es más que el eco de la opinión general que se tenía en el país habitado por la poetisa. Efectivamente, en la comarca de Carcasona, miraban con desprecio, dándola como muerta, á la dama que pasaba á ser la querida de un alto barón. *La i tenian per morta tota donna que fassa son drut d' haut baró.* Y es que, según leyes de aquella caballería galante, el caballero debía estar siem-

pre sometido en vasallaje á su dama, invirtiéndose los papeles cuando el que debía ser vasallo era un poderoso señor con derecho á mandar y exigir en vez de suplicar.

En las poesías de Rimbaldo de Orange hay un pasaje que parece ser respuesta á esta tercera estancia de la canción de Adelaida, ó á la vulgar preocupación que de citar se acaba.

«Los grandes señores, dice, cuando tienen un corazón leal, merecen más que otros el amor de las damas. Sólo á viles damas es dado amar en secreto y elegir para esto amantes oscuros. A muchas mujeres he visto yo perder su honra por amores con simples caballeros, cosa que no puede suceder con un grande, que posee sentimientos elevados y nobles.»

En la cuarta y quinta estancia Adelaida declara tener un amigo que supera á todos en valía, sin duda Guillermo Guerrujat de Montpellier, aquel por quien dicen sus biógrafos que compuso tan bellas canciones. La poetisa confiesa su pasión, y dirigiéndose á su amante le dice que será suya mientras no le pida nada que la deshonne.

La sexta estancia está destinada á pedir á Dios que ampare y guarde el pueblo de Bel-Esgar, la ciudad de Orange, la Glorieta, el castillo de Cailar, el señor de Provenza, y todo aquello á que ella tiene cariño en el país. La estrofa concluye con una alusión á heridas del alma sufridas por la autora, y de las que aún no está curada.

La *Tornada* final dice así:

«Juglar, vos que tenéis alegre el corazón, llevad mi canción á Narbona, á aquella á quien guían la juventud y la belleza.»

Puede conjeturarse que la persona á quien alude y para quien encarga la canción al juglar, es la vizcondesa Ermengarda de Narbona, que como Adelaida vivía á mediados del siglo XII, y que tenía corte de amor, donde eran galantemente acogidos y con esplendidez alojados los trovadores y juglares que á ella concurrían.

Como en estas páginas se ha de tropezar más de una y de dos veces con el nombre de la vizcondesa de Narbo-

na, permítaseme decir algo de esa mujer extraordinaria.

Ermengarda entró á regir el vizcondado de Narbona el año 1143, habiendo casado el anterior con un señor español, cuya familia se ignora y que se llamaba Alfonso. Por los años de 1145, habiendo quedado viuda, casó con Bernardo de Andusa.

En el año de 1148 se la ve, tan aguerrida como emprendedora, partir al frente de sus tropas, para, en unión con el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, poner sitio á Tortosa, ocupada por los sarracenos.

En 1155 se la encuentra en Montpellier, al paso del rey Luis el joven, á su regreso de Santiago.

En 1162 salió al encuentro del papa Alejandro III, á quien rindió homenaje en Montpellier como á legítimo pontífice.

En 1163 se la ve administrar justicia por sí misma y presidir los tribunales, áun cuando las leyes romanas, seguidas entonces en Narbona, lo prohibían á las mujeres.

En 1167 concluyó un tratado de comercio con los genoveses, que estaban entonces en guerra con los piranos.

Ermengarda, viéndose en el año 1168 sin esperanzas de dejar posteridad, llamó á su corte á Aimerico de Lara, hijo de su hermana Ermesinda, que había casado con el español Manrique de Lara, señor de Molina. Ermengarda adoptó á Aimerico y le designó por su heredero, pero habiendo muerto sin hijos este joven príncipe por el mes de Julio de 1177, Ramón V quiso, como soberano, apoderarse de Narbona, á fin de impedir á Ermengarda que nombrase otro heredero sin su consentimiento; pero la vizcondesa, sosteniendo su derecho, formó alianza contra él con el rey de Aragón, los vizcondes de Nimes y Carcasona y el señorío de Montpellier.

Por los años de 1182, á ruegos de Enrique II rey de Inglaterra, Ermengarda llevó tropas, por ella misma capitaneadas, á Ricardo duque de Aquitania, hijo de aquel monarca, para ayudarle á reducir á los vasallos que se le rebelaran.

Cansada por fin del gobierno, lo dimitió el año 1192,

traspasando el vizcondado de Narbona á Pedro de Lara, su sobrino, al cual llamó junto á ella después de la muerte de Aimerico de Lara, su hermano.

Murió esta princesa en Perpiñán el 14 de Octubre de 1197, en los estados de su pariente el rey de Aragón, donde se había retirado, llevándosela á enterrar al monasterio de Fontfrida en la diócesis de Narbona.

Ermengarda merece un lugar preferente entre las mujeres ilustres, no distinguiéndose menos por las virtudes viriles que por las propias de su sexo y por la sabiduría de su gobierno. Su corte fué centro siempre de cortesía y gentileza, y á ella acudían los poetas provenzales, de cuyas composiciones gustaba mucho Ermengarda, y á quienes protegía colmándoles de dones y de honores.

AICARTS DEL FOSSAT.

Es un trovador político, pues así lo revela la única composición que de él se conserva.

Nada, sino el nombre, se sabe del poeta, ni otra obra de él se conoce que un *serventesio* sobre las guerras de Nápoles, para inteligencia del cual es preciso poner á los lectores al corriente de los sucesos históricos á que se refiere.

La casa de Suabia estaba en abierta lucha con la Santa Sede. Ya Federico II había sido excomulgado por el papa Inocencio IV, y desde entonces el papa, no sólo le buscó competidores al imperio, sino que ofreció el reino de Nápoles á varios príncipes. La lucha era tenaz por un lado y por otro. Los hijos de Federico fueron anatematizados como el padre, y Clemente IV en 1265 daba á Carlos de Anjou, hermano del rey de Francia Luis IX, la investidura de las Dos Sicilias. El nuevo rey se dispuso á conquistar su reino con las armas en la mano, y sus huestes tuvieron varios encuentros con las de Manfredo, noble y valiente hijo de Federico II. Alejandro tuvo la desgracia de ser vencido en 1266, perdiendo la vida con la batalla.

Pudo creer entonces Carlos Anjou por un momento que gozaría en paz de un reino, al cual, sin embargo, no tenía más derecho que una investidura dada contra toda justicia por el papa; pero se le presentó otro competidor que, fuerte en sus derechos de sucesión, no quería avenirse á las pretensiones de Carlos. Fué Conradino, hijo del rey Conrado y nieto por consiguiente del emperador Federico II.

El joven Conradino, siendo por herencia legítimo rey de Sicilia, se dispuso á luchar contra Carlos de Anjou, pero también la suerte le fué contraria. Hecho prisionero, pe-

reció desastrosamente en un cadalso, desde donde, antes de morir, arrojó su guante á la multitud para que le depa-rase un vengador. La muerte de Conradino ha quedado en la historia como un borrón para Carlos de Anjou, y el guante del degollado fué á parar á manos del hidalgo D. Pedro de Aragón, que vengar supo en su día á aquella noble víctima.

El *serventesio* de Aicarts de Fossat fué compuesto antes de sobrevenir aquel terrible desenlace. Según puede verse por su lectura, se escribió en los momentos en que ambas huestes, la de Conradino por un lado, la de Carlos Anjou por otro, se aprestaban á la batalla. El trovador es favorable á los intereses de la casa de Anjou, y no lo oculta ciertamente.

He aquí este *serventesio*, escrito verdaderamente con calor y con elevada inspiración:

«Ha surgido entre dos reyes una nueva diferencia, que produce querellas y guerras, gastos, penas, ruido, tumulto, movimientos y ligas. Conradino llega de Alemania, y, sin título para ello, quiere apoderarse de lo que Carlos adquirió en la Pouilla. Pero la madera y el hierro habrán roto muchas cabezas y muchos brazos antes que se hayan terminado esas diferencias y logre ejecutar su proyecto Conradino.

»No tardaremos en ver descargar ricos bagajes, levantarse tiendas en el campo, y á muchos barones concertarse entre sí para convenir en los medios de triunfar. Veremos llegar soldados de todos los paises; ir y venir mensajeros, ya pública, ya secretamente. En los ejércitos tan pronto resonarán gritos de júbilo como gritos de dolor. Oiremos también clarines y atabales, y veremos armaduras brillantes, cascos relucientes, caballeros ansiosos de combatir esparcidos por los campos con sus estandartes y banderolas, grandes líneas de soldados rotas, muchos dardos despuntados. Por valles y llanuras oiremos gritos, sollozos, lamentos, aullidos.

»No tardarán en emprender los reyes la pelea. Allí donde floten los estandartes reales, allí veremos rajar cascos y

escudos á grandes golpes de maza, romper corazas, hacerse añicos las lanzas, descargar golpes mortales: y si se penetra en lo fuerte de la batalla para hacer prisioneros, allí es donde se verá más de un valiente derribado de su caballo y revolcándose por el suelo, siendo muchos los que se dejarán degollar antes de rendirse.

»El Aguila tiene un derecho tan igual al de la Flor (de lis) que las leyes de nada sirven y las decretales no bastan. Por esto irá á sostener su derecho en el campo, y vencerá el que mejor sepa defenderse.»

ALBERTO,

MARQUÉS DE MALASPINA.

Era de la casa de los marqueses de Malaspina, una de las más ilustres de Lombardía. Se le tenía por hombre valeroso, cortés, liberal, galán y buen trovador, y son varios los autores de nombradía que le colocan en el número de los primeros y más reputados poetas de su tiempo. Florecía á fines del siglo XII.

En las historias y crónicas galantes de Provenza anda mezclado el nombre de Alberto el marqués, como se le llama para distinguirle de otros Albertos, á una aventura de amores.

Bosson ó Posson de Aquitania, amigo y deudo del marqués Bonifacio de Montferrat, requería de amores á una doncella llamada Isaldina de Adhemar, pero sus padres se negaban á dársela por esposa, y no creyéndola bastante segura en su propia casa, la confiaron á la custodia de Alberto, marqués de Malaspina. Bosson acudió á su protector el de Montferrat, el cual con deseos de servir á su amigo, se dió trazas á robar la dama, que se llevó á la fuerza de casa del marqués de Malaspina, entregándola á su amante. Fué celebrada esta aventura por el trovador Rimbaldo de Vaqueiras en una poesía dedicada á Bonifacio de Montferrat, al que elogia y aplaude como autor del hecho.

A consecuencia sin duda de esta composición, ó por otras causas ignoradas, el marqués de Malaspina rompió con Rimbaldo de Vaqueiras, de quien había sido gran amigo y protector en otros tiempos. Lo cierto es que exis-

te una *tensión* entre el marqués y Rimbardo, en que entrambos se dirigen violentos y mutuos insultos. Se atribuye esta *tensión* al marqués de Malaspina, pero no debe ser así: más bien es de creer que fuese obra de algún émulo, el cual encabezó sus coplas con el nombre de los dos antagonistas.

La composición, no obstante, es curiosa y merece reproducirse.

Habla primero Alberto y pregunta á Rimbardo si es verdad que le haya atacado en un *serventesio*, y si lo es también que haya sido despreciado de una dama á quien él (Alberto) dirigió en otro tiempo enamoradas canciones.

Contesta Rimbardo y dice:

«La indigna se ha alejado de mí, y creo que haríais bien en casaros con ella, pues le encuentro muchas inclinaciones á las vuestras parecidas y muchos puntos de contacto con vos, que tantas veces habéis sacrificado fé, palabra y juramentos á vuestro interés. De esto se lamentan los genoveses, quienes os acusan de haber robado en los caminos.»

Mas vos e lieis persegua vostra fes
e' avetz cent vetz per aver perjurada:
perque 's clamon de vos li Genoés
que, mal lur grat, lur empenhes l' strada.

Alberto da la singular é ingeniosa respuesta siguiente:

«Si alguna vez me apoderé de lo ajeno, no fué por avaricia ni deseo de atesorar, sino solo por el placer de dar. Vos mismo habéis sido objeto de mis beneficios, cuando os ví en Lombardía, viajando á pié como un desdichado juglar, desgraciado en amor, lo propio que en fortuna. Decidme si no fué una buena limosna la de daros entonces de comer. Acordáos cómo estábais cuando os hallé en Pavía.»

Per Dieu, Rambautz, de so us port guerentia
que mantas vetz, per talen de donar,
ai aver tol, e non per manentia
ni per thesaur qu' ieu volgues amassar...

«*Rimbardo*.—Alberto, marqués, sois el primer hombre

del mundo para calumniar, para toda clase de malignidades, y el último en mérito y en valor...

Albert, marqués, ennuet e vilania
sabetz ben dir, é miels la sabetz fer...

»*Alberto*.—También vos habíais hecho otra locura, la de abandonar el oficio de juglar, que os ponía á flote, para haceros caballero. Desde que habéis tomado un corcel en vez de un rocín, ni habéis blandido la lanza ni manejado la espada.

»*Rimbaldo*.—Alberto, marqués, todas vuestras gentes murmuran de vos como de un hombre sin fé, os llaman el marqués amigo de mancebas, falso, mal nacido y desleal.»

No es de creer que esta composición sea, como se supone, del marqués de Malaspina. Millot hace muy acertadamente esta observación.

Verdad es que en aquella época los nobles y caballeros no se detenían ante los saqueos, los secuestros y las violencias. Estaba en las costumbres. Hasta de ello hacían gala. En el estado continuo de guerra en que se hallaban, de baron á baron, de vecino á vecino, los atentados de que habla la poesía eran cosa común y corriente. Todo se cubría con el manto y con las necesidades de la guerra, pero esto no obstante, hay algo demasiado grave en la composición contra el marqués de Malaspina, para creer que pueda ser su autor.

Pero vamos ya á otras poesías de más segura y legítima procedencia.

Existe una bella *tensión* del marqués de Malaspina. Discute éste con el trovador Gancelmo Faydit acerca de cuáles son más grandes entre los males ó bienes del amor.

El marqués pregunta:

—«Gancelmo Faydit, yo os pregunto cuáles os parecen mayores, si los bienes ó los males de amor. Decidme lo que sobre ello pensáis. Son los bienes de amor tan dulces y tan buenos, y tan crueles y duros los males, que para

cada cosa encontraréis buenas razones que escoger, si en ello queréis fijaros.

Gancelm Faydit, ieu vos deman
qual vos par que sion major
o li ben o li mal d' amor;
digatzm' en tost vostre semblan:
qu' el ben es tant dous e tant bos,
e 'l mal tant dur e angoissós,
qu' en chascun podetz pro chauzir
razons, s' o voletz à dreit dir.»

Faydit contesta que son tan grandes las penas que causa el amor y tan dulces y sabrosas sus dichas, que difícilmente pudiera hallarse un amante que se atreviese á decidir el caso. «Sin embargo, dice, yo por mi parte no vacilo en confesar que los bienes son dos veces preferibles á los males, si hay amante que sepa bien servir y bien amar con discreción y paciencia.»

La disertación de Faydit se extiende en este sentido, pero el marqués no se convence, y propone que se decida la cuestión sometiéndola al arbitraje de la noble condesa de Angulema, «la cual sabrá escoger entre el pró y el contra.»

Gancelm Faydit, nostra tensós
an' a la comtessa, qu' es pros,
d' Engolesme, qu' en sabrà dir
lo ben e 'l mal, e 'l miels chausir.

Las cuestiones que se trataban y controvertían en las *tensós*, género en el que brillaron muy especialmente los trovadores, se llevaban á resolver con frecuencia á alguna dama ilustre por su nobleza y por su ingenio.

César de Nostradamus en su *Crónica de Provenza* nos habla de esta costumbre, citando á dos trovadores que sometieron una sutil cuestión de amores á las damas de la corte de amor de Pierrefeu y de Singe, pero que no habiendo quedado satisfechos de la sentencia, recurrieron, como en apelación, «á la corte soberana de las honorables damas de Romanín, la cual formaban Estefanía de Gantelmes, dama de Romanín, la marquesa de Malaspina, la marquesa de Saluces, Clarita, dama de Baux, Hugoneta

de Sabrán, Helena de Mont Phaón, Ursina de los Ursieres, y muchas grandes y nobles damas, cuyos acuerdos y sentencias se han perdido, pero que yo, continúa diciendo Nostradamus, recuerdo haber visto y leído.»

Y volviendo ahora al marqués de Malaspina, vamos á su poesía más importante, más original y más bella, poesía que bastaría por sí sola á reconocer que el autor es de la verdadera raza de los poetas. Consiste esta composición en un ingénuo diálogo entre el trovador y su amada, único quizá en su género.

—«Yo me recomiendo á vos, señora. Nunca amé á otra dama, y vos sois la única que encendió mi corazón.—Amigo, os digo y prometo que haré cuanto os plazca.

—«Mucho tardáis en hacerlo, señora.—Amigo, nada perdéis en ello.

—«Señora, por mi fé os juro que me veréis morir, si retardáis este feliz momento.—Amigo, pensad que os amo de buena fé y con toda el alma.

—«Tened pues piedad de mí, señora.—Esto he de hacer, amigo.

—«Si yo vivo, es sólo por vuestro amor, señora.—Mi buen amigo, también es todo vuestro mi corazón.

—«Dádmelo, pues, señora.—Consiento en ello, mi dulce y buen amigo.

—«En vos pongo toda mi confianza, señora, que si me regocijo y compongo canciones, es por vos tan solo.—Amigo, hacéis bien, pues que sabéis cuánto os amo.

—«¿Qué prueba me daréis de ello, señora?—Amigo, os doy mi fé en prenda.

—«Estas palabras, señora, alivian todas mis penas.—Amigo, sólo con paciencia y sumisión llegan los amantes leales á conseguir sus deseos.

—«Señora, mi mal llega á ser insoportable.—Pues bien, amigo, consoláos con este beso que os doy.

—«A vos me entrego, señora, con toda humildad y plegadas mis manos.—Marqués, llevas ya tus pretensiones demasiado lejos.

—«Es que os amo con delirio.—Marqués, vuelve en tí.

—»Señora, me abrasa el deseo de que seáis mía.—Me guardaré bien de ello, marqués.

—»¡Por piedad, señora! Ved que no os arrepentiréis, os lo juro.—No me fio, marqués.»

No me ha sido dado hallar más noticias acerca del marqués de Malaspina.

ALBERTO DE SISTERÓN.

Por lo que toca á este trovador existe alguna confusión en los manuscritos. Unos hablan de Alberto ó Albertet de Sisterón, otros de Alberto de Gapennois ó de Gap. Es, sin embargo, uno sólo. Llamáronle algunos de Gap ó de Gapennois, por haber nacido en esta comarca; otros de Sisterón, porque en esta villa residió largo tiempo y en ella murió.

Esto se desprende de lo que dice su biógrafo provenzal, quien sienta en efecto que nació en el Gapennois, siendo hijo del juglar Nazur, conocido como autor de muy buenas canciones. Albertet, prosigue diciendo el mismo biógrafo, compuso muchas canciones, cuyos aires eran excelentes, pero las palabras valían poco. Fué buen juglar de corte, decidor, complaciente y agradable á todos. Pasó mucho tiempo en Orange, y se hizo rico. Después se fué á Sisterón donde terminó sus días.

Nostradamus publica datos biográficos totalmente contrarios á éstos. Dice que era un caballero de Sisterón, amante de la marquesa de Malaspina, una de las más bellas y más ilustres damas de Provenza, de quien fué amado á su vez, dando mucho que decir estos amores á las gentes. Llegó un día en que la marquesa le pidió por medio de una carta que se alejara, á causa de lo mucho que de ellos se hablaba, y le envió trajes, un caballo y dinero. Alberto obedeció, y nunca más volvió á saberse de él.

El Monje de las Islas de Oro, añade Nostradamus, dice que era de la casa de los marqueses de Malaspina; que murió de dolor en Tarascón; que antes de morir confió todas sus obras á su amigo Pedro de Valernes, encargándole se

las diese á la marquesa, pero aquel depositario infiel las vendió á un trovador de Uzés, llamado Fabre, que se las apropió y dió como suyas; que fueron luego reconocidas como de Alberto; que Pedro de Valernes lo declaró así mismo; que Fabre fué preso y condenado á recibir azotes, según las leyes imperiales, por haber usurpado bienes de otros; y finalmente, que Hugo de San Cyr pretende que Alberto era de Tarascón y que celebró en sus canciones á la condesa de Provenza y á las marquesas de Saluces y de Malaspina, en los tiempos en que Felipe *el Hermoso* cedió la mitad de Aviñón á Carlos II, rey de Sicilia y conde de Provenza, es decir, en 1290.

A estas noticias de Nostradamus, el abate Millot añade que, por lo tocante al origen, semejanza ó identidad de nombre pudo hacer confundir á Alberto con Alberto, marqués; y que en cuanto á sus amores con la marquesa de Malaspina, parecen confirmados por sus obras.

Efectivamente, en una de sus *endressas* nombra á Guillemina de Malaspina, á la cual ensalza mucho. En varias de sus poesías habla de una dama de alta nobleza y se considera muy atrevido en elevar hasta ella sus pensamientos. En otra de sus composiciones dice que su dama trata de alejarle, pero que por esto le será fiel y ha de amarla siempre, *hoy más que ayer*.

Fizel m' aurá trop mieills que non solia,
qu' ieu l' am totz jorns, sempr' huoi mais qu' hier.

En otra, finalmente, se lamenta de verse relegado por su locura á un país extranjero, donde no recibe ningún mensaje de aquella á quien ama y á la que, sin embargo, no abandonará jamás para aceptar otra.

Todo esto puede realmente dar algún viso de verdad á lo que dice Nostradamus.

Pero en lo que principalmente fijó su atención el abate Millot, y merece fijarse, es en el suceso del plagio que cuenta Nostradamus. El ejemplo es curioso é instructivo, pues él prueba que se miraban entonces como una propie-

dad respetable los productos del ingenio y la reputación que por ellos se adquiriría.

Las composiciones de Alberto de Sisterón no corresponden á la fama que alcanzaron. Son en efecto muy medianas, como dice el biógrafo provenzal. La más notable, en mi concepto, es la misma de que antes se han continuado dos versos, y cuya primera estrofa es esta:

Altrestal vol faire de mi m' amia
com lo rics hom fai del bon escudier,
que per assó qu' el lo serv volontier,
li aloigna mais sa cavalleria;
Mas á lieis non calria
d' assó gaire temer;
que, on mais mi faria
d' amor ni de plazer,
e plus fizel m' auria.

La obra más conocida, no la más notable, de Alberto, es una *tensión* con un Monje, á quien propone la cuestión de quiénes valen más entre los catalanes y los franceses. La composición es curiosa, y merece reproducirse:

«*Alberto*.—Monje, decid, según vuestra ciencia, quiénes valen más, los catalanes ó los franceses, comprendiendo entre aquellos los países de Gascuña, Provenza, Lemosín, Auvernia y el Vianesado, y entre los últimos la tierra de los dos reyes ¹; y puesto que sabéis el comportamiento de todos ellos, quiero que me digáis en cuáles está el mérito superior.

«*El Monje*.—Voy á deciros, Alberto, sin falta, quiénes valen más y de quiénes puede esperarse mayor bien; son aquéllos á quienes les agrada comer y regalarse bien, que llevan anchos trajes y bellos arneses, y son atrevidos y se dan prisa á herir. Estos valen más, según mi conocimiento, que los robadores escasos, necios aunque corteses.

«*Alberto*.—Monje, en esto vais equivocado, pues los nuestros son francos y de buen solaz, y siempre los encontraréis de buen talante, lo mismo en ayunas que después

¹ Se entiende la parte de Francia sometida entonces á las coronas de Francia y de Inglaterra.

de comer. Por ellos fué inventado el arte de trovar, al paso que en Poitou y en Francia os moriréis de hambre si habéis de esperar que os conviden.

»*El Monje*.—Por Dios, Alberto, mucho hay que escoger entre los franceses y los del Poitou, pues son generosos, honrados y galantes, y el pobre que es de ellos favorecido, no tarda en ser rico, mientras que vuestros descamisados cantarán, si cantáis, pero con ellos no llenaréis la panza, como no robéis por los caminos á los romeros.

»*Alberto*.—Monje, comida sin canto y sin risa no puede ser muy cortés ni agradable, y los nuestros saben obrar y hablar tan bien, que aventajan en prez á todas las demás gentes, mientras que nunca estuvo alegre un francés en ayunas. No es extraño, por lo demás, que se presenten tan bien ataviados, pues que los padres dejan las prendas á sus hijos.

»*El Monje*.—Alberto, poco puede dejar á mi ver, despues de su muerte hombre honrado alguno á sus parientes, si no tiene de qué comer mientras viva; antes bien, cuando no puede robar se encuentra en la miseria, y á más de quinientos caballeros conozco yo á quienes ni uno solo ví cabalgar en caballo, al paso que se les coge robando con sus sirvientes.»

Alberto.

Monges, digatz, segon vostra sciensa,
qual válon mais Catalan ò Fransés,
e met de sai Guascuenha e Proensa
e Limozin, Alvernh' e Vianés,
e de lai met la terra dels dos reis;
e quar sabetz d' els totz lur captenensa,
vueill que-m digatz en quals plus fis pretz es.

El Monje.

Aisó-us sai dir, 'N-Albert, senes faillesa,
qual válon mais ni don ven máier bes:
sill cui donars e bels manjars agensa,
qu' amples vestirs pórton e bels arnés,
e son ardit e feront demanés,
sill válon mais, segon ma conoisensa,
que ill raubador estreg, nesci cortés.

Alberto.

Monges, d' aisó vos aug dir gran erransa,
 que ill nostre son franc e de bel solatz;
 gent acuellens e de gaia semblansa
 los trobaretz e dejús e disnatz;
 e per els fo premiers servirs trobatz;
 e podetz ben en Peitau o en Fransa
 morir de fam, s' en convit vos fiatz.

El Monje.

Per Dieu, Albert, mout a gran de triansa
 entr' els Fransés e' ls Peitavis honratz,
 car ill son larc e d' onrada acoidansa,
 et est tost rix paubr' om, s' es lur privatz;
 e ill vostre nut chantarau, si chantatz,
 mas ja per els non empliretz la pansa,
 si estradas o romieus non raubatz.

Alberto.

Monjes, manjars ses gabar es ses rire
 non pot ésser fort cortés ñi plazens,
 e ill nostre sábon tan be far e dire
 per qu' au mais pretz de totas autras gens;
 et anc Fransés dejús non fo jauzens;
 leu pot ésser chascús d' els bos garnire,
 qu' a lurs enfans láisson lur garnimens.

El Monje.

Pauc pot laisser, Albert, al mieu albire,
 après sa mort nuils hom a sos parens,
 que, quant es vius, de sai non á que frire,
 ans, quant li faila raubars, es totz dolens;
 qu' ieu en conosc de cavaliers cinc cens
 qu' anc un non vi sobre cabal assire,
 ans los pren om emblan ab lo sirvens.

También existe otra *tensión* de este trovador en la cual propone á *Pedro* quién merece ser preferido por su amada, entre el caballero que se arruina por ella haciendo muchos gastos, ó el que, gastando lo mismo, encuentra medio de arreglar mejor aún sus negociõs.

Pedro responde que aquél que no disipa su hacienda, viviendo honradamente, merece la preferencia como el más cuerdo.

Alberto pretende que el que gasta sin reparar en ello está más enamorado que el otro, que comparte sus cuidados entre su fortuna y su amor.

Pedro le reprocha el preferir la locura á la razón, y añade que vale más que se diga de uno: Es generoso, que no: Lo fué.

ALFONSO DE ARAGÓN

Y

BELTRÁN DE BORN.

Alfonso llamado *el Casto*, I de Cataluña, II de Aragón, fué proclamado rey en las Cortes generales que se celebraron el año de 1162 en Huesca. Hijo del conde de Barcelona Ramón Berenguer *el Santo*, y de Doña Petronila de Aragón, tuvo la suerte de que en él se reuniesen gloriosamente las soberanías de sus padres; es decir, el condado de Barcelona y el reino de Aragón, siendo el primer rey que tuvo Cataluña.

En medio de las guerras, ocupaciones militares y luchas continuas de su época, no se olvidó de las letras, á las que prestó constante culto. Señor de una gran parte del territorio en que se hablaba la *lengua de oc*, y viviendo en una de las épocas en que más floreció su literatura, fué gran protector de los que cultivaban la poesía provenzal ó lemosina y gran amigo de los más célebres trovadores de su tiempo, entre cuyo número tenía á orgullo contarse.

En los catálogos de los poetas provenzales y catalanes se continúa á este monarca bajo el nombre de Alfonso rey de Aragón, *el que trovó*, para distinguirle de los otros Alfonsos, y se le considera como el primero ó el más antiguo, al menos, de los poetas catalanes conocidos.

No se conserva, sin embargo, de este rey-trovador más obra que una canción de amores, que á continuación publico íntegra, no sólo porque es buena y bella, sino también por ser muy á propósito para dar una idea de la versificación de aquellos tiempos y de la prodigalidad de con-

sonantes y *rimas ricas* á que tan aficionados se mostraban los trovadores, siendo maestros en el arte.

Per mantas guizas m' es datz
joys e deport e solatz;
que per vergiers é per pratz,
e per fuelhas e per flors,
e per temps qu' es refrescatz
vei alegrar chantadors:
mas al meu chan neus ni glatz
no m' ajuda, ni estatz,
ni res, mas Dieus et amors.

E pero ges no 'm desplat
lo belh temps, ni la clardatz
ni 'l dous chans qu' aug pels playssatz
dels auzelhs, ni la verdors;
qu' aissi 'm suy ab joy lassatz
ab una de la melhors,
qu' en lieis es sens e beutatz;
per qu' ieu li don tot quan fatz,
e joys e pretz et honors.

En trop ricas voluntatz
s' es mos cors ab joy mesclatz,
mas no sai si s' es foudatz,
o ardimens, o paors,
o grans sens amezuratz,
o si s' es astres d' amors;
qu' anc, de l' hora qu' ieu fuy natz,
mais no 'm destreys amistatz,
ni 'm senti mal ni dolors.

Tan mi destrenh sa beutatz,
sa proeza e sa bontatz,
qu' ieu n' am mais sofrir en patz
penas e dans e dolors,
que d' outra jauzens amatz
grans bes faitz e grans secors;
sos homs plevitz e juratz
serai adés, s' a lieis platz,
denan totz autres senhors.

Quan mi membra dels comjatz
que pres de lieis totz forsatz,
alegres suy et iratz;
que ab sospirs mesclatz de plors
me dis: « Belhs amics, tornatz,
per mercé, vas me de cors. »
Perque ieu tornaray viatz
vas lieis, quar autre bay satz
no m' es delicts ni sabors.

Como se ve, al rey-trovador le es dado de muchas maneras el júbilo, deporte y solaz, viendo que se alegran los

cantadores, por entre prados y vergeles, por entre hojas y flores, acariciados por la frescura de las brisas; pero ni esto ni las nieves, ni los hielos son para el poeta asunto de inspiración para sus cantos, que sólo á Dios canta y al amor.

Ama á una dama que es de las mejores y más preciadas y altas, á ella rinde su homenaje y consagra sus loores, que no conoce beldad más peregrina ni objeto más digno de ser cantado. La vehemencia de su amor crece por instantes, su único placer y su único goce en el mundo es pensar en sus amores, y recuerda con ternura el ruego que, al partir cierto día, le dirigió la dama de sus pensamientos diciéndole: «Tornad pronto, que os lleváis mi corazón.»

Se ha creído que esta canción podía ser dirigida á Adelaïda condesa de Burlatz y vizcondesa de Beziers, de quien se supone que fué amante Alfonso de Aragón (v. *Arnaldo de Marveil*); pero, al trasladar Milá esta poesía, dice en sus *Trovadores en España*, y á mi entender con buen criterio, que la composición debe ser anterior á los amores del monarca con la castellana de Beziers.

Por lo que toca al reconocimiento de inferioridad de parte del trovador con respecto á su dama, que en esta poesía se observa, no es evidentemente otra cosa que una de esas exageraciones triviales, tan comunes á la galantería y sobre todo á la de los poetas, de cualquier tiempo que hayan sido.

Además de esta obra que lleva explícitamente su nombre, Milá le supone autor de una *tensión* con Andreu, en la cual el rey y el trovador debaten sobre á qué debe darse preferencia, si al honor de las armas, á la esposa ó á la amante; *tensión* que se ha conservado en francés, aún cuando debió escribirse originariamente en provenzal.

La vida poética de Alfonso debió comenzar muy temprano, en la época de sus diez y ocho años, pues que en la composición de Giraldo de Cabrera á su juglar Cabra, que se supone escrita en 1170, cita ya como corrientes y populares los versos del monarca aragonés.

Alfonso, como ya se ha dicho, fué gran protector de los

trovadores, y entre éstos, fueron sus predilectos y favoritos *Pedro Vidal*, aquel de quien dicen las crónicas literarias que fué uno de los hombres más locos que hayan jamás existido, porque creía en la realidad de todas las fantasías que imaginaba; *el monje de Montaudón*, á quien Alfonso mandó dejar su abadía para hacer una vida igual á la de los demás trovadores, y que llegó á ser el señor de la galante corte de amor del Puy de Santa María; *Folquet*, llamado el de Marsella, que, al contrario del anterior, abandonó su vida de trovador para ser monje y obispo de Tolosa; *Hugo Brunet*, *Hugo de San Cyr*, *Arnaldo de Marveil*, *Pedro Roger de Auvernia*, *Pons ó Ponce de Capdeuil*, *Aimeric de Sarlat* y varios otros, entre ellos el maestro de los trovadores, *Girardo de Borneil*, cuyas canciones, según la ingeniosa expresión del monarca aragonés, merecían casarse con los *serventesios* de *Beltrán de Born*, otro poeta favorito primero de D. Alfonso y después su mortal y más encarnizado enemigo.

De algunos de estos trovadores han quedado composiciones celebrando al rey de Aragón.

Una de *Girardo de Borneil*, que comienza:

Senher rey de Aragó temer
vos devon vostre mal vo'en,

celebra al monarca aragonés por sus prendas personales y por sus hechos de guerra, diciendo de él que es la flor de los galanes y el terror de los enemigos.

Otro poeta, Pedro Roger, se dirige á D. Alfonso, diciéndole:

Esta chansó vuelh que tot dreg sepaire
en Aragó, al rey cuy Dieus ayut;
que per lui son tug bon fag mantengut,
plus que per rey que anc nasquet de maire, etc.

Es decir:

«Quiero que esta canción vaya directamente á Aragón, cuyo rey ayude Dios; pues por él son mantenidos todos los buenos hechos, más que por rey que jamás haya nacido de madre. Son tan señaladas sus prendas, que descue-

llan sobre todas, así como en el vergel descuella la flor blanca, por lo cual, do quiera que yo me halle, cantaré sus alabanzas.»

Pero si unos le ensalzaban, otros, en cambio, le dirigían envenenados *serventesios*. Siendo Alfonso poeta, forzosa-mente había de tener grandes y mortales enemigos entre los cultivadores del arte. Es ley natural. La rivalidad literaria es la más cruel y la más implacable de las rivalidades. Quiso Alfonso pulsar la lira, se mezcló entre los trovadores para tomar parte en sus luchas literarias y para suspirar tiernas endechas á los piés de las damas que tenían corte de amor. No le habían de faltar, por lo mismo, profundos disgustos, y destinado estaba á recibir de la pluma de un trovador rival heridas más hondas y más terribles que las que podía causarle en el palenque y en lucha campal la espada del más feroz enemigo.

El adversario implacable de Alfonso *el Casto* de Aragón fué, sin duda, Beltrán de Born, célebre trovador y famoso guerrero, que así pulsaba la lira como empuñaba la espada. Beltrán de Born, vizconde de Hautefort y castellano de la diócesi de Perigueux, fué uno de los héroes del siglo XII, y era, según su biógrafo provenzal, buen caballero, buen guerrero, buen trovador y buen *domnejaire*; es decir, buen galanteador de damas. Era muy instruido, y así sabía llevar á cabo los buenos negocios, como salía airoso de los malos, y pretendía poseer tanto ingenio, que tenía de sobra. Una vez que el rey Enrique II de Inglaterra le hizo prisionero, preguntóle si poseía aún todo su ingenio, pues iba á serle necesario para salir de aquel trance. Beltrán contestó que no lo poseía ya por haberlo perdido todo á fuerza de llorar la muerte de su gran amigo el príncipe, hijo de Enrique. Conmovero el rey al recuerdo de la muerte de su hijo, se echó á llorar, perdonó á Beltrán, devolvióle la libertad y con ella sus tierras y sus honores.

La suerte quiso que el monarca aragonés y el trovador provenzal se hubiesen siempre de encontrar frente á frente, así en el terreno político como en el literario, así en

el campo de batalla como en el palenque de los amores.

Comenzaron por ser grandes amigos; pero de repente se interrumpieron sus relaciones amistosas para convertirse en cruda guerra, no siendo acaso extraña á este cambio cierta peregrina historia de amores de que no tardaré en hablar.

Cuentan y refieren los anales históricos de aquel tiempo, que en 1182 pasó Alfonso de Aragón á Burdeos, terminadas sus guerras en Provenza, para celebrar una entrevista con el rey de Inglaterra, Enrique II. Hallábase entonces este monarca en guerra abierta con su propio hijo, el cual, descontento de que su padre no le diera participación en el gobierno, se había alzado contra él.

Beltrán de Born había contribuído no poco á encender esta guerra. Era un noble turbulento, que había entrado en las miras de Leonor de Aquitania ¹, y que andaba mezclado en las intrigas del rey de Inglaterra y de sus hijos, pero que tenía empeño en mantenerlos siempre en lucha perpétua, al padre contra los hijos y á éstos uno contra otro. Incitaba igualmente á la guerra entre los reyes de Francia y de Inglaterra, y en cuanto éstos hacían paz ó tregua, se esforzaba en romper la una ó la otra con sus *serventesios*, por medio de los cuales hería su amor propio diciéndoles que la paz deshonoraba á los guerreros, pues que era sólo obra de cobardes y de felones.

Después de la conferencia de 1182 en Burdeos, el rey de Aragón tomó partido por el monarca inglés, mientras que el conde de Tolosa y otros barones lo tomaron por el príncipe. Entre estos últimos, se hallaba Beltrán de Born, que escribió entonces, con este motivo, uno de los más enérgicos *serventesios*, uno de sus más bellos cantos de guerra:

Lo coms m'a mandat é mogut
per En Ramón Uc d' Esparó,
que ieu fassa per lui tal cançó
qu' 'n sían trencat mil escut,

¹ Véase el artículo referente á Leonor de Aquitania, donde vuelve á hablarse extensamente de Beltrán de Born, como de él se habla también en el discurso preliminar.

elms e ausbercx é alcotò,
é perpong falsat é romput...

«El conde (de Tolosa) me ha mandado é incitado por medio de D. Ramón Hugo de Esparó que haga en favor suyo tal canción, que por ella sean rotos mil escudos, yelmos, petos y cotas y respuntes destruidos y destrozados.

»Y está bién que se cumpla su deseo, pues me ha hecho dar cuenta de su estado, y está bién que antes de las rogaciones haya oído el conde mi canción, pues de otra suerte me denotarían los gascones á los cuales me creo obligado.

»En Tolosa, al pié del castillo de Montagut, plantará el conde su estandarte de guerra en el prado condal, junto á la gradería, y cuando haya desplegado su tienda, nos alojaremos al rededor durmiendo allí tres noches.

»Y así que nos pongamos de pié se moverá gran contienda en el campo, y allí veréis á catalanes y á aragoneses caer al suelo más que de prisa, sin que de nada le sirvan sus armaduras ni arzones; tan grandes golpes les daremos, á fuer de cumplidos caballeros.

»Y no puede dejar de ser que sus armas vuelen por los aires, y que cendales, cisclatones y tafetanes no sean destrozados y no se pierdan cuerdas, garfios y barras y telas y pabellones.

»Y acudirán á nosotros todos cuantos de nobles y altos barones se precien y cuantos honrados compañeros existan y los más selectos, y vendrán todos á valernos por deseo de gloria, por deber y por prez y fama suya.

»El rey que ha perdido á Tarascón y el señor de Montalbeón Roger, y el hijo de Bernardo Atón, y el conde Don Pedro, vengan en su auxilio, y el conde de Foix y Don Bernardo y D. Sancho, hermano del rey vencido.

»Piensen allá en pertrecharse y guarecerse, que acá estaremos dispuestos á recibirlos,

»Mi mayor placer consiste en ver á los más altos barones irritados unos contra otros.»

La guerra duró todo aquel año y siguiente. En 1.º de Marzo de 1183, los dos monarcas, el de Aragón y el de Inglaterra, pusieron sitio al castillo de Limoges, del cual se

apoderaron, habiendo logrado escapar el joven príncipe, que personalmente le defendía. Pero no tardó en morir este último, víctima de una cruel enfermedad, y entonces el rey de Inglaterra cayó con todo el poder de sus fuerzas y las de su aliado el rey Alfonso sobre el trovador y guerrero Beltrán de Born, á cuyos consejos se atribuían los intentos sediciosos del joven príncipe inglés. Beltrán de Born fué sitiado por los dos reyes en su propio castillo de Haute-fort.

Hay quien afirma, no sé con qué fondo de certeza, que la enemistad de Alfonso y Beltrán de Born nació de un incidente acaecido durante el sitio de Hautefort, y que se refiere del modo que se va á decir.

Desde el campo del rey Enrique, Alfonso de Aragón, hallándose falto de víveres para sus gentes, se los envió á pedir á Beltrán de Born, que los tenía abundantes no obstante el sitio. Beltrán se los hizo llevar generosamente, y contando con su amistad, le pidió que influyese con el rey Enrique para hacerle cambiar los tiros de sus baterías, á causa de estar ya muy destruidas las defensas del muro sobre el cual operaban las máquinas. El autor provenzal que cuenta el caso, supone que el monarca aragonés, lejos de pagar con este servicio que se le pedía el que acababa de recibir del sitiado trovador, vendió su secreto y reveló al rey de Inglaterra la debilidad del muro y el punto vulnerable de la plaza, haciendo que desde aquel instante fuese más vivo y tenaz el ataque por el punto amenazado.

Esto facilitó la toma del castillo.

Beltrán de Born quedó prisionero del rey de Inglaterra, y entonces hubiera acabado su fortuna y quizá también su vida, si no hubiese sabido conmover el ánimo del rey, con una respuesta que le dió, recordándole la muerte de su hijo. El monarca inglés, á este recuerdo, sintió debilitarse su cólera, devolvió su gracia al trovador, y éste continuó gozando de sus bienes y heredades.

Pero al verse libre, no olvidó Beltrán de Born su enojo contra D. Alfonso, y furioso por la perfidia de que le acusaba, dió suelta á su cólera en el siguiente *serventesio* que

contiene las más absurdas aseveraciones, dictadas de seguro por el odio, aun cuando bien pudiera ser que estuviesen basadas en las calumnias y en las mentiras con que émulos y envidiosos vulgares trataban entonces de desautorizar á la casa de Barcelona, cada día más fuerte y más pujante.

El *serventesio* á que aludo, es aquel que comienza con esta estrofa:

Pus lo gens terminis floritz
 s'expandis jauzions é gais,
 m'es vengut en cor que m'estais
 de far un novel sirventés
 on sapchen l'Aragonés.
 qui'ab mal agur
 d'aquó sion ben tug segur,
 sai venc lo reys, dont es aunitz
 é siei soudadier loquaditz...

He aquí ahora la traducción íntegra y fiel de este satírico *serventesio*:

«Pues que la gentil estación florida se esparce alegre y gozosa, me ha dado el corazón que debía componer un nuevo *serventesio* por el cual sepan con toda seguridad los aragoneses que con mal agüero vino su rey á deshonorarse en compañía de sus soldados mercenarios.

»Su baja alcurnia, subida por casualidad á lo alto, tendrá un mal fin y volverá al punto de donde salió, á Michaud ó á Carlad, el día en que cada cual habrá conquistado cuanto le pertenece de lo que él posee en la parte del Sur, siendo lástima que un mal viento no le arroje al mar, ya que es de tan poco valor, tan flaco, vano y perezoso.

»A punto está de perder la Provenza de donde ha salido y donde estiman más á su hermano Sancho, con razón sobrada, pues lo que es él, sólo piensa en engordar y en emborracharse, corriendo el Rosellón, del que fué despojado el conde Jofre. En Villamur, en Tolosa, en todas partes, le tienen por hombre sin fé, avezado á la blasfemia y al perjurio.

»Ojalá que el rey que es dueño de Castrojeriz ¹ y que

1 Alude á Alfonso VIII de Castilla.

habita en el palacio de Toledo, convoque sus fuerzas para hacerlas caer sobre el hijo del barcelonés que, por derecho es vasallo suyo, aunque un malvado vasallo. Por mi parte, prefiero un rey infiel ó pagano, á aquél de quien hube de sufrir la traición el día mismo que le presté servicio.

»El buen rey Garci Ramirez de Navarra recobrará, como no le falte vida, el Aragón que le hurtó el rey Monje: el buen rey de Navarra, á quien de derecho pertenece, lo recobrará seguido de sus alaveses el día que se le antoje, puesto que, así como el oro vale más que el azur, vale mil veces más y es más cumplida su prez que la del rey apóstata.

»Me detengo por consideración á aquella de quien es marido, por consideración á la buena reina su esposa, que un día me dirigió palabras que me desenojan. Si no fuese por ella le reprocharía la maldad que cometió con Berenguer de Besalú, ya que es tan villano y de tan malos hechos que llegó á dar muerte y hacer traición al mismo de quien desciende.

»Indigna traición cometió también con la hija del emperador Manuel á guisa de rey falso, perjuro y menguado, cuando le hurtó los tesoros que le diera su padre el emperador y se la cedió á su hermano Jaime, y después con duro corazón, cuando la hubo despojado de todo, mandó por el mar á la mujer y á los griegos, víctimas todos de su falsía.»

Y aquí parece terminar el *serventesio*, áun cuando es de presumir que tenía otras estrofas, las cuales sin embargo no existen en la copia que he tenido á la vista.

No se contentó, empero, el airado trovador con esta diatriba. Pasado cierto tiempo escribió contra Alfonso aquel otro *serventesio*, tan lleno de hiel como el anterior, áun cuando su comienzo parezca anunciar sentimientos menos apasionados, y que principia con esta valiente estrofa:

Cuan veij pels vergiers desplegar
 los sendatz gruecs, indis é blaus,
 m' adoussa la votz dels cavaus,
 é il sonet que fan li joglar

que viulan, de trap en tenda,
trompas é cornas é grailles clar;
adoncs vuellh un serventés far
tal qu' el coms Richartz l' entenda...

«Cuando veo desplegar por los verjeles las enseñas amarillas, indias y azules, me alegra el relincho de los caballos y el son que hacen los juglares tañendo la viola de tienda en tienda, y las trompas y los cuernos y las agudas dulzainas; entonces quiero componer un serventesio, tal que llegue á oídos del conde Ricardo.

»Quisiera reconciliarme y hacer paces con el rey de Aragón, pero fué muy desleal y muy perverso cuando vino aquí á hacernos la guerra. Por esto es de razón que le reprenda, y dígolo sólo para amonestarle, pues me pesa verle loquear y quiero con mis advertencias corregirle.

»Todo el mundo habla mal de él. Uno de sus vasallos me contó el acto de perfidia que llevó á cabo en Castellot, de donde hizo arrojar á Español, que había sido invitado y estaba bajo seguro, despojándole, á más, de su renta.

»De hoy más nada le quiero ocultar y diciéndoselo todo le seré amigo leal. Gastón, señor de Bearne y de Pau, me ha enviado á decir que alcanzó del rey el pagarle en dinero ciertos homenajes á que estaba obligado, pues es hombre que prefiere el dinero á los homenajes.

»Los juglares me han dicho de él que han cantado de balde sus loores, pues si alguna vez les dió vestidos verdes ó azules ó les hizo entregar algún dinero, con exceso lo recobró todo del juglar Artaset, de quien se apoderó hurtándole lo suyo y vendiéndolo luego á unos judíos.

»Mal pagó también al juglar Pedro que le prestó dinero y caballos, y que fué despedazado por orden de la vieja reina de Inglaterra, á quien aguarda Fontevraul, sin que le sirviese de resguardo la seña que llevaba y que era hecha con una banda de la chupa de armar del rey, pues le hirieron á cuchilladas.

»Bien lo adivinó el buen caballero Pedro Ruiz de Azagra, en cuanto vió coronado al joven rey, diciendo de él que jamás sería valiente y atrevido, y bien lo motivó él

mismo desde su juventud con sus bostezos, pues todo príncipe que bosteza ó se duerme cuando oye hablar de batallas, demuestra á las claras que no es aficionado á ellas.

»Yo le perdono si hizo que recibiese daño de los catalanes y de los de Lara, pues el señor de Poitú se lo mandó y no se atrevió á hacerlo de otro modo: rey que sueldo aguarda de un señor, bien puede ganarlo, y por razón de ganancia, más que por otra cosa, vino él aquí.

»Quiero que el rey sepa y aprenda de grado este mi *serventesio*, y que lo haga cantar ante el rey de Navarra y que lo propague por Castilla.»

Tales son las dos cruelísimas sátiras lanzadas por Beltrán contra el rey de Aragón, sátiras en las que dominan la injuria y la calumnia.

Y no se limitó á esto sólo la irascible musa del trovador. Otro nuevo *serventesio* lanzó contra D. Alfonso por aquel mismo tiempo, pero de él sólo nos queda una estrofa que dice así:

Aragonés fan gran dol
catalan é silh d' Urgelh,
can non an qui los capdelh
mas un senhor flac e gran,
tal que 's lauza en chantant
é vol mais deniers qu' onor,
é pendet son ancesor
perque 's destruis é s'enfen ..

«Los aragoneses, los catalanes y los de Urgel se duelen en gran manera, pues no tienen quien los acaudille, sino un señor flaco y alto, que se alaba á sí mismo cantando y que ahorcó á su antecesor, por lo cual se ha destruido y condenado.»

Esto es á todas luces falso, como la mayor parte de lo que dice del monarca aragonés en sus otras composiciones.

Acaso puede haber algo de cierto en el incidente acaecido durante el cerco de Hautefort, y que se supone dió lugar á esta enemistad y á estas sátiras; pero repugna creer tales deslealtades en el monarca aragonés, de quien la historia, por el contrario, se complace en recordar nobilísimos rasgos.

Sólo en falsedades apoya Beltrán de Born sus sátiras.

En primer lugar, hace descender á Alfonso de Milhau ó Carlad, cuando no es exacto. Alfonso descendía por línea varonil de los condes de Barcelona, y sólo por la línea materna de su abuela doña Dulce ó Dulcía era descendiente de los condes de Milhau y Carlad.

Por lo tocante á que el monje Ramiro, es decir, el Rey Monje hubiese usurpado el reino de Aragón al monarca navarro, ahí está la historia para desmentirlo.

El mismo poco fundamento tienen la mayor parte de los otros cargos hechos á Alfonso. Le llama cobarde y le niega el valor, cualidad que era innegable en el rey de Aragón. Le llama blasfemo, perjuro, beodo, y le acusa de crímenes ó traiciones, cuando sus virtudes y excelentes prendas están atestiguadas por el renombre de *Casto* con que la posteridad justificara le ha reconocido, renombre que no se le dió ciertamente por la circunstancia única que en sí expresa, ya que á juicio de los antiguos, llamarle *el Casto*, era llamarle *el virtuoso*.

En lo que está acertado el poeta satírico, es en el reproche que le hace relativamente á la princesa Eudoxia Comeno, hija del emperador Manuel. Poco noble fué, en efecto, la conducta de Alfonso con esta princesa desdichada, digna de mejor galán y mejor suerte. La venganza y el resentimiento dirigieron la pluma del trovador provenzal.

Afortunadamente existen ciertos datos históricos, gracias á los cuales podemos deducir que las sátiras de Beltrán de Born contra Alfonso fueron debidas más que á la política y á la enemistad de partido, al resentimiento literario y á los celos en amor. Por un lado hay que convenir en que el rey Alfonso trovaba, y esta circunstancia, si le valía elogios exagerados y adulaciones de ciertos poetas cortesanos, le enajenaba las simpatías de otros trovadores, entre los cuales sobresalía por su carácter independiente y soberbio el vizconde de Hautefort, muy acostumbrado á satirizar lo que era objeto de las adulaciones serviles de ciertos compañeros suyos.

Además, el caballero y el príncipe, el rey y el trovador,

habían sido rivales en amores, pues á entrambos se les halla suspirando á los piés de Maenz ó Matilde de Montagnac, hija del vizconde de Turena y esposa de Talleyrand de Perigord, una de las mujeres más hermosas de su época. La bella Matilde se veía cortejada á un mismo tiempo por varios señores principales, entre ellos Alfonso, rey de Aragón, que al parecer estaba de ella perdidamente enamorado, siendo á ella á quien tal vez hubo de ser dirigida la canción de amores de que antes he hablado. Todos aquellos ilustres galanes fueron sacrificados por la bella Matilde á Beltrán de Born, á quien escogió por su *amante* y *señor*. Esto no obstante, como no dejaban de inspirarle sus rivales viva inquietud, Beltrán desplegó contra ellos su talento satírico, escogiendo principalmente como víctima á Alfonso de Aragón, que había estado más cercano que los otros á alcanzar los favores de la beldad provenzal, y que parece haberlos conseguido.

El juicio de la posteridad ha sido favorable para Alfonso. Los historiadores más graves, más imparciales y más entendidos, convienen en que se hizo recomendable por sus hazañas y sus buenas cualidades. Fué, en efecto, su reinado uno de los más felices de la *Corona de Aragón*, y fué indudablemente este monarca prudente al par que valeroso, activo al par que sagaz, guerrero al par que sabio. Como no todo es perfección en este mundo, hay realmente algunos lunares en la vida de este rey, y en ellos hubo de apoyarse Beltrán de Born para sus crueles sátiras; pero no merecía ser pintado con los feos colores con que lo hizo este su vengativo contemporáneo. La pluma del trovador vizconde fué injusta al escribir de Alfonso, como toda pluma tinta en la hiel de la pasión, é inspirada sólo en el odio y la venganza.

Por lo que toca á Beltrán de Born, la posteridad ha sido más severa con él que con D. Alfonso. En cuantas crónicas se habla de él, por lo que atañe al menos á las que han llegado á mi noticia, se le cita como hombre turbulento, colérico, vengativo, soberbio y sanguinario.

Su vida, es decir, lo que de ella me ha sido dado ras-

trear, es curiosa y llena de dramáticos incidentes. En ella se reflejan las costumbres libres y galantes de aquella época de *cortes de amor*.

Ya he dicho que Beltrán era el amante de la hermosa Matilde de Montagnac, esposa de Talleyrand, hermano del conde de Perigord, á la cual en sus cantos llamaba *delfina* según cuenta el *Monje de las islas de Oro*, á cuya curiosísima crónica de galanteos y de amores pertenecen algunos de los episodios de la vida de Beltrán de Born que voy á referir, así como voy á referir también los motivos que dieron lugar á sus principales cantos.

Parece ser que Matilde llegó un día á reñir con su amante, á quien despidió por celos de otra dama llamada Guiscarda de Beaujeu. Hubo esto de afligir grandemente á Beltrán de Born, el cual tomó la resolución é hizo voto de no reemplazarla jamás, mientras no encontrase otra tan bella, tan buena, tan agraciada y tan distinguida. Conforme á la costumbre de los trovadores, el amante despedido puso esta resolución en conocimiento de su amada, la cual se avino y consintió en ello.

Poco tardó en convencerse de que no hallaría otra mujer como Matilde, pues en ninguna veía las perfecciones que en ella, y decidió presentarse á su amada para manifestarle su desengaño y el deseo de volver á reanudar sus relaciones. La antigua dama se negó á esto último, y le dió el peregrino consejo de crearse una querida imaginaria, escogiendo de entre las damas que le eran conocidas lo que cada una tuviese mejor y más bello: una fisonomía agraciada, unos ojos negros y vivos, un talle gentil, unas buenas formas, un cutis sedoso, un pié pequeño, unas maneras distinguidas, una conversación agradable, etc. Así fué Beltrán de Born requiriendo á las damas conocidas suyas para que le concediese cada una uno de los dones citados, y en el inventario que hizo sobre este asunto, va nombrando una por una á todas las damas á quienes se dirige en demanda de auxilio para crear su dama imaginaria. Es el *serventesio* que comienza con este verso:

Donna pois de mí no'us cal.

Hubo de llegar por fin el trovador á encontrar y formar su beldad imaginaria, conjunto de todas las gracias recogidas entre varias damas, y á propósito de esto, compuso un *serventesio*:

Eu m'escondic, domna, que mal no mi er.

En esta composición Beltrán se alaba de ser un amante fiel y constante; pero la verdad es que no debía serlo en todo el rigor de la palabra y que algún fundamento podrían tener los celos de Matilde, cuando se ve al trovador dirigir á Guiscarda de Beaujeu el canto que comienza:

¡Ah! Lemoçis, franca terra corteza.

Esta infidelidad, que sin duda fué sólo imaginaria, pues se alaba de amar á Guiscarda sin haberla visto jamás y sólo por el mucho bien que de ella le contaron, esta infidelidad, repito, no impidió á Beltrán continuar requiriendo de amores á Matilde de Montagnac, que prosiguió insensible á sus votos, á sus protestas y á sus cantos.

Desesperado entonces el amante, y no bastando á consolarle ni su dama imaginaria ni su otra dama Guiscarda, á quien por lo visto no conocía más que de reputación, decidió buscar un amor más real y positivo, y á este objeto se encaminó á Santonge, donde habitaba Tibulda ó Tibergera de Montausier, esposa del señor de Chalais, una de las damas más nombradas por su belleza, su mérito y su ingenio. Beltrán, al presentarse á ella, se lamentó y quejó de Matilde de Montagnac, que le había despedido sin que ni protestas ni juramentos pudieran hacerla desistir de creer que era el amante de Guiscarda; y acabó por pedir á Tibulda que le admitiese por su caballero y por su galán.

Pero Tibulda, dice el *Monje de las islas de Oro*, como mujer cuerda, le contestó con estas palabras:

—Beltrán, yo estoy muy contenta y satisfecha de que hayáis venido á mí y me dispenséis esta honra, y áun cuando esto me desplace por un lado, tengo á honor el que hayáis venido á verme y á rogarme que os tome por caba-

llero y por galán; pero lo que me desplacería mucho sería el que hubiéseis hecho esto por haberos despedido Matilde de Montagnac y estar irritada contra vos. Por lo que á mí toca, sé con qué rapidez cambia el corazón de los amantes. Yo he de saber pronto la verdad, y si no habéis faltado á Matilde y le habéis sido leal, haré que os devuelva su gracia; pero si la culpa es vuestra, ni yo ni ninguna otra dama debemos recibiros por caballero y servidor.

Túvose Beltrán por satisfecho con esta respuesta y prometió á Tibulda que no amaría ni serviría jamás á otra dama que á ella, si acaecía que no pudiese recobrar el amor de Matilde; y Tibulda, á su vez, prometió recibirle por caballero y por galán si no lograba reconciliarle con la de Montagnac.

No tardó en convencerse Matilde de que Beltrán le había sido fiel, y accedió á recibirle de nuevo y aceptar sus homenajes, obligándole á despedirse de Tibulda y á quedar libre de las promesas y juramentos que entre ambos mediaran. Con este motivo Beltrán de Born compuso el *serventesio* que comienza:

S'abrilis é foillas e flors...

Y recordó el auxilio que había ido á pedir á Tibulda de Montausier y la acogida que de ella mereciera, en una copla que dice:

Donna s'ieu quezi socors...

Beltrán de Born y el conde Godofredo de Bretaña, hijo segundo del rey de Inglaterra, se daban mutuamente el nombre de *Rassa* ¹. Godofredo, su hermano, el príncipe Ricardo, conde de Poitiers, el conde Raymundo de Tolosa y Alfonso, rey de Aragón, hacían todos la corte á la dama de Beltrán, Matilde de Montagnac, que despreció los

¹ Esta palabra significa extorsión y destrozo. Es la misma palabra *rassia* que hemos tomado de los árabes. Por lo demás, este singular uso de darse un mismo nombre ó apodo prueba la familiaridad que se establecía entre los grandes señores y los trovadores, los cuales no eran todos ciertamente de tan elevado rango como Beltrán de Born. En las vidas de los trovadores hay repetidos ejemplos de esta costumbre.

homenajes de todos para ser fiel á su antiguo amante, el cual compuso entonces un canto para loar su fidelidad y su amor. Dedicó Beltrán esta composición á su rival, y al propio tiempo su hermano de armas Godofredo, y quiso en ella que no quedase duda ninguna de cuál era la dama á la que consagraba su amor. En su canto sólo la nombraba por *Delfina*, y dice que *Rassa* (es decir, él, Beltrán de Born), ha visto y ha tenido en sus brazos á aquella que desdeñó á Poitiers, á Tolosa, á Bretaña y á Zaragoza, es decir, á Ricardo, que era conde de Poitiers, á Raymundo que lo era de Tolosa, á Godofredo que lo era de Bretaña, y á Alfonso de Aragón, que era señor de Zaragoza:

Rassa als reis es orguillosa
 é faitx gran sen á lei de tosa
 que no vol Peitieu ni Tolosa
 ni Breitaigna ni Saragosa,
 anz es tant de pretz enveiosa
 qu'als pros paures es amorosa.

Otro de los *serventesios* más notables del trovador de que vengo ocupándome, es el que hizo contra los ricos barones que nunca dan nada, que son inhospitalarios, que acusan y calumnian sin motivo, que no perdonan á los que les piden gracia y no recompensan los servicios prestados; y contra los que no saben hablar jamás de otra cosa que de caza y de halcones, teniendo á menos hablar de amor y de armas, las dos únicas cosas, á juicio del trovador, capaces de alentar un corazón varonil. Es este el *serventesio* que empieza:

Rassa, tan creis é mont é pueia...

Beltrán sostuvo una empeñada lucha con su hermano Constantino de Born. Ambos hermanos se odiaban cordialmente. Constantino se apoderó una vez del castillo de Hautefort, que pertenecía á entrambos en común; pero Beltrán recobró el castillo y arrojó á su hermano de todo el dominio. Este acudió entonces á solicitar la protección del vizconde de Limoges y de Ricardo, conde de Poitiers, que se la prestaron entrando con sus tropas en las posesio-

nes de Beltrán de Born y pasando á sangre y fuego cuanto hallaban por delante. En esta ocasión crítica para él, fué cuando el amante de Matilde de Montagnac, compuso aquel virulento serventesio:

Un sirventes que mot non faill...

El genio de Beltrán ayudó á sacarle de aquel apuro. Con sus artes y su ingenio, alcanzó que se formase una liga de barones contra el príncipe Ricardo, entre ellos los vizcondes de Ventadorn, Comborn, Segur y Turena, y los señores de Gourdon y Monfort y el conde de Perigord y los ciudadanos de sus comarcas. No se coaligaron éstos para defender directamente al de Born, sino para caer sobre Ricardo, de quien tenían que vengar agravios que oportunamente supo recordarles el trovador en su serventesio:

Pus Ventadorn et Combors et Segur...

En esta composición invita á todos los nombrados y á las gentes de sus comarcas á persistir en la coalición contra Ricardo; les dice que éste es cobarde y huye al primer choque de armas, les recuerda que se había apoderado de las rentas de los ciudadanos y de unos castillos pertenecientes á barones de la liga, va citando á todos, uno tras otro, elogiando su valor, sus cualidades, su destreza, y les hace memoria de todos los agravios que el conde de Poitiers les ha inferido.

Jamás canto alguno de trovador tuvo mayor éxito. Por de pronto, consiguió su objeto. Las comarcas todas se levantaron en armas, y mientras duró la lucha de todos aquellos barones con Ricardo, Beltrán de Born pudo rehacerse y recuperar parte de lo que había perdido.

Por mala ventura para Beltrán, no tardaron en hacerse las paces entre aquellos señores y el conde de Poitiers. El vizconde de Hautefort se vió entonces abandonado de todos, y Ricardo se presentó con su hueste ante su castillo, jurando que no partiría de allí hasta haber arrasado Hautefort, si éste y su dueño no se le rendían á discreción. Beltrán

no tuvo más recurso que someterse, entregó el castillo y se entregó el mismo á merced de su enemigo, pero un *serventesio* le libró de la triste suerte que parecía aguardarle.

Efectivamente, al caer en manos de Ricardo, compuso aquel *serventesio*, en que hay estos versos tantas veces citados:

Si 'l coms m' es avinens
e non avars,
mout li serai valens
en sos afars
e fis com fins argens
humils e cars...

«Tengo aún el valor de cantar, no obstante mis desastres. He rendido Hautefort al señor Ricardo, pero ya que me he presentado á él para pedirle gracia y me ha perdonado abrazándome, no tengo que temer otro infortunio.

»Los barones del Limosin y de Perigord, que me habían ofrecido su fé y su auxilio, me han abandonado cobardemente, pero yo les abandono, á mi vez.

»Si el conde (Ricardo) me es favorable y no me rechaza podré serle útil en sus asuntos, y mi adhesion á su persona será pura como el dinero de más pura ley. Su dignidad debe asemejarse á la mar, que parece tragarse todo lo que en su seno recibe, y, sin embargo, lo arroja en seguida á la orilla.

»A tan alto baron le conviene restituir lo que ha tomado á un vasallo que se humilla. Yo le ruego que, al menos, me confie la guarda de mi propio castillo, pues que aquellos á quienes la ha confiado son mis enemigos, y estaríamos en perpétua lucha. Confiándomela á mí no se expondrá á que le falte, puesto que estoy pronto á servirle y honrarle, lo cual no hubiera hecho, sino me hubiesen vendido.»

Hasta este punto se doblegaba Beltrán de Born ante aquél á quien en un *serventesio* anterior había tratado sin piedad ni consideración alguna.

Ya fuese que esta humillación dejase satisfecho á Ricardo, ya que tuviera en cuenta los servicios que tan esforzado campeón podía prestarle atrayéndole á su partido, es

lo cierto que admitió su pleito homenaje y le devolvió su castillo, firmando con él tratado de paz y alianza.

Beltrán se aprovechó de esta paz para reponerse, armarse de nuevo bajo pié de guerra y caer de improviso sobre las tierras de los barones del Limosín y de Perigord, que le habían abandonado, pasando á fuego y sangre parte de su territorio y haciéndoles cuanto daño pudo.

Hombre era el señor de Hautefort á quien gustaban escenas de horror y de sangre. Según lo demuestra él mismo en sus poesías, algunas de ellas de una energía y virilidad como no se conocen otras en la literatura provenzal, gozaba sólo con la lucha de los elementos y de las pasiones. Hay en este trovador algo de feroz y de salvaje.

Le era grato galopar en medio de la tempestad, *á la luz del rayo y del incendio*; se complacía en pisar cadáveres destrozados y palpitantes todavía, en pasar por entre escombros y ruinas, en ver *revueltos con pedazos de malla aplastados sesos*, como con brutal realismo dice en una de sus composiciones. Gustaba de poner la discordia entre amigos, de invitar á la venganza á los enemigos; el vapor de la sangre le embriagaba *como el vino fuerte y espumoso*, el estruendo de las armas sonaba á sus oídos *como un armonioso concierto*. Nada le era tan dulce, *ni el comer, ni el beber, ni el dormir, como el oír gritar: ¡A ellos!* en medio del fragor de la pelea, del relincho de los caballos, del choque de las armas; ni para él había espectáculo más seductor que el de pequeños y grandes, señores y villanos, rodando revueltos por los fosos, en espantosa confusión, á través de montones de cadáveres y de miembros destrozados.

E s' ieu trob Peitavia pifart
sabrà de mon bras cum talha,
que sus el cap li farai bart
de cervelh mesclat ab malha...

Ieu 's dic que tan no m' a sabor
manjars ni beure ni dormir,
cum á quant aug cridar: ¡A lor!
d' ambas las partz; et aug agnir
cavalz voitz per l' ombratge:
et aug cridar: ¡Aidatz! ¡aidatz!
é vei cazer per los fossatz

paucs e grans per l' erbatge,
 é vei los mortz que peis costatz
 an los tronsons autre passatz...

En la ocasión arriba citada en que los tres hijos de Enrique II se rebelaron contra el padre, Beltrán acogió con gusto el momento que se le presentaba de satisfacer su gusto dominante por la intriga y la discordia. Renovó sus amistades con el príncipe Enrique, pronto á sublevar los gascones; pero la muerte de este joven príncipe, que falleció de enfermedad en 1183, le causó vivísimo dolor, principalmente quizá porque desconcertaba sus planes. Entonces escribió dos poesías lamentando su muerte con tanta exageración de elogios como de insultos le había dirigido en otra con motivo de haber cedido sus derechos á su hermano Ricardo.

«Devorado estoy por pesar que sólo terminará con mi vida. No hay alegría para mí desde que he perdido al mejor de los príncipes. Al recordar su carácter generoso, sus delicadas atenciones, sus honrados procedimientos, me siento desfallecer de dolor. Nunca hubo señor más galán, ni más afable, ni más dispuesto á prestar servicios. ¡Qué orden, qué magnificencia en su casa! Allí siempre se llegaba á tiempo, siempre se era bien recibido, siempre se encontraba buena y grata compañía. Las fiestas, las diversiones se renovaban allí sin cesar. ¡Oh Dios! ¡le habéis quitado todo eso á este siglo, que bien lo merece por su malignidad!

»Noble príncipe, si hubieses vivido algún tiempo más, hubieras llegado á ser el rey de los caballeros y el emperador de los hombres de pró. Joven aún, habías conquistado gran renombre. Cualquiera que le haya conocido, debe terminar sus días en la soledad y en la tristeza. Ningún placer será bastante á disipar mi dolor. Ingleses y normandos, bretones é irlandeses, pueblos de Guiena y de Gascuña, de Agen, de Tours y de Man, todos deben llorar su muerte. Si se unieran todos los desastres que pueden afligir á los infelices mortales, nada significarían todos juntos en comparación de la muerte del joven rey. Los guerre-

ros, los trovadores, los juglares, lo han perdido todo.

«¡Oh muerte bárbara! bien puedes vanagloriarte de haberle llevado el mejor caballero del mundo. ¿Por qué no lanzaste tus dardos contra tantos malvados como dejas vivir y que son una carga vil de este universo? ¡Ojalá que las virtudes del rey joven puedan servir de modelo para todos aquellos de quienes ha sido conocido! Yo imploro la misericordia de Dios, que murió por salvarnos á todos, y le pido que se digne colocarle en honrosa compañía, allá en la mansión donde nunca fueron conocidas las penas ni las desgracias.»

El rey de Inglaterra atribuía á Beltrán de Born las rebeliones de sus hijos, y resuelto á castigarle, se presentó ante su castillo de Hautefort, según indicado queda más arriba. Entonces fué cuando Beltrán, vencido, compareció ante el vencedor, y tuvo lugar la escena á que me he referido, contada por el biógrafo provenzal con tan peregrinos detalles, que creo conveniente trasladarla.

Enrique de Inglaterra recibió muy mal al vencido de Hautefort.

—Beltrán, Beltrán, le dijo, si ha de creerse á la fama, siempre os bastó con la mitad de vuestro ingenio para salir de aprietos; pero en la presente ocasión tendréis necesidad de valeros de todo el que Dios os ha dado para salir de éste.

—Señor, dijo Beltrán, es cierto lo que dice la fama, y esto he dicho muchas veces.

—Pues bien; lo que es por esta vez el ingenio os ha faltado.

—También es verdad, señor, contestó Beltrán.

—¿Y cómo ha sido eso? preguntó el rey.

—Es que el día que perdí al joven rey, señor, perdí con él todo mi ingenio.

Al oír el rey lo que llorando decía Beltrán de su hijo, se humedecieron sus ojos, se contristó su corazón y rompió en llanto.

—Nada más natural, dijo entonces el monarca, que hayáis perdido el ingenio á causa de mi hijo, pues que tanto os amaba. Por amor de su memoria, yo os devuelvo vues-

tra libertad, vuestros bienes y vuestro castillo; por su amor os devuelvo también mi amistad y os doy quinientos marcos de plata para reparar el daño que los míos han hecho en vuestro castillo.

Beltrán entonces se arrojó á los piés del rey y le juró una adhesión sin límites.

Caballero valiente y poeta famoso, podía brillar con este doble título en los anales de la galaería. Se dice que la princesa Elena, hermana de Ricardo el que fué luego rey de Inglaterra, la que más tarde casó con el duque de Sajonia y fué madre del emperador Otón, recibió los galanteos y homenajes de Beltrán de Born. El mismo Ricardo, conde de Poitiers entonces, y trovador como él, excitaba al poeta en sus amores, si no mienten ciertos versos atribuidos al futuro monarca de Inglaterra, por medio de los cuales recomienda á Beltrán que *honre y complazca á Elena*. También se dice que la hermosa princesa, por su parte, se mostró sensible á la gloria de ser celebrada por tan renombrado galán, el cual en una poesía á ella dirigida, la llama *la más excelente dama que existir pueda en toda la extensión de la tierra y de la mar*.

No hubieron de ser muy duraderos estos amores, puesto que no tarda en vérselo á los piés de Matilde de Montagnac, á cuya dama, según tengo dicho, se consagró por completo, y á quien van dedicadas casi todas sus canciones amorosas. De ella es el retrato que hace en los siguientes versos:

«Una dama conozco que es joven y fina, graciosa, alegre, gentil, de estatura baja, rubia y de color de púrpura, blanca en su cuerpo como flor de ojiacanta, y que tiene un amante. Dulce me es loarla, puesto que más le place un pobre barón que tal conde ó tal duque engañadores que sólo la aman para deshorrarla.»

Una domna qu' es fresq' e fina
cuenda e gaia e mesquina,
pel saur ab color de robina,
blanca de cors cum flor d' espina,
sai ieu ab un entendedor.
Perque m' a sos lauzors sabor;

e vol mais paubre vavasor
que comte ni duc gualiador
que la menés á dezonor.

Cuando su rompimiento con Matilde, por creer ésta que hacía la corte á Guiscarda de Beaujeu, Beltrán compuso una poesía, verdaderamente singular y original, para disculparse y disipar las sospechas de su dama.

«Me disculpo, dice, porque estoy inocente y habéis sido engañada por los maldicientes que murmuran de mí. ¡Oh bella dama, no permitáis que me pongan mal con vuestra franca, honesta y amable persona!..»

»Que se pierda mi gavilán en su primer vuelo y que á mis propios ojos lo arrebaten y desplumen los halcones, si no es verdad que os amo á vos sobre todas las cosas y sólo en vos pienso y por vos vivo...

»Que permanezca á caballo, con el escudo al cuello, durante todo el tiempo de una tempestad desencadenada; que las bridas de mi corcel sean cortas y no puedan alargarse; que en la posada encuentre al huésped de mal humor, si no es verdad que quien me acusa ante vos miente como un villano...

»Mi dama me abandona por creerme infiel, y no sé qué hacer ni qué juramento pronunciar para justificarme. Que me falte el viento en la mar, que sea apaleado por los porteros cuando vaya á la corte del rey, que se me vea huir el primero en la batalla, si ese maldiciente no es un impostor...»

Dicho está de qué modo, y después de qué singular prueba, volvió Beltrán de Born á recobrar el amor y la gracia de su dama, á la cual, por esta reconciliación, dirigió una entusiasta poesía, diciéndole que vanamente habría buscado en otras «lo que ella sola posee, pues ninguna en detalle, ni todas en conjunto, tienen las gracias y la belleza de Matilde.»

Beltrán de Born acabó su agitada y turbulenta vida entrando en un monasterio y vistiendo el hábito del Cister; pero esto no impidió que el Dante le colocara en su *Infierno* por haber dividido la cabeza y los miembros de una fami-

lia, incitando á los príncipes reales de Inglaterra á sublevarse contra su padre. En alusión á esto, el inmortal florentino condena á Beltrán de Born á llevar de la mano su propia cabeza, separada del tronco, á guisa de linterna.

He aquí el pasaje del Dante, *Infierno*, canto xxviii:

«Quedéme contemplando aquella multitud, y ví entonces una cosa que no me atrevería á referir sin otras pruebas, á no ser porque me tranquiliza mi conciencia, fiel compañera que inspira valor al hombre cuando se escuda con un sentimiento puro.

»VÍ, digo, y aún me parece estarlo viendo, un cuerpo que iba andando sin cabeza, mientras que los demás andaban con ella.

»Cogida su truncada cabeza por los cabellos, llevábala suspendida de la mano, á modo de linterna, y nos miraba y decía: ¡Ay de mí!

»Servíase de ella como de antorcha para sí mismo; eran dos en uno, uno en dos: cómo podía ser aquello, sábelo sólo el que lo dispuso.

»Cuando estuvo enfrente de nosotros y al pié del puente, levantó el brazo en alto con la cabeza para acercarnos más sus palabras, que fueron estas:

—»Mira mi tremenda pena, tú, que respiras vivo, y vienes á ver á los que murieron. Mira si hay otra más grande que ésta, y para que lleves nuevas de mí, sabe que soy Beltrán de Born, el que dió tan perversos consejos al rey joven. Yo enemisté entre sí al padre y al hijo; no sugirió Aquitofel más malvadas intenciones en Absalón contra David; y porque separé á personas tan allegadas, separada llevo también mi cabeza de mi truncado busto. Así se cumple en mí la pena que á otros impuse.»

Ma io rimasi á riguardar lo stuolo,
e vidi cosa ch' io avrei paura,
senza piu prova, di contarla solo;
se non che coscienza n' assicura,
la buona compagnia che l' uom franchiseggia,
sotto l' osbergo del sentirsi pura.

I vidi certo, et ancor par ch' io 'l veggia,
un busto senza capo andar, si come
andaban gli altri della triste greggia... etc.

AMANEO DES-ESCÁS.

No hay medio de escribir biografía de este trovador. Nada se sabe de él. Sólo de sus propias obras se deduce que floreció á últimos del siglo XIII, en tiempo del rey de Aragón Jaime II, *el Justo*, y que era de noble alcurnia, ocupando un alto rango en la sociedad.

Debió pertenecer á la corte del monarca aragonés, pues se manifiesta muy adicto á la casa de Aragón.

Millot sospecha por su apellido que debía ser catalán, pero por su nombre de pila se inclina á creer que era de la familia de un Giraldo de Amanieu que, con otros caballeros de Gascuña, fué en 1217 á sostener la causa del conde de Tolosa, en lucha á la sazón con Simón de Montfort.

Milá es quien reivindica la gloria de este poeta para Cataluña, y fija y establece su origen y nacionalidad.

Por lo que toca á su nombre de pila, Amaneo (*Amanieu*), dice que efectivamente es poco usado en Cataluña, pero demuestra que lo introdujo Amaneo de Albret que sirvió en la corte de Jaime *el Conquistador* contra los moros. Por lo que atañe al apellido Des-Escás, es decir, de ó de los Escás, recuerda que hay un pueblo en Cataluña así llamado (provincia de Lérida), donde evidentemente tenía el poeta su casa solariega y del que tomó el apellido.

Según parece, fué un poeta de *Novas*, cuentos y narraciones. No se le conoce ninguna obra en forma lírica.

Voy á dar una idea de las cuatro obras, únicas que de él nos quedan.

1.^a

Una composición de las llamadas *Doneaire*, especie de

epístola dirigida á una dama, de quien al parecer está alejado, lamentándose por ello.

Está escrita toda en versos de nueve sílabas, pareados, y se resiente de monotonía y pesadez. Tiene también la circunstancia de estar cuajada de refranes, lo cual perjudica notablemente á la obra dándole un carácter pretencioso é impropio del objeto á que está dedicada.

Júzguese por esta muestra:

«Señora, yo os amo, pero ignoráis todo el ardor de mi llama. Por esto dicen: *tal cree calentarse, que se quema...*

»El amor ha de compartirse entre el amante y la amada, quienes deben ayudarse mutuamente, ya que, como dice un proverbio que me agrada, *con una mano se lava la otra y con las dos los ojos y la cara.*

»Yo espero que tendréis piedad de mí. *Tras de la lluvia viene el buen tiempo*; y áun cuando sé perfectamente que *mal de otro no es más que un sueño*, sé también que *peor es sufrir que morir...*

»Me estáis viendo perecer, sin que os dignéis salvarme la vida, de un modo que en mí se verifica lo del adagio: *á buen servicio mal salario*. Si verdaderamente me amáis, acudiréis en mi auxilio, que *en la necesidad se conoce al amigo...*

»Cuando sea muerto os arrepentiréis de no haberme salvado. *Tras el crimen el arrepentimiento*, pero ya entonces no será tiempo...»

Y así está toda esta composición, que es la que comienza con estos versos, los cuales pueden dar una idea del metro y del estilo:

Dona, per cui planch é sospir
soven, car á tart vos remir,
per mercé 'us vuell preiar e 'us prec
que vulhats entendre mon prec,
e que vulhatz saber mon sen,
e mon cor e mon estamen
e ço m' a fin amor conqués
e vençut e laissat é prés
per vos que non faitz á blasmar;
que jes non podés devinar
jeu com vos am, si no 'us o dic..

Es de notar el final de esta epístola que se separa del

tono general de la obra, y que es importante por dar idea de la época en que se escribió y por la cita de ciertos caballeros que debían gozar de celebridad en aquel entonces:

«El rey Jaime de Aragón, rey de Sicilia á pesar de los franceses y de los romanos, no adquirió tanta gloria para rey como vos para dama, ni ningún otro rey tampoco. Arnaldo de la Saga y Pons de Aragón no han alcanzado como caballeros más nombradía de la que vos alcanzásteis como dama.»

El pensamiento final de esta composición es el único rasgo de verdadera poesía que hay en ella:

«¡Por Dios que tengáis compasión de mí! ¡Gracia, por Dios, señora! ¡Gracia, por Dios!»

2.^a

Es la segunda obra otra composición también en forma de epístola, que vale menos todavía que la anterior. Tiene la misma forma y metro, y hace en ella un minucioso retrato de la dama á quien va dirigida.

El poeta debió quedar muy satisfecho de su obra, pues la termina con el día y el año en que la escribió: «Esta carta, dice, fué enviada el día de San Bartolomé del año de la encarnación de Dios, 1278.»

Estas letras foro lo dia
donadas de Sant Bertolmieu
l' an de l' encarnation Dieu
M.CC.LXXVIII.

3.^a

La tercera obra de Amaneo Des-Escás consiste en unas instrucciones á un doncel, y lleva por título: *Assó es l' es-senhamen del escudier que fe aquel mateis Dieu d' amors*, es decir: «Esta es la instrucción que dió al escudero aquel mismo Dios de amores.»

Milá cree, y yo respeto su opinión áun cuando de ella no participe, que este singular *Dios de amores*, es un título

dado al poeta Des-Escás en testimonio del singular aprecio en que se le tuvo. Millot pasa el título por alto.

Merece insertarse íntegra esta composición, no tanto por lo que vale, como por lo que enseña. Es más obra de un narrador que de un poeta, y entra en detalles muy minuciosos, que hacen la lectura cansada, pero es de interés verdadero para estudio de épocas y costumbres.

He aquí primero cómo empieza esta poesía en su original:

El temps de Nadalor
 can vent ab plueja cor
 e par la neu el glatz,
 e 'l freiz iverns gilatz,
 mi remembra que fo,
 qu' estava en ma maysó
 gent ab mos escudiers,
 e parlem de alegriers,
 e d' armas e d' amor,
 e car chacús de lor
 entëndro en amar,
 comensem à parlar
 lo jorn de mans afars.
 El foc fo netz e clars
 e 'l ostal gen palhatz.
 E per aver solatz,
 aguem vis clars e ros.
 E membra 'm que fom nos
 jent levat de manjar.
 E com hom vol parlar
 d' amor, cant n' es cochatz,
 us fis enamoratz
 donzels venc s' en pres mi, etc. 1.

He aquí ahora la traducción íntegra de toda la poesía, que copio de la muy detenida que hace D. Manuel Milá, si bien me permito añadirle algunos pasajes por él suprimidos y retocar algo para, en mi entender, adecuarlo mejor al original:

«En el tiempo de Navidad, cuando arrecian el viento y la lluvia y la nieve y el hielo, estaba yo en mi casa gentilmente con mis escuderos y hablábamos de alegrías, de armas y de amor, ante la llama del hogar, en una cámara bien abrigada, y bebiendo vino claro y rojo.

1 En la primera edición de esta obra, se insertó íntegra toda la poesía.

«Cuando nos levantamos de la mesa se me acercó un fino enamorado doncel.—Señor, dijo, es fama que vos entendéis en amor, más que otro amador alguno, aunque sea letrado, pues sabéis cómo nace, de dónde viene y cómo alimenta á sus súbditos. Por esto os ruego que lo mejor que podáis, me enseñéis á mí y á los demás servidores vuestros, cómo debemos portarnos para ser bien vistos en el mundo.

«Yo le dije: amigo, ojalá que tuviese yo el entendimiento que decís, pero sin tratar de ofenderos os daré un consejo, y es que jamás alabéis con tanto exceso á vuestro amigo, que la alabanza se le convierta en daño y vos parezcáis mentiroso. Hablad de manera que parezca verdad lo que decís, pues así como los pintores coloran sus obras, el que habla debe colorar sus palabras de suerte que no se le pueda reprender. Sea dicho para que entendáis que me alabásteis en demasía. Yo he visto el comportamiento de muchas gentes: hombres de poco poder, bellos y gentiles; malvados otros que eran ricos, y pobres cuitados, generosos, francos y alegres. He visto también entre nosotros que un hombre sabio y de buena memoria aprendía de otro menos sensato que él. Así os ruego primeramente que no imitéis á los necios, que escuchan muy bien lo que se les cuenta y luego de nada se acuerdan.

«No os acompañéis con hombre pesado, necio, ni de mala estrella, ni loco, pues quien os viese con él pensaría que sois de igual condición. No tengáis lengua ligera para escarnecer, ni maldigáis, porque es oficio villano y deshonroso para el que lo usa. No seáis engañoso, embustero ni traidor, pues sabed que Dios aborrece á los hombres traidores. Pero si queréis veros honrado y querido, sed generoso, franco, atrevido, bien hablado, agraciado y de buen porte, y vuestros vestidos sean buenos y hechos para vuestra medida. Y si no os los podéis hacer de tela de valor, cuidad de que os lo corten con más perfección, y á lo menos procurad tener buenas calzas, buenos zapatos, buena cintura, bolsa y cuchillo, y con esto y con traer la cabeza arreglada, estaréis bien vestido; y sobre todo no

traigáis ropa descosida, pues es preferible traerla rota: lo primero indica tener mala crianza, y lo segundo sólo pobreza.

»Servid á vuestra dama tarde y mañana, semanas, meses y años, y que os halle siempre dispuesto á hacer su voluntad. Servid también á sus favorecidos, de suerte que luego os alaben, pues la alabanza engendra amor más que otra cosa alguna, y á veces se ama á una mujer que no se ha visto, sólo por oírla alabar. Así debéis esforzaros en adquirir todos los méritos para que seáis alabado. Cuando os halléis á solas con ella, no temáis en declararos; y si os concede lo que le pidáis, procurad que nadie lo sepa, ni vuestro amigo más íntimo. Al contrario, lamentáos en público de no obtener nada, porque desde el instante en que violéis el secreto, os exponéis á perder vuestra dama, y también otras, que os tendrán por traidor. Las damas no pueden sufrir ni habladores ni indiscretos. Debéis servirla ocultamente y sin envaneceros, ensalzarla tan gentilmente, y dar á conocer su valor de tal suerte que la tengan en mucho los hombres de más mérito. Y si ella os da celos y se excusa y os dice que nada hubo de lo que véis con vuestros ojos, decid: señora, estoy seguro de que decís verdad, pero yo lo he soñado, á lo que creo. Concededle lo que no es verdad como lo que lo es, y además sed hombre de corte y de guerra. Sin esto no podréis ser sabedor en amores, pues el hombre debe frecuentar las cortes para mejorarse, que tal es la escuela de los buenos. Pero bien veo, y lo siento, que no sois tan rico que podáis seguir la corte sin servir á un señor que quiera visitarla.

»Por esto debéis frecuentar y servir á tal señor que sea muy dado al honor, á la fama y á la ostentación y que realce sus méritos y los de los que le sirven, y le serviréis mientras dure su mérito con solicitud y con agrado, noche y día y sin despego. No os dé vergüenza estar de rodillas mientras seáis escudero... Sabed ensalzar también á vuestro señor, de suerte que por todas partes hagáis saber sus buenos méritos callando sus malas cualidades. Y tened cuenta en acompañarle por la noche al entrar en cama y

por la mañana al levantarse, si es necesario escudero... En todo se debe buscar lo que place á su señor, si bien cuando comete alguna falta, se le debe advertir secretamente y con buenas palabras. Y si alcanzáis tanta privanza que os crea de buen grado, no seáis adulator, ni tampoco estéis triste ni celoso si otros compañeros son más privados suyos, porque el señor debe repartir su poder entre su gente, obedeciendo á unos, mejorando á otros y alegrando y obsequiando á aquellos á quienes nada puede dar.

»Y si acaso cerca ó lejos hay guerra, tened un caballo ligero, fuerte y corredor, de unos siete años, enseñado y obediente al freno y que no os duela agujonearlo cuando sea ocasión. Y calzad espuelas bien firmes y apretadas, canilleras bien puestas con las junturas y los quijotes, y el braguero sea tal que no necesite enmienda, y la cota de armar flexible, fuerte y densa, y todo vuestro arnés, gorgera y cara y puño y loriga y respunte todo os venga ajustado; y que vuestra cintura sea fuerte para armarla con cuchillo á la vez de cortar y de armar, y que en manera alguna se os olvide en aquel tiempo la espada, y haced que os tengan bruñido vuestro sombrero de hierro, y mandad al escudero que cuide de que no se tomen de orin la loriga y casco brillante y el hierro de vuestra lanza. Y acordáos de mirar si falta atado, correa ó hebilla en vuestro arnés, mientras que hay sazón en vuestra vivienda junto al hogar, pues muchas veces creemos poder descansar, y es necesario levantarnos de la cama antes del día: tal descanso conviene á quien sirve un señor guerrero. Y os ruego que si tenéis algún mando os apresuréis tanto en armaros, que ninguno antes de vos se halle entre los arzones. Y cuando lleguéis á la pelea, sea tal vuestro juego que fuera y dentro se diga que no escasean vuestras dotes guerreras, antes bien que vuestro mérito aventaja al de los mejores.

»Y cuando vuestro valor será así reconocido, os daré por señor á un conde bien enseñado de quien estoy agrado y satisfecho, B. de Astaroc, que tiene todas las cualidades de un buen caballero.

»Por esto os envió á él, y podéis decirle, cuando tengáis

ocasión de hablarle:—El señor Amaneo Des-Escás os saluda y os hace saber que tanto ha crecido vuestro valor, que tiene deseos de serviros siempre, y me ha mandado venir á vos como á mi señor, para que por su amor siempre os sirva.

»Esto es lo que debéis decir al conde, gentil doncel, y yo sé que en su servicio adquiriréis mucha honra, mereciendo así las buenas gracias de la que amáis. Amén.»

4.ⁿ

La cuarta poesía es una instrucción á una doncella y en el manuscrito lleva por título: *Aíssó es l' essenhamen de la donzela, d' En Amanieu Des-Escás.*

Es de igual metro y forma á la anterior, y entra también en detalles y minuciosidades que llegan á hacer pesadísima su lectura, pero me parece observar que el lenguaje está más cuidado, la dicción es más elegante, la rima más fácil, toda ella más espontánea, siendo en su conjunto, sobre todo por lo que toca á estudios de costumbres y á detalles importantes para la historia, de mérito superior á la que se acaba de leer.

Consiste esta poesía en dar lecciones á una doncella ó damisela de cualidad, para bien conducirse en servicio de una gran dama, debiéndose notar la singularidad de que varias veces el autor, al dirigirse á su educanda, la llama *Na Marquesa*, que Millot y Milá traducen por *señora Marquesa*; cuando bien pudiera ser un nombre, y en este caso debiera traducirse por *Doña Marquesa*, siendo el *Na* equivalente del *Doña*, como el *En* lo es, en los hombres, del *Don*.

Conservo, sin embargo, la interpretación de aquellos estudiosos literatos, por su mucha autoridad, y traslado la traducción hecha por el último, aunque permitiéndome añadir, como en la anterior, los pasajes que, por causas de seguro respetables, creyó deber suprimir.

«En el mes de Mayo, en que se alegran los pajaritos y cantan por los bosques, estaba pensando en mi amada cuando encontré una doncella que me llevó á sentarme

junto á ella en un banco y me dijo:—Señor Ameneo Descás, no seáis avaro en contestarme á lo que os voy á preguntar. Dadme vuestros consejos para llevar una vida buena, cortés, bien recibida y libre de mala fama.

—»Amiga, le contesté, lo haré de buen grado aunque tenéis diez veces más entendimiento que yo, como que el más sensato es el que más pregunta. Os aconsejo en primer lugar que seáis madrugadora y que os levantéis y visitáis antes que os llame vuestra señora. Primero laváos y después abrochad estrechamente vuestros brazos. Cuidad de las uñas, de todo el cuerpo y principalmente de la cabeza, que es lo que más se ve, y deberíais blanquearos todas las mañanas los dientes. Deberíais también tener un claro espejo. Preparad cuanto necesite vuestra señora al levantarse, pero no entréis antes que haya salido su esposo. Además de la ropa, le debéis traer aguja, seda, hilo, un peine y todo lo demás de que necesite para embellecer su cabeza. Cuando se haya levantado, traedle en la mano el espejo para mirar si hay algo que enmendar en algún cordón, guarnición ó lazo. Traedle también agua, toalla, y luego mirad si todo su vestido está bien dispuesto, que nadie pueda venir á enmendarlo.

»Entonces podréis entrar y salir por la sala, y á todos los que os vayan á recibir y os saluden, contestad buena y amorosamente sin que os déis demasiada prisa en hablar. Cuando estaréis en el monasterio á oír misa, tened cuidado en guardaros de mirar locamente, no separando los ojos de la tierra ó del altar y allí no trabaréis plática ni consulta. Mas luego que hayáis salido, si quiere solazarse alguna de vuestras compañeras, apruebo que consintáis en ello, así como también con los que lo desearán, pero cuidando de que las chanzas no sean excesivas, de suerte que se conviertan en enojo, en daño ó en ruido, pues no le está bien á una doncella ser vocinglera. No llevéis descosido el jubón ni la gonela, ni otro vestido alguno. Y si queréis disponer la diversión de los juegos partidos, no los hagáis ofensivos, sino agradables y corteses. En la mesa aguard el vino, no incitéis á comer á vuestros compañeros, pues

no parece oportuno convidar á un hombre sano, y debe dejarse á cada cual en libertad de comer lo que quiera.

»Si os faltan servidores, cortad primero que otra compañera alguna, pero si hay compañero, será muy mal criado sino os sirve á vos y á sí mismo. Después de comer laváos las manos, y luego cuando os sentéis ponéos más abajo que vuestra señora, de suerte que por voluntad propia no os halléis á un mismo nivel; y si ella os lo impide, haced, si podéis, con maña, que medien dos personas entre ella y vos.

»Si algún hombre os dirige la palabra, no os hagáis la mogigata; defendéos con bellos dichos placenteros, y si su plática os cansa, preguntadle nuevas: «¿Qué mujeres son más bellas, las gasconas ó las inglesas, y cuáles son más corteses, más leales y mejores?» Y si os dice las gasconas, responded sin temor: «Señor, salvo vuestro honor, las mujeres de Inglaterra son las más gentiles de todo el mundo.» Y si os dice las inglesas, responded: «Más gentil es la gascona» y le pondréis así en rueda, y llamad entonces á otras compañeras que den juicio favorable ó adverso acerca de vuestro desacuerdo. Y ninguno que os hable, halle en vos malas palabras, aún cuando fuese enemigo de todos vuestros amigos, pues así como se aprecia el hombre que sabe defenderse vigorosamente de sus malos enemigos, se os apreciará más si vuestro trato es cortés, humilde y apacible á todos los buenos, Y podréis hallar otros modos de defensa, y más de quinientos, sin decir ofensa y sin cometer falta.»

Sigue á continuación de esto una larga instrucción relativa á galantería y amores, que Milá ha suprimido, pero que yo añado y traduzco para completar la poesía, y también porque me parece interesante bajo muchos conceptos.

No es ciertamente una moral muy severa la de Amaneo Des-Escás en este delicado punto, pero es la moral de aquel tiempo, y, sobre todo, sus consejos son sanos y honrados, encerrando cuanto de importante las costumbres caballerescas permitían enseñar á las doncellas.

Continúa, pues, así la composición:

«Si os place algún día tener un amante, no os fijéis en la hermosura ni tampoco en la riqueza, porque cuanto más bello es un hombre, menos vale si está desposeído de mérito; y el hombre que conoce el arte de hacerse querer de todos, es muy superior al rico. Escoged, pues, un amante cortés y de honrada cuna. Cuando se presente á rendiros homenaje, debe hablaros de esta manera:—Señora, vuestros son mi corazón, mi cuerpo, mi ingenio y mi saber: os aseguro que he de servirlos lealmente toda mi vida para guardaros de injuria y de daño en todo cuanto de mí dependa, y también para emplear todo cuanto tenga de favor en ensalzar vuestro mérito.

»A lo cual vos debéis responder:—Buen amigo, acepto vuestro homenaje, y á Dios no plazca que yo tenga otro amante. Si me sois leal, leal me encontraréis á mí. Siempre he de estar dispuesta á recompensar como se merecen vuestros servicios, con tal de que me los prestéis sin falsedad y que no se os deslice la menor palabra que pueda herir mi reputación, pues de lo contrario perderíais el fruto de vuestras asiduidades.

»Cuando ya estéis así de acuerdo uno y otro, no habrá entonces inconveniente en que recibáis de él joyas y regalos, como, á vuestra vez, podéis también dárselos. Si os hiciera alguna demanda poco honesta, guardáos bien de consentir, porque si os ama nada puede pedir os que en vuestro desmerecimiento ó deshonra fuere, ínterin permanezcáis soltera. Cuidad, sin embargo, de entretenerle con esperanzas. Mientras os fuere adicto, conservad para él los mismos sentimientos, sin aceptar los servicios de otro, pues sólo debéis tener un amante.

»Muchos galanes se os presentarán, empleando unos tiernas miradas, otros suspiros. Algunos os enviarán mensajes, y éstos obrarán mal, porque entonces el secreto de su amor será conocido de tres personas al menos, por lo cual pecan contra la estrecha ley de amor. Cuantos más confidentes hay, más en peligro está el amor, y todo leal amante debe ocultar su amor á su propio padre y á su propio hijo. Otros querrán instruiros por sí mismos de sus

sentimientos. Hace un año, os dirán, tengo abierta una mortal herida, lo cual no he dicho á nadie, ni á hombre ni á mujer, ni á deudo ni á amigo, pero no puedo resistir á la violencia del mal, Y como es natural que el herido busque su curación, y como ésta sólo en vos puede hallarse, fuerza me es ya deciros que esta herida procede de un dardo que vuestros ojos me lanzaron pasándome el corazón. En vuestras manos está el remedio si os dignáis aceptar-me por vuestro servidor. Lo contrario será de seguro mi muerte.

»Al que así os hable, señora marquesa, es preciso darle una respuesta cortés en estos términos:—Amigo, os encuentro de tan buena fé, tan amable, tan cuerdo, tan discreto, que no puede haber dama ó doncella con deseos de amar á un caballero ó á un escudero, que no tenga á honra el ser amada de vos y el amaros. A no ser la palabra que he dado á aquel de quien mi corazón no se apartará jamás, como el suyo no se apartará del mío, os aceptaría sin vacilar por mi servidor. Pero jamás será digna de estima la mujer que ame á dos á un tiempo mismo. Pues que vos queréis amar, buscad de un lado y de otro, y encontraréis dama que os ame sin partir con otro su cariño.

»Hablando así podréis despedir á los amantes y conservar vuestra reputación. Por lo tocante al galán que se explique por mensajero, dad á su confidente el encargo de decirle que nunca aceptaréis por servidor á quien de tales medios se valga. Y en verdad os digo que debéis huir como de la peste de tales amantes, pues acabaríais mal con ellos.»

Después de estas instrucciones el trovador quiere reforzar sus consejos con ejemplos, y cita una porción de damas, que son contemporáneas del poeta y que sin duda pasaban como modelo de costumbres y honestidad: «La cortés y apuesta condesa de Rhodéz, cuando era doncella, tan bien enseñada por su padre el bravo conde de Cominges; la dama Rogesta de Aragués, fuente de toda honestidad y sensatez, célebre por su virtud y por su ingenio; Guillermina de la Isla, en cuyo favor obra Dios tal portento que á todas aventaja en buena enseñanza y ninguna se afana

mejor que ella en hacer obras agradables, de manera que es amada de los hombres y de Dios; su cuñada Tibor (ó Tibergera), cuya conducta y maneras son tan puras como puede serlo el oro en el crisol. También puedo presentar otros modelos: Guillermina, la hija de Gastón, cuya belleza y excelentes dotes dan fama á su patria Gascuña; Constanza de Foix, la doncella mejor educada que existe de éste y del otro lado de Barcelona; la damisela de Armañac, la más graciosa criatura que haya nunca existido; y por fin, la damisela Mascaroza de Astarac, que nunca dice ni hace más que cosas agradables.»

Es curiosa é interesante esta lista de damas. La composición termina de esta manera: «Así como el rey de Aragón ha vencido en honor por su esfuerzo á los más fuertes, os veo vencer en entendimiento á las demás jóvenes por vuestra excelente aplicación, y ruego á Dios que os mejore en todos hechos, señora marquesa. En cuanto á las aragonesas y á las catalanas no sé las que valen más, pero quiero enviar el juglar Falconet al rey de Aragón mi señor, caudillo del valor, para que, si le place, con Artal de Aragón y con sus catalanes y con el conde de Ampurias, emperador de amor, diga á mi procurador cuáles, entre las damas de acá, como también entre las doncellas, son las mejores, y cuando me las habrán dicho y sabremos sus costumbres y sentimientos, entonces, marquesa, podréis tomar ejemplo de aquellas á quienes ellos hayan dado la preferencia.»

El que haya tenido curiosidad para leer íntegra esta composición, comprenderá que es la más importante del autor, y que merecía trasladarse por entero, pues está su interés precisamente en los detalles.

ARNALDO DE CARCASSÉS.

Arnaldo, el de Carcasona ó de la comarca de Carcasona, es un trovador completamente desconocido, de quien no se tiene noticia alguna, pero de quien Millot traslada un cuento ó *nova*, de extraña invención y de singular malicia.

«Me hallaba en un jardín cercado de tapias, á la sombra de un pino, cuando oí á un papagayo llegado de lejos, con el encargo de saludar á una dama, á la cual hablaba así:

—»Dios os conserve, señora. Yo soy un mensajero que os envía el más amable y alegre caballero del mundo, Antifanón, hijo del rey. Por mi voz os saluda, y os conjura á que le déis algún consuelo para el mal de amor que por vos sufre.

—»¿De donde venís, amigo? Muy osado me parecéis al atreveros á decirme que sea yo complaciente con un hombre, sea el que fuere.

—»Más asombrado me hallo yo al ver que no amáis con toda el alma al gentil caballero de quien hablo.

—»Sabed, amigo, que yo amo al hombre más cabal que hay en el mundo.

—»¿Y quien es ese hombre, señora?

—»Mi marido.

—»No veo en esto motivo para que seáis de él sólo. Podéis en buen hora ser de él públicamente, pero podéis también amar en secreto á aquel que me envía.

—»¡Me gusta! Lástima, papagayo, que no seas un caballero, porque harías el amor á las mil maravillas. Pero díme, ¿por qué había yo de faltar á la fé que he jurado?

—«¡Graciosa pregunta! ¿Por ventura el amor repara en juramentos? El amor no hace más que su voluntad.»

El papagayo, tan libertino como su amo, prosigue sosteniendo la causa de Antifanón contra las leyes del matrimonio, apoyándose en ejemplos históricos. La dama, cediendo al fin, dice al pájaro:

—«Puesto que así lo queréis, papagayo, id á decir á vuestro dueño que estoy dispuesta á amarle. Llevadle en prenda este anillo y esta cinta bordada en oro, que le ruego acepte por amor mío.»

—«No podría llevarle mejor regalo. Voy volando á presentarlo á mi señor.»

El pájaro va á dar cuenta del resultado de su embajada. Repite todo lo que le ha dicho la bella, y en seguida concierta con Antifanón los medios de introducirle junto á su dama, proponiéndole para esto prender fuego al techo del castillo. Ambos se ponen en camino, y el papagayo toma la delantera.

Encuentra á la dama en el jardín, la saluda y le anuncia la llegada de su dueño. Ella contesta que el jardín está amurallado, y que hay centinelas que vigilan toda la noche.

—«No importa, dice el papagayo, ya sé yo lo que debe hacerse. Voy á encontrar á mi señor, á quien he dejado junto al muro, y en seguida pondré fuego al techo y á la torre. Todo el mundo correrá para apagarlo, y este es el momento que aprovechar debéis para que entre Antifanón. Así tendréis ocasión de hablar y permitiros los placeres que más os agraden.»

—«No deseo otra cosa, dice la dama. Hacedle venir pronto.»

El papagayo va en busca de Antifanón, que le esperaba á caballo.

—«No hay tiempo que perder, le dice. Acercáos sin hacer ruido, que vuestra dama os espera.»

Antifanón hace dar al papagayo unas materias inflamables en una red de hierro, que toma el pájaro con una pata, subiéndose de un vuelo al techo del castillo. Entonces

el caballero se desembaraza de su armadura, dejándola junto á su caballo y se acerca á la tapia del jardín.

Ya en esto, el papagayo ha puesto fuego á la torre por cuatro costados. Se oyen gritos de *¡fuego!* por todas partes, y todo el mundo se lanza para apagarle. La dama, entre tanto, corre al encuentro de su amante y cae en sus brazos. Según el poeta dice, pasaron aquellos rápidos momentos *creyéndose en el paraíso*.

Pero el caso es que no se tarda en dominar el fuego, consiguiendo «apagarle á fuerza de vinagre.» El papagayo tiembla por Antifanón, y vuela á avisarle para que abandone á su amada.

Antifanón se separa con gran pena de los brazos de su dama, á la cual ruega que le pida algo. Arrójase ella á su cuello, y dándole tres besos, le dice:

—«Sólo os pido, y os lo pido sobre todo, que hagáis cuantas buenas acciones os sea posible en memoria mía.»

El abate Millot dice que no deja de ser curioso el hallar esta lección moral á seguida de semejante escena de adulterio.

La extraña moralidad del cuento la expresa el trovador en los últimos versos de la composición.

«Esto lo hizo, dice, Arnaldo de Carcassés, que ha amado á muchas damas, con el objeto de corregir á los maridos que se empeñan en tener reclusas á sus mujeres. Más les valiera dejarlas ir donde les plazca. Es el partido más seguro.»

ARNALDO EL CATALÁN.

Algunos, entre ellos Millot, le llaman Arnaldo Catalans (*Arnaud Catalans*), tomando su país por su apellido. Milá ha rectificado esta equivocación.

Crescimbeni dice que este trovador es el mismo que Tremoleta Catalán, de que se habla en la sátira del Monje de Montaudón contra los trovadores.

Millot no llegó á conocer de él más que seis poesías, todas sobre asuntos amorosos; pero Milá cita hasta nueve, tres de las cuales habían sido equivocadamente atribuidas á otros trovadores.

Vivió en tiempo de Ramón Berenguer V, conde de Provenza, y en dos de sus poesías celebra á Beatriz de Saboya, esposa de dicho conde, felicitando á los provenzales por los bienes que la Saboya les ha procurado al darle esta dama sin par.

Pros contessa de Proensa,
vos iest ses par
de gentil captenensa
e de beutat e de gent aculhir
e d' onratz fatz comensar e finir...

Por otra de sus composiciones se ve que estuvo en Lombardía, y recuerda en estos armoniosos versos cierta aventura amorosa con una bella y noble dama:

L' an can vinc en Lombardia,
una bella dona pros
me dis per sa cortezia
mais bells plazers amorós
e aissi rizen e jogan
dels bels semblans que 'm fazia,

ieu com fols traissi m' enan
alques plus que no 'm tanhia.

Debió vivir también en la corte del rey D. Jaime *el Conquistador*, á cuya esposa doña Leonor de Castilla, dedicados de sus composiciones, elogiándola como reina y como dama.

Exalta en una canción la belleza de su amada, de la cual dice, como supremo elogio, que nada debe á los colores prestados ni al arte de la pintura. «Cuando me acerco á ella, *me persigno*, tanto me embelesa el verla,» dice en un arranque de verdadera poesía y de sentimiento.

Tiene dos composiciones morales ó espirituales, y también una tensión con Aimeric de Belenoi.

Nada se sabe de su vida, ni otra cosa más encuentro que lo poco que se acaba de decir.

Leyendo sus poesías, de las cuales transcribo á continuación una como muestra, se ve que era poeta de gran ingenio, de elevados pensamientos, dulce y fácil en la rima, con virilidad en la idea y color en la forma.

Ben es razós qu' eu retraya
una chansoneta gaya,
e sol qu' a ma dona playa
de cui som hom e servire
gen mi será pres,
quar après
ay que ren si bon non es
no 'l platz ni l' agenza.
E pus totz bos pretz l' agenza,
amors prec d' aitan la-m vensa
qu' ieu l' aus dire sens temensa
mon cor e qu' ilh no-m n' azire
que quan de lieys pes
tem qu' el pes
s' ieu lo sieu gent cors cortés
prec que mercé m' aya.
Ia no vuelh que mercé m' aya
s' ieu anc fis ren qu' el desplaya,
mas platz li que m' en deschaya
e si vol be-m pot aucire
que sobrieira m' es
et am mes
en luec qu' eyssir non puesc ges
menhs de sa valensa,
Ben fai que sa gran valensa

e sa belha captenensa
 e s' amorosa parvensa
 m' an conquis ab son gen rire,
 anc nulhs hom pres
 ni représ
 non cug piegz de mi traissés
 e platz mi qu' el traya.
 Ia per negun mal qu' ieu traya
 non er qu' en enau no-m traya
 sa fina valor veraya,
 et agra 'm trac de martire
 sol que 'm mantengués
 e 'm tengué
 per sieu quar ilh m' a conqués
 e no 'm fai guirensa.
 Belha Eliouor, guirensa
 trob ab vos puetz ses falhensa
 e valor e conoyssensa
 volc Dieus ab vos gent assire
 tan d' onor, ni mes
 qu' en un mes
 non poiria dir los bes
 per saber qu' ieu aia.
 Proensa bel m' es
 quar a mes
 Savoya en vos totz bes
 ab pros domna gaya.

Obsérvese en esta composición la particularidad de que la palabra con que termina cada estrofa, es la palabra misma con que concluye el primer verso de la que inmediatamente sigue.

ARNALDO DANIEL.

I.

Pocos trovadores consiguieron la fama de éste ni pasaron á la posteridad rodeados de mayor lauro, debido seguramente á los elogios que le tributaron Dante y el Petrarca, ya que, por lo tocante á su mérito real y verdadero, acaso sea inferior al de su compatriota y contemporáneo Arnaldo de Marveil. Es verdad, sin embargo, que de este último han quedado muchas, muy buenas y muy sentidas composiciones, mientras que deben haberse perdido no pocas, acaso las mejores, de Arnaldo Daniel, y entre ellas una obra en verso, al parecer muy notable, la *Fantasmagoría del paganismo*, y dos poemas, *Reinaldo* y *Lancelote*, que sólo por referencia conocemos.

El elogio verdaderamente extraordinario que hace Dante de Arnaldo Daniel, es bastante por sí solo para crear una reputación imperecedera.

A todo señor todo honor. Hay, pues, que comenzar este estudio por lo que dice del trovador provenzal el admirable poeta florentino.

Habla de él en la *Divina Comedia* y en el canto xxvi del *Purgatorio*. Dante representa, confundidos en un solo grupo, los poetas provenzales é italianos, que expían en una atmósfera de llamas los ardores profanos del amor. El primero de entre ellos, á quien el inmortal florentino encuentra y se dirige, es Guido Guinicelli, de Bolonia, uno precisamente de sus primeros maestros en poesía. Así es que, al nombre y al aspecto de Guido, se muestra tan agradablemente impresionado, que éste, no pudiendo me-

nos de sorprenderse, le pregunta el motivo de una emoción para él tan lisonjera.

—Es que vuestra poesía, le contesta Dante, será admirada tanto cuanto dure la moderna lengua.

—Hermano, le contesta entonces Guido, señalándole con el dedo una sombra,—ese que ahí ves, fué mejor obrero que yo en su materno idioma. En los versos de amor y en las prosas de romances sobrepujó á todos; y deja hablar á los necios que dan la palma al trovador lemosín (*Girardo de Borneil*).

O frate, disse, questi ch' io ti scerno
col dito (ed additò uno spírto innanzi),
fu miglior fabbro del parlar materno.

Versi d' amore é prose di romanzi
soverchiò tutti; è lascia dir gli stolti,
che quel di Lemosi credon ch' avanzi.

Ahora bien, la sombra del poeta señalada por Guido, y á quien éste cree superior á Girardo de Borneil, apellidado *el maestro de los trovadores*, es la de Arnaldo Daniel, á la que Dante se acerca con respeto, preguntándole su nombre. El trovador le contesta en habla provenzal:

—Tanto me honra vuestra cortés demanda, que no puedo ni quiero ocultaros mi nombre. Yo soy Arnaldo, el que llora y va cantando. Pesaroso veo la pasada locura, y veo regocijado la alegría que me espera luego. Ahora os suplico por la virtud, aquella que os guía á la eminencia sin frío ni calor, que os acordéis de aliviar el dolor mío.

«Y, dice ya en italiano el Dante, se hundió en el fuego que los purifica.»

Tan m' abellis vòtre cortés deman
qu' ieu no 'm puesch, ni vueil à vos cobrire:

Yeu sui Arnaut que pior é vòis chantan;
consiròs vei la passada folor,
é vei jauzen lo joi qu' esper denan.

Ara' us prech per aquella valor
que 'us guida al som sens freich é sens calina,
sovenha 'us á temprar ma dolor.

Pois, s'ascose nel fuoco que gli affina.

Por este uso inesperado del provenzal en su *Divina Co-*

media, demuestra Dante hasta qué punto le eran familiares el habla y la poesía de los trovadores, lo cual se sabe también por otras obras suyas, y además por la fundada noticia de haber querido primero escribir su *Divina Comedia* en provenzal, y hasta de haberlo llegado á realizar con parte del primer canto, según parece.

Tenemos, pues, con este pasaje, á Arnaldo Daniel celebrado por el Dante como el primero y mejor de los trovadores.

«Para mí, dice Eugenio Baret, será siempre objeto de asombro el de ver hasta qué punto la imaginación de un hombre como el Dante, se sintió herida por las producciones de algunos de esos trovadores, que con tanta ligereza han sido juzgados por espacio de mucho tiempo, así como el comercio asídúo que aquel gran ingenio mantenía con sus versos. Al ver el sitio de honor que el Alighieri concede á Arnaldo Daniel en el poema donde depositó fielmente las impresiones de toda su vida, es necesario reconocer que esos poetas de Provenza habían encontrado el verdadero diapasón del tiempo, y hallado también, en cierto modo, la voz común destinada á seducir y embelesar á toda Europa.»

Dante fué, en efecto, gran admirador y preconizador de los trovadores provenzales, de cuyas obras no hay duda alguna que tomó mucho, especialmente en sus sonetos y canciones.

En su obra latina *De vulgare eloquio*, Dante, por lo que á la versificación atañe y al estilo, da á los trovadores provenzales la misma autoridad que á los poetas latinos. Esos trovadores tan á la ligera y con tanta frivolidad juzgados, como dice Baret, son doctores y maestros para Dante. «Los primeros versos escritos en lengua vulgar, dice éste, lo fueron en lengua *de oc*: tales son los de Pedro de Auvernia y de muchos otros doctores más antiguos. (*Ut puta Petrus d' Auvernia, et alii antiquiores doctores.*)»

También, más adelante, después de establecer que sólo hay tres asuntos de canto verdaderamente levantados, el valor, el amor y la virtud (en el sentido que daban los an-

tiguos á esta palabra), añade: «Por esto los grandes maestros no se han apartado de este camino; por esto Beltrán de Born canta la guerra, Arnaldo Daniel el amor y Giraldo de Borneil la virtud.»

Petrarca, como Dante, es otro admirador de los trovadores, á los que ensalza y encomia al par de Píndaro y Virgilio.

En su canto cuarto del *Triunfo del Amor*, finge que le es dado contemplar la asamblea de los poetas amorosos. Vuelve á una y otra parte sus miradas para ver si conoce

alcun di chiara fama
per antiche ó per moderne carte,

y distingue á Alceo, Píndaro, Anacreonte, Virgilio, con muchos otros antiguos poetas y amantes.

«Tras de ellos, dice á continuación, venía la bandera de los que escribieron en lengua vulgar; el primero entre todos, Arnaldo Daniel, gran maestro de amor, cuyo nuevo y bello estilo hace todavía honor al país que le vió nacer. Allí estaban también aquellos á quienes sujetó fácilmente el Amor con sus cadenas, los dos Pedros (*Pedro Vidal y Pedro Cardinal*), Arnaldo, el menos famoso (*Arnaldo de Marveil*), y aquellos otros á quienes costó más vencer; los dos Rimbaldos (*el de Orange y el de Vaqueiras*), que cantaron entrambos á Beatriz de Monferrat, y el viejo Pedro de Auvernia, con Giraldo (*de Borneil*). Allí, Folquet, que ha dado renombre á Marsella robándoselo á Génova, y que acabó por cambiar, para mejor patria, de hábito y de estado; allí Jofre Rudel, que empleó vela y remo para buscar la muerte; y Guillermo (*de Cabestany*), que á sus cantos de amor debió el perder la vida: allí, en fin, Aimeric, Bernardo, Hugo y Anselmo, y otros muchos más que hicieron uso de la lengua en lugar de la lanza y del escudo, del yelmo y de la espada.»

E poi v' era un drapello,
di parlamenti, é di volgari strani.
Fra tutti il primo Arnaldo Daniello,
gran maestro d' amor, ch' alla sua terra
ancor fa onor col suo dir novo e bello...

Otro gran poeta, á quien, no sin cierta justicia, ha llamado alguno «el último trovador,» Ausias March, ensalza como el Dante y como el Petrarca, á Arnaldo Daniel en sus *Cantos de amor*.

No es, pues, de extrañar, que con tales panegiristas, sin detenerme á citar otros todavía, haya llegado Arnaldo Daniel hasta nosotros como una de las más altas y sobresalientes figuras de aquel olimpo de trovadores.

II.

Arnaldo Daniel era de la misma comarca que Arnaldo de Marveil, del castillo de Ribairac, en el episcopado de Perigord.

«Era caballero, dice su biógrafo provenzal, y estudió las letras, deleitándose en trovar; pero abandonó luego las letras y se hizo juglar, aprendiendo cierta manera de componer versos en rimas ricas, lo que hizo que sus canciones no fuesen fáciles para oírse y para ser aprendidas.»

Y es así. En muchas de las composiciones que de Arnaldo Daniel nos quedan, el artificio daña al sentimiento y á la claridad. Tiene por esta causa poesías que son verdaderamente intraducibles, y muchas de ellas de una monotonía y pesadez tales, que pocos lectores las terminan. Cifrabá aquel trovador uno de sus méritos en componer canciones de doce versos, en dos sextillas, con la pueril repetición, en la segunda, de los mismos consonantes de la primera. El arte de este trovador consistía en apartarse de la verdad, y lo que de la verdad se aparta no dura.

Sábase de él que amó á una dama principal de Gascuña, mujer de Guillermo de Boville; pero no se cree que su dama le complaciera en derecho de amor, pues conocida y celebrada entre las que más, es aquella su poesía que comienza:

No volh de Roma l' emperi...

«Yo no quería el imperio de Roma, yo no quería que me hicieran Papa, pues que mi única felicidad consiste en

vivir cerca de aquella que me abrasa el alma. Cuando yo admiro su rubia cabellera, su jóven y blanca faz, y su esbelto cuerpo, soy más feliz que si fuera dueño de Lucerna.

»No ceso un momento de hacer decir misas, y de encender cirios y lámparas para que Dios me sea propicio y venza al fin su rigor. Pero si no me atiende pronto, el amor que llueve sobre mi corazón, acabará por consumirle (*literalmente*).

»¡Ay de mí! Yo soy Daniel, aquel que ama el viento, que caza la liebre con el buey y nada contra la corriente.»

En otras canciones es menos realista y más poeta.

«Cuando veo, dice en una de ellas, brotar las hojas y las flores en las ramas de los árboles, cuando oigo el bramido del ciervo en los bosques, el canto de las ranas al borde de los lagos y el gorjeo de las aves en la espesura, entonces el amor, dentro de mi corazón, estalla en flores, en frutos y en cantos, tan dulcemente que paso las noches en vela mientras reposan todos y duermen...»

Lan quan vei fueill e flor parer
dels albres et ill ramel
et aug lo chan que faug el brueil,
las ranas el riu, el bos l' auzel...

Una graciosa anécdota de Arnaldo Daniel cuenta su biógrafo provenzal.

Fué á parar en uno de sus viajes á la corte del rey Ricardo de Inglaterra, y estando allí, otro juglar hubo de retarle á componer en rimas tan ricas como las suyas. Arnaldo lo tomó á burla, pero aceptó el reto, y haciendo juez del certamen al rey, cada uno de ellos, como prenda, puso su palafren en sus manos.

Mandóles encerrar el rey á cada uno en aposentos distintos, aunque contiguos. Arnaldo, á quien la soledad y la prisión contrariaban, no pudo coordinar sus pensamientos ni componer siquiera dos rimas, al revés del juglar, que compuso su canto de corrido. Diéronseles diez días de tiempo, y el rey se quedó con cinco para pronunciar su fallo.

El juglar, á través del tabique y al cabo de tres ó cuatro días, preguntó á Arnaldo si había compuesto su cantar. Arnaldo contestó que sí, áun cuando ni siquiera había pensado en ello.

Pasaba el juglar gran parte de la noche cantando su canción, para mejor saberla y recordarla; y entonces ocurriósele á Arnaldo hacerle objeto de una burla. La cosa fué que Arnaldo pasó su tiempo en escuchar atentamente á su rival, estudiando su canción y reteniendo la tonada.

Cuando llegó el día y se presentaron ante el rey, Arnaldo dijo que deseaba ser el primero en cantar su obra, y comenzó y terminó, sin equivocación de una sola palabra ni de una sola nota, la canción por el juglar compuesta. Al oirla éste, se quedó extático por el pronto para luego deshacerse en quejas, diciendo ser suya la canción que acababa de cantar Arnaldo. Terminó al fin la cosa por averiguarse, hallando el rey que era motivo de regocijo la burla. Las prendas fueron devueltas, y Ricardo hizo á cada uno un regalo.

Se dice que Arnaldo componía él mismo los aires, la tonada, la música de sus canciones; y á esto se debe quizá el que algunos le hayan colocado entre el número de los juglares, los cuales, como se sabe, eran los encargados de cantar las composiciones de los trovadores.

Nostradamus le atribuye, á más de la obra ya citada, la *Fantasmagoría del paganismo*, otra *Obra moral*, dedicada á Felipe, rey de Francia, así como también algunas comedias y tragedias.

Esto de las comedias y tragedias lo ponen en duda casi todos los autores que tratan de poesía provenzal. Y es que, en primer lugar, no se da gran fé entre los críticos á lo que dice Nostradamus, autor, sin embargo, á quien no se debe despreciar, como se hace, pues hay algo de verdad en su crónica; y en segundo lugar, porque se duda, y muchos terminantemente niegan, que el género dramático fuese conocido de los trovadores.

Puede pasar la duda, pero no la negativa en absoluto, y me asombra que autores de mucho mérito decidan tan de

plano en esta cuestión. En el decurso de esta obra se hallarán datos y citas bastantes á demostrar que los trovadores tuvieron teatro ¹.

No hay duda alguna que en las cortes y castillos se celebraban ciertos aparatosos espectáculos, dirigidos por trovadores, y *representados* por juglares, en los que puede hallarse mucho de arte dramático. Por otra parte, Nostradamus repite lo de las comedias y tragedias en varios pasajes de su obra y tratando de distintos poetas, y por poco crédito que se quiera dar al autor provenzal, no es de suponer, no es de creer, que tan á la ligera y con tanta repetición mienta sobre hechos en su época fáciles de probar.

Debe tenerse en cuenta, es verdad, la extensión dada entonces á las palabras *comedia* y *tragedia*, que no significaban precisamente lo que hoy; pero de la reunión de todos los datos, del estudio de las costumbres de la época, se deduce la sospecha de que era muy posible la existencia de un teatro entre los trovadores, áun cuando muy imperfecto naturalmente.

Voy á terminar este capítulo, citando algunos pasajes, los mejores en mi juicio, de las composiciones de Arnaldo Daniel llegadas hasta nosotros.

Comienza así una de sus poesías:

«La vuelta de la primavera me invita á cantar; y el esmalte de las praderas me brinda á colorear mis canciones con los matices que me ofrecen las flores. Pero las flores que yo cogeré tendrán por fruto el amor, como tienen el júbilo por semilla, y su perfume sobrepujará al que esparce por los campos el mes de Mayo...

»Amo á la más bella dama del mundo. Muchas cortes he recorrido: en ninguna ví más portentosa beldad. No hay placer que iguale al que yo experimento al verla. Bien es verdad, que es el único que junto á ella tengo, y áun bastante me cuesta. Pero yo no deploro las penas cuya recompensa es tan dulce.

1 V. *Garsenda de Sabran* y el capítulo final de esta obra.

»Hago decir misas, hago encender cirios y lámparas para que me sea favorable, pues que ella, después de Dios, es el objeto único de mi culto. Preferiría la dicha de complacerla á la posesión de los países que riegan el Ebro, el Meandro y el Tigre, á toda la gloria de Alejandro, al honor de ser Emperador ó Papa. Sí, París amó menos á Helena, menos Meleagro á Athalante.

»Todo mi amor está encerrado en mi corazón. Aquella que me lo inspiró lo ignorará siempre. ¿Cómo podría hacer que lo supiera? Cuando estoy alejado de ella, tengo cien cosas que decirle; cuando llego á hablarla, me olvido de todo y no sé por dónde empezar.

»En vano suspiro. La persigo con la ligereza de la liebre, y no avanzo más que si tuviera la lentitud del buey. Lo que me hace daño, bien lo veo, es la depravación del siglo: de mil amantes, apenas si se encuentran dos que sean fieles...»

Es de notar el dato, ya en otra de sus poesías usado, de hacer decir misas y encender cirios y lámparas para conseguir la recompensa de su amor. Esto pinta las costumbres del tiempo y la superstición popular, hasta de los más elevados ingenios, como no sea un rasgo característico del poeta para dar un color de sencillez é ingenuidad á su poesía.

También es de notar el rasgo que tiene de condición clásica.

La dama del trovador se había ofendido, según parece, por una canción en que éste dijera: «No hay mujer ninguna que no desee conceder sus favores y que no los conceda, cuando se sabe encontrar el momento oportuno para solicitarlos.» Esto, que antes que Arnaldo Daniel había dicho Ovidio, ofendió á la dama. Para desenojarla, el poeta compuso su canción:

«Después de todo, áun cuando mi falta fuese mayor cien veces, soy tan digno de misericordia como el Buen ladrón. Si llegase yo á poseer aquella por quien sufro, la amaría mil veces más de lo que un ermitaño, un monje ó un clérigo pueden amar á Dios. Contento y feliz me considera-

ría con sólo la seguridad de llegar á obtenerla en mi vejez. ¡Cuán largos de aquí á entonces me parecerían los años!»

Su dama llegó á darle alguna esperanza. El poeta se felicita de ello, pero se lamenta del término lejano que le ha fijado para el colmo de sus deseos. Acusa al sol de lentitud, se compara al viajero que sube al pico de Pui de Dom (montaña de la Auvernia), y que cuanto más avanza, más parece alejarse del punto á que se encamina.

Otra canción indica que el amante es ya feliz, ve logrados sus deseos, realizados sus votos, y dice que Amor le ha puesto en posesión de una dama, que tanto es suya como de ella propia. Para manifestar la pureza de su amor, la representa bajo el emblema de un castillo «que le han dado sin estar sujeto á ningún feudo.» Desearía solamente el poeta que á su franco-alodio se le hubiese asignado un poco de renta, como algunos besos; y teme morir antes del año, si no obtiene esta gracia.

Arnaldo Daniel, que tan extraordinarios elogios ha merecido de Dante y de Petrarca, fué objeto, durante su vida, de algunas sátiras sangrientas.

El Monje de Montaudon, de que luego se tendrá ocasión de hablar, dice de él que no se le entiende una palabra sola, y que no valen el precio de una aguja las poesías de quien nada contra corriente y de quien une á una liebre con un buey.

Ab Arnau Daniel son set
qu'a sa vida ben non caútet
mas un sol motz q' om non enten;
pus la lebre ab lo bieü casset,
e contra suberna nadet,
no val sos chants un aguillen.

Verdad es que el *Monje* de Montaudon es apasionadísimo, y esto lo escribió en una sátira contra los trovadores de su tiempo, y especialmente contra aquellos con quienes tenía rivalidades literarias. En cambio, otro de sus contemporáneos, Hugo de San Cir, dice que la dificultad de entender á Arnaldo provenía de su profundidad y de lo sublime de sus pensamientos.

III.

Ya he dicho en el discurso preliminar de este libro, que Arnaldo Daniel fué para los provenzales algo parecido á lo que más tarde debía ser Góngora para los castellanos, el introductor del mal gusto.

Locuciones enigmáticas, neologismos, palabras rebuscadas, construcciones difíciles, juegos de vocablos, combinaciones artificiosas y pueriles de rimas, pensamientos oscuros y de doble sentido, tales eran las finezas y arcanos del género cultivado por Marcabré, por Rimbardo de Orange, y principalmente por Arnaldo Daniel, pero contra el cual se rebelaba la inmensa mayoría de los poetas. En esto consistía el *trovar clus*, en esto la literatura *árdua*, en esto la poesía oscura, género tan en moda puesto por *el gran maestro de amor*, como le llama el Petrarca, y que de los provenzales pasó á los italianos, donde se conoció con el mismo nombre que entre los trovadores, *chiuso parlare*, *scura rima*.

El secreto de la reputación de Arnaldo Daniel, que ha prevalecido hasta nosotros, está seguramente en las obras perdidas de este autor.

Queda ya dicho que Nostradamus habla de sus *Fantasmagorías del paganismo*, pero no es ésta la única obra de Arnaldo Daniel que ha desaparecido.

Hay fundados motivos para atribuirle dos poemas ó sean dos *romanz*, como titulaban los provenzales á las narraciones en verso, á las historias extraordinarias ó fábulas maravillosas puestas en poesía narrativa. A estos poemas, hoy desconocidos, de Arnaldo Daniel, es á lo que visiblemente alude el Dante al hacerle autor de

Versi d' amore e prose di romanzi,

entendiéndose que la palabra *prosa*, en el sentido que la usa el gran poeta italiano, significa historia ó narración en verso.

Por referencias de Luis Pulci en su *Morgante maggiore*, de que el sabio Federico Díez se hace cargo, se viene en conocimiento que Arnaldo Daniel fué el autor de un poema titulado *Reinaldo*, perteneciente al ciclo carlovingio. Al citar Luis Pulci los autores que escribieron sobre Carlo Magno, precediéndole en este camino, dice:

Dopo costui venne il famoso Arnaldo
che molto diligentemente ha scritto,
in vestigó dell'opre di Rinaldo,
delle gran cose che fece in Egipto.

El Tasso, confirmado por Crescimbeni, hace á Daniel autor de otro poema con el título de *Lancelote*, y Federico Díez se extiende en varias consideraciones para demostrar como muy probable la existencia de un Lancelote provenzal que, no sin razón, puede ser atribuido á Arnaldo Daniel.

Estas debieron ser las obras que más fama dieron al trovador que nos ocupa.

Se sabe que fué amante correspondido de Audierna de Montclar, á cuya dama consagró sus homenajes cuando la dama de Boville le desesperanzó por completo, y cuéntase que al llegar ya á una edad algo avanzada, se halló sin recurso alguno, pobre y enfermo. Parece que entonces por medio de una canción apeló á la generosidad de los reyes de Francia, de Inglaterra y de otros príncipes, regresando el juglar, que había sido portador de la canción, con una gruesa suma. Pero Daniel entonces ni siquiera quiso recibirla.—«Estoy satisfecho, dijo; ya veo que Dios no me abandona, y pues que es así, quiero consagrarme á él.»

Y entró en un monasterio, donde llevó una vida ejemplar.

ARNALDO DE MARSAN.

Pocas noticias se tienen de este trovador, y no se conoce de él otra obra que un *Essenhamen* del género de los de Amaneo Des-Escás.

Se supone que era de la ilustre casa de Marsan, y que reunía al esplendor de su cuna, el mérito de sus talentos y el de la caballería.

Su obra es extensa, en versos pareados, de seis sílabas, y merece hacerse un extracto detenido de ella, porque pinta las costumbres antiguas y la manera que tenían de vivir los señores. La versificación es más fácil que la de Amaneo, los colores más vivos, el cuadro más completo y acabado.

Cuenta el trovador que salió á cazar un día del mes de Octubre, acompañado de diez caballeros, todos bien montados, y tres donceles con dos halcones y un azor. En el momento en que emprendían su camino, vieron llegar un caballero con hábito de peregrino.

Cuando el recién llegado estuvo junto á Marsan, sin saludar y sin proferir una sola palabra, cogió su caballo por la brida y llevándole á un lado le dijo que venía de lejanos países sólo para pedirle un consejo sobre cosas de amores.

—«Amo, le dijo, á una dama sobresaliente en virtudes y en belleza, pero por más esfuerzos que hice, no conseguí que por su servidor me aceptase. Deseo hacerme amar de ella y no sé cómo valerme. Decidme por piedad cómo me he de conducir.»

Arnaldo al oír esto, despide á sus caballeros aplazando la cacería para otra vez, se apea del caballo, toma por el guante al extranjero, invitándole á entrar en su casa, y des-

pués de saber su nombre, que el otro le revela en secreto, le pide que le permita tomarse un día para contestar.

Pasan el día jugando al ajedrez y á las damas, refiriendo aventuras y recitando canciones, hasta el anoecer, en que se les avisa estar dispuesta la cena. Comen en un gran salón, donde se hallaban muchas personas, se acuestan, y al día siguiente se levantan para oír misa con el alba.

«Bidaus, mi condestable, dice Arnaldo, nos dió una comida muy buena, que duró mucho tiempo, y al terminar me levanté con mi huésped, dejando á los demás en el comedor, y bajamos juntos al jardín, donde le hice sentar junto á mí al pié de un frondoso laurel.»

Allí comienza Arnaldo su lección con un largo relato de los héroes de la galantería caballeresca. Luego siguen los consejos.

Principia dándole instrucciones sobre el modo de vestir, y le recomienda que lleve siempre limpios, y no muy largos, el cabello, el bigote y la barba, advirtiéndole de paso que nada realza tanto al hombre como un hermoso cabello.

Después de los detalles sobre la persona, sigue la manera de sostener la casa, «pués así como por el buen porte y buenas maneras se juzga muchas veces del hombre, así la esplendidez con que se vive influye por mucho en el corazón de las damas.»

Son indispensables escuderos muy atentos y prudentes, en quienes se refleje la esmerada educación del dueño por aquello de que: *tal amo, tal criado*. La casa debe estar abierta para todo el mundo. La mesa debe ser espléndida, cuidando mucho de que nada falte á los convidados, ni á los escuderos, porque fácilmente murmuran de sus amos. No debe haber ni llave ni puerta á la entrada de la casa, para que todos tengan en ella acceso, ni tampoco porteros que, como en las casas de ciertos ricos avaros, despiden con malos modos á los parásitos y á los juglares. Se debe estar dispuesto á todas horas á recibir al que se presente. Hay también que tener siempre juego abierto. Cuanto más juego, más honor para la casa; pero hay que guardarse de to-

mar los dados para dejarlos en seguida, pues esto indica avaricia. Si se pierde, es preciso resignarse y aparentar serenidad; no debe tampoco cambiarse de puesto mientras se juega. Lo contrario es exponerse á que se burlen de uno y á que no se le tenga por galante.

A joc maior jugatz
 e' assó es jocs onratz...
 Qui pren los datz e'ls laissa
 tot son pretz en abaissa...
 Ni ja no'us irascatz
 per perdre que fassatz,
 ni camjés vostre loc,
 e' om non puená far joc...

Le recomienda luego que tenga un buen caballo, corredor y obediente á la brida; las armas limpias, resplandecientes, bien cuidadas. Las armas y el caballo han de estar siempre dispuestos para repeler la injuria. Aquel que desee obtener la estimación de las damas, debe estar siempre pronto para la guerra y para el combate, no esperando, sino buscando lances, donde probar su valor.

En el torneo debe tenerse mucha cuenta con tener todos los arreos convenientemente dispuestos, el yelmo y el escudo seguros, un casco de reserva por si se necesita, una armadura completa, la espada al costado, dando con ella grandes golpes para animar al caballo. Se ha de ser el primero en atacar y el último en retroceder, como cumple al que quiere tener derecho á ser amado. No se debe abandonar el palenque sin haber dado pruebas de valor.

Y por este estilo sigue dándole consejos.

Can seretz en torney,
 si creire voletz mey,
 totz vostre garnimens
 aiatz cominalmens,
 l'ausbere e l' elm doblíer,
 e las caussa d' assier,
 e vostr' espasz' al latz,
 que de grans colps fassatz
 entressanh al caval,
 e denau al peitral
 bel sonalhs tragítatz
 gent assis e fermatz;

car sonhals an usatje
que donan alegratje,
ardimen al senhor,
et al autres paor:
à l'encausar premier
et al fugir derrier,
car tot aisó cové
à drut c'amor manté...

De esta manera es como Arnaldo triunfó de un gran número «de buenas y hermosas damas,» pasando en seguida á la enumeración de sus buenas fortunas, y citando muchas damas como sus conquistas.

«Os citaríá muchas otras, dice al terminar su lección, pero no quiero revelar los misterios de aquéllas que en secreto me concedieron sus favores.»

ARNALDO DE MARVEIL.

Este es el trovador á quien Petrarca llama *il men famoso Arnaldo* para manifestar su inferioridad con respecto á Arnaldo Daniel.

Si no se hubiesen perdido muchas de las obras de este último, principalmente su *Fantasmagoría*, que hallo citada como modelo, y varias, si no todas las composiciones á que aluden el Dante y el Petrarca, se podría juzgar con más conocimiento de causa de quién fué el mejor entre los dos Arnaldos.

Hay que dar la importancia que se debe y merece, al juicio de ingenios tan superiores como los del Dante y del Petrarca, á quienes no es fácil reconocer error sobre cosa tan de su competencia. A no ser así, á no haberse perdido muchas obras del Arnaldo Daniel, á juzgar por las que de uno y de otro de estos poetas nos quedan, debiera convenirse en que Arnaldo *il men famoso* era, sin embargo, y por muchos conceptos, superior al que llama Petrarca *el gran maestro de amor* y al que el Dante cita como el primero entre los trovadores.

El sentimiento, la verdad, el calor, la expresión, el colorido que hay en las composiciones de Arnaldo de Marveil, no existe ciertamente en las que nos quedan de Arnaldo Daniel, más artificiosas que sentidas, menos concebidas que pensadas. Lo que en el uno es sentimiento, es arte en el otro; y lo que espontaneidad en el uno, es en el otro estudio.

Arnaldo de Marveil tomó este apellido del nombre del castillo en donde nació, situado en la comarca de Perigord. Hijo de padres pobres y oscuros, trató, como todos los que

se sienten con talento, de valerse de él para abrirse camino. Fué al principio notario, pero no acomodaba esto á sus sentimientos y aspiraciones, y como *trovaba* muy bien, es decir, como sabía componer canciones y cantar agradablemente, decidió correr el mundo como trovador.

Su destino y su ventura le condujeron al castillo de Beziere, donde tenía corte la condesa de Burlatz, que era hija de Raimundo V, conde de Tolosa, y mujer de Roger II, vizconde de Beziere, aquel á quien llamaban Tallafarro. Esta vizcondesa de Beziere, más comunmente apellidada condesa de Burlatz, por haber nacido en el castillo de este nombre y por ser costumbre que las mujeres conservasen el título de su casa cuando el del marido era de orden inferior, fué madre de aquel vizconde de Beziere, á quien los franceses hicieron morir en una prisión cuando la cruzada contra los albigenses.

Adelaida, condesa de Burlatz y vizcondesa de Beziere, según he hallado en una crónica provenzal, era una mujer singularmente hermosa, amiga de ostentación y fausto, generosa y espléndida, sosteniendo en su castillo una verdadera corte de reina ó de princesa.

Allí fué á parar el trovador Arnaldo, empujado por su fortuna, y como era gallardo y gentil de figura, y componía buenos versos, y cantaba muy bien, y leía y recitaba perfectamente, fué acogido con mucho agrado por la condesa, que le protegió y honró dándole un puesto en su corte.

El papel que, en general, parecían destinados á representar los trovadores, se asemejaba mucho al de los caballeros. Unos y otros se consagraban á una dama; si éstos como paladines, aquellos como poetas. Cuando uno de éstos era bien acogido por una dama principal, comenzaba ensalzándola y celebrándola en sus versos por agradecimiento, acababa luego por amarla con pasión, y hacía objeto de sus versos la historia de sus amores.

Esto precisamente sucedió con Arnaldo de Marveil; se apasionó de Adelaida, y sus composiciones no son casi otra cosa que la historia ó la crónica de su amor.

Comenzó componiendo para ella, y por amor de ella, tiernas y enamoradas canciones, pero se las recitaba ó cantaba como si fueran de otro, pues no se atrevía á decir que fuesen suyas. Su amor vivía aún en el misterio, y sólo se declaraba autor de las poesías que pertenecían á otro género.

En una de las pertenecientes á este período de su historia, dice á Adelaida:

«Vuestro ingenio y vuestra belleza, vuestro trato honesto y gentil porte, vuestra cortesía y espléndida hospitalidad, os elevan sobre todas las mujeres. La alegría y el placer parecen en vos renacer á cada instante, y no es ciertamente el amor el que esto me obliga á confesar, sino la verdad y vuestra valía.»

Ensenhamen e betuatz,
plazer, ab gen parlan...

Ya en otra composición, perteneciente sin duda á la categoría de las que daba como de otro autor, se atreve á más.

«No prevenía, dice, al pisar estos lugares, que hubiese de pagar tan caro el placer de haber visto reunidas tantas bellezas y gracias. Mucha razón tienen en decir, y yo lo experimento á mis costas, que á veces *se abrasa el que sólo calentarse quiere*. Yo amo, y no me atrevo á confesarlo. Me veo condenado á huir la presencia de la que adoro por miedo de no vender mi secreto con mis miradas. Esta temeridad me parecería imperdonable.

»Mi corazón, al menos, me la refleja como un espejo, y tengo el placer de contemplarla en él. Todo me la recuerda y me la representa. La frescura del ambiente, el esmalte de los prados, el color de las flores al recordarme alguno de sus hechizos, me invitan sin cesar á cantarla. Gracias á la exageración de los trovadores, puedo ensalzarla hasta el punto de que ella es digna, y puedo decir impunemente que es la dama más bella del universo. Si cien veces no hubiesen prodigado este elogio á aquellas que no lo merecen, no me atrevería á dirigírselo á la que amo, porque sería nombrarla.»

¿Puede darse poesía escrita con más sentimiento al paso que con mayor sencillez? Bastaría esta sola composición para revelar un poeta, y un poeta de primera línea además.

El trovador amante ocultaba su nombre. No cantaba á la condesa más que bajo nombres alegóricos, *Belveser*, *Belregard*, *Rosafió* (hermoso beso, hermosa mirada, flor de rosa, etc.), pero no hay duda que deseaba ser adivinado, y no tardó en apercibirse de que aquellos versos, si no herían, halagaban al menos á la condesa Adelaida. Aguijoneado por este sentimiento y el del amor, ya un día se atrevió á descorrer el velo, y lo hizo con aquella su sentida canción:

La franca captenezza
qu' ieu no puesc oblidar,
el doutz ris e doutz esgar,
e 'l semblan qu' ieu 's vi far,
mi fan, domna valens,
melhor que ieu sai dir
ni del cor comirar;
e si per me no 'us rens
mercés e chاوزimens
ieu sai que 'm fau morir.

Sens geinh e sens falhensa
vus am, e sens cor var,
plus qu' hom non pot pensar;
d' aitan no 'us puese forzar
par vostres mandamens.
Ai! domna cui desir,
si conoissetz ni 'us par
que sia falhimens
car vos suis benvólens,
soffetzm' aquest falhir...

«Vuestra franca acogida, que yo no puedo olvidar, vuestra dulce sonrisa y vuestra dulce mirada, y la expresión que me pareció ver en vuestro semblante, me hacen, oh noble dama, sufrir en el fondo de mi corazón, como á expresar no me atrevo; y si nada os dicen en mi favor merced y bondad, entonces ya sé que me toca sólo morir.

»Yo os amo libremente, sin falsedad y sin veleidad ni mudanza, más de lo que pueda imaginar hombre alguno. Es lo único que yo pudiera atreverme á hacer contra vuestro mandato. ¡Oh mujer, que tanto deseo, si conocéis y

juzgáis que faltó en esto, puesto que tan buena sois, permitidme esta falta!»

Cuentan que la declaración del poeta no fué rechazada por la noble dama, que se manifestó sensible á una pasión, tan digna y sentidamente expresada. Desde aquel momento, la condesa, lejos de esquivar al trovador, accedió á sus ruegos, recibió y aceptó sus homenajes, regalóle con armas y trajes, animóle á trovar y á cantar por amor de ella. *El la comptesa non l'esquivet*, dice la biografía provenzal, *ans entendet sos precis e los recents e los grazic; e'l mes en arnés e detli baudeza de trovar é de cantar d'ela.*

Viéndose entonces honrado en la corte, pudiendo ya acercarse más libremente á su amada, recibiendo de ella pruebas constantes de cariño y afecto, el poeta dejó más libre vuelo á su imaginación, y compuso muy buenas y muy sentidas canciones, las cuales demuestran, dice su primer biógrafo, que si pasó por grandes dichas, tuvo también que pasar por grandes amarguras.

Acaso no exista en toda la colección de los poetas provenzales un fragmento como el que voy á citar, que más bello sea, y que, con más sencillez al propio tiempo que con más elevación, exprese mejor los sentimientos de que se hallaba poseído el poeta:

«Mi razón se opone á mis instintos. Mal me sienta sin duda el llevar á tan alto mis miras, pues que debiera dejarse sólo á los reyes el honor de sufrir y de suspirar por ella. Pero, ¿por ventura el amor no iguala á todos? El que ama es digno de ser amado. Toda distinción de rango y clase desaparece ante Dios, que no juzga sino los corazones y no quiere sino los sentimientos. ¡Oh, vos, noble dama, imagen perfecta de la divinidad, imitad vuestro modelo! Después de todo, mi corazón vale tanto como el de un duque ó de un rey. Es ser igual á los soberanos el tener miras que á éstos honrarían. César nació bien lejos del trono y mereció ser elevado á él.»

Ningún poeta moderno ha dicho más.

En la serie de poesías de Arnaldo de Marveil hay un verdadero tesoro de admirables detalles y de pensamien-

tos delicados. Pocos poetas pueden igualarle en lo exquisito de sus sentimientos.

Habiendo algunas miradas favorables de la condesa excitado la confianza del poeta, en su amor platónico, se regocija con la idea de que por fin verá colmados sus votos, pero esto no le impele á ser temerario, porque «el amor más vivo, dice, es el más tímido: desde el momento que quiere ser exigente, da lugar á que sea sospechoso.»

Se contenta, pues, sólo con asistir al tocador de la que adora, y á esto limita sus deseos; pero, ya al fin, se atreve á mayores favores y desea un beso, siendo éste el objeto de dos bellas canciones. Obtuvo el favor, pero hubo de costarle caro.

Sus primeros trasportes anuncian la dicha más colmada.—Adelaida «entera se ha grabado en su alma;» llena de quimeras su imaginación «nada en un mar de delicias,» y allí se encuentra en su elemento «como el agua es el de los peces »

A estas delicias, sin embargo, suceden pronto las torturas del corazón.

«Deseo siempre en vano, dice, porque soy solo á desear. Aquella á quien amo se mantiene sorda á mis deseos. ¿Cómo es posible que siendo fácil amansar á los leones sea ella tan inflexible? Y sin embargo, vivo contento en medio de mis penas. ¿Puedo por ventura creerme desgraciado cuando amo y deseo? Amor, si hablo así de las penas que causas, ¿qué no diría yo de tus placeres?»

El poeta tenía un rival poderoso. A pesar de que su *corazón valiera tanto como el de un duque ó de un rey*, á pesar de la igualdad de clases ante Dios y el amor, por él tan preconizada, desde el momento en que un rey en persona se atravesó en el camino de los amores del poeta, éste pudo darse por vencido.

Efectivamente, el rey D. Alfonso de Aragón se presentó de pronto á ser un rival del poeta y á hacer la corte á Adelaida de Beziers. En mal hora fué para los amores de Arnaldo.

La dama no imitó á su modelo, como el trovador le pe-

día en una de sus citadas composiciones, y entre el pobre poeta y el poderoso monarca, éste último ganó la partida. Se ignora si el rey fué más afortunado que el trovador y si consiguió de la condesa Adelaida algo más de lo que Arnaldo consiguiera; pero lo que sí es indudable es que alcanzó de ella el destierro de su antiguo amante.

Cuando el rey Alfonso se hallaba en las primicias de su amor y de su corte á la dama de Beziers, hubo de observar que ésta no era insensible á las solicitudes del poeta y que oía con embeleso y gran contentamiento sus enamoradas canciones. Manifestóse de ello afligido y celoso, y como prenda de amores pidió su destierro. Impúsose entonces á Arnaldo la obligación de no volver á componer más canciones dedicadas á la condesa, y también la de no amarla ni presentarse ante ella.

«¿Cómo es posible que pueda yo obedecer? dice Arnaldo. ¿Puedo ni siquiera tener voluntad para pensarlo?»

Faltaría de seguro á la orden que se le diera, pues que fué despedido de la corte y del castillo.

Retiróse entonces junto á Guillermo de Montpellier, que, según el biógrafo provenzal, era su señor y su amigo, cuya corte le estaba abierta, y allí permaneció á lo que parece hasta su muerte, conservando viva siempre en su corazón la llama de su malogrado amor, como lo prueba por este tierno y sentido canto:

«Bien pueden decir que sólo es sensible el alma por el conducto de los ojos. Yo no veo al objeto de mis amores, y sin embargo, más vivamente me ocupa hoy que antes de perderlo. Han podido alejarme de su presencia, pero nada podrá romper los lazos que á mi corazón la unen.

»Este mi corazón tierno y constante, sólo Dios lo parte con ella, y hasta la porción que Dios posee la tendría sólo en feudo de su dominio, si fuese posible que Dios pudiera ser vasallo y prestar homenaje.

»Lugares afortunados donde ella habita, ¿cuándo me será permitido volveros á ver? ¿Estoy destinado á no ver llegar á nadie de allí? Un pastor que viniera de su castillo sería para mí un elevado personaje. ¡Que no pueda yo ser

confinado á un desierto y encontrarla en él! Este desierto sería entonces para mí un paraíso.»

A medida, sin embargo, que va trascurriendo el tiempo el poeta se trasforma. Al principio se siente halagado todavía por lisonjeras esperanzas, cree que su destierro ha de tener un término, que puede ser llamado, que ha de volver algún día á la corte de Adelaida, y tornar por consiguiente á la suprema delicia de «languidecer de amores á sus plantas.» Pero el tiempo pasa, no ve lucir un solo rayo de luz en el horizonte que ante sus ojos se extiende; cree ya que en el castillo de Beziers se le ha olvidado, más aún, que se le desprecia, y acusa entonces á sus antiguos protectores de haberse trocado *en sus más crueles enemigos*, y á aquella á quien tanto amó de ser *la causa de sus desgracias, pues que, lejos de repararlas, le abandona sin piedad á los rigores de su suerte.*

Sus poesías comienzan á tomar un color sombrío y un tono de profunda amargura próximo de la desesperación. Se reprocha á sí mismo el haberse vendido por indiscreto, se acusa de haberse vanagloriado del beso que un día recibió de la condesa, y exclama *que nada ya le liga á la tierra, que no tiene amigos, que nada ya le inspira amor.*

Más tarde cesan sus cantos de amores, como si se hubiese roto esta cuerda en su lira, y el poeta se hace filósofo. Ya no es el amante el que habla, sino el pensador. Muchas grandes pasiones de aquel tiempo acabaron sepultándose en el refugio y la soledad de un claustro. No parece que así terminara el amor de Arnaldo de Marveil: no se hizo religioso, pero se refugió en la soledad y en el claustro de su alma.

Nos queda de los últimos tiempos de su vida un canto moral, una larga composición de cuatrocientos versos consagrada á enseñar el arte de conducirse en el mundo y de ser útil á la sociedad. Exhorta á querer y respetar á Dios, á distinguir los buenos de los malos, la verdad de la mentira, la cordura de la locura; da consejos para adquirir bondad, prudencia, gratitud; indica lo que deben hacer los caballeros, los clérigos, los ciudadanos, cada uno en

su clase; recomienda la probidad como fuente de todo; se dirige á las damas para decirles que la belleza no es nada sin la modestia y sin la honestidad; y acaba por descargar todo el peso de sus iras contra aquellos poderosos del siglo que, desconociendo su misi3n, se hacen dignos de la c3lera divina por el abuso de su fuerza y de sus privilegios. «Deberan, dice, dar ejemplo de clemencia, de justicia y de generosidad; pero lejos de esto, su tiranía es hoy tal, que todos cuantos de ellos dependen se ven condenados á una vida de opresi3n, miseria y esclavitud.»

¿Eran estas palabras del trovador el anuncio y el heraldo de la revoluci3n que comenzaba á efectuarse en las ideas y que había de estallar con la llamada herejía de los albigenses?

A punto fijo se ignora la 3poca en que muri3 Arnaldo de Marveil. Nostradamus le hace sobrevivir veinte ańos á la condesa Adelaida, cuya muerte tuvo lugar en 1201; pero el abate Millot, con m3s acierto, supone que dej3 de existir antes que su dama.

A haber vivido Arnaldo de Marveil hasta 1219 3 1220, que es la 3poca fijada por Nostradamus, hubiera alcanzado una edad muy avanzada, quiz3 imposible, y se le vería figurar de seguro en las tristes escenas de que la Provenza fu3 teatro y en que tan principal parte tomaron los trovadores.

ASTORG DE AURILAC.

Este trovador es el mismo á quien otros llaman Austau de Orlac.

Figura como suyo un largo *serventesio*, pero fijándose bien en su lectura, se comprende perfectamente que los copiantes han hecho una poesía sola de la que debe dividirse en dos, como, por el contrario, de un solo poeta han hecho dos, estableciendo entre Astorg de Aurilac y Austau de Orlac una diferencia que no existe.

Por lo tocante al *serventesio* que se le atribuye, y que en mis manuscritos, lo propio que en los estudios de Coll y Vehí, está continuado como una sola composición, debe visiblemente dividirse. De su primera á su segunda parte median nada menos que veinte años.

Son dos *serventesios*, si duro el uno, más el otro, lamentando las calamidades producidas por las cruzadas, á las cuales el trovador maldice y anatematiza.

Así, pues, en el primero el poeta deplora el mal éxito de la primera cruzada de San Luis, y lamenta su cautiverio como un duelo público y como una calamidad nacional. Debió escribirse por los tiempos mismos de la cruzada, que tuvo lugar en 1250.

En el segundo, tal como en mi opinión deben dividirse, lamenta, no ya el cautiverio, sino la muerte de San Luis, que tuvo lugar en su segunda cruzada, y por consiguiente, el año 1270.

Un intervalo de veinte años media, pues, entre ambas poesías.

Astorg de Aurilac deja que su pensamiento campee con toda libertad, y se expresa en estos términos:

«Oh Dios, ¿por qué permitiste que semejante desventura le sucediera á nuestro rey francés, tan gentil y tan hidalgo? ¿Por qué permites que gima entre cadenas, cuando tan grandes servicios podía prestar aún, y cuando á tí se consagraba con todo el ardor de su alma? ¿Por qué permitiste que sucumbiera?»

Ay Dieus, ¿per qué as fac tan gran malesa
de nostre rei francés larc e cortès?

Los lamentos del poeta se convierten pronto en maldiciones:

«Oh noble y caballeresca hueste, la que pasaste á Ultramar con tan buenos arneses y bellas armaduras; ya no te veremos más, y he aquí por qué lloro, he aquí por qué el mundo todo está de duelo, he aquí por qué maldigo á Alejandría, y maldigo las predicaciones del clero, y maldigo á los turcos que nos han derrotado. Mal hizo Dios en darles tal poder.»

Mal dicha sia Alexandría;
e mal dicha tota clergia,
e mal dich Turc que 'us an jach remaner!
Mal á fetz Dieus quar lor en dat poder...

Pero donde el trovador es más terrible y contundente; donde lanza sus más crueles dardos; donde ya le deja rienda suelta al pensamiento, sin traba de ninguna clase, es en la segunda parte de la poesía, ó sea en el que yo creo un nuevo serventesio.

Llora la muerte de San Luis, tan ardiente en servir á Dios, maldice las cruzadas y el clero, promovedor de la guerra santa, maldice á Dios mismo que hubiera podido dar un término feliz á la guerra; desea que los cristianos se hagan mahometanos, puesto que Dios está por los infieles; opone el camino recto que San Pedro seguía á los tortuosos senderos por donde marcha el papa; dice que el Santo Padre y el clero lo hacen todo por dinero; finalmente, «desearía, exclama, que el emperador y los franceses se cruzaran para combatir al clero que ha hecho perecer la flor de la caballería y que sólo piensa en dormir.»

Crestiantat vei del tot á malmeza,
tan gran perda no cre qu' ancmais fezés
perque 's razós qu' hom hucimais Dieus descreza
e qu' adoren Bafomet lai on es...

Pus Dieus vol e Sancta Maria
que nos siam venzuts á non dever...

San Peire tenc la dreta via,
mas l' Apostelis la i desvia...

L' emperaires volgr' agúes la crotz presa
e que son filh l' emperis remazés,
e qu' 's tengúes ab lui la gens francesa
contra fals clerc en cui renha no fes,
qu'an mort pretz e cavalaria,
e morta tota cortezia;
e prezó 's pauc qui á son desplaizer,
solh qu' ilh puesco sejournar é jacer.

De Astorg de Aurillac no se tiene noticia alguna de su vida ni se le conocen otras composiciones.

AUBERTO DE PUICIBOT,

Ó EL MONJE DE PUICIBOT.

Auberto ó Alberto según unos, según los más Gauberto ó Gualberto, era un caballero de la diócesis de Limoges, hijo del castellán de Puicibot.

Siendo muy joven, le hicieron entrar de novicio en el monasterio de San Leonardo, donde hizo sus estudios; pero era el mozo demasiado turbulento para fraile, y el mejor día, espoleado por el deseo de correr mundo ó por la pasión de una mujer, colgó sus hábitos y se fué á recabar la protección, dice el manuscrito de los trovadores, de aquel á quien iban todos cuantos querían ganar, por cortesía, honores y beneficios, el noble y valiente Savaric de Mauleón (*á selui on venian tuit aquil que per cortesia volion onor e bienfait, al pros, al valen En Savaric de Malleó*).

Acogióle éste, y le proveyó de trages y de todo el equipo de juglar, procurándole también recursos para que pudiera ir por las cortes. Andando por ellas compuso muchas y buenas canciones, dice su biografía provenzal, y se enamoró de una bella y noble damisela, á quien celebró en sus cantares.

Las poesías suyas llegadas hasta nosotros valen poco ciertamente. Son, como ha dicho Millot, unas quince composiciones en estilo difuso, cuajadas de retruécanos, malas casi todas, y algunas poco honestas.

En una de ellas, inspirado por los celos, dice:

«El amor me hace vivir para aumentar mi tormento; así es que, en vez de cantar como solía, no hago otra cosa que llorar. Las engañadoras apariencias de aquella á

quien amo, me enloquecieron. Aún no hacía el año que estaba yo enamorado de ella, cuando se entregó á otro amante. Me arrepiento de haber escogido tan mal, pero no puedo apagar el fuego indigno que me devora.»

No se sabe si esta poesía iba dirigida á la misma dama con quien casó luego, como se verá, pero bien pudiera ser, á juzgar por los sucesos posteriores. Presumible es que la que más tarde le faltó como esposa, fuese la misma que antes le había faltado como amante.

En efecto, el trovador fué desgraciado en su matrimonio y víctima de la mujer innoble con quien se enlazó. La obra provenzal sobre las *Vidas de los trovadores*, publicada por Raynouard y después por el *Indígena* de Tolosa, á la que principalmente acudo como fuente para estos estudios, cuenta la miserable historia del poeta.

La dama de quien se había enamorado le declaró que sólo cedería á sus votos si le hacían caballero y si se casaba con ella. Auberto estaba ciego de amores, y recurrió á su protector Savaric de Mauleón, el cual, constante en su protección, no solamente le armó caballero, si que, á más, le dió una casa, tierras y rentas para establecerse.

Casóse el trovador con la que amaba, y los principios de su unión fueron dichosos, pero en mal hora emprendió Auberto un viaje á España dejando en el país á su mujer, que era joven, bella y alegre. Un caballero de la comarca se aprovechó de la ausencia del marido para hacerle la corte, y tanto hubo de decir y de hacer seguramente, que la sedujo hasta el punto de hacerle abandonar el techo conyugal, partiéndose con él. El amante la sostuvo como su querida por algún tiempo, pero no tardó en abandonarla á su suerte en una ciudad de Provenza, donde quedó perdida, deshonrada y sin recursos.

A la misma ciudad fué á parar Auberto cuando regresó de España, bien lejos de pensar que allí vivía su esposa en desordenada vida, comerciando con los restos de una belleza manchada ya por la deshonra. No era tampoco Auberto, por lo que parece, muy escrupuloso con sus deberes conyugales, y la noche misma de su llegada se dirigió

á casa de una pobre mujer, donde le dijeron que hallaría á una hermosa joven.

La hermosa joven era su esposa. Cuando la reconoció, dice la crónica, hubo entre ellos gran duelo y gran vergüenza (*e can la vi, fon gran dol entr' els et gran vergonha*).

Al día siguiente de esta horrible escena, el ultrajado esposo encerraba á su mujer en un convento, y entraba él á su vez en otro, dejando de cantar y componer, y renunciando á los placeres del mundo.

Según Nostradamus, que completa las anteriores noticias, Auberto se hizo monje en el monasterio de Pignan.

Parece que en el primer momento de su ira, el ofendido esposo quiso arrojar á su mujer al pozo de Argencier, espantoso precipicio que existe en las islas de Hyeres, ó á otro profundo abismo de Provenza, al cual eran precipitadas las mujeres convencidas de adulterio; pero, movido por su llanto y por sus ruegos, se contentó con encerrarla en el claustro.

Es todo lo que de Auberto, el monje de Puicibot, se encuentra que decir.

AUGIER.

Se le llama en los manuscritos y libros que de los trovadores tratan, Augier, Ogiers de Viena, Ogier, Augier de San Donat y también Ugier.

Sábase de él que residió largo tiempo en Lombardía, donde compuso muy bellas *tensiones* y muy buenos *serventesios*, alabando á unos y satirizando á otros. Floreció de mediados á fines del siglo XII.

Tiene una composición extraña y de mal gusto, de un género que por fortuna no tuvo imitadores, llena de retruécanos, antítesis y juegos de vocablos, de que resulta una oscuridad desagradable.

«Yo seré siempre *servidor* para *deservir*, aunque *sirviendo* á los pobres *ricos* esclavos de sus *riquezas*, rodeados de *consejeros* que les *aconsejan* en descrédito de su honra. Así es que en sus *cortes*, *cortas de cortesía*, nadie puede encontrar un hombre cabal y perfecto. Yo mismo, que no lo soy, me considero superior, cuando con ellos me comparo.

»He visto al noble rey Federico hacer tanto aprecio del mérito y de la virtud, y ensalzar tanto estas cualidades, que no creo que pueda *imperar* cuando tendrá el *imperio*.»

El poeta continúa hablando de la corrupción de los *pobres* ricos, y se consuela con la esperanza de que el rey Federico sabrá evitar este peligro. Elogia en seguida al marqués de Montferrat y al conde de Provenza, Ramón Berenguer, muerto en 1162.

Ocho son en número las composiciones que de Augier existen, pero no hay en ellas ninguna de mérito sobresaliente. La más notable y la mejor entre ellas es una dedicada á la muerte del vizconde de Beziers, que se considera

como suya, pero que no lo es, sin embargo, pues que pertenece al trovador Guillermo de Beziere, según se verá en el artículo á éste consagrado.

Tiene otra, curiosa por lo que se relaciona con las costumbres de su tiempo. La compuso en contestación á una de cierto trovador llamado Beltrán, que se ignora quién fuese. Este Beltrán, en una *tensión* con su juglar, sostuvo que, mejor que á las jóvenes, valía más hacer el amor á las viejas, fundándose en que con éstas hay más libertad, mientras que entre aquéllas sólo hay coqueterías, penas y favores que se pagan muy caros.

Augier toma la defensa de las jóvenes, pero lo hace con poco ingenio ciertamente.

«Prefiero, dice, el amor de la joven al de la vieja. No puedo sufrir la tez blanca y rosada que se fingen las viejas, con el unguento de un huevo batido que se aplican en las mejillas, tiñéndose de blanco por encima y embadurnándose desde la frente hasta el pecho...

»Una joven bien formada vale más que quinientas viejas, y Beltrán miente al sostener lo contrario. Paga bien caro su locura con su vieja, flaca y repugnante...

»Tengo por un insensato al que se enamora de una cara pintada, y es deshonesto para una mujer el fingir una belleza perdida. En lugar de ocuparse de su cuerpo, que cada día se descompone, más le valiera ocuparse de la salud de su alma.»

Bien se ve que los afeites y el colorete fueron propiedad de las mujeres de todos tiempos, y aún podría pasar la cosa si sólo á cierta edad se usaran.

AYMERIC DE BELENOI.

Ha sido conocido este trovador con diferentes nombres, induciendo á confusión y haciendo que muchos hayan creído distintos el que es uno solo.

Los Aymeric de Belenvei, de Beauvoir y de Belvezur que se citan por varios autores son uno solo, y éste es Aymeric de Belenoi.

El abate Millot continúa entre sus trovadores otro Aymeric de Belmón, pero en mi sentir, como diré luego, es también el mismo que Belenoi. Belmón ó Belmont es visiblemente un error de Belenoi.

Cortas líneas consagra la biografía provenzal á este trovador. Se limita á decir de él que fué de la comarca de Burdeos, de un castillo llamado Lesparre (*Esparta* le llama Millot), sobrino del maestro Pedro de Corbiac, y que, ansioso de correr tierras, se hizo juglar. Compuso, dice, muy bellas canciones y muy galanas con motivo de una dama de Gascuña, cuyo nombre era Gentila de Ruis, y por amor de ella vivió largo tiempo en aquella comarca. Después se fué á Cataluña, donde se estableció y murió.

A estas se reducen todas las noticias que acerca de Belenoi dan las *Vidas de los trovadores*. Algo más he hallado y puede decirse de él.

Nostradamus, que le llama Aymeric de Belvezur, dice que su hermosa gascona era de la casa de la Valette, y que sus amores dieron mucho que hablar, viéndose obligado el trovador á separarse de su dama. Pasó entonces Aymeric á la corte de Ramón Berenguer V, conde de Provenza, y compuso muchas canciones en loor de este príncipe y de su esposa Beatriz de Saboya. Allí se enamoró de una prince-

sa de aquella corte llamada Barbosa, que unía á la belleza y á la discreción un perfecto conocimiento de las siete artes liberales.

Un día, siempre según Nostradamus, que Aymeric se hallaba en las habitaciones de la princesa Beatriz, hija del conde, Barbosa dejó caer al descuido uno de sus guantes, que el trovador se apresuró á recoger, besándolo, y presentándosele en seguida á la señora de sus pensamientos. Las damas de la princesa se apercibieron de ello, murmuraron un poco, y se dirigieron á Barbosa manifestándole asombro de que permitiera semejantes libertades; pero ella respondió que las damas de honor no hacían nada de más con acordar favores á los poetas que con sus versos las inmortalizaban. La princesa Beatriz apoyó estos sentimientos, y las damas se callaron.

De esto hizo Aymeric el asunto de dos canciones, dedicando una á Barbosa y otra á la princesa.

Pasado algún tiempo de aquello, la dama entró de religiosa en un convento, y su amante tuvo de ello tan gran pesar, que murió de dolor. Florecía Aymeric en la época en que Ramón Berenguer fundaba en las montañas de Provenza la villa que se llamó y continúa hoy llamándose Barceloneta, en recuerdo de Barcelona. Fué esto por los años de 1233, muriendo Aymeric en 1264.

Esto cuenta Nostradamus, añadiendo de este trovador que fué poeta cómico, es decir, autor dramático. No hay que fiar mucho, á veces, en Nostradamus, el cual debe estudiarse con crítica, pero en esta ocasión existen poesías de Belenoi por las cuales se puede creer, si no todo, algo hay de verdad, en lo contado por el cronista de Provenza.

En diversas canciones Aymeric celebra á una dama, de quien el poeta dice que hubo de alejarse por lo que andaban en decir los maldicientes. Esta dama puede ser la Gentila de Ruis. En otras habla de otra dama, de alto rango, á quien no se atreve á declarar su amor, y ésta puede ser la que Nostradamus llama Barbosa.

«Vé, dice el poeta, la mano de esa dama un día que se quitó el guante, y me robó el alma. Este guante ha roto

el candado con que yo había cerrado mi corazón á todo nuevo amor. Cuanto más la veo, más bellezas descubro en ella, más pienso en ella, más virtudes le encuentro.»

Tiene otra poesía contra Alberto Cailla, autor de una sátira contra las mujeres. Aymeric elogia en ella á la condesa de Provenza, á su prima Beatriz y á las condesas de Carret, Saluces y Massa, damas italianas que con Beatriz de Saboya fueron á Provenza, exhortándolas á castigar al insolente Cailla, arrojándole de su corte.

Prueban perfectamente estas composiciones que Aymeric estuvo en Provenza y en la corte de Ramón Berenguer, resultando exacto el testimonio de Nostradamus. De Gasuña pasaría probablemente á la corte del conde de Provenza, pero no queda duda tampoco, por lo que luego diré, que de allí debió pasar á Cataluña y á Aragón, y aún á Castilla. Lo que dice Nostradamus de su muerte en Provenza á causa del dolor que le causó la entrada de su dama en un convento, no está justificado.

Por lo que toca á su muerte, la fecha de Nostradamus, si no rigurosamente exacta, se acerca á la que dan otras noticias que la ponen en 1270.

Confundiendo el Aymeric de Belenoi con el Aymeric de Peguilhá, alguno ha dado el 1270 como fecha de la muerte de este último, siendo así que Peguilhá floreció en la época de D. Pedro *el Católico*, padre de D. Jaime *el Conquistador*.

Belenci es el que pertenece á la época de D. Jaime, de quien fué protegido y en cuya corte vivió. Pero no cabe duda tampoco respecto de su estancia en Castilla, á cuyo monarca fué deudor de espléndida hospitalidad. Lo dice el mismo trovador en una poesía, especie de sátira contra su siglo, en la cual después de expresar que ha dejado de honrarse el júbilo, las canciones, la liberalidad, los leales servicios, el mérito, la magnificencia y la cortesía, recuerda que, habiendo vivido con mucho placer en Castilla, ha dejado con pena aquel país, en donde, son sus frases mismas, compuso gentiles versos, que agradaron al rey (sin duda Alfonso X de Castilla, *el Sabio*), amador de los bue-

nos dichos y de los buenos hechos no menos que su abuelo.

Varias de sus poesías, también, están dedicadas á nuestros reyes de Aragón.

«Canción, dice en una de ellas, ve y detente junto á la reina preciada, que todo con ella mejora...»

A la pro Reina presen
t' en vai, chansons, e t' atura,
qu' ab lei tota res meillura...

«Canción, dice en otra, vete allá, hacia aquel bello país donde la reina conquistó tan rica prez, pues que ella hace que sea mejor cuanto en otro punto es bueno, y se honra á sí misma y al rico nombre de Aragón.»

Chansons, vai t' en lai jost' el bel pais
o la Reina tan ric pres conquis;
c' ab lei val mais ço qu' alhors es bo
perque onra si e 'l ric nom d' Aragó...

Ignorándose la época cierta en que fueron escritas estas poesías, no se sabe á cuál de las esposas que tuvo D. Jaime de Aragón van dedicadas.

«Franco rey gentil de Aragón, dice en una poesía á don Jaime, grandes son mis deseos de veros aprestar las armas, pues no hubo jamás cristianos, sarracenos ni judíos que tan bien y tan fácilmente hiciesen tan grandes obras.»

Franc Reis gentil d' Aragó, gran dezir
hai que ieu vos vei las armas baillir;
quar crestians, sarrazins ne judieus
tan rics afars no saup far bens é lieus.

Tiene este trovador lindísimas canciones. Una de ellas es la que comienza:

«Puesto que el alegre tiempo de la primavera se renueva y vuelve vestido de hojas y de flores, voy á cantarlo.»

Pois lo gai tems de pascor
renovelh e ve
vestit de folh e de flor
cantarai de se...

Entre sus canciones hay varias dedicadas á la condesa

de Subirats, que Milá ha creído podía ser la condesa de Subirats, mujer del último conde de Urgel, tutora después de su hija Doña Aurembiaix y mujer de Guillermo de Cervera.

Hubo, efectivamente, una condesa de Subirats llamada Elvira que fué mujer de Armengol, octavo de este nombre y undécimo conde de Urgel, el último de la línea masculina de estos condes; la cual, muerto su marido, quedó heredera de vida del condado de Urgel, tutora de su hija Aurembiaix, y casó con Guillén de Cervera. Pero no opino yo que ésta fuese la condesa de Subirats á quien Aymeric de Belenoi dedicaba sus canciones.

En un acta del monasterio de Poblet, fechada á 4 de las nonas de Mayo de 1191, consta que Armengol de Urgel y su mujer Elvira estuvieron en Poblet é hicieron varias donaciones á aquel monasterio ¹, y esta fecha remota induce á creer que la condesa de Subirats, esposa del conde de Urgel, había ya muerto de seguro en la época del trovador y cuando éste dedicaba sus canciones á otra del mismo título.

«Noble condesa, dice el poeta en una dedicatoria, el nombre de Subirats resuena en lejanos sitios y es en todas partes ensalzado. No me alejaré yo nunca de vos, ni haré tal mientras viva.»

Pros contesa, lo noms de Sobiratz
es lonh auzit e per tot eissausatz,
perqu' ieu no 'm part de vostra senhoria
ni non farai aitauc com vius estia.

En otra composición dice que Dios ha favorecido tanto á la condesa, que no hay mujer que reúna mayores y más altas dotes.

Ha quedado de este trovador un canto notable, que bien puede servir ciertamente de modelo, á la muerte de Nuño Sanchez, conde de Rosellón, aquel mismo Nuño Sanchez que fué uno de los bravos compañeros de D. Jaime en

1. *Historia de Poblet*, por el P. Finestres, tomo II, págs. 124 y 202.

su conquista de Mallorca, y, retirado del bullicio del mundo, acabó su vida en el claustro de Elna el año 1241.

He aquí la elegía de Aymeric de Belenoi á la muerte de Nuño Sanchez:

«¡Ay de mí! ¿Por qué ha de vivir y conservarse tanto aquél que ve ir creciendo su dolor todos los días? Todos mis goces se han convertido en llanto por un terrible duelo que se clavó en mi corazón; que no hay gozo, por grande que sea, que pueda borrar el luto de que está cubierta mi alma; por esto no puedo combinar palabras ni sonidos, que mal ha de cantar el que bien llora.

»Mi canto es hoy de la misma naturaleza que el del cisne, que canta tristemente su muerte; pues yo canto, llorando á mi señor, que perdí para mi duelo y amargura, Nuño Sanchez, por quien morir debí al perderle, si fuese lícito el matarse; que cuando se pierde á un señor bueno y querido se debiera morir, pues jamás vuelve á recobrase.

»No cometeré tan gran yerro, señor Nuño, por grande que sea mi dolor al veros muerto, pues sería locura: aquél sólo muere de quien Dios no se cuida, pero á vos Dios os llamó á sí, pues supísteis servirle á él al mismo tiempo que á vuestro nombre y gloria; aquéllos han muerto que os solían amar, ya que os han perdido, señor, sin recobraros.

»Con vos murieron el juicio, la franqueza y la mesura, y todos deben dolerse de ello; con vos murieron todas las dotes que hacen valer á los hombres, y ya hoy renacen la falsía entre aquellos que no saben estimarse. Quien prez quiera alcanzar, mírese en vuestros hechos, que así sabrá ganar á Dios y fama, y honrarse á sí propio y á todos los demás.

»Bien puede decirse ahora que todo el mundo pena, pues no hay júbilo que en dolor no se torne, excepción hecha del rico júbilo de Nuestro Señor, por lo cual me parece loco quien se ocupa ni se fija en otro júbilo que el de amar y servir á Dios. Siglo malvado, hacéis que terminen con dolor todas vuestras obras; por esto no debe fiar el hombre en vuestro amor, sino en su salvación.

»Señor Nuño, de vos puedo decir verdaderamente que

jamás le amásteis sino para servir á Dios y para ensalzar y honrar á los suyos y confundir y anonadar á los malos.

»Señor, ruego á Dios que acoja vuestra alma, pues harto me dejásteis aquí abajo que llorar.»

¡Ailás! per que viu lonjamen ni dura
 sel que totz jorns bei créysser sa dolor,
 qu' er son tornat tug li miey gaug en plor
 per un fel dol que dins mon cor s' atura;
 qu' uey non es joys tan grans, quan m' o cossir,
 qu' el dol qu' ieu ai me pogéus escantir:
 per so non puese motz ni sos acordar,
 qu' om, quan plora, no pot ges be cantar.

Chantar m' avé tot per aital natura
 cum lo signes que chanta ab dolor
 quan mor; et ieu chan, planhen mon senhor
 que ai perdut, ab dol et ab rancura,
 Nono Sanchitz, per cui degra morir
 quan lo perdíey, s' om si deguéus aucir;
 e quans hom pert son bon sénher e car
 degra morir, pus mais ne 'l pot cobrar.

Ja non dirai tan gran dezaventura,
 sénher Nonó, sitot m' ai gran dolor
 que siatz morts, quar diria folhor;
 qu' aysselh es mortz de cuy Dieus non a cura,
 mas Dieus vos a mandat a se venir,
 quar saubés luy e joy e pretz servir;
 mas selhs son mortz que, us solion amar,
 que, us an perdut, sénher, ses recobrar.

Ab vos es mortz sens, franquez 'e mezura,
 per que totz hom en deu aver dolor,
 e tug bon ayp que tânhon a valor
 móron ab vos, per que reviu falsura
 say entre selhs que no s' en fan grazir;
 mas qui vol pretz éls vestres faigz ce mir,
 qu' aissi sabrá Dieu e pretz guazanzhar,
 e si mezcís e tota re honrar.

Ar puese ben dir que tot lo mon peiura,
 q' uey non es joys que non torn en dolor,
 mas sol del ric joy de noste senhor;
 per que 'm par folh qui enten ni s'atura
 en autre joy mas en Dieu obezir.
 Segle caitiu, ab dolor faitz fenir
 totz vestres faigz, per qu' om no s' deu fizar
 en vostr' amor, mas per son benestar!

Sénher Nonó de vos puese per ver dir
 qu' anc non l' amés mas quan per Dieu servir,
 e per los sieus enantir et honrar,
 e per los mals confondre et abaissar.

Sénher, Dieu prec la vostr' arma ampar;
 que say m'avetz pro laussat que plorar.

Merece darse á conocer también otra poesía de este trovador, la dedicada á la condesa de Subirats, cuya dedicatória ó *Endressa* se ha continuado más arriba. Es una canción de cinco estrofas, cada estrofa de nueve versos de diez sílabas.

Dice así traducida:

«Puro, leal y sin falsía, como aquel á quien Amor ha subyugado por completo, he sufrido todas mis penas sin murmurar, sin ser correspondido, os he amado por largo tiempo, que á vos he consagrado mi corazón; pero ya que para mí no hay merced, ¿debo retirarme? No, me sería imposible.

»Esperaré sumiso, paciente y resignado á recibir de vos algún favor. Por lo menos, hermosa dama, por grandes que sean mis tormentos, hallaré dicha en esperar; que una rica y noble esperanza vale más que un menguado donativo. Permaneceré tranquilamente siendo vuestro amigo, hasta que, sin mentir, pueda yo llamaros *amada mía*.

»Gran locura es la mía, hermosa dama, en consagrar mis canciones á ensalzar vuestros encantos y virtudes, que os hacen superior á las bellezas á quienes más se elogia. Mejor fuera para mí olvidaros, que aumentar vuestra vanidad y mi confusión, recordando el tesoro de vuestras gracias y la extrema distancia de mi mérito al vuestro. Pero, ¿puedo decir lo contrario? No, porque mentiría.

»Mil veces, allá en mis sueños, me he impuesto la obligación de dirigiros mi humilde súplica, pero en seguida me ha detenido el miedo. El temor me coarta la resolución, como el ardor de la caza hace olvidar al cazador el objeto de sus amores. También yo lo olvido todo cuando os veo, y creería cometer una enorme falta, si, por mi impaciencia me exponía á perder la dicha de veros y hablaros.

»Sé muy bien, señora, que tengo bastante amor para mereceros, pero no iguala mi cuna á mi amor. Nada, empero, tenéis que reprobarme, y á ello os reto á vos y al Amor. No cometeréis de seguro la injusticia de reprocharme mi falta de nobleza. En amor no hay más nobleza que la de un corazón leal y sin falsía.

ENDEREZA.

«Noble condesa, el nombre de Subirats resuena en todas partes y en todas es ensalzado. No me apartaré nunca de vos, ni haré tal mientras viva.»

El abate Millot, al copiar también esta poesía en su capítulo sobre Belenoi, dice que ésta sería probablemente la dama á la cual Nostradamus llama la princesa Barbosa.

No es ésta la sola composición del poeta dedicada á la condesa de Subirats. Hay otra que Millot y varios autores atribuyen al Aymeric de Belmont, que no ha existido de seguro. Me extraña cómo han podido caer en este error.

Suponen otro Aymeric, al cual llaman de Belmont, pero no dan ninguna noticia de su vida y dicen que sólo existe de él una sola poesía dedicada á la condesa de Subirats. No teniendo otros datos, con haber observado lo fácil que es confundir el nombre de Belenoi con el de Belmont en los manuscritos provenzales, y, sobre todo, con haberse fijado en la poesía que copian, igual por su género, carácter, estilo, sentimiento y hasta dedicatoria á las de Belenoi, hubieran comprendido fácilmente que los dos poetas son uno tan solo.

He aquí los rasgos más característicos de la poesía que se atribuye al supuesto Belmont y que me parece debe reivindicarse para Belenoi:

«No es posible que las penas, los suspiros, los lamentos, las lágrimas, los dolores, las vigiliass y las pasiones por largo tiempo infortunadas, puedan abreviar los días de nadie, desde el momento que los míos no han terminado ya...

«Ningún amante, ningún penitente sufrió jamás lo que he sufrido yo por espacio de cinco eternos años junto á la que adoro. El más grande favor que he podido obtener de ella ha sido el de que no me aborrezca, sin embargo de que yo la prefiero á poseer el imperio del mundo. Me siento más feliz con sólo desearla á ella, que besando á otra...

«Su mérito es tan grande, su belleza tan perfecta, que aquel que la describa con verdad, parecerá contar una fá-

bula, pues que así como la mar recibe todas las aguas del mundo, así ella ha reunido todas las perfecciones y todas las virtudes. ¿Quién bastaría á describir los encantos de su persona, si sus colores borran los de la rosa y su blancura la de la nieve?...»

Esta composición, como la anterior, el poeta la envía á la condesa de Subirats «á quien Dios colocó sobre todo lo que existe.»

AYMERIC DE PEGUILHÁ.

I.

Unos le llaman de Pigoná, otros de Pegulhá, y otros con más acierto y verdad, de Puiguilhem. Le conservo, sin embargo, por más usual, el nombre que le dan las *Vidas de los trovadores*.

Escasas noticias se tienen de este poeta, que figura no obstante entre los más célebres, y que mereció calurosos elogios del Dante y del Petrarca. Las composiciones que de él se conocen son notables, y alguna, que luego citaré, en versos tan varoniles y robustos, que el mejor poeta moderno puede envidiar.

Su biógrafo provenzal dice que era hijo de un ciudadano de Tolosa, mercader de telas. Aficionóse á cantar canciones y serventesios, pero cantaba muy mal. El amor le hizo poeta, pues que se enamoró ciegamente de una dama de Tolosa, vecina suya, de quien al parecer fué correspondido, siendo entonces cuando comenzó á trovar y á componer, por amor de ella, muy lindas canciones (*mantas bonas cansós*).

Llegó un día en que la paz de sus amores fué turbada por los celos del marido de su dama, el cual debió hacer víctima á Aymeric de un grave insulto (*Fes li desonor*, dice la biografía). Quiso Aymeric vengarse, y ya fuese en duelo, ya de otra manera, que esto no lo explican las crónicas, hirió gravemente al ultrajado esposo, viéndose obligado por este motivo á salir de Tolosa y á expatriarse.

Se refugió entonces en Cataluña, y allí le brindó hospitalidad aquel trovador llamado Guillermo de Bergadá,

que tanto dió que hablar en su tiempo y tanto ruido movió con sus descompuestas sátiras y sus desordenadas aventuras.

A lo que parece, debió la amistad de este aventurero trovador y turbulento caballero, á una canción que hizo en su elogio y le envió, siendo tan del agrado de Guillermo, que le regaló un palafren y un trage, le alojó en su casa, y en una excursión que con él hizo por Castilla le presentó al rey D. Alfonso, de quien recibió honores y mercedes.

Debió luego regresar á Aragón y á Cataluña, y aún pertenecer á la corte de D. Pedro *el Católico* y participar de la privanza de este monarca, á juzgar por las varias poesías en que habla con gran encomio de D. Pedro, y que luego citaré.

Es más; todo induce á creer que Aymeric fué uno de los agentes más activos que tuvo D. Pedro en sus tratos y relaciones con el conde de Tolosa, y, por lo que parece, más de una vez debió ir y venir, cruzar y volver á cruzar los Pirineos con órdenes, misivas ó instrucciones, según las hacía necesarias la política que hubo de seguir D. Pedro en los variados y extraordinarios sucesos de aquella época calamitosa. No me cabe duda de que Aymeric de Peguilhá, perteneciente á la secta de los albigenses, según algunos, pero más probablemente al partido político provenzal que tenía fijadas sus miradas y puestas sus esperanzas en D. Pedro, fué uno de los agentes secretos de más actividad y confianza del monarca aragonés para sus inteligencias con los barones de Provenza. Era entonces frecuente, y hay de ello muchos ejemplos, que los trovadores fuesen los mensajeros políticos y los agentes fieles de que se valían los barones para entenderse entre sí.

Con ocasión de uno de estos viajes fué sin duda cuando le acaeció á Aymeric cierta galante aventura, que cuenta con un candor verdaderamente primitivo su biógrafo provenzal.

Si á éste hubiese de darse crédito, Aymeric participó un día al rey sus deseos de regresar á Tolosa, prestando una

visita al marqués de Montferrat, pero con el objeto real, en el fondo, de visitar á aquella dama, recuerdo grato de sus primeros amores, por quien tan peligrosas aventuras había corrido; y el rey D. Pedro, conocedor del caso, vino en ello, proporcionándole no solamente recursos y medios para el viaje, si que también una escolta que hasta Montpellier le acompañara. Lo de la escolta y de los recursos prueba que algún objeto, más trascendental y serio que el de unos galantes amores, debía haber en el fondo de aquel viaje.

Nada dice el biógrafo provenzal de la misión política que es de suponer llevase Aymeric, pero en cambio da, relativamente á la aventura galante, todos los detalles posibles en un biógrafo discreto.

Era en ocasión de haber emprendido el esposo de la dama un viaje á Santiago de Galicia, en romería á San Jaime, acaso por haber librado con vida de la sangrienta contienda con Aymeric. Dióse éste buenas trazas para llegar á Tolosa durante la ausencia del marido, y combinó con sus compañeros de viaje el plan que se debía llevar á efecto. En conformidad con él, los compañeros de Aymeric fueron á la morada de su dama, que debía ser principal por las señas, y le dijeron como un deudo del rey de Castilla que, yendo de peregrinación, se hallaba de paso en Tolosa, había caído gravemente enfermo, y le pedían para él la solicitud de sus cuidados y la hospitalidad de su casa. Accedió la dama, contestándoles que honrado y servido podría estar en su morada.

A ella, pues, trasportaron durante la noche á Aymeric, que se hacía el enfermo, acomodándole en una aparatosa cama. Fué al día siguiente visitado el huésped por la dama, «y yo no sé lo que pasó entonces, dice el biógrafo provenzal, pero es lo cierto que Aymeric permaneció en aquella casa diez días, bajo pretexto de enfermedad, y cuando de allí partió, se fué á la del marqués de Montferrat, donde fué bien acogido.»

Cuando el rey D. Pedro pasó á Provenza con buen golpe de gente, en ayuda del conde de Tolosa, contra la hues-

te invasora de los cruzados al mando de Simón de Montfort, Aymeric de Peguilhá debió ir con el monarca aragonés, pues hay indicios para pensar que el trovador estuvo en la funesta catástrofe y sangrienta jornada de Muret donde halló desastrosa muerte aquel caballeresco D. Pedro, que tanto ensalzaron las crónicas del tiempo y á quien el propio Aymeric apellida «espejo de caballería, flor de enseñanza, hoja de júbilos y árbol de sazonados frutos.»

Después de la rota fatal de Muret y de la muerte del rey de Aragón (1213), perdida ya toda esperanza de reconstituir la nacionalidad provenzal, el trovador se retiró á Cataluña, pasando más tarde á Lombardía, donde fué «muy honorablemente acogido por todos los hombres de pró,» y donde es fama que terminó su vida, á una edad muy avanzada.

Ningún trovador se elevó más alto en el favor de los grandes; ninguno pudo enorgullecerse de más ilustres protectores; Guillermo IV, marqués de Montferrat, Guillermo, marqués de Malaspina, Azón VI de Este, los condes de Tolosa, los reyes de Aragón y de Castilla y otros aún, todos á porfía, colmaron de honores y mercedes al poeta, que de unos fué confidente, de otros privado, de otros embajador, de todos amigo.

No es, pues, de extrañar que en sus obras se encuentren frecuentes alusiones á sus nobles protectores, y que la mayor parte de ellas estén dedicadas á damas de alta nobleza, como á Leonor, mujer del conde Ramón de Tolosa, hermana de D. Pedro de Aragón, á la condesa Beatriz de Este, á las condesas de Cominges y de Subirats, á reyes, príncipes, grandes barones, lo cual demuestra en primer lugar que en todas partes recibía la justa acogida que entonces se daba á los hombres de ingenio, y en segundo lugar que toda aquella sociedad le era perfectamente conocida y familiar.

La hospitalidad y mercedes que de todos pudo recibir, fueron liberalmente pagadas por el trovador con elogios que han vivido á través de los siglos, y que unidos van á las composiciones inmortales de este poeta.

Del conde de Tolosa, á quien no abandonó ni en su buena ni en su mala suerte, y á cuya causa fué siempre fiel, dice «que su mérito bastaría á un emperador.»

De Gastón, el vizconde del Bearn, dice que «preserva la Gascuña de corrupción, como la sal preserva el pescado.»

Traza el elogio del marqués de Malaspina en los siguientes términos: «Honraba y remuneraba á los nobles cantores que iban á visitarle, mejor que príncipe alguno de acá y de allá del mar... Les daba caballos blancos á todos y arneses y regalos más á menudo que ningún rico barón que haya yo visto ó conocido.»

Ni 'l ric joglar que 'l venian vezer,
qu' elh sabia honrar e car tener
plus que princeps de sai mar ni de 'lai...
que man caval ferran e brun e bai
donava plus soven et autre' arnés
de mult barós, que ieu aie vis ni sabés...

He aquí cómo se expresa al enviar una de sus canciones al rey Alfonso VIII de Castilla, el mejor que haya en el mundo, sin par ni hermano entre reyes y emperadores:

En Castela al valen rey N' Anfós,
qu' es lo meilher, com autre 'l mon no veia
ans qu' aillors ans, vai de part me, chansós;
qu' el meillura, quan autre reis sordeia.
De gazagnar pretz e de retener
no ill es nulhs reis pars ni nulhs emperaire
perqu' es totz sols, c'om no 'l pot trovar fraire,
que 'm meravell com pot en lui caber
lo pretz qu' el tol e rauba et embla e pren
e 'n compra adés ni non dona ni ven.

Pero á quien prodiga los elogios y á quien ensalza sobre todos es á Pedro de Aragón, si bien es de creer que algunas de las composiciones en que habla del monarca aragonés va dirigida á Jaime *el Conquistador*, cuyo largo reinado alcanzó Aymeric de Peguilhá.

En una de sus más bellas poesías, de que he de hablar luego, la que comienza: *De fin' amor comenson mas cansós*, dice:

«El rey de Aragón da tanta materia de alabanzas, que

los bien hablados no saben dónde volverse, temiendo por la frecuencia de los buenos hechos, que si se dice lo bueno, se olvide lo mejor.»

Reys d' Aragó, tan agnizatz de dire
als ven dizens qu' us non sap on se vire
qu' a l' un bon fag faitz l' autre cosseguir,
perqu' om tem dir lo ben pel miels gequir.

«Cada día son más cumplidos vuestros ricos dones, le dice en otra poesía, tanto sabéis sazonarlos con solaz y prez.»

«El rey de Aragón, escribe una vez, es flor de enseñanza, hoja de júbilo, fruto de buenas acciones:

Reys d' Aragón e flors d' enseignamen,
fueilla de gaugs, fruyts de bon fag donan.

»Al buen rey, hijo de buen padre, exclama en otra ocasión, bello y bueno igualmente, y que sabe hablar y obrar mejor, véte, oh canción, por regalo, á Aragón, puesto que descuella y resplandece sobre los otros reyes, por lo cual mi canto, que es también suyo, debiera ser en adelante real.»

Por fin, en otra poesía dice también:

«Vete con buen agüero al buen rey que estima el valor y que en nada perjura, y antes de cuyo reinado parecía decaer el tributo de prez, pero no quiso Dios que hubiese cambio en Aragón, sino que él mismo convirtió lo bueno en mejor; y cuando yo alabo al buen rey, todos repiten y creen mis alabanzas...»

Es muy posible que fuese una realidad la sospecha que acerca de Aymeric de Peguilhá tiene el abate Millot, al creer que el rey de Castilla le hizo noble y caballero, cuando, según más arriba se dice, le fué presentado por Guillermo de Bergadá. La verdad es que Nostradamus le califica de caballero, y que el mismo poeta, en una de sus composiciones, se gloria «de haber herido fuertes escudos con su lanza, de haber derribado algunos campeones, de haber combatido en las más bellas justas que jamás se

hayan visto.» Esto, por lo menos, demuestra que Peguilhá tomó parte activa en torneos, y sabido es que sólo los nobles podían entrar en el palenque.

II.

Aymeric de Peguilhá, espíritu libre é independiente, tomó parte en la guerra llamada de los albigenses y perteneció á la raza de aquéllos que lucharon hasta verter la última gota de su sangre por sostener la independencia del Mediodía y escapar al yugo de los franceses. No es, pues, de extrañar que al ver destruidas sus ilusiones, muertas sus esperanzas, triunfantes la Inquisición y un gobierno extranjero en su patria, perdida la nacionalidad provenzal, predijera en valientes versos, desde Cataluña, los males que iban á caer sobre Provenza, y lanzara envuelto en un grito de dolor, un anatema de reprobación contra los que habían abandonado la causa de la patria para humillarse bajo el yugo de los invasores.

«¡Ah provenzales! ¡En qué degradación y en qué deshonra habéis caído! Todo lo perdisteis, solaz, reposo, bienestar, goces, cortesía, honor, para caer en manos de aquél de Francia. Más os valiera haber muerto del todo. Aquél que salvaros podía (el conde de Tolosa), no halló en vosotros ni fé ni lealtad. Murió ya el conde, y espero que esté con Dios en paz y en bienandanza; pero los provenzales arrastrarán en el oprobio y la miseria una vida peor que la muerte. ¡Ah! desdichados barones, ¿de qué os sirven ahora ni castillos ni torres? ¡Todo es ya del francés, y ni por buena ni por mala causa os atreveréis á embrazar escudo ni á empuñar lanza!»

¡Ai, proensals, ar' en greu desconort
etz remangut et en qual desonransa!
Perdutz avetz solatz, joi e deport,
e gaug e ris, honor et alegransa,
et ets vengut en ma de celh de Fransa...
¡Mieils vos vengra que fossiatz del tot mórt!
E celh, per cui pogratz esser estort,

non trob en vos leutat ni fiança.
 Mort, es lo coms, et ai ferm' esperansa
 qu' el ab Dieu ai gaug et ai deport,
 e proensal viuran á pieg de mort
 ab marriment et ab desconordansa.
 ¡Ai malastrucs seinhers...
 qu' us faran mai villa ni castel fort,
 s' ets del Francés, que per dreg ni per tort,
 non auseretz portar escut ni lansa.

Como poeta amoroso tiene una dulzura y una melancolía que encantan. «Me muero por vos de impaciencia y de deseo,» dice un día á su dama en un excelente verso:

Eu muer per vos d' enveja e de talen.

«No digo que el amor no sea un mal, añade en una de sus más bellas poesías, pero es mal que vale más sufrirlo que curarlo. Quien ama de corazón no quiere curarse del mal de amor; ¡tan dulce es de sufrir!»

Non dic aissi del tot que mal no 'n sia,
 e 'l mal qu' om n' a, val mais que si 'n gueria,
 quar celh qu' ama de cor non vol guerir
 del mal d' amor ¡tan es dous per sufrir!

Y á continuación, á renglón seguido, con alta nobleza de ideas, con elevadas miras, con leal y sincera expresión, no repara en decir que si bien ha servido á su dama, bien recompensado ha sido en cambio, pues que á causa de ella ha ganado prez que no hubiera alcanzado, evitando toda acción villana de que acaso no hubiera sabido abstenerse. Por ella ha dado pruebas de ingenio y ha compuesto versos que de otro modo no hubiera sabido demostrar ni hacer. «¡Bella dama, exclama por fin, si yo tengo alma y cuerpo, palabra y canto, ingenio y saber, es á vos y al amor á quien lo debo: si hago algo que merezca favor, alabanza ó simpatía, podéis apropiároslo vos y Amor, de quienes procede todo mi arte!»

S' ieu l' ai servit, pro n' ai cambi d' amor
 ab que ja plus no m' fassa mais aitan,
 qu' en mains locs ní a fag tan aut e tan gran,
 don ja ses lieys no pogr' aver honor,
 e moutas vetz mi gart de vilania,

que ses amor gardar no me 'n sabria;
e manhs bos motz mi fai pessar e dir,
que ses amor no i sabria venir.

Bonna dompna, de vos tenc e d' Amor
sen é saber, cors e cor, motz e chan;
é s' ieu res fatz que sia benestan
devetz n' aver lo grat e la lauzor,
vos e Amor, que 'm datz la mayestria;
e si ja plus de ben no me 'n venia
pro n' ai cambi, segon lo mieu albir,
e si plus fos, be saubra 'l plus grazir.

«El amor, dice en otra poesía, es el gran maestro de las canciones. De un necio hace un hombre de ingenio. Aquellos á quienes él inspira, no pueden cantar mal.»

Original es la definición que en unos versos hace del amor, que es, según él, el resultado de la acción de los ojos sobre el corazón y vice-versa, y cuya idea no sería extraño que hubiese inspirado á Moreto uno de los más bellos pasajes del *Desdén con el desdén*.

Car li ueill son dragoman
del cor e 'l ueill vaun vezer
so, c' al cor cor plaz retener.
E quan ben son acordan
e ferm tug trei d' un semblan,
adoncas pren verai amor nasquensa
d' aissó, que l' ueill faun al cor agradar:
qu' estiers no pot naisser ni començar,
mas per lo grat dels tres nais e comensa.
Per lo grat e pel coman
dels tres e per lur plazer
nais amor, que 'n bon esper
vai sos amics confortan.
Perque tug li fin aman
sapchon c' amors es fina benvolensa,
que nais del cor e dels ueills ses duptar,
que li ueill la fan flurir e 'l cor granar,
amor, que es fruitz de la vera semensa...

Unas veces canta las dulzuras del amor, única ciencia de él conocida, pues que nada sabría si no fuese amor:

De fin' amor comenson mas cansós
plus que no fan de nulh' outra sciensa,
qu' ieu non saubra nien, s' amors non fos,
et anc tan car non compei conoissensa.

Otras veces se lamenta de los rigores de su dama, á quien adora con delirio, á pesar de todo.

«El amor, dice, es un imán para mí. Mi dama me trata con rigor, pero prefiero su *no* al *sí* de otra. Me basta mirar su belleza para consolarme de las penas que sufro, y esto me hace parecer al basilisco, que se mata mirándose á un espejo.»

«Soy como un niño, añade luego, cuyo llanto se hace cesar dándole una moneda, pero que estalla en sollozos cuando se la quitan.»

Finalmente, como muchos otros poetas, echa de menos el buen tiempo antiguo en que el imperio de amor reinaba en toda su esplendidez.

«En vez de la fidelidad religiosa con que antes era guardado, hoy no se busca más que el medio de falsearlo. Antes se celebraba con asambleas solemnes y espléndidos banquetes el acontecimiento de haber recibido un caballero el favor de una sencilla cinta de su dama: hoy un mes de asiduidad parece más largo de lo que era entonces un año.»

Más abajo, haciéndose el fiel guardador de las buenas costumbres antiguas, añade:

«Ningún rigor puede separarme de aquella á quien amo. Nada me atrevo á pedirla, pero si quiere, ya adivinará lo que deseo; sólo le pido que me permita amarla.»

En alguna de sus poesías se pinta como ya avanzado en años, pero *con el corazón joven*.

Cuenta, á propósito de esto, que una dama echándole en cara sus cabellos grises, le decía que abandonara el amor y el canto. Pero á esto contesta el poeta que todavía tiene el ingenio y el corazón hechos para el amor; que aún es capaz de gratitud y de odio, de devolver mal por mal y bien por bien, de hacerse amar y temer, de soportar la fatiga y el rigor de las estaciones, de distinguirse entre los más alegres camaradas en torno de una mesa. Termina diciendo que los reproches de la dama son injustos, y que si quiere probarlo, la obligará á desmentirse.

En un *serventesio* que debió escribir allá por los últimos

años de su vida, vuelve á deplorar la suerte de Provenza entregada á los extranjeros, y lamenta la conducta de los barones.

«La nobleza, dice, se deshonorá á precio de oro, y la avaricia, que se ha comunicado de los más grandes á los más pequeños, ha extinguido todo sentimiento honrado, y de tal manera ha envilecido el honor, que éste se adquiere por cinco sueldos al peso y á varas.»

Debe notarse en este *serventesio* su enérgico rasgo final:

«Ahora el honor se retira para llorar á sus solas. Nadie le llama ni le detiene. No hay conde, marqués ni rey que le invite á hospedarse en su corte. Es que el deshonor reina á su placer y á sus anchas, y el honor es extranjero en su patria.»

Ara se 'n vai honors sola ploran
que non es hom qu' ab se l' apel ni res:
coms ni marqués ni reis que 's fas' enan
ni la semo que venga á lor repaire.
Ara fag desonors tot que anc vol faire
qu' a forostada honor de son paés.

No debe concluirse este artículo sobre Aymeric de Peguilhá sin citar, á más de su lindísima canción dialogada que comienza con el verso:

Domna, per vos estanc en grantormen,

su *tensión*, algo libre por cierto, y de sobra original, con Elías de Uisel:

N'Eliás, conseil vos deman...

Se trata de un verdadero caso de conciencia para un amante. Aymeric cuenta que su dama le ha permitido pasar una noche con ella, pero haciéndole antes jurar que no ha de hacer más que lo que ella quiera. ¿Debe ó no ser fiel á su juramento? En esto estriba la duda, y de ella proviene el pedir consejo.

Elías no vacila. En caso tal, es de parecer que puede romperse el juramento, sin perjuicio de ir luego á Siria para alcanzar el perdón.

Aymeric, á quien cuadra quizás mejor que á Giraldo de

Borneill el título de *cantor de la rectitud* que adjudicó á este último el Dante, Aymeric, repito, se entrega á varias reflexiones y vacila, pero acaba por opinar que un hombre de honor no debe faltar nunca á su palabra empeñada. Se decide, pues, á pasar la noche con su dama y á hacer sólo lo que ella quiera ó le permita.

Dante y Petrarca hablan con elogio de Aymeric.

El primero en su *Tratado de elocuencia vulgar* le cita como uno de los primeros y más grandes poetas, y en el capítulo que consagra á la canción, indica como elegantes y dignos de imitarse ciertos giros de frase usados por este poeta, que no pertenecen, dice, más que á las mejores composiciones de este género, citando como modelos de *cantos* las de Arnaldo Daniel, Folquet de Marsella y Aymeric de Peguilhá.

Petrarca se ocupa de él en su *Triunfo de amor*.

Para terminar este ligero estudio de uno de los más importantes trovadores provenzales, cuyo nombre ha de repetirse muchas veces todavía en el curso de esta obra, traslado íntegra una de sus más bellas poesías, perteneciente al número de las que me entretuve en copiar de los manuscritos, durante los tristes ocios de mi emigración en Francia.

De fin' amor comenson mas caxsós
 plus que no fan de nulh' outra sciensa,
 qu' ieu non saubra nien, s' Amors no fos,
 et anc tan car non compreí conoissensa;
 qu' al belh semblan aissi cum fai li traire,
 me vai doblan quascun jorn mon martire,
 qu' en la boca 'm fes al prim doussezir
 so que m' ha fag pueis al cor amarzir.

Si de mercé acuzar fos razós,
 digna fora de ma desbevolensa,
 qu' Amors venz me e clauzimenz amdós,
 et us non ha dels poders que lieis vensa;
 per so 'm cuia de tot en tot aucire,
 quar sap e ve que mercés n' es a dire;
 pero no 'm vol del tot viatz aucir,
 abans me fai languen, piegz de morir.

Piegz ha de mort selh que viu cossirós
 e non ha joi, mas dolors e temensa,
 pueis ve la res que 'l pogra far joiós,

ont nou troba socors ni mantenensa.
E doncs ieu ¡las! que sui d' est mal suffrire
de mil dolors, fos d' un sol joi jauzire!
E ja no fos mas pera mi escarnir,
si 'm degra far al belh semblan languir!

Mas non a tort qu' ieu am lieis á rescós
ins en mon cor'e no 'l n' aus far parvensa;
d' aitan fas eu a guiza d' orgulhós,
quar sol de lieis au aver sovinensa:
mas ieu non puesc ad amor contradire;
so que 'l platz am, e so que 'l platz adire;
pero cum fols mi vuelh enfolhetir,
quar encaus so que no vuelh cosseguir.

Que 'l sieu cars pretz es lo mielher dels bos,
puéis la beutatz es egual la valensa:
cum plus remir ni vei d' autras faissós,
ades m' es vis que sa beutatz agensa;
perqu' ieu no l' aus preian mon cor devire,
mas que denan li fremisc e'lh sospire
qua sa beutatz fai ma boca mudir;
mas sospiran la 'n cug far avertir.

Dels uelhs no vey lieis cui de cor remire,
perqu' ensemps plor mesclamen e sospire;
e si 's laissés á mercé convertir,
dreiz for' hueimais que 'm fetz vas si venir.

Reys d' Aragó, tan aguizatz de dire
als bens dizens, qu' us non sap on se vire,
qu' a l' un bon fag faitz l' autre cosseguir,
perqu' om tem dir lo ben pel miels gequir.

AYMERIC DE SARLAT.

La patria de este poeta, que floreció en los tiempos de Alfonso *el Casto* y de Pedro *el Católico*, fué Sarlat, rica población de Perigord.

Según parece, alcanzó en su época á los dos monarcas citados, y aún se cree, si bien de ello no hay evidencia, que vivía cuando la cruzada contra los albigenses. En este caso, sería de los últimos tiempos de Alfonso, que murió en 1196, y habría alcanzado toda la época de don Pedro, que reinó desde 1196 á 1213.

Según crónicas y manuscritos de Provenza que he leído, hubo un Sarlat, ardiente partidario del conde de Tolosa, que prestó á éste muy buenos servicios en defensa de su causa, y que, á la vuelta de un viaje al Rosellón, donde acaso iría á entenderse como embajador del conde con algún mensajero del rey de Aragón, murió de mala y desastrada muerte en un encuentro con los enemigos del conde de Tolosa. ¿Sería este *En Sarlat*, de que hablan aquellos manuscritos, el trovador que se conoce por Aymeric de Sarlat? Pudiera ser, pero no hallo más dato que éste y me limito á consignarlo.

De todos modos, ninguna composición política del poeta que pueda darnos luz ha llegado hasta nosotros, y los manuscritos provenzales no continúan de él otra noticia que la de consignar que era «tan galán en sus amores como ingenioso en sus canciones.»

Sólo dos poesías de este autor se han conservado, perdiéndose por desgracia las demás, y en ambas habla del rey de Aragón (seguramente D. Pedro), con lo cual da clara prueba de su afecto y simpatía á la casa aragonesa.

No es suficiente este dato, pero bien puede inducirnos á pensar que el trovador pudo tomar parte en las sangrientas jornadas de la época, defendiendo la causa de la nacionalidad del Mediodía, que fué la del conde de Tolosa y de D. Pedro de Aragón, y también la de casi todos los trovadores, salvo algunas excepciones.

Por lo demás, el mérito real y positivo de los dos cantos de amores hasta nosotros llegados, deben hacernos lamentar la pérdida de las otras composiciones de Aymeric de Sarlat.

Dice en una de estas canciones, hablando de su amada:

«Cuanto más la amo, más me desdeña. Es tan poco mía como yo soy enteramente de ella. Unas veces se manifiesta severa con sus otros amantes, otras es á mí sólo á quien maltrata, y muy á menudo sucede que ríe y se solaza con ellos sólo para hacer que yo me desespere. Yo desearía, ya que mis homenajes son desatendidos, que probara con otro amante. Pero ¿qué digo? Prefiero mejor ser desgraciado que verla amiga de otro.»

Este rasgo es de primer orden; pero no lo es menos, bajo otro punto de vista, y teniendo en cuenta lo que eran aquellos tiempos, el siguiente:

«No quisiera ni que amara al rey de Aragón, este príncipe tan perfecto.»

El trovador envía en su *endressa* esta canción á Montpellier y al conde Guillermo.

En su segunda canción, Aymeric se lamenta de no atreverse á descubrir su amor; hasta tal punto respeta el alto rango y el mérito de su amada, y encarga por lo mismo á sus ojos que hablen por él.

La poesía comienza por una descripción de la primavera, en versos armoniosos y dulces:

Quan si cargo 'l ram de vert fueill
e l' aucelet uns, dui e trei
penson d' amor e de domnei
e contra 'l rai s' en fan guarrueill,
comens mon chan ab lo temps de dousor...

La canción va dirigida á Aragón y enderezada al valien-

te rey que brilla y sobresale entre los demás reyes, llevando el encargo de saludar á todos aquellos y aquellas que tienen noción de amor.

Al valent rei qu' es de pretz coronat
sobr' autres reis e que mielhs se capté,
on fis joís nais et es renovellat
joís e jovens, t' en vai chansó desé.
En Aragon on préndon tuit repaire
bon fag valen que francs reis deia faire,
e saluda 'm de Perpinhan enan
selhs e selhos qui d' amor han talan.

A estas se reducen todas las noticias que existen de Aymeric de Sarlat, á quien Nostradamus, equivocadamente, supone en otra época distinta, diciendo que fué un caballero de Felipe *el Largo*, cuando éste era conde de Poitiers.

AZEMAR EL NEGRO.

N' Azemars lo Negres si fo del castel d' Albin. Cortés hom fo e gen parlans e fo ben honrat entre las gentz per lo rei Peire e per lo conte de Tolosa.

A esto se reduce todo cuanto de Azemar *el negro* dice el manuscrito de las *Vidas de los trovadores*.

Añadiré á esto los datos que, no sin trabajo, he podido recoger de distintas procedencias.

Fué realmente muy protegido de D. Pedro de Aragón y del conde de Tolosa, y, portador de una misión de este último, pasó una vez á Cataluña al objeto de entenderse con D. Pedro.

Agradecido el conde de Tolosa á los servicios que tuvo ocasión de prestarle, le dió una casa y tierras. En cambio, cuando llegó para aquel infortunado magnate la hora del peligro y de la desgracia, Azemar le fué fiel y no le abandonó un solo instante.

Tomó una parte muy activa en los acontecimientos de Provenza, sosteniendo la causa del conde de Tolosa y siendo uno de los que más influyó con D. Pedro para que éste se decidiera á apoyar con sus armas al conde. A este efecto le dirigió un *serventesio* diciéndole ser llegada ya la hora de que «el rey aragonés, flor de alto valor, agrupe á sus gentes bajo su estandarte de guerra para salvar *la tierra* (la patria) de la ruina y del oprobio.»

En el mismo sentido que Azemar, excitaron al monarca aragonés con levantados *serventesios* Beltrán de Born, el hijo, Ramón de Miraval y otros trovadores.

Ya sabemos cómo D. Pedro accedió á esa influencia de la poesía provenzal que, precisamente por esta causa, ha

llamado un escritor célebre *el grito de la opinión pública*.

Azemar, que no se había dado un momento de reposo yendo y viniendo de Tolosa á Barcelona y de ésta á Zaragoza, donde quiera que podía hallar á D. Pedro para influir en él, Azemar ocupó su puesto de honor y de peligro en aquella lucha. Por las noticias que de él se han podido recoger, se ve que era un hombre de pasión política y uno de aquellos trovadores que con la palabra, la pluma y las armas sostenían ahincadamente la lucha contra los franceses y la Santa Sede, entusiastas de la nacionalidad catalano-provenzal del Mediodía.

Perdida la batalla de Muret, Azemar vióse despojado de los bienes que le diera su protector el de Tolosa, y con el joven conde pasó, según parece, á Cataluña y á Aragón con objeto de levantar gente que ayudara al vencido de Tolosa á recobrar sus Estados. Hay sospechas de que entonces, ó en otra ocasión, estuvo en Castilla. Por lo menos, en una *endressa* envía su canción á Castilla y le encarga saludar al que entonces era infante y fué despues Fernando III *el Santo*, de quien dice que era superior á todos los juvenes de su edad.

Chanzós, l' enfan me saluda
de Castilla qu' eu enten,
com no 'l val dessun joven.

Las mejores de sus poesías se han perdido. Tiene una composición galante á una dama, en la que lo único notable es lo siguiente:

«Me pongo ante ella de rodillas para besar el suelo que pisa, cruzo luego las manos y la imploro fervorosamente para que me conceda un beso.

»Nunca hizo Dios obra más bella. Yo he de amarla mientras viva, y también después de la muerte.»

En otra composición, que parece ser la última que escribió, expresa su deseo de vivir tanto como ha vivido para reparar por medio de buenas obras todo el mal que ha hecho. Manifiesta un gran arrepentimiento y se encomienda á la misericordia divina.

Tengo fundadísimas sospechas para atribuir á Azemar, continuándolo como suyo, un notable *serventesio* que en los manuscritos y en las poesías publicadas por Raynouard figura como anónimo.

Es una composición puramente política, dedicada al conde-marqués (el de Tolosa) y dirigida á mover el ánimo del rey D. Pedro, comprometiéndole á secundar la causa de Provenza y á lanzarse al campo contra los franceses.

Es un *serventesio* bellissimo, lleno de fuego y entusiasmo, de alta inspiración y de profunda intención política.

Raynouard en su *Choix des poessies des troubadours*, y Milá en sus *Trovadores de España*, lo continúan íntegro, como de autor anónimo. En los manuscritos que poseo, copia sacada de la biblioteca de París y de otros archivos y bibliotecas de Provenza, figura este *serventesio*, pero no enteramente exacto al que publican Raynouard y Milá, sino con algunas variantes poco esenciales. Mi copia procede de una biblioteca particular que posee un distinguido título de Tolosa, y me fué facilitada por el escritor provenzal Mr. Agustín Boudín, á quien debí muy especiales consideraciones durante el tiempo que los sucesos políticos de España me obligaron á vivir emigrado en Aviñón.

Pues bien, en esta copia, el *serventesio* de que me ocupo no figura como anónimo, sino que va continuado como de *Naçemur Lodeires*, que debe leerse así: *N' Azemur lo neires*, Azemar el negro. La N, que debe ir con apóstrofe, es el *En* provenzal, equivalente al Don como el *Na* al Doña, que se colocaba ante los nombres y apellidos. Fácilmente un copiante, quitando el apóstrofe, pudo hacer del *N' Azemur* un nombre imaginario de *Nazemur*, y lo propio sucedió con unir el artículo *lo* al *neires*, resultando el apellido *Loneires* por *lo neires*, el negro.

Otra circunstancia especial hay en mi copia. En la que sirvió á Raynouard, el primer verso dice: *Vai, Hugonet, ses bistensa*. En la mía el nombre de Hugonet no existe, y en su lugar hay el de *Bagaset*. Parece desprenderse de la composición, que el autor envía á un juglar, en la copia de Raynouard llamado Hugonet, para que entregue el *serven-*

tesio al rey D. Pedro. En la copia que es objeto de estas líneas el juglar se llama Bagaset. ¿No pudiera ser este el trovador Cadenet que, como se verá en su artículo respectivo, había abandonado su apellido de familia al hacerse juglar, para tomar el nombre de Baguás, Bagás y por diminutivo Bagaset?

He aquí ahora el *serventesio* tal como se halla en la copia que me ha proporcionado motivo para estas observaciones:

«Ve, Bagaset, sin perder tiempo al buen rey aragonés, cántale este nuevo *serventesio*, y díle que es tal ya su paciencia, que se considera como debilidad. Oigo aquí decir que el francés domina su tierra hace tanto tiempo, que basta ya, y pues tanto ha conquistado por allí acuérdense de lo de acá.

»Y díle que su gran valía será tres veces mayor si le vemos venir al Carcasés, como buen rey, á recoger su censo. Y si encuentra oposición, haga como que se enoja, emprendiendo valerosamente con ellos y entrándolo todo á fuego y á sangre, con buenos y fuertes ingenios que derriben las más altas murallas.

»Así es como terminaríais las injurias y malos rumores que acerca de vos, señor, hacen cundir los falsos franceses, que Dios maldiga, al ver que no castigáis su soberbia. Y pues sois tan pundonoroso, no debo hablar más claro. Así también volvería á renacer la nobleza que va prontamente perdiéndose entre nosotros; de tal manera que no veo camino de que se salve.

»Me agradaría ver hoy por los campos yelmos y armaduras y astas con hermosos pendones y cimeras de varias huestes; y también me agradaría que los franceses y nosotros nos halláramos frente á frente para ver dónde hay mejores caballeros; y como la razón está de nuestra parte, creo que el daño sería para ellos.

»Valiente conde, gentil marqués, bajad al campo á herir y á destrozár; restaurad vuestra bandera, y haced asaltar sus guaridas.»

Vai, Baguaset, ses bistensa,
 al bos reis aragonés,
 cantá 'l novelh sirventés;
 e di 'l trop fai gran sufrensa,
 si qu' hom lo ten a falhensa.
 Aug sai dizon que 'l francés
 ai sas terras en tenensa
 tan longamen que 's estensa
 e pus la n' a tan conqués,
 agués de sai sovinensa.

E di 'l que sa gran valensa
 se doblarai per un tres,
 si 'l vezem á Carcassés
 com bon reis culhir sa sensa.
 E s' il atroba defensa,
 fassa semblan que greu l' es;
 et ab aital captenensa
 qu' ab foc et ab sanc los vensa;
 e ghins tragan tan espés
 que murs no i fassan guirensa.

Enaissí acabar poiria
 lurs blames et mails ressós
 que dizon, senher, de vos
 fals francés, que Dieus maldia,
 quan no venjatz la folhia,
 e quar etz tan vergenhós
 no 'm cal plus apert audia.
 Paratges s' en revenria,
 que 's perdet tolz sai mes nos
 que neissús no i conosc via.

Elms et ausbercs me plairia,
 et astas ab bels penós
 vissem huei mais pelz cambós,
 e senhals de manta guia;
 e que 'ns visson un bos dia
 essem li francés e nos,
 per vezer quals miels poiria
 aver de cavallaria:
 e quar es nostra razos,
 cre que 'l dan ab els n' iria.

Pres coms, marques de bon aire,
 el camp feren e donan,
 restauratz vost' auriban
 e feritz assalh lur repaire.

TROVADORES

DE QUIENES EXISTEN ESCASAS NOTICIAS Ú OBRAS POCO IMPORTANTES.

AIMAR JORDANS.

Sólo se conservan de él dos composiciones, incompletas, y que no tienen ningún mérito.

AIMAR DE LA ROCAFICHA.

Azemán de Rocaficha se le llama en algún manuscrito. Dos ó tres canciones de amores, de escasa importancia.

AIMERIC.

Una apología del amor. Una *tensión* con Alberto sobre *nada*. Otra *tensión* con Bergadán para decidir qué es lo que vale más, amar sin ser amado, ó ser amado sin amar. Otra *tensión* con Pedro Dupui sobre el *sí* y el *no*.

ALBERTO CAILLA.

Fué un juglar de la comarca de Albigeois, de escaso talento, pero de cierto ingenio.

Se conservan de él una invectiva contra las mujeres, en términos groseros y obscenos. Deplora la locura de los que, como él, se han dejado prender en sus redes. Anatematiza á las jóvenes y aconseja que se ame á las viejas.

ALEGRET.

Tiene tres composiciones declamando contra la corrupción del siglo. Este trovador parece catalán.

ALEANDRI.

Existe de él una *tensión* de escaso mérito con Blacasset.

ALMENS DE CASTELNAU.

Fué una dama que tuvo amores con Guido de Tournón, el cual le faltó ó se alejó de ella. Iselda de Capión, otra dama, amiga suya, le dirigió unos versos rogándole que perdonase á su amante, y ella contestó con esta copla:

«Si yo supiera que Guido de Tournón estaba arrepentido del engaño que me hizo, sería justo perdonarle; pero mal me avendría tener consideraciones con él cuando persiste en su culpa. Si vos conseguís que se arrepienta, estoy pronta entonces á dejarme vencer en su favor.»

ARMANDO.

Una *tensión* con Bernardo de la Barda sobre á quién debe preferirse entre una mujer, hermosa de rostro, pero mal formada, ú otra, bien formada, pero fea de cara.

ARNALDO DE ACANGE.

Una canción en que lamenta los rigores de su dama.

ARNALDO DE BRANCALEÓ.

Una poesía moral y religiosa.

ARNALDO DE COMINGES.

Fué de la casa de los condes de Cominges. Pertenece al número de los trovadores políticos por la única poesía que de él se conoce. En ella declama contra los desórdenes del siglo. Se queja de las violencias que ejercen los fuertes contra los débiles, y dice que todo se atropella, que á to-

dos se oprime, que no hay más derecho que el de la fuerza. Indudablemente se escribió esta composición para lamentar los horrores producidos por la cruzada contra los albigenses.

ARNALDO DE ENTREVENAS.

Fué contemporáneo de Blacás y tiene una canción en elogio de este trovador, dándole consejos.

ARNALDO PLAGUÉS.

Dos canciones de escaso mérito, una de las cuales parece dirigida al rey D. Jaime, *el Conquistador*, á principios de cuyo reinado vivía, y la otra al rey don Alfonso X de Castilla, diciendo que éste es un rey que remedia los daños ocasionados por la compañía de los malos ricos:

Chansó, à Castella ten via
al rei qu' adoba 'ls destrics,
qu' om pren ab los àvols rics
quan es ab lur companhia.

Plagués debió ser catalán.

ARNALDO SABOTA.

Una canción de amores.

ARNALDO DE TINTIGNAC.

Un caballero de Provenza, desprovisto de fortuna, á quien Nostradamus llama Arnaldo de Cotignac. Quedan de él tres composiciones, pobres en conceptos y en rima.

Pasó parte de su vida en Nápoles al servicio de la reina Juana.

AUSTAU DE SEGRET.

Tiene un *serventesio* deplorando los males de las cruzadas, é invita á Eduardo I, rey de Inglaterra, á reparar las pérdidas sufridas en Francia por su antecesor Enrique III.

BARTOLOMÉ GIORGI.

Bartolomé Giorgi, algunos le llaman *Zorgi*, era un patricio veneciano que se dedicó á la poesía provenzal, como hicieron algunos otros de sus compatriotas. Entre los trovadores provenzales figuran varios italianos que alcanzaron fama y renombre manejando una lengua que, sin ser la propia, era hermana de la suya y tenía con ella suma afinidad. A más, la provenzal ó la lemosina, como quiera llamársela, era entonces la lengua literaria, y así se hablaba en el Mediodía de Francia como en las cortes de Cataluña y de Aragón, siendo también muy estimada en la de Castilla, y conocida y hablada en las más famosas ciudades de Italia. Era también la lengua oficial de la literatura y de la poesía, y en ella debía naturalmente escribir todo aquel, fuese cual fuere su patria, que se sintiera con genio é inspiración para expresar sus sentimientos por medio de la rima y ambicionara alcanzar fama de docto ó de poeta. Tenía entonces esta lengua el singular privilegio de dar á conocer por todo el mundo, y extender por todas partes, el nombre del que en ella buscaba el instrumento para adquirir celebridad. Aún más tarde, y cuando ya su decadencia había principiado, ¿no estuvo vacilando el divino Dante entre la duda de escribir su inmortal poema en provenzal ó en italiano, y no se asegura que hasta había ya comenzado á escribirlo en provenzal?

De quince á veinte son las composiciones que de Bartolomé Giorgi se conservan. Hay algunas galantes y de amo-

res, pero no es éste el género en que descollaba el trovador. Lo más notable suyo, allí donde campea su genio y se dibuja su carácter, está en las composiciones políticas, en los enérgicos y apasionados *serventesios*, donde se encuentra algo del espíritu superior de Beltrán de Born.

Aunque patricio, Bartolomé Giorgi se dedicaba al comercio, como era uso entonces entre las familias más principales de Venecia, y, en uno de sus viajes por mar, acaecióle caer prisionero de unos corsarios de Génova, nación en guerra abierta á la sazón contra Venecia. Debíó sucederle este desgraciado lance allá por los años de 1264 á 1266, y el trovador veneciano, después de haber visto desaparecer su buque y sus riquezas, fué conducido prisionero á Génova, donde hubo de permanecer mucho tiempo en este triste estado, pues que no recobró la libertad hasta la época en que se hicieron las paces, el año 1270. Estando preso en Génova fué cuando escribió sus más levantados *serventesios*.

Mientras que Giorgi sufría los rigores y el martirio del cautiverio, otro trovador, de quien más adelante se hablará, Bonifacio Calvo, compuso un *serventesio* sobre la lucha que tenían entablada Génova y Venecia, en el que se maltrataban la honra y buena fama de esta última República. (V. el artículo *Bonifacio Calvo*.)

Sin embargo de hallarse prisionero y en poder de sus enemigos, no vaciló Bartolomé Giorgi en tomar la defensa de su patria ultrajada, y se hizo el campeón de Venecia en una respuesta, cuyos principales pasajes son los siguientes:

«Me admira la composición por ser quien es su autor, al cual, por otra parte, considero. Cuando se tiene mérito y saber, se debe poner más cuidado en lo que se dice, por no exponerse á perder la reputación.

»Si hubiese sido más exacto, hubiera confesado que los venecianos son los que han conseguido mermar el poderío de Génova. En vano quiere atribuirlo á sus discordias. Esta causa no es el origen de su mal.

»Los genoveses han hecho la guerra de tal modo, que

sus disensiones no parecen haberles perjudicado en nada. Al combatir no les faltó más que valor y atrevimiento. Siempre se presentaron bien armados, y á menudo dos contra uno.

»Pretende que los genoveses han tenido á raya á los venecianos. Que se acuerde, si lo tiene á bien, que un solo buque veneciano hizo prisioneros tres buques genoveses, y que ninguna guerra han tenido los venecianos de que, al fin, no hayan salido con gloria.

»Si quisiera pasar por hombre sensato no hubiera dicho tan evidentes falsedades. ¿Podrá negar el hecho de tres buques cautivados por uno solo?...

»Nada más tengo que decir á ese poeta. Si no le satisface lo dicho, que se informe de los hechos memorables de los venecianos, de sus conquistas y actos de valor, de sus victorias sobre Génova y el imperio griego. Cuando lo sepa juzgará si valen algo.

»Bonifacio Calvo, os envío mi *serventesio*, y os ruego que no os enojéis por lo que os digo; debéis, al contrario, agradecerme lo que he dejado de decir.»

Bonifacio Calvo se hallaba proscrito de Génova cuando escribió su *serventesio* y fué contestado por Giorgi.

Una cosa que honra á entrambos trovadores, es que quedaron amigos después de esta especie de combate. Calvo estimó en Giorgi el valor de haber sostenido el honor de Venecia contra los genoveses, siendo prisionero de éstos; confesó que no había estado acertado hablando mal de los venecianos, y dió satisfacción por ello á su rival.

Giorgi se hallaba aún cautivo cuando Carlos de Anjou recibió de Clemente IV la investidura del reino de Nápoles. Ya en el artículo de Aycarts de Fossats hemos visto cómo Conradino, hijo y heredero de Conrado, fué la desgraciada víctima de la política de Roma y de la venganza del monarca francés. Carlos, habiendo hecho prisionero al joven Conradino, le hizo subir á un cadalso en 1268, lo propio que á su aliado el duque de Austria. También quedó prisionero de Carlos de Anjou el infante de Castilla, D. Enrique, hermano de nuestro Alfonso X. Este infante,

que de Túnez había pasado á Italia con algunos caballeros españoles, sirvió primero bajo las banderas de Carlos de Anjou, pero luego se pasó al bando de Conradino, con quien cayó prisionero. Se creyó al principio que D. Enrique tendría la misma suerte que la de los dos príncipes, pero le salvó su parentesco con el de Anjou.

Al revés de Aycarts de Fossats que, como se ha visto, sostuvo la causa de Carlos, Bartolomé Giorgi se hace eco de los sentimientos del país, sublevado contra la sangrienta tiranía de Carlos de Anjou. Así expresa Giorgi su dolor por la muerte de Conradino y su indignación contra el usurpador:

«Si con gran estrépito el mundo se hiciera pedazos, si todo lo que hay en él de luz quedara de repente envuelto entre tinieblas, no lo deploraría tanto como deploro la miserable muerte que se ha dado al rey Conradino, espejo de nobleza, y al duque Federico, gloria de Alemania, ricos uno y otro en honor y en mérito. ¡Maldito sea el siglo que vió cometer tan gran crimen!

»¿Cómo tengo valor para lamentar siquiera ese desastre, cuando su sola idea debiera hacerme morir en el acto, no sólo á mí, sino á cualquier hombre de virtudes? Porque lo cierto es que no existe nadie á quien el menos noble de los degollados no sobrepujase de mucho...

»El rey Conradino, que aún no tenía veinte años, amaba á Dios, el derecho, la rectitud, la justicia, la ciencia... El más liberal, era á su lado un avaro, tan pródigo era y tan dadivoso: amigo de los buenos, enemigo de los malos, á quienes, sin embargo, no hizo jamás ninguna injusticia.

»En cuanto al buen duque Federico, había en él reunidas tantas virtudes estimables, que tuvo la capacidad de los más grandes reyes. Leal en obra y en pensamiento, noble en todo, no hay tilde alguno que pueda reprochársele.

»La muerte de estos dos príncipes debe haber ofendido mucho á Dios. Pero ya que tal desgracia ha permitido, es por haber juzgado, así al menos lo creo, que el mundo no tenía lugar bastante alto en que colocarles. Los que disfrutan de las bienaventuranzas incorruptibles deben expe-

rimentar *tres veces más de placer desde que tienen tan buena compañía.*

» ¡Ay de mí! ¿Cómo podrán los alemanes soportar semejante perfidia? Con sus príncipes perdieron toda su gloria. Se sentirán sumidos en el oprobio, y con ellos también en la abyección todos los hombres honrados, de quienes es Carlos de Anjou el enemigo. Por esto tendrá buen cuidado de no dejar con vida á D. Enrique (el infante español). Conoce el gran valor de los españoles, y sacrificará también esta víctima para que se pueda decir que no les teme.

» Noble nación, piensa eternamente en la muerte de estos príncipes y en lo que de tí dirían si sufrieras semejante ultraje. Y tú, Alfonso, rey de Castilla, piensa si puede ser estimado un rey que deja impune el deshonor de su hermano.»

Esta composición fué escrita para ser cantada, que era el medio de popularizar entonces las poesías, y sin duda para mejor propagarla se compuso sobre un aire muy usual y conocido, con el cual se cantaríá alguna trova alegre, pues que termina con los siguientes versos:

«Hombres leales y corteses, acordáos que este canto de dolor ha sido compuesto sobre un aire alegre y placentero. A no ser así, nadie hubiera podido cantarlo ni oirlo; tan horrible es la desgracia que lamenta.»

En los preparativos del rey San Luis para su segunda cruzada, halló el trovador motivo para un nuevo canto, el cual debió escribir con tanta mayor satisfacción, cuanto que esperaba deber bien pronto su libertad al rey de Francia, cuyos embajadores estaban negociando entonces la paz entre las repúblicas rivales de Génova y Venecia.

«Quiero decir en mi canto cuál es el motivo que en parte me alegra y me entristece en parte. El dolor oprime mi corazón cuando pienso en la gran afrenta que sufre la tierra en que Dios nació y murió; pero en cambio, el alma se llena de júbilo, cuando veo que aquella tierra va á ser vengada por el gran rey Luis de Francia, el cual se dispone á partir para castigar á los infieles.

» Con él van muchos valientes, hombres que saben ma-

nejar la lanza, cortar cabezas, brazos y piernas de un mandoble, saltar fosos y escalar fortalezas, que en las luchas y batallas son siempre los primeros, y que van cubiertos con buenas armaduras y montados en vigorosos corceles...

«El noble rey de Navarra acompaña al monarca francés, ardiendo en deseos de distinguirse con altos hechos, para mayor gloria y servicio de Dios. El glorioso conde de Tolosa hace en esta ocasión más aún de lo que puede. No hay que acusar al rey de Inglaterra que se retarde un poco, porque es seguro que cumplirá su palabra y se cubrirá de gloria cuando el caso llegue. A pesar de su retardo, no habrá una acción en que personalmente no se halle: igualará á los más valerosos y llevará tan poderosos socorros como pueda cualquier otro príncipe.

«Quisiera hablar de todos los varones que acuden, y desearía inmortalizar su gloria; pero son tantos que no hay medio para ello. Dios les dé una felicidad eterna.»

La mediación del rey de Francia y del Papa no produjo por el pronto ningún resultado para la paz. Las negociaciones fracasaron, y las dos repúblicas rivales convinieron tan sólo en una prolongación de tregua, quedando todo bajo pié de guerra y los cautivos en sus cárceles.

Giorgi entonces escribió un *serventesio* contra los genoveses y contra el mismo San Luis. De los primeros dice que son peores que judíos y renegados, pues éstos, después de haber comenzado los preliminares de una paz, no querían retener inhumanamente los prisioneros.

Quar judeus ni venciatz
non deuria voler
preizonniers destener
ab sos guerriers acordatz.

Al monarca francés se dirige en estos términos, acusándole de haber abandonado la suerte de los prisioneros.

«Rey de Francia, vos que, en defensa de Dios, habéis querido emplear vuestro corazón, vuestro cuerpo y vuestros bienes, por lo cual os elogia todo el mundo, ¿cómo habéis sido capaz de semejante acción? Echásteis al olvido

vuestro honor. Dios, por su clemencia, ha olvidado el castigo, pero no lo olvidará en la otra vida, como no sea que la cruzada os obtenga el perdón.

»Honor de la cristiandad, que Dios os inspire el propósito de reparar vuestra falta y de acabar con los crueles tormentos que sufren los desgraciados próximos á perecer. Vos podéis hacerlo; que una palabra vuestra bastará...

»Antes que yo hubiese tenido tiempo de terminar este canto, Dios ha condenado á la muerte al rey de Francia, y á muchos de los suyos á sufrir los dolores del cautiverio. Conviene que el nuevo rey de Francia haga la reparación que Luis debió de hacer. Así se lo demandan Dios y su honor.»

Los votos del poeta fueron oídos. El sucesor de San Luis, Felipe *el Atrevido*, consiguió que hubiese acuerdo entre Génova y Venecia, y devuelto á su libertad, después de tan largo cautiverio, Bartolomé Giorgi regresó á su patria.

Escasas noticias más se tienen de él. Se sabe que fué muy bien acogido y honrado por sus compatriotas, y que el dux de Venecia le envió á Morea con una misión especial. Cuentan que allí se enamoró de una noble y alta dama de aquel país, en donde parece que se estableció y terminó sus días.

Ya queda dicho que sus composiciones galantes ofrecen poca novedad y atractivo, siendo de mérito muy inferior á sus obras políticas. No sucede así con una poesía, especie de *serventesio*, muy original, por cierto, en que Giorgi se lamenta de sus críticos, quejándose amargamente de que se encuentren sus cantos oscuros, cuando, por lo visto, en una laboriosa oscuridad de estilo cifraban entonces su mayor gloria y su más sobresaliente mérito los poetas de aquella escuela.

He aquí esta poesía, que merece ser conocida.

«¡Maldito sea el que me enseñó el arte de componer versos! En ello no encuentro ningún placer, ni ¿cómo puede haberlo, si entre mil personas, apenas existe una con ingenio suficiente para comprender un canto de Elías?

» Muchos son los que se vanaglorían de ser buenos trovadores, pero los que no sepan más de lo que sabe la mayoría de ellos, pueden estar seguros de saber bien poco. Tanto me desplace hoy hacer canciones, como gusto encontraba antes en componerlas.

» De locos se trata hoy á los que escriben versos, y en verdad que no encuentro mal aplicada la palabra. Ninguna honra se alcanza. ¿Se escribe *un canto oscuro y de gran mérito*? Nadie lo entiende. ¿Es claro? Nadie hace caso de él. Una prueba de ello está en dos de los mejores juglares de este país, quienes uno y otro han criticado una de mis canciones, en la cual no había tilde que poner, por cierto...

» No se crea que yo pretendo ser hábil en todo. Al contrario, muchas cosas hay que desearía aprender. No quiero ni alabarme ni deprimirme; pero como por la obra se conoce al obrero, ahí están mis canciones para que se juzgue lo que valgo en el arte de hacer *versos sutiles*.

BELTRÁN DE ALLAMANÓN.

Era de noble familia. Fué señor del castillo de Allamanón (hoy la Manón) de la diócesis de Aix en Provenza.

Escasean los datos sobre este trovador y se tienen de su vida muy pocas noticias. Caballero muy considerado en su país, se distinguió entre los poetas y fué amante de Estefanía de Gantelm, señora del castillo de Romanín, que, al decir de Nostradamus, tenía *corte de amor*. La castellana de Romanín fué tía de aquella famosa Laura inmortalizada por el Petrarca.

Beltrán de Allamanón compuso bellísimas canciones, muchas de las cuales se han perdido, en loor de la dama de sus pensamientos. En las que de él nos quedan es donde hallo á este trovador verdaderamente inspirado, algo más, por cierto, que en sus sátiras, de que luego se hablará, sin embargo de ser estas últimas las que le dieron verdadera celebridad.

Se cita á Allamanón como uno de los grandes satíricos provenzales. Es cierto y merece esta nombradía; pero esto perjudica á su reputación como poeta amoroso, que es, á mi juicio, el género en que más brilla y sobresale, áun cuando se le haya dado poca importancia en este concepto para dársela toda en el otro.

Y sin embargo, hay que fijar la atención en sus poesías amatorias, que son de una delicadeza, de un sentimiento y de una originalidad como tienen pocas de su época.

De seguro que en la colección de los trovadores no se encuentra una obra tan acabada, tan perfecta, tan sentida, como la *albada* que voy á traducir íntegra, sintiendo sólo que pierda en la traducción su gracia y su armonía, cualidades que le dan un realce extraordinario.

ALBADA.

«El caballero reposaba junto á la dama, objeto de sus amores, y abrazándola decía: ¡Oh dulce corazón mío! Ya llega el día y se va la noche. ¡Ay! Oigo ya al vigía gritar: ¡Vía sus! ¡Veó venir el día tras del alba!

»Corazón mío, ¡qué dicha más completa la nuestra si el día se extinguiera, si el alba no brillara! Tendría yo entonces junto á mí para siempre lo que siempre he de amar. ¡Ay! Oigo ya que el vigía grita: ¡Vía sus! ¡Veó venir el día tras del alba!

»Corazón mío, si bien se pensara, no hay tormento que iguale á la pena de una separación. ¡Ah! bien lo sé por mí propio. ¡Qué noche más corta la que ahora termina! ¡Ay! Oigo ya que el vigía grita: ¡Vía sus! ¡Veó venir el día tras del alba!

»Corazón mío, vuestro soy en todo, y vuestro seré donde quiera que la suerte me lance. Me llevo de vos un recuerdo, pero aquí dejaré mi alma á vuestro lado. ¡Ay! Oigo ya que el vigía grita: ¡Vía sus! ¡Veó venir el día tras del alba!

»Corazón mío, si hubiese de permanecer sin veros, creed que no tardaría el dolor en matarme. Pronto volveré á vuestros brazos, que no hay vida sin vos. ¡Ay! Oigo ya que el vigía grita: ¡Vía sus! ¡Veó venir el día tras del alba!»

Doussa res, s' ieu no 'us vezia
breument crezats que morria
qu' el gran dezirs m' auciria:
per qu' ieu tost retornarai
que ses vos vida non ai.

¡Aí!

Qu' ieu aug que la gaíta cria:
¡Vía sus! qu' ieu vei lo jorn
venir apres l' alba!

¿Puede darse otra composición de este género más bella, más sentida ni más dulce?

He aquí ahora, en la misma clase, aunque no con la misma belleza, ni sentimiento, una que el poeta titula media canción, dirigida á una dama que rechazaba su amor:

«Si se me pregunta por qué hago una media canción, diré que por tener sólo medio motivo para cantar. Y es que sólo hay amor por mi parte, ya que amarme no quiere la dama á quien consagro mis homenajes.

»Sin embargo, á falta del *sí* que me rehusa, aceptaré el *no* que me prodiga. Esperar con ella vale más que ser dichoso con otra; y como me es imposible resistir al imperio del amor, no conozco otro medio, para consuelo de mis penas, que esperar á que me ame un día.»

Si esta composición es notable por su ingenuidad, he aquí otra que se distingue por lo mismo y tiene el mismo carácter:

«Si hubiese yo vuelto la espalda á aquella que me rechaza, hubiera podido conseguir algo con otra, declarándome su servidor y caballero; pero el loco no abandona su locura, y yo no me arrepiento de la mía.

»Bien es verdad que más hubiera valido para mí estar entre las cadenas de los sarracenos que entre las de mi dama. De aquellas hubiera salido, gracias á los amigos ó al rescate, ó me hubiera escapado, mientras que en mi prisión de hoy, no puedo apelar á ninguno de estos recursos.

»Yo os amo, oh noble dama; yo os amaré más todavía, si queréis favorecerme. Pero ¡ay de mí! os place martirizarme por lo mismo que bien sabéis que no puedo desprenderme de mi amor.»

Sin que sepamos por qué, ni sea fácil adivinarlo, vino un día en que el trovador dijo adios á sus amores, dedicándose á la sátira, en cuyo género había de ser maestro.

«En otro tiempo, dice en una de sus composiciones, yo me consagraba al canto, al júbilo, á la caballería, á la cortesía y galantería junto á las damas que me agradaban. Amor es testigo de cuánta era entonces mi dicha. Pero lo que ayer formaba mis delicias, hoy es sólo para mí un recuerdo. Todo ha cambiado, y puesto que esto hizo el tiempo, yo debo hacer lo mismo.

»Hoy tengo que ocuparme de procesos, de abogados y de notas. Tengo que pasar mi vida vigilando y alerta siempre para no perder mi causa. Tal es mi triste situación,

peor que la muerte, que me obliga hasta á retirarme de las asambleas de los barones.»

Es posible que estos procesos de que se queja, y causas también de amores mal agradecidos ó con infidelidad pagados, contribuyeran á agriar el carácter del poeta y á lanzarle por el camino de la sátira, ya que durante mucho tiempo se le ve dirigir terribles é iracundos serventesios á algunos poderosos de su época.

Pero aquel que juega con fuego, se expone á quemarse. La sátira tuvo en todos tiempos sus peligros, y como los serventesios de Beltrán de Allamanón hubieron de despertar iras en sus víctimas, y las iras engendran venganzas, el trovador tuvo que soportar las consecuencias y lógicas contrariedades de su conducta. Así le vemos objeto de una violenta sátira de Guigo, en que se le acusa de felón y de cobarde, contestando á su vez Beltrán con una diatriba fulminante contra Guigo.

Un serventesio de Allamanón contra Carlos de Anjou, rey de Nápoles y conde de Provenza, de quien era vasallo, le valió el que Carlos se vengara quitándole un derecho hereditario de su casa sobre la sal que pasaba por el puente del Duranza. Este acto de autoridad provocó nuevas sátiras por parte del trovador y nuevas venganzas por la de Carlos de Anjou, si bien se ve que aquel, al fin, trató de volver á la gracia del príncipe, dirigiendo sus tiros á los enemigos de éste y defendiéndole contra ciertos ataques de que fué objeto.

En este sentido, y por este camino, se le ve atacar á Bonifacio VIII á causa de su animosidad contra Felipe *el Hermoso* y Carlos de Anjou, y atacar también al emperador Enrique VII, que había ultrajado á Roberto, duque de Calabria, hijo del rey de Nápoles y protector de Allamanón. Roberto envió al rey su padre el serventesio del poeta contra el emperador, y entonces fué cuando Carlos de Anjou devolvió á la casa de Beltrán el derecho de pontazgo que le había quitado.

Uno de los serventesios más conocidos de Allamanón es una terrible y sangrienta sátira contra el arzobispo de Ar-

lés. El abate Millot dice de esta composición que se la creería llena de absurdas calumnias si no fueran conocidas las costumbres del clero en aquellos tiempos, objeto de amargas y justísimas censuras.

El trovador reprocha al prelado de Arlés su desenvoltura, sus desórdenes y sus crímenes. Le acusa de poseer los siete pecados capitales; dice que vive de robos; le presenta como perfecto modelo de perjurios, asesinatos, avaricia, orgullo, impudicias y concusiones; le trata como falso testigo y renegado. Según el poeta, el arzobispo andaba continuamente mezclado en contiendas y guerras, oprimía á los ciudadanos, los encarcelaba, y, para colmo de infamia, los excomulgaba, absolvía, enterraba, todo por dinero, siendo por dinero por lo que una vez mandó encerrar en un oscuro calabozo y luego matar á un ciudadano llamado Jonquera. Dice, en fin, que el prelado no tiene perdón de Dios, y que las desventuras crecerán cada día más si no viene un legado para hacerle emparedar ó quemar vivo.

El ha los setz peccatz mortals
per qu' om tem mala via;
aucir no tem ne perjurs fals,
e viu de raubaría;
ergueilh et avaria
a 'l renegatz,
et es proatz
de falsa garentía:
lo seten no diria
quar es tan laitz m' en lais per cortesia

Anc non vi tan fals coronat
nuls homl que tenges terra,
qu' el no tem far tort ni peccat,
e mescla tot l' an guerra,
e 'ls sieus baixa en terra,
e 'ls pren soven
per son fol sen,
e 'ls enclaus e 'ls enserra;
veiat del fals com erra,
que por aver veda e solv' e soterra.

Jonquera aucis per aver
dins la mayson escura,
qu' anc nulhs homs no i poig saber
nuilh' altra forfachura;

e non a de Dieu cura,
 perque mescré
 la ferma fe
 qu' es en Sant' Escritura:
 ben er mal' aventra.

s' el legatz ve, si no 'l crema ó no 'l mura.

Concluye diciendo que los habitantes de Arlés vivían tranquilos antes de ser presa de aquel bárbaro prelado, que sin rebozo se apoderaba de sus bienes, concediéndose á sí mismo indulgencias por los males con que les oprimía. «No volverán aquellos habitantes, dice, á tener tranquilidad hasta que lo sepulsen vivo bajo una losa.»

Jamais non auran pausa
 si no l' meton tot viu dessot la lausa.

Por exagerado que este retrato parezca, debe convenirse en que no se hacen tan terribles cargos sin motivo. El arzobispo de Arlés debía ser, de seguro, un gran malvado, y sus crímenes ignorados ó consentidos por la corte de Roma «donde entonces, y es tambien el abate Millot quien lo dice, reinaban más vicios aún que en otras partes.»

Véase ahora otro serventesio de Beltrán de Allamanón en que la política de la Sede Romana es juzgada con severa energía y con alta libertad de pensamiento.

Corría el 1245 cuando el papa Inocencio IV, en el concilio de Lyon, depuso del Imperio á Federico II, que al decir del abate Millot, cuyo testimonio cito por no ser dudoso, sólo era criminal en unir la firmeza de carácter al poder. Después de este atentado, común desde hacía dos siglos, Inocencio ofreció el Imperio á diversos príncipes, ó por mejor decir, continúa hablando Millot, hizo cuanto pudo para que lo compraran.

Este es el objeto del serventesio. El trovador fulmina sus iras contra los pretendientes al Imperio y contra el Pontífice que aparecía entre ellos, halagándoles con promesas y esperanzas mientras gastaba sus tesoros, y dice así:

«El Papa es quien reina, quien posee el Imperio, pues

con las riquezas que entre él y sus gentes se distribuyen, saca más rentas que las que pudiera sacar el Emperador. El Papa sólo trata de fomentar las revueltas.

«Ya aseguro yo que este proceso no llegará á sentenciarse; y puesto que los reyes lo quieren terminar brevemente con las armas, salgan al campo con sus caballeros y caballos armados en guerra, con sus huestes y vasallos, y luchen sin tregua hasta que uno alcance la honra de la victoria. Entonces las decretales no perjudicarán y se hallará el medio de hacer hablar al Papa.»

Ja aicets platz non er sentenziatz;
puois que li rei volon abreviamen,
ab cavaliers et ab cavals armatz
et ab vassal bon de conquerimen
vengua cascus apoderamen,
et en un camp fassan un' aital dansa,
c' al departir gazagne l' uns l' onransa.
Puois Decretals no i noseran nien;
puois troberan lo Papa ben disen.

Pero como si esta observación fuese insuficiente, amplía y detalla más aún su pensamiento, á fin de que no pueda ofrecer duda:

«Aquel que venza será llamado hijo de Dios y coronado por el clero, pues de su lado estará la fuerza, y todos le obedecerán sumisos. Tal es la costumbre de las gentes de iglesia; cuando hallan un emperador poderoso, se someten humildemente, pero se arrojan sobre él cuando le ven ceder.»

Aicelh será filh de Dieu apelatz
e' aurà fait al camp lo vensimen,
pelos clergues er leu coronatz
car il veiran c' auran l' afortimen;
adonc seran tut á son mandamen:
car ades an clergues aital uzansa
que, quan trobon pairò de gran puisansa,
tut cant il vol fan ben et umilmen,
e pois soñ dan, quan veisson que deisen.

Era aquella la época en que de todas partes se elevaban gritos de indignación contra el clero, y en particular contra la corte de Roma, donde las exacciones de la Iglesia

eran tales, que el pueblo se sublevaba ante tanta injusticia y tanta opresión. Pero, aún á pesar de esto, á pesar de hallarse tan pronunciado el espíritu público y la pública indignación, asombra la osadía del trovador, si se recuerda que acababa de terminar la cruzada, la horrible matanza contra los albigenses, y que todavía brillaban en el espacio los rojos resplandores de las hogueras encendidas por la inquisición.

Otros varios serventesios nos quedan de Beltran, todos sobre sucesos de su época, y con motivos y fines que no pueden ser bien apreciados, dadas las revueltas de aquellos tiempos y las singulares circunstancias que obligaban al poeta á combatir lo que había aplaudido ó á celebrar lo que había condenado. Era este el siglo.

Se atribuye á Beltran de Allamanón un *Tratado de las guerras intestinas de los príncipes*, el cual no ha llegado á nosotros, escrito en prosa segun Eugenio Baret, y en rimas provenzales si se ha de dar crédito á Nostradamus, que fija la muerte de este trovador en 1295, diciendo de él, con referencia al *Monje de las islas de Oro*, que se distinguió tanto por su valor y su habilidad en los asuntos políticos, como por su elevado talento poético.

Este trovador no pudo llegar á la época que fija Nostradamus como la de su muerte.

De Beltrán de Allamanón es tambien la poesía, de que se habla en otro lugar de esta obra, repartiendo el corazón de Blacás entre varias damas, imitación de aquella en que Sordel repartía el mismo corazón entre varios reyes. ¹

1 V. el discurso preliminar, cap. *Serventesio*.

BELTRÁN DE BORN (EL HIJO).

Hijo del trovador de este mismo nombre y apellido, de quien se habla largamente en el capítulo destinado á *Alfonso de Aragón y Beltrán de Born*, y también en el de *Leonor de Aquitania*.

Fué trovador político como su padre, de su escuela, y como él también osado y valiente guerrero, si bien no campeó en tan ancha escena, ya fuese porque los acontecimientos de su época no le ofrecieran el camino que á su padre, ya tal vez por haber venido muy á menos la casa de Hautefort con las turbulencias del último barón y las revueltas del país en tiempo del hijo. Éste, según se desprende de las escasas noticias que de él se tienen y de las poquísimas poesías suyas llegadas á nuestros tiempos, debió abandonar su país, perdidos sin duda sus bienes, para buscar un refugio en Cataluña y en la casa y corte del conde de Urgel, donde se le encuentra.

Beltrán hubo de figurar entre aquellos buenos y nobles caballeros que abrazaron la causa del conde de Tolosa, contra la cruzada del Papa y de los franceses: debió ser de aquellos que defendían la nacionalidad del Mediodía, puestos sus ojos en el monarca aragonés D. Pedro II, como esperanza para el porvenir: debió ser de aquellos también que, con la rota desastrada de Muret y la caída de la casa de Tolosa, lo perdieron todo, bienes, fortuna, esperanza, familia y patria, todo menos la vida y la espada.

Un serventesio, que figura entre los de su padre, pero que es evidentemente suyo, pues aquel debía haber muerto ya ó era un anciano sepultado en el fondo del claustro, á que hubo de retirarse, explica cuáles eran sus ideas y

tendencias políticas. Se manifiesta contrario al movimiento político que á la sazón realizaba la Santa Sede de acuerdo con Francia, cree noble y justa la causa de los barones del Mediodía, increpa á la Iglesia por su intolerancia, y, aún cuando no cree que los franceses consigan sus propósitos contra los altos y poderosos barones del Mediodía, incita á D. Pedro, señor de los aragoneses, á tomar las armas en defensa del conde de Tolosa, maravillándose de que ya antes no se haya decidido á caer contra los invasores de la tierra, reunidas sus huestes y altos sus pendones.

Ges non crei Francés ses desman
 tengan lo deseret que fan
 á tort á man baron pressan;
 pero maravilha 'm lon gran
 del seinhor dels Aragonés,
 quar ab lor dan non destacha,
 pues sai nos adés á pacha
 desmandat á coms, duc, marqués.

Esta composición demuestra que era Beltrán uno de los que en aquellas circunstancias influían cerca del rey don Pedro de Aragón para decidirle á tomar una actitud pronunciada y una política definida, poniéndose resueltamente del lado de la nacionalidad meridional contra la invasión francesa y el poderío de la Iglesia.

Debió Beltrán de Born sostener con su espada la causa que defendía con su pluma, y es de creer que hubo de encontrarse en la fatal jornada de Muret, donde murió el valeroso D. Pedro. De todos modos, es evidente que la casa y dinastía de Tolosa hubieron de arrastrarle consigo en su caída, como á tantos otros nobles, y á tantos otros trovadores también, que aquella casa y aquella causa defendían. Existen indicios para poder creer fundadamente que siguió la suerte desgraciada del conde de Tolosa y de su joven hijo Ramón VII, con el cual pasó sin duda á Cataluña.

El joven conde de Tolosa deseaba obtener venganza de Simón de Montfort y de los franceses, é incitaba á su padre á que con las armas en la mano recobrasen su conda-

do, en cuyos consejos debió ayudarle por mucho Beltrán de Born, á juzgar por el serventesio que voy á citar.

Esta composición, que parece escrita dos ó tres años después de la batalla de Muret, va dirigida al conde de Tolosa joven. Dice el poeta que vuelve á su antigua costumbre de trovar sólo para ser grato al conde, á quien desea mejor suerte y la victoria sobre Simón de Montfort, y después se dirige á los catalanes, á quienes con la misma virulenta energía de los serventesios de su padre, acusa de cobardes por no haberse apresurado á vengar la muerte del rey D. Pedro.

«Decidme ahora, catalanes cobardes, ¿dónde está aquella preza de que antes podíais gloriaros? Viviréis en el oprobio hasta que os lance á la guerra el recuerdo del buen rey que os mantenía honrados y cuya pérdida lloráis sin decidiros á vengarle, cuando el que le mató está tranquilamente durmiendo cerca de vosotros. Cuantos esto sepan, condenarán hoy severamente vuestra conducta. Aragoneses, no os enojéis porque esto diga, pero quiero que sepáis cuán grande fué la pérdida del rey, y cuánto os deshonra el hablar de su muerte.»

A tornar m' es enquer al primer us
per los grans ops que 'm vei sobreparer,
e si mon chan sap un pauc ves reclús,
vostre es lo tortz e no de mon saber
qu' entre 'ls marritz non es massa solatz.
Chantarei oc, puois al comte platz,
aissi trairais ira de mon conort
que 'n tramerai a' N Simón de Montfort.

Ara 'm dígat, catalán escamús,
on es la pretz que solíats aver,
qu' aunitz viuretz tro guerra vos escús
vers lo bon rey que 'us soli' onratz tener.
Lur mal plangetz e de ren no 'l venjat
e qui l' a mort si dorm á vostre latz.
Qui fo ni es celh que ben so recort
adés pot mielhs blasmar vostre comport.
Aragonès, uo 'us fassatz plus iratz
tro i diga mais, mas tan volh que sapchatz
tant es faillit el rey et en sa mort,
larc razonar fai encor vostre tort,

Los consejos de Beltrán de Born no fueron desoidos.

La verdad es que en aragoneses y catalanes había un vivo deseo de vengar la muerte de D. Pedro y de marchar contra Simón de Montfort: así es que cuando los condes de Tolosa, padre é hijo, se presentaron como vengadores á pedirles auxilio, acudieron presurosos á alistarse bajo su bandera. En 1218 los condes atravesaron el Pirineo con una hueste catalana-aragonesa, mandada por el bizarro conde de Pallars, y comenzaron una campaña, cuyo primer período fué favorable á sus armas, áun cuando luego volvió á declarárseles contraria la fortuna, que decididamente acabó por abandonar á la casa de Tolosa.

A su vez también debió abandonarla Beltrán de Born, á juzgar por un serventesio que pertenece sin duda á la época en que se había encendido cruda guerra entre el conde de Tolosa Ramón VII y el conde de Provenza Ramón Berenguer, III de este nombre según unos, IV según otros. Era Ramón Berenguer príncipe de la casa de Barcelona, descendiente por su madre de la de Urgel, y primo de don Jaime *el Conquistador* con quien se educó en el castillo de Monzón.

El conde de Tolosa, que se titulaba también marqués de Provenza, andaba en guerras con Ramón Berenguer, á quien á la sazón protegían D. Jaime de Aragón y Luis VIII de Francia, considerándole como conde de Provenza y valiéndole como tal.

A estas contiendas debe referirse el serventesio de Beltrán de Born, que vivía entonces en Aragón como vasallo de D. Jaime, áun cuando debía ser principalmente adicto al conde de Urgel, su amigo y favorecedor. Por este motivo sin duda, se ve á Beltrán de Born partidario de los intereses de Aragón y de la casa de Provenza contra el conde de Tolosa, en otro tiempo su señor y su amigo.

En esta composición, que vale poco y es en algunos puntos hasta de dudoso sentido, pero que transcribo fielmente traducida para dar á conocer el trovador, éste se queja del descuido con que ve D. Jaime al conde de Tolosa, que trata de despojarle de lo suyo, acusa de ingrato al

conde con los que le sirven y auxilian, anuncia al conde de Provenza que D. Jaime irá á auxiliarle tan pronto como termine su empresa de Chiva (á la sazón andaba D. Jaime en tratos con Berenguer de Entenza que le ofrecía el castillo de Chiva para recuperar su gracia, de la cual se había apartado entendiéndose con los moros, y á esto sin duda alude el trovador); y termina dando un consejo al conde de Urgel.

Dice así:

«Quiero hacer un serventesio nuevo que agrade más que otros míos: no me impedirá el temor que diga cuanto entre nosotros oiga repetir respecto á nuestro rey, que va perdiendo malamente en Melhan, donde antes dominaba, puesto que el conde de Tolosa le despoja sin derecho y con gran tuerto, y le toma calladamente á Marsella como antaño estuvo á punto de tomarle Montpeller.

»Conde de Tolosa, pobre galardón debe esperar aquel que os sirve, y mucho me duele el verlo, pues es justo que todo servicio tenga su galardón. Bien os sirvió el valiente rey Pedro cuando fué á auxiliarnos con su gente, muriendo en el campo, cosa que causó gran desconsuelo; pero vos, sin tenerlo en cuenta, favorecéis á los que tanto hicieron en su daño y despojáis al rey Jaime.

»Al conde de Provenza le digo que no tema, pues en breve recibirá auxilio, que nuestro esforzado rey irá á valerle luego de haber entrado en Chiva, ya que Berenguer le ha tomado el castillo diciendo que rey que va dando lo suyo y luego se vuelve atrás, obra como un niño.

»Conde de Urgel, buena provisión tenéis hecha de trigo y cebada y buenos castillos almenados poseéis. Que no decaiga, pues, vuestro ánimo, y pedidle al rey todos los honores de que antes disfrutábais en la tierra de Urgel, sin merma de un campo, de una viña ó de una huerta, y hacerlo debéis en este intermedio, antes de llegar al otro San Juan.

»Nuestro rey tiene poder bastante contra los sarracenos, pero del lado de Montfort quisiera de hoy más ver tremolar su oriflama contra los que rebajan su honor.»

Un sirventés farai novelh, plazen
 anc mais non fis; no m' en tenrá paors
 que ieu non diga so qu' aug dir entre nos
 del nostre rey que pert tan malamen
 lai á Melhan, on solia tener,
 qu' el coms li tolh seus dreg e á gran tort,
 e Marcelha li tolh á gran soan,
 e Monpeslier li cuget tolre antan.

Coms de Tolzá, mal guazardon aten
 selh que vos sier, don vey qu' es grans dolors.
 quar de servir tanh qualque guazardós;
 dones be 'us servi lo rei Peire valen
 que ab sa gent vos anet mantener,
 e mori lai, don fo gran desconort;
 però aisselhs que foren al seiu dan
 anatz creyssen, é 'l rei Jaime merman.

Al comte dic non aia espaven
 de Proensa, que' en breu aurá socors,
 que 'l nostre reis, quar trop n' es coratgós
 que li valha, quan n' aurá mandamen
 sai en Chiva; pero ieu 'lh fatz saber
 qu' EN Berenguer li a 'l castelh estort,
 e ditz que reys que lo sieu vai donan,
 ni s' en torna, fai costuma d' enfan.

Comte d' Urgelh, assatz avetz fromen
 e civada e bos castelhs ab tors,
 ab que de cor no siatz temerós,
 e demandatz al rey tot l' onramen
 de lai d' Urgel que soliatz tener,
 e no y guardetz camp ni vinha ni ort;
 e si no fagz, ja l' outra sanh Joan
 no veiatz vos, s' el mieg non faitz deman...

Lo nostre reys assatz a de poder
 mest Sarrazis; mas lai de vas Montfort
 volgra vezer hueimais son auriban
 contra totz selhs qui 'l van d' onor baissan.

Otro serventesio existe de este autor que debió ser escrito en sus primeros tiempos, al comenzar el siglo XIII, cuando aún no se había mezclado Beltrán de Born, joven aún, en la política de Provenza y Cataluña.

Va dirigido á Savaric ó Savarico de Mauleón (véase su artículo), y se refiere á las contiendas del monarca inglés Juan *Sin Tierra*, que sucedió en el trono á su hermano Ricardo *Corazón de León*.

El trovador increpa al rey de Inglaterra por el abandono en que dejaba á Savaric de Mauleón y á los de Aquitania y Poitiers que peleaban por su causa.

Dice así:

«Quiero escribir un duro serventesio que enviaré al rey Juan de Inglaterra para que le cubra de oprobio. Grande humillación debe sentir al recordar lo que hicieron sus antecesores y compararlo con su indolencia al dejar el Poitou y la Turena en manos de Felipe Augusto.

«Toda la Guiena conserva vivo el recuerdo del rey Ricardo que tanto oro y plata gastó para defenderla. Pero este rey no se cuida de ella. Prefiere divertirse con justas y cacerías, tener muchas galas y lebreles, arrastrar una vida sin honra y verse despojar vivo.

«Digo todo esto para corregir al rey Juan, que pierde sus tierras y sus súbditos por no auxiliarles ni directa ni indirectamente.

«Señor, os dirijo esta censura á fin de corregir vuestras locuras, de las que en el alma siento tener que hablar. Sí, vos dejásteis caer en el fango vuestra honra, y tal es vuestra demencia, que en lugar de ser sensible á los reproches, cuanto peor hablan de vos, más parece que os complacéis en obrar mal.

«Savaric, el rey á quien falta corazón, no sirve para nada. Nadie debe servir á quien es inepto y cobarde.»

Como se ve, educado Beltrán de Born en la escuela de su padre, seguía su camino.

BELTRÁN CARBONELL DE MARSELLA.

Pocas noticias existen de este poeta, á quien algunos conocen por Beltrán de Marsella, haciéndole distinto de Beltrán Carbonell.

Se sabe sólo que era de una noble familia de Marsella, y otra cosa no se dice de él sino que aprendió á cantar y componer versos por amor de una dama, hija de Beltrán de Porcelet, señor del Burgo de Arlés. Dícese que compuso en su honor muy buenas y bellas canciones, pero todo inútilmente, pues que la dama rechazó sus homenajes, lo cual causó tal desesperación en Beltrán Carbonell que, apartándose del mundo, se hizo monje de la abadía de Montmajor.

Esto último lo dice Nostradamus, pero no resulta verdaderamente demostrado, como no aparece bien exacto tampoco lo que dice respecto á que el trovador, habiendo muerto su dama en la flor de su juventud y de su belleza, hiciera poner sobre su tumba el siguiente epitafio:

Llorad, doncellas, y vosotras también, matronas; pues que desapareció ya el sol de vuestro honor. Antes de terminar su curso natural, se ha perdido en la sombra donde terminan las mujeres corteses.

Beltrán Carbonell floreció á principios del siglo XIII, y hubo de tomar parte activa en la lucha de la nacionalidad catalano-provenzal contra la Francia, á juzgar por alguna de sus composiciones, puesto que se le ve quejarse amargamente de los desórdenes del clero, sosteniendo la causa que mantenían entonces todos los trovadores en contraposición con la ambición y el fanatismo.

En lo poco que de este poeta se conoce, hay genio, espontaneidad, inspiración y sentimiento.

Dice en una de sus poesías galantes:

«Me atreví el otro día á declararle todo lo que por ella siente mi alma, pero nada me contestó, y este silencio produjo en mi alma un desorden parecido al que puede sentir un buque cuando la tempestad ha roto su timón y sus mástiles...

»Cuanto más grande se es, más generosidad hay en atender las súplicas humildes del pobre. Por esto espero que ella no será inflexible conmigo, á pesar de la desproporción que existe entre nosotros...

»Siempre le estoy rogando que me ponga á prueba, porque entre amigos y amigas nada hay tan agradable como la prueba de sus sentimientos mútuos...

»El amor no tiene en cuenta el oro ni la plata, sino la discreción, la gentileza, el honor, y el *sabio enlace de la locura y la razón*. Si á mí me faltan bienes de fortuna, en cambio soy rico de esto último...

»¡Cuánto he sufrido con los males de amor! Pero también es verdad que me han dado muchas dulzuras. No es, pues, un pecado el amor cuando uno sabe acomodarse con él cuerdamente. El amor verdadero y puro apaga la lascivia, da á los más falsos un corazón leal y hace que los locos abandonen su locura...

»Si es que yo valgo algo, si es que yo hago versos, es á vos, señora, á vos y al amor á quien debo dar gracias. De vos he recibido todo cuanto tengo.»

Cuéntase que un día, hallando á su amada dormida, se atrevió á darle un beso en los ojos; irritándose de tal manera su dama por esta osadía, que el trovador se vió obligado á sufrir todo el peso de sus rigores. Es un hecho exactamente parecido al de Pedro Vidal con la vizcondesa Adelaída.

Perdida toda su esperanza en amor, el poeta exhala así sus quejas y lamentos:

«Así como un hombre que ha encontrado en su campo un cofre que cree henchido de oro, recibe un gran desengaño al verle vacío, así yo, que creí haber encontrado en vos, señora, un corazón lleno de sinceridad y franqueza,

me siento hoy herido por el más cruel y punzante de los dolores al descubrir lo contrario...

»De hoy más iré vagabundo por la tierra buscando una dama de buena fé en lugar de la que me ha engañado y me abandona. Es costumbre no amar á quien no ama, engañar á quien engaña, y obrar mal con quien mal obra.»

La composición, en mi sentir, más notable de este poeta, es un diálogo entre él y su corazón. La poesía tiene todo el sello de la originalidad y del sentimiento.

»*El trovador*.—Díme, corazón mío, ¿por qué te empeñas en hacerme amar con tanta pasión á una belleza que desdeña mis homenajes? Es gran locura empeñarse en obtener lo que no se puede. Abandonemos, pues, este propósito. *El corazón*.—No, Beltrán. Yo quiero que ames tú á esa beldad. Sufre, calla y prosigue. Ella no hace sino lo que á una dama cumple.

»*El trovador*.—Loco está el dueño que no quiere creer á su servidor leal cuando le da un buen consejo. Yo te he dado uno de buena fé á tí, que eres mi dueño; y ya que te niegas á seguirle, no eres muy cuerdo ciertamente. *El corazón*.—Si yo estoy loco, no está más sano tu juicio. Eres un esclavo, y no puedes romper tus hierros más que con la merced. Preciso es, pues, que acudas á la sumisión y al ruego.

»*El trovador*.—No me entendiste, corazón. Piensa que estás encadenado con los mismos hierros que yo, y que ambos á dos tenemos el mismo interés en romperlos. *El corazón*.—¡Ay! Nuestros hierros son demasiado fuertes para que podamos romperlos. Yo conozco que nadie puede libramme de ellos si no es la dama que nos cautiva. Es preciso, pues, someterse, Beltrán.»

Las *enderezas* de las canciones galantes de este trovador van unas al conde de Rhodéz, otras al señor de Berre, *el más bravo de los hombres que ciñen cinturón*, y *el sostén del valor como lo soy yo de las canciones*, y al rey de Castilla, que debió ser D. Alfonso IX ó D. Fernando *el Santo*.

Beltrán vino proscrito á España, después de los sucesos

que siguieron á la batalla de Muret, estuvo en Cataluña y Aragón y tal vez en Castilla.

Existen de este trovador dos notables y terribles *serventesios*, que responden á las ideas de la época y obedecen al vivo sentimiento que animaba á toda aquella ilustre pléyade de libres pensadores que valerosamente pugnaban para oponer una sociedad inteligente y una nacionalidad pujante al fanatismo y á la barbárie de Francia.

En el primero de estos *serventesios* dice que el clero va predicando el bien, pero haciendo cuanto mal puede, y le acusa de hipócrita y falso.

Qui ben vol de Dieu prezicar,
non deu esser fols rentayre,
car fols es lo precicayre
que ben ditz, e vuellh mal far.

El otro es más terrible aún. El poeta quiere *desahogar la ira y el dolor que oprimen su corazón* al ver cómo el clero, engañador y falso, se burla de lo más santo y de lo más noble, siendo la perdición del mundo en lugar de ser su salvador.

Per espassar l' ira e la dolor
qu' ai dins mon cor e per confizamen
qu' ai, bon en Dieu, fas lo comensamen
d' un sirventés contra la gran folor
que fals clergue fan sutz bela semblanza...

«Para desahogar la ira y el dolor que oprimen mi corazón, y fuerte con mi confianza en Dios, comienzo un *serventesio* contra la gran locura que, bajo buenas apariencias, se ha apoderado de ese clero engañador, pródigo de excelentes palabras, pero acostumbrado á hacer el mal; cosa que hiere profundamente mi alma, pues aquellos que enseñan la ley de Dios debieran hacer bien en todo y marchar por el camino derecho, pero la debilidad humana les arrastra y caen en los abismos.

»El maestro que más peca es el que no enseña con su ejemplo, y cuanta más posición se tiene, más culpable se es cometiendo una falta. Aquel que predica y hace lo contrario de lo que aconseja hacer, dice bien pero obra mal;

y como las obras son peores que las palabras, causa gran daño y desventura.

»¡Ah! falsos clérigos, traidores y pérfidos, perjuros, ladrones, deshonestos é impíos, tantos desórdenes cometéis que por vosotros ha caído el mundo en el error. San Pedro no tuvo jamás rentas ni dominios, y tuvo siempre en fiel la balanza de la equidad. No hacéis vosotros lo mismo, pues que por el oro excomulgáis sin motivo, y nos ponéis interdictos que se levantan con dinero.

»No se crea, sin embargo, que mida por igual á todos los clérigos. No soy tan insensato, pues que hablo sólo de los malos. Ni se crea tampoco que dudo de la Iglesia. Al contrario, yo quisiera que ella restableciese la paz entre los príncipes cristianos, que les indujera á pasar la mar el año próximo, y el Papa con ellos, para dar así un gran regocijo á toda la cristiandad.

»Hay clérigos que se niegan á dar por Nuestro Señor sus ricas casullas de colores y su vajilla de plata. Así les guarde Dios de mal como exentos están de ambición y orgullo y como no tienen ningún interés por los bienes mundanos ni por los juegos de amor. ¡Ah! es el único Dios que tienen.

»Veo muchos clérigos que admiran por su magnificencia y casan con un sobrino la hija que tuvieron en su madre. Veo á otros que son consumados maestros en hipocresía, y con sus falsos aires de devoción engañan de tal modo que nadie conoce las artes que tienen para atesorar caudales...»

Existen algunos otros *serventesios* de Beltrán Carbonell, pero son de poco valor ciertamente, reducidos á sátiras personales.

Suya es también una obra de setenta estrofas sobre principios de moral. El autor comienza por invitar al que leyere á no imitarle, si predica el bien sin acompañarlo con el ejemplo, ya que él es como aquellos jugadores, mejores consejeros que hombres prácticos, áun cuando, bien mirado, no se deben desdeñar nunca los buenos consejos, si quier fueren de un loco.

S' ieu dic lo ben,
et hom no 'l me ve faire,
negus per so a mal far no s' empreh,
qu' ieu ho fas en aissi que 'l jogaire,
qu' assatz mielhs que non joga, n' enenha.
Sus fols be no 'l deu hom mens prezar
que 'l profeg es d' aquel que 'l sap gardar,
ja sia so qu' al folh pro non tenha,
bon est d' auzir ab c' om lo ben retenha.

BERENGUER DE PALASOL.

Se ha confundido evidentemente á este trovador con otro poeta que se supone del mismo nombre y apellido. Pero ni este último tuvo exactamente el mismo apellido, ni fué siquiera contemporáneo del primero, sino dos siglos más moderno.

B. de Parasols, que no es Berenguer de Palasol, sino Bernardo de Parasols, es un poeta fuera ya del ciclo de los trovadores y nada tiene de común con el que va á ser objeto de este estudio; pero ya que su nombre se ha citado, y que se le ha confundido con el otro, importa decir algo de él para evitar mayor confusión y nuevos errores, así como también importa para ayudar á que se esclarezca un punto dudoso en la historia de la literatura.

Bernardo de Parasols fué, al decir de Nostradamus, hijo de un médico de la reina Juana de Nápoles, nacido en Sisterón de Provenza, y autor de cinco tragedias relativas á hechos de aquella princesa, que dedicó al Papa de Aviñón, Clemente VII.

El monje de las islas de Oro asegura haber leído estas tragedias, así como otras composiciones de este poeta, á quien supone también autor de un libro compuesto en elogio de varias damas ilustres, como Estefanía de Baucio, Blanca de Flassans y Laura de Sade, sin duda la amada del Petrarca.

Nostradamus dice que sus cinco tragedias, *que valían un gran tesoro*, se titulaban *Andreassa* la primera, *Tharanta* la segunda, *Malhorquina* la tercera, y la cuarta *Allemanda*, por alusión á los cuatro maridos de la reina Juana, Andrés de Hungría, Luis de Taranto, Jaime de Mallorca y

Otón de Brunswik. La última se titulaba *Johannada*, del nombre de la reina, y juntas todas cinco formaban un cuadro de su conducta desde su infancia hasta su muerte. El autor ofreció secretamente estas obras al Papa Clemente, de quien recibió en recompensa una canongía de Sistrón, donde se retiró el resto de su vida.

Siendo Bernardo de Parasols contemporáneo de la reina Juana, y habiendo muerto su protector Clemente VII en 1394, ya sabemos en qué época vivió, dos siglos, nada menos, después de Berenguer de Palasol, que vivía entre mediados y últimos del siglo XII.

Pero lo que hay aquí verdaderamente importante es el hecho de las cinco tragedias. Si esto es exacto, como parece, y estas tragedias se hubiesen escrito en provenzal, como se deduce, tendríamos necesidad de reconocer un teatro en Provenza, anterior, por consiguiente, al teatro catalán, el más antiguo que conocíamos, á juzgar por la noticia de haberse representado una obra dramática de Domingo Mascó el año 1394 en el palacio real de Valencia.

El teatro no existía en Provenza, ni nunca los trovadores escribieron piezas dramáticas, dicen Millot, Fauriel y otros. Verdad es que Bernardo de Parasols en Provenza, y Domingo Mascó en Cataluña, á quienes debe considerarse como autores dramáticos, no pertenecen ya á los trovadores, y están fuera de su época; pero su infancia debió ser arrullada por los cantos de los trovadores, y aún es posible que alcanzaran á los últimos en quienes se inspiraron de seguro para sus obras.

Alguna obra dramática de los trovadores hubo de dar ejemplo y norma á Bernardo de Parasols y á Domingo Mascó. Hay muchos motivos para creer que algunos trovadores declamaban y cantaban sus composiciones con cierta solemnidad y aparato, acompañándose de gestos y acciones verdaderamente teatrales; y puede darse por seguro que el diálogo llamado *tensó*, en que intervienen dos ó más poetas, era á veces declamado, representado, en los salones de los castillos por sus mismos autores.

Esto aún no era, es verdad, el teatro; pero hay más.

Nostradamus, hablando de Roger de Clermont, dice de este trovador que hizo muy bellas é ingeniosas comedias, las cuales recitaba y representaba en las cortes de los grandes barones, con *suntuosos aparatos*. A la *comedia* no hay que darle la significación moderna, pues sabido es la extensión que en la Edad Media se dió á esta palabra; y ahí está sino la *Divina Comedia* del Dante; pero los *suntuosos aparatos* bien podían ser las máquinas destinadas á representaciones análogas á las que más tarde se llamaron *misterios*. Una poetisa provenzal, la condesa Garsenda de Sabrán, es autora de *misterios*.

El mismo Nostradamus da otra prueba más positiva y terminante. Hablando de Gancelmo Faydit, trovador de últimos del siglo XII y principios del siguiente, dice que «vendía sus piezas por dos ó tres mil libras, dirigía la representación y recibía todo el producto de los oyentes y espectadores.» Nostradamus añade que Gancelmo Faydit tenía una comedia de la *Herogía dels Preyres*, que el marqués Bonifacio de Monferrat hizo representar en su casa.

En vista de estos datos, algunos de los cuales recuerda también un autor francés de estos tiempos, no se comprende cómo Millot y Fauriel se han adelantado á negar rotundamente el género dramático en la literatura provenzal. Aun cuando no se quisiera reconocer como autores dramáticos á Faydit y Clermont, habría por lo ménos que reconocer como tales á Bernardo de Parasols y á Domingo Mascó, que escribieron, sino en la época propiamente llamada de los trovadores, á raíz de la misma.

Y vamos ya á Berenguer de Palasol.

Pertenece este trovador á Cataluña, porque como de Cataluña hay que contar el condado de Rosellón, donde nació. Vivía en tiempo del conde de Barcelona Ramón Berenguer IV y en época de Gaufredo III, penúltimo conde del Rosellón (1113 á 1163), y es por consiguiente el más antiguo de los trovadores españoles conocidos.

Milá dice que por su antigüedad pueden considerarse sus obras como el primer paso de la poesía de los trovadores, antes de introducirse en Cataluña.

Era Berenguer de Palasol un caballero catalán, del condado de Rosellón, pobre, pero distinguido por su figura y modales, por su galantería y su destreza en las armas. Fué trovador y compuso muy buenas canciones, segun el biógrafo provenzal, en loor de Ermesinda de Avignón, mujer de Arnaldo de Avignón é hija de María de Peralada en Cataluña.

Sus composiciones son armoniosas, dulces y sentidas, pero se distinguen principalmente por una naturalidad y una sencillez encantadoras.

He aquí algunos fragmentos:

«Si yo viviese eternamente, eternamente os amaría. Bien sé que es locura el amaros después de vuestra prohibición, pero no puedo desprenderme de esta locura. Soy vuestro esclavo y jamás pagaré mi rescate, porque no quiero recobrar mi libertad...

»Aquella á quien amo me ha dado un beso. No comprendo que sea para atraerme, pues que, me trate bien ó mal, yo he de amarla lo mismo siempre ..»

Tiene una composición en que el poeta quiere renunciar á su amada por haber ésta aceptado otro amante, y le propone que vayan á pedir la absolución á un sacerdote para tranquilidad de su conciencia.

En otros trovadores se encuentra también esta misma singular idea de dirigirse á un sacerdote para desatar unos lazos creados por las intrigas de amor y de galantería.

Dedica una poesía á pedir perdón á su dama por unos celos injustificados. Habla de las penas que le ha causado la separación. «He tratado, dice, de dar mi corazón á otra, pero no he podido.»

He aquí dos estrofas de una de sus composiciones para que se juzge de su estilo:

S' ieu sabi 'aver guizardó
de cansó, si la fazia,
ades la comensaria
cnendeta de motz e de so:
que perdut n' ai mant bel cantar,
per qu' eras ni' en pren espavens,
e si n' ai estat alques lens,

no 'm en deu hom ocaïzinar.
 Qu' amada 'us aurai en perdo
 longamen, en aytal guia
 â ma bela doussa amia,
 qu' anc re 'us plac no 'm saupés bo;
 ni anc ser no saubi pensar
 qu' a vos fos pretz ni honramens,
 qu' al tost far no fos plus correns
 que si 'n degués m' arma salvar.

Su mejor poesía es una en que pinta los manejos de una mujer coqueta, tan ingeniosa como prudente, que sabe desesperar á sus adoradores sin alejarles y satisfacer su inclinación sin comprometerse.

«Es la mejor de las mejores, dice, y nunca hubo mujer que la igualara en gentileza; pero su mérito verdadero y extraordinario, su amable alegría, la gracia que tiene para todo cuanto hace y cuanto dice, el vivo interés que inspira á los más altos señores, la hicieron volver orgullosa, lo que es contrario á las leyes de la galantería. Este es todo el mal que puedo decir de ella.

»Sabe hacerse amar de unos y temer de otros, y esto con tanto ingenio y con tan bellas palabras, que cuantos se apartan de ella lo hacen con pena, y se van sólo para volver. Nunca se dejó dominar por ninguna pasión que pudiese hacer dudar de su buen sentido y de la excelencia de su mérito. Ella sabe hacerlo todo bien, conducirlo bien todo y terminarlo todo bien, con claro discernimiento, sin peligro de que se comprometiera, y sin malas artes ni palabras ofensivas, sin grosería ni exceso de ninguna clase.»

El cuadro está bien acabado, y si se recuerda que es del siglo XII, todavía se le encontrará más completo.

BELTRÁN DE LA TOR.

Escasísimas son las noticias que de este poeta se tienen, tan escasas que nada se sabría de él, ni su nombre siquiera, á no ser por una copla de contestación á otra que le dirigió el delfín de Auvernia.

Beltrán de la Tor ó de la Tour, como le llaman otros, debió estar sin duda al servicio del delfín, en los tiempos en que éste era pródigo, generoso y amigo de fiestas; pero debió retirarse de su sociedad cuando se hizo económico y avaro.

El delfín por conducto del juglar Mauret envía una *co-bla* á Beltrán burlándose de él por su vida retirada, por el aislamiento y estrechez en que vive después de haber sido tan pródigo, por encerrarse en su castillo á solas con sus halcones, y porque cuando tiene á veinte huéspedes sólo, se cree en fiesta de Pascua ó de Navidad.

Mauret, Bertrans a laïssada...
 valor don fo mout honratz
 e l' ansr d' autr' encontrada,
 e sojorna à la Tor,
 e ten fancon e auster;
 e cre far Pasca ò Nadal
 quant son vint dinz son ostal.

Beltrán, por conducto también del mismo juglar Mauret, le responde con un epigrama que no deja de ser ingenioso, diciendo que el delfín le da el ejemplo de una vida más retirada aún, y que él haría mal en vivir de otra manera, pues sería desmentir el proverbio de: *Tal señor, tal servidor*. Beltrán aprovecha la ocasión para acusar al delfín de haber derrochado su fortuna.

Mauret, al delfin agrada
qu' en digan qu' eu son malvatz,
e 'l reproiers es vertatz
del cal seignor tal mainada:
que fui bon tant quant aic bon seignor,
que à lai plac ni so tenc ad honor,
et aras, Mauret, pos el no val,
si era bon, tenria so a mal.

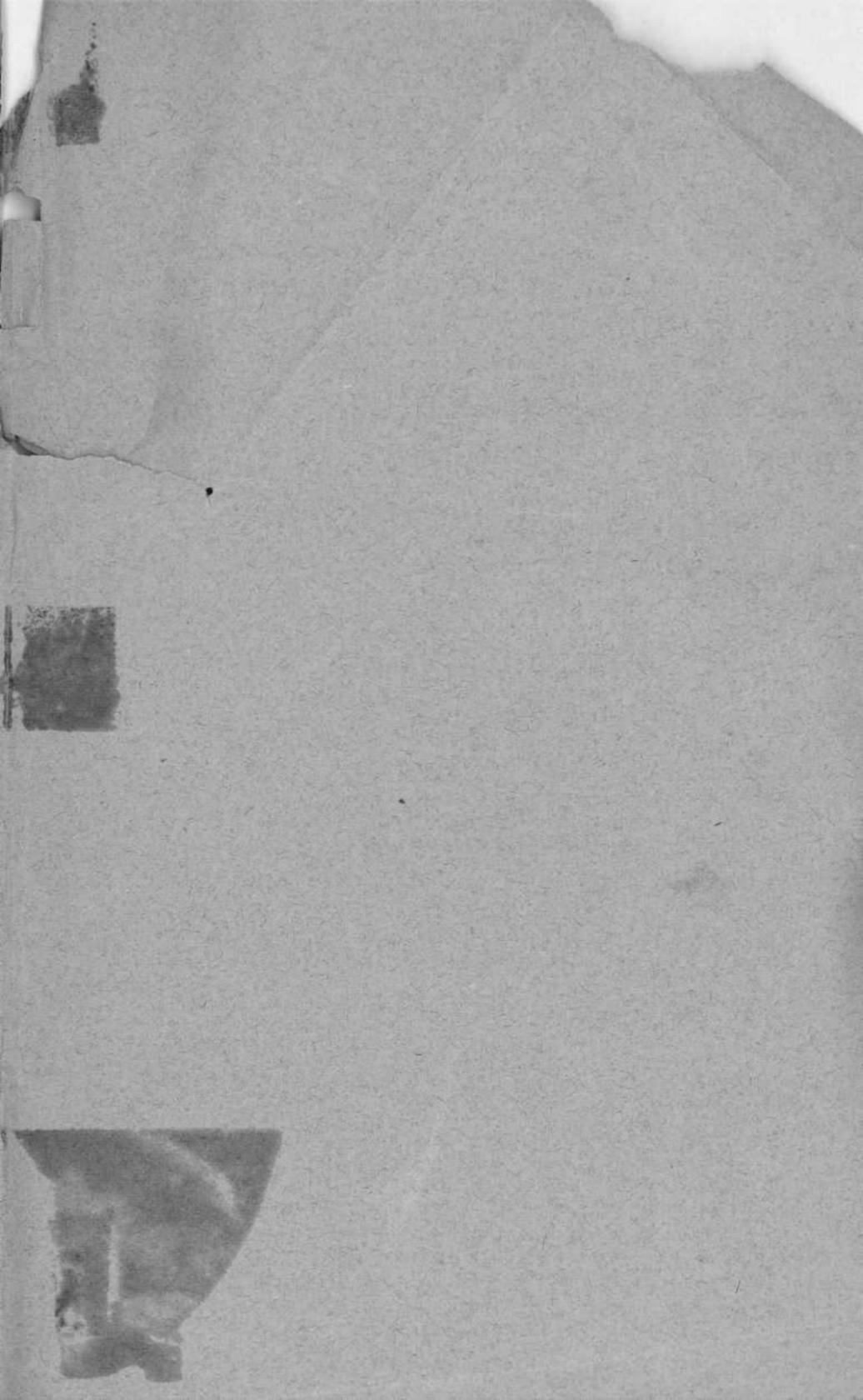
Resulta, al parecer, que Beltrán estaba al servicio del delfín, y que dejó de vivir espléndidamente cuando este pasó de la prodigalidad á la avaricia que se le reprochaba. Este género de vida aislada era contra de las costumbres de aquel tiempo, y se miraba esto con desagrado, pues el mismo biógrafo provenzal dice que la *cobla* del delfín se hizo en la época en que Beltrán había abandonado su valor y largueza (*en la saison que Bertrants ac laissada valor e largesa*).

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

	Páginas.
DICTÁMENES ACADÉMICOS	5
PRÓLOGO DEL AUTOR	13
DISCURSO PRELIMINAR	19
<i>De los trovadores</i>	<i>19</i>
<i>De los diversos géneros de poesía entre los trovadores y</i> <i>de sus principales caracteres</i>	<i>85</i>
I. . . . Verso	85
II. . . . Canción	89
III. . . . Serventesio	95
IV. . . . Descort	108
V. . . . Tensión	109
VI. . . . Planch	112
VII. . . Pastorela	112
VIII. . . Albada.—Serena	113
IX. . . . Prezicanza.—Danza.—Balada.—Es- condig.—Sextina.—Fábula.—Epís- tola	118
X. . . . Novas.—Romans.—Leyendas.—Obras didácticas	122
Del estilo y escuelas de los trovadores	129
De la poesía provenzal en Castilla y en León	135
De la poesía provenzal en Cataluña y Aragón	169
De los juglares	199
De las cortes y de los puy de amor	217
<i>Los trovadores</i>	<i>227</i>
Adelaida de Porcairagues	229
Aicarts del Fossat	236
Alberto, marqués de Malaspina	239
Alberto de Sisterón	245
Alfonso de Aragón y Beltrán de Born	251
Amaneo des Escás	277
Arnaldo de Carcassés	290
Arnaldo el catalán	293
Arnaldo Daniel	296

Arnaldo de Marsán.....	308
Arnaldo de Marveil.....	312
Astorg de Aurilac.....	321
Auberto de Puicibot.....	324
Augier.....	327
Aymeric de Belenoi.....	329
Aymeric de Peguilhá.....	339
Aymeric de Sarlat.....	352
Azemar el negro.....	355
Aimar Jordans.....	360
Aimar de la Rocaficha.....	360
Aymeric.....	360
Alberto Cailla.....	360
Alegret.....	360
Aleandri.....	361
Almens de Castelnau.....	361
Armando.....	361
Arnaldo de Acange.....	361
Arnaldo de Brancaleó.....	361
Arnaldo de Cominges.....	361
Arnaldo de Entrevenas.....	362
Arnaldo Plagués.....	362
Arnaldo Sabota.....	362
Arnaldo de Tintignac.....	362
Austau de Segret.....	362
Bartolomé Giorgi.....	363
Beltrán de Allamanón.....	371
Beltrán de Born (el hijo).....	379
Beltrán Carbonell de Marsella.....	386
Berenguer de Palasol.....	392
Beltrán de la Tor.....	397



Esta obra se halla de venta en las principales librerías al precio de **7,50 pesetas.**

Van publicados los siguientes volúmenes de las obras de D. Víctor Balaguer:

POESÍAS (catalanas). Un tomo. **6 pesetas.**

TRAGEDIAS (original catalán y traducción castellana). Un tomo. **8 pesetas.**

BALAGI EI



C BIRAS

LOS

ROYADORE

1

882



553